# BENEMÉRITA UNIVERSIDAD

# AUTÓNOMA DE PUEBLA

**FACULTAD DE DERECHO Y CIENCIAS SOCIALES**

**Representaciones de la Mexicanidad durante el siglo XX.**

**Una reconstrucción crítica**

**TESIS**

**PARA OBTENER EL TÍTULO DE**

**MAESTRO EN CIENCIAS POLÍTICAS**

**PRESENTA:**

**GERARDO LOZADA MORALES**

**ASESOR DE TESIS:**

**Dr. CÉSAR CANSINO**

**PUEBLA, PUE. 11 de Junio de 2015**

*A mis padres Maricela Morales Daza y Jorge Ángel Lozada González, y hermanos: Eduardo Lozada Morales y Jorge Alejandro Lozada Morales; héroes cotidianos, alicientes de esperanza, esencia de Ser. Son completamente excepcionales.*

*A Margarita; quien vino a ser luz en medio del ocaso.*

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS ..... 7

INTRODUCCIÓN ..... 18

I. GÉNESIS DE UNA HERENCIA ACRIBILLADA ..... 22

1. Antesala ..... 22

2. Orígenes de la mexicanidad a través del ocaso positivista ..... 25

Ezequiel A. Chávez y los “rasgos mexicanos” ..... 25

Julio Guerrero y “la pasión mexicana” ..... 33

3. Rescate de la esencia humana en la mexicanidad. El ateneo de la juventud 38

La cátedra de un Maestro: Antonio Caso ..... 38

José Vasconcelos y su Ulises Criollo ..... 44

“La quinta raza cósmica universal"; el legado vasconcelista. ..... 51

El estoicismo libertario de Alfonso Reyes ..... 55

4. Reconsideraciones ..... 64

II. EL REFLEJO DE NUESTRA MIRADA Y LA CONFECCIÓN DE NUESTRAS CONDICIONES ..... 71

1. Antesala ..... 71

2. La dureza de la introspección y el encuentro con nuestros fantasmas: Samuel Ramos ..... 74

3. El legado de Octavio Paz. Viaje a las profundidades de “El laberinto de la soledad” ..... 94

4. Los pilares del Hiperión: Leopoldo Zea y Emilio Uranga..... 125

Filosofía mexicana e identidad nacional. ..... 125

La justificación del ser mexicano ..... 164

5. Magia y mitología; el olvido de un mundo mexicano develado por Jorge Carrión ..... 170

“De la raíz a la flor del mexicano” ..... 171

"Mito y magia del mexicano y un ensayo de autocrítica" ..... 182

6. Reconsideraciones..... 214

III. DEL MÉXICO PROFUNDO A LA IDENTIDAD NACIONAL..... 218

7. Antesala ..... 218

8. Guillermo Bonfil Batalla y “el México profundo” ..... 220

9. “La Identidad Nacional ante el espejo”: Carlos Monsiváis..... 250

10. Reconsideraciones..... 257

IV. EL RESURGIMIENTO DE LOS FANTASMAS; EL DEBATE CONTEMPORÁNEO .. 259

11. Antesala ..... 259

12. De “la jaula de la melancolía” a la condición postmexicana: Roger Bartra 261

“La condición postmexicana” ..... 287

13 La mexicanidad vapuleada ..... 290

Retórica de una esquizofrenia mexicana: Agustín Basave ..... 290

Jorge Castañeda y el espejismo como misterio de los mexicanos ..... 302

“El país de nadie”: Denise Dresser. ..... 310

14. No solo estoicismo: César Cansino ..... 314

15. Reconsideraciones..... 330

CONCLUSIONES ..... 334

Bibliografía:..... 343

AGRADECIMIENTOS

"Cada fracaso le enseña al hombre algo que necesitaba aprender".

Charles Dickens

“Delorean II”, la fiel metáfora que he utilizado para jugar con el tiempo, con el destino, con las metas, sueños y los objetivos que han emanado desde las profundidades de mi ser. Aquellas metas que se han delineado en la constante del presente, pasado y futuro, y que a través de éste, se han ido construyendo a diario.

Y esta historia continuó así:

Después de haber acabado la licenciatura en el año del 2011 y de conocer el mundo real encontré con certeza que la vida no siempre se encuentra plagada de dichas, de laudes, o de glorias. Pasé un año alejado de lo que hoy considero mi hogar: la universidad, y me adentré de manera efímera a realizar uno de los oficios más nobles que pueden existir: la docencia.

El contraste fue revelador, el mal salario, la explotación acorde a todas las capacidades que uno mismo posee, se sumó a la tristeza que me ocasionó el encontrarme lejos de la universidad. Así también nació en mí uno de los más grandes anhelos, el de regresar a estudiar un posgrado y continuar realizando lo que me ha apasionado y dado tanta felicidad.

Por esa razón, antes de renunciar a las clases que daba en una preparatoria en la ciudad de Puebla en el primer semestre del 2012 me aventuré al sueño de estudiar la maestría en filosofía, disciplina un poco apartada de mi formación. Asimismo, logré conocer gente que me ayudó demasiado a

comprender cosas básicas de la fenomenología y la hermenéutica, así como a idear un protocolo de investigación donde pudiera manejar a la mexicanidad como principal tema. Fue todo un semestre de gratas lecturas, desde Heidegger, Dilthey, Ortega y Gasset, Nietzsche y Schopenhauer, Bertrand Russell hasta otros, como Joaquín Antonio Peñaloza, Roger Bartra, Samuel Ramos, Leopoldo Zea, entre muchos más. Todo bajo la tutela, asesoría y los grandes consejos del Maestro Antonio Cabezas Higareda (q.e.p.d.)

No todo iría de viento en popa, después de pasar un semestre de agradables estudios la hora decisiva llegaría, las entrevistas y el examen final serían las pruebas de fuego para continuar el camino. No todo salió como esperaba. ¿Qué fue lo que mermó mi situación?, mis debilidades por el desconocimiento pleno de la disciplina, algo que se reflejaría en la negativa para incorporarme a la maestría de lleno.

Fueron tiempos difíciles, trágicos, puesto que todo el empeño que había realizado se desvanecería al no poder consumar una meta, un sueño. Me creí por momentos incapaz para los estudios de posgrado, no niego que haya tenido una gran desilusión y hasta depresión por dicho acontecimiento. Creí simplemente que el estudio ya no era para mí, pero a pesar de los malos tiempos nunca perdí la esperanza de aspirar a algo mejor.

Al término del semestre por fin pude abandonar mis viejas clases que impartía de 2011 a 2012 para poder ir en búsqueda de mejores posibilidades laborales. Igualmente decidí arriesgar sin tener absolutamente nada en puerta, únicamente el apoyo de mis padres y hermanos, así como el amor de una gran persona, Margarita; quien vino a ser luz en medio del ocaso, para inspirar e

incentivar mis ganas de seguir luchando por alcanzar mis sueños, como el ser escritor y muchos más.

Ya titulado, me fui topando con ofertas de trabajo mal pagadas, o simplemente malas ofertas, en fin, me encontraba desesperado por obtener ingresos para no ser una carga en mi familia. Así que gracias a mi buen amigo Vicente Moreno Lima —quien ha sido otro gran hermano para mí— y a la recomendación de su padre, había tenido entrevistas de trabajo en la Secretaría de Transportes de Puebla. Eso me llenó de ánimos, puesto que podía experimentar una nueva etapa en mi vida laboral.

Gracias a otro gran amigo, a quien admiro, respeto y había sido mi mentor durante la licenciatura, el Dr. Diego Velázquez Caballero, me animaba para que intentara entrar en la maestría en Ciencias Políticas de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, aunque ésta todavía no contaba con ningún tipo de apoyo por parte de CONACYT, cuestión que generaba en mí muchas dudas e incertidumbres puesto que la prioridad económica condicionaba en demasía mis pasos.

Después de estos dos sucesos, una decisión crucial llegaría para mí, por una parte continuar con las entrevistas y evaluaciones que me realizaban en la Secretaría de Transportes, o ingresar a la selección de estudiantes por parte de la Maestría en ciencias políticas. La decisión fue completamente difícil, a pesar de que ya había entregado el protocolo y todos los documentos para la maestría, el día de la fecha de entrevistas y examen de admisión, me habían hablado para otra

prueba en la secretaría, justamente mis necesidades y preocupaciones económicas me orillaron a optar por el trabajo.

Cabe mencionar que nunca dejé de buscar la manera de obtener ingresos en los momentos más difíciles, intenté vender trabajos escolares, clases particulares y un sinnúmero de cosas como dar asesorías para tesis, etcétera. De igual forma, no dejé en ningún momento de leer ni de seguirme preparando, emprendí lecturas filosóficas, me seguí aproximando a Schopenhauer, Nietzsche y hasta Bertrand Russell, leí novelas de Óscar Wilde y de Charles Dickens, éste último me dio un incentivo especial con su novela “grandes esperanzas”, para no dudar en que algún día alcanzaría mis sueños. Comencé a estudiar partidos políticos, sistemas de partidos, teorías transitológicas y elecciones en México. Mi refugio siempre fue y ha sido la Facultad de Estomatología, un lugar plagado de árboles y vasta vegetación, en donde se respira un aire de tranquilidad que durante mucho tiempo había intentado encontrar y donde pude leer y estudiar libremente.

No obstante, las preocupaciones me inundarían poco a poco, en ocasiones sentí tanta desesperación que no pude optar más que en confiar ciegamente en el devenir. Habían pasado días. Había optado por esperar el llamado de la secretaría, pero eso no pasaba, por esa razón decidí ver si aún existía alguna posibilidad de poder entrar al curso propedéutico en la maestría, no conocía ni al coordinador ni a nadie para pedir una prórroga, así que decidí pedir una oportunidad en la dirección de la facultad. Fueron 5 días consecutivos los que llegué muy temprano para intentar hablar con el antiguo director, ya que no lo encontraba porque él tenía un sinnúmero de actividades y era muy complicado

agendar una cita puesto que mi argumento para verlo era irrelevante. No me importaba arribar muy temprano y esperar horas, otra preocupación era que los días pasaban.

Aquel quinto día por fin me brindaría paz, pude hablar con el director de la facultad y comentarle mi situación para expresarle que había egresado de la universidad de una buena manera; con tesis y con distinción universitaria, y enunciar que solamente necesitaba una oportunidad. A su vez, me comentó simplemente que pidiera el permiso en la coordinación de mi maestría ya que había entregado todos mis documentos y tenía el perfil y tantas ganas para intentar cursar el propedéutico. Tenía mucho tiempo que no sentía tanta tranquilidad. Me presenté en la maestría, corroboraron que tenían todos los requisitos, entregué mi tesis de licenciatura, me entrevistaron, realicé el examen y posteriormente me dieron visto bueno para incorporarme al propedéutico, a pesar de que habían pasado algunos días del ingreso. Nunca olvidaré que durante la entrevista, una llamada interrumpió para corroborar mi recomendación en el posgrado.

Tuve tanta esperanza, tanta fe, tantas ganas de regresar "a casa". Al día siguiente ingresé a las primeras clases que impartían la Dra. Pilar Calveiro, el Dr. Miguel Ángel Rodríguez y el Dr. Samuel Tovar. Me puse al corriente, no tenía otra tarea sino demostrar lo que mejor sabía hacer. Rápidamente pude estar al margen y continuar hasta las evaluaciones finales ansiando dar lo mejor de mí, sabiendo con mucha felicidad que la maestría había logrado obtener el registro PNPC de CONACYT. Sin embargo, a mitad del propedéutico recibiría la llamada de la

secretaría para presentarme al programa de trabajo ofertado, pero ya no acepté laborar porque ya tenía el camino que tanto había buscado.

La hora llegó, las pruebas finales fueron una a una, y sólo faltaba esperar los resultados. Recuerdo haber enfermado al término del curso propedéutico, hasta el día en que recibí la llamada del posgrado en donde me felicitaban por haber logrado ingresar a la maestría, y ahora únicamente tendría que esperar a la postulación de becas.

Fue hasta enero del 2013 cuando por fin las clases en forma se reanudaron. Recuerdo perfectamente el primer día de clase con la doctora Pilar, y al finalizar, me citó en su cubículo y me dio su felicitación porque había sido el mejor evaluado en su curso obteniendo la calificación más alta. Aquel momento fue reconfortante, en milésimas de segundo volví a mirar al joven universitario que regresaba a casa caminando y escuchando su canción favorita *Sing* de Travis para ahorrarse los 6 pesos del transporte, siempre imaginando e intentando sentir las alegrías de metas obtenidas, de “grandes esperanzas”.

Volví a mirar a aquel egresado triste que no había podido ingresar a estudiar filosofía. Volví mil veces a mirar al desconocido que leía en medio de los árboles por horas prolongadas para aprender y alcanzar un sueño. Volví a mirar mis sueños y no pude contener lágrimas de felicidad por saber que todo el sacrificio realizado, por fin había rendido frutos. Aquellas palabras que aparecen efímeras en el tiempo, han sido alicientes perfectos para no desistir, son impulsos hacia el éxito que muchas veces necesitamos para continuar sobre el camino.

De esta manera fue como la aventura en el posgrado fue dejándome muchas enseñanzas, desde la metodología, disciplina y análisis con la Dra. Pilar

Calveiro, el viaje a la historia del siglo XIX con el Dr. Israel Arroyo, la reafirmación de mi gusto por la filosofía política y la crítica hacia la ciencia política, sumado al gran mensaje de vida, de amistad, de superación y de vastos consejos por parte del Dr. César Cansino, la gran erudición teórica, filosófica y sociológica del Dr. Samuel Tovar, la importancia y el equilibrio teórico-cuantitativo que deben tener los estudios sociales por parte del Dr. Francisco Sánchez —de quien también agradezco palabras de aliento cuando tuve momentos difíciles—, la importancia del engranaje jurídico-electoral del sistema político mexicano que nos hizo ver el Dr. Raymundo García —de quien nunca olvidaré sus gratas palabras— (q.e.p.d.), la fineza y objetividad para observar y estudiar el fenómeno político-social que siempre mostró el Dr. Samuel Schmidt, la aproximación al ser, a la otredad, a la filosofía, a la poesía, al mundo órfico dionisiaco, a la vida misma gracias al Dr. Miguel Ángel Rodríguez. La grata paciencia y conocimiento de la política nacional que bien vino a complementar mi investigación gracias a la Dra. Xóchitl Patricia Campos López. Hasta el apoyo académico y grandes consejos que siempre recibí por parte del Dr. Diego Martín Velázquez Caballero, al igual que el apoyo moral que siempre me brindó el Dr. Juan Calvillo y el Dr. Fabián Gerónimo.

Todos ellos que a pesar de sus diferencias académicas, siempre contribuyeron en mi formación, gracias.

Gracias principalmente a mis padres: Jorge Ángel Lozada González y Maricela Morales Daza, siempre mantuve el gran apoyo para continuar estudiando. Jamás olvidaré el aliento que me brindaron en aquellos momentos de desesperación en donde mis ahorros se habían mermado y ya no tenía ni para

sacar fotocopias. Gracias a mi tía Yolanda Lozada González quien nunca ha dejado de dar ejemplo de fraternidad hacia mí y mi familia.

No cabe duda que la familia siempre ha sido la base más importante de toda realización humana. Jamás olvidaré sus consejos y palabras de aliento. Porque siempre fueron y han sido la inyección de vida para impulsarme a salir adelante en los momentos más difíciles, porque me heredaron una excelente educación y formación personal y escolar, ya que eso es la base primordial de mi vida, mi vocación. Así que nunca dejaré de corresponderles todo lo bueno que han hecho por mí, y sé perfectamente que mis palabras quedan completamente cortas para expresarles todo el amor que tengo por ustedes.

De igual manera, agradezco la gran ayuda que me brindaron mis hermanos Eduardo Lozada Morales y Jorge Alejandro Lozada Morales, porque son reflejo en vida del amor y los grandes valores que ha forjado nuestra familia. Siempre buscaré corresponderles de la mejor forma porque igualmente me sobran las palabras para describir que tanto ustedes como mis padres son mis héroes cotidianos, el incentivo de mi esperanza, la esencia de mi ser, son completamente EXCEPCIONALES.

"Delorean II", como la máquina del tiempo que siempre imaginé, la cual me trasladaría del pasado, al presente, y que sin duda me llevaría a alcanzar las metas del futuro.

Gracias a todos aquellos que han correspondido mi existencia, a mis compañeros y amigos de maestría que junto conmigo, logramos desembarcar de esta odisea: Erika López, Rosa María López, Rafael Molina, Gisela Santa Cruz,

Rodrigo Ramírez, Pascual García, a Martita quien siempre fue uno de los pilares importantes para que nuestra estancia en el posgrado fuera amena.

La última prueba se manifestó durante el semestre final, gracias a mi buen rendimiento fui invitado por el coordinador de la maestría para realizar una estancia académica fuera de Puebla, en el Colegio de México (COLMEX). Fue un suceso que siempre soñé en aquel pasado donde me encontraba caminando de regreso a casa al salir de las clases de licenciatura. Como en un sueño fue poder estar en una de las mejores universidades del país —en “las grandes ligas”— y lo conseguí. Fue un semestre duro, despertar a las 2 de la mañana para viajar de 3 a 5 al D.F., transbordar el metro y llegar a la UNAM para posteriormente culminar mi destino en el COLMEX. Siempre con ganas, siempre con motivación, siempre con esa hambre de aprender, de superarme, de ser mejor, de construir un buen futuro, de vivir y corroborar que la voluntad de poder trasciende la existencia y materializa nuestros sueños. Al término de la estancia todo ese gran sacrificio me hizo superarme, ser mejor. Algo tan maravilloso que jamás olvidaré.

La vida siempre será una vía más de tránsito para la trascendencia. La existencia humana puede muchas veces estar plagada de momentos difíciles o trágicos, sin embargo, el factor humano y vital siempre será una característica para que la esperanza rinda frutos y nos encamine a la superación, al éxito, a la gloria. Siempre y cuando seamos poseedores de voluntad. De voluntad de poder.

Está es mi historia, una de tantas historias que como muchos mexicanos que día a día buscan sobresalir frente a las vicisitudes de nuestro país, me encuentro hoy, en el presente, aquel que después de emitir estas líneas quedará

en las memorias del pasado, empero, la búsqueda de un futuro será la constante que marque mi vida, mi existencia. Será la conquista de la felicidad, la aproximación a la respuesta por el ser y el encuentro con el devenir para superarlo.

¿Cuál es la próxima aventura?, el doctorado...

Hoy es uno de los más grandes días que puede tener mi vida. Hoy 7 de Noviembre del 2014.

> ¿Queréis un nombre para este mundo? ¿Una solución para todos los enigmas? ¿Una luz también para vosotros, los más ocultos, los más fuertes, los más impávidos, los más de media noche? ¡Este mundo es la voluntad de poder, y nada más! ¡Y también vosotros mismos sois esa voluntad de poder, y nada más!
>
> Friedrich Nietzsche

Gerardo Lozada Morales.

*Después de tantas horas de caminar sin encontrar ni una sombra de árbol, ni una semilla de árbol, ni una raíz de nada, se oye el ladrar de los perros. Uno ha creído a veces, en medio de este camino sin orillas, que nada habría después: que no se podrá encontrar nada al otro lado, al final de esta llanura rajada de grietas y de arroyos secos. Pero sí, hay algo. Hay un pueblo. Se oye que ladran los perros y se siente en el aire el olor del humo, y se saborea ese olor de la gente como si fuera una esperanza.*

**Juan Rulfo**

# INTRODUCCIÓN

México ha estado sumido en una crisis desde hace muchos años, la cual va desde su economía, a su crisis política o hasta su crisis moral. En la actualidad podemos encontrar diversas problemáticas que no sólo han ido mermando el nivel de vida de los ciudadanos, sino que han dejado en tela de juicio diversas características que emanaron de la modernidad, principalmente el Estado y la democracia.

La problemática actual en la que se encuentra el país, no tiene parangón. A la falta de credibilidad de los ciudadanos hacia las instituciones, los partidos políticos, los gobiernos de toda escala organizacional, se han sumado poco a poco las atrocidades generadas históricamente por las élites dominantes en el país. El caso más naciente es el de los 43 normalistas desaparecidos en Iguala, municipio de Guerrero, suceso que ha causado la indignación nacional tras conocerse la manera cínica en que el gobierno se encuentra coludido con el narcotráfico.

Al mismo tiempo, este conflicto puede remitirnos a la debacle de los dos sexenios anteriores que vendieron la idea de que con ellos el país transitaría a una democracia verdadera, puesto que los ciudadanos habían logrado mandar a retiro del poder presidencial al partido único (PRI) mediante el ejercicio electoral. Sin embargo, después de la decadencia de la presidencia de Vicente Fox de 2000 a 2006, la sucesión de su predecesor Felipe Calderón Hinojosa fue altamente cuestionada, y frente a su falta de legitimidad, buscó blindarse en el poder con la declaración absurda de guerra en contra del narcotráfico (Cansino, 2014). Tras esta acción se despertó una fuerte ola de violencia en México, reflejándose miles y miles de asesinatos que aparecen cotidianamente.

De igual forma llamó la atención saber que el retorno del PRI a la presidencia ha dejado una marca en la historia del país, puesto que es el único partido político que ha logrado detentar el poder por más de 70 años, y a pesar de tener una pausa en la presidencia, ha regresado haciendo uso de diversas artimañas políticas que quedaron sembradas en la nación, como el clientelismo, el corporativismo, la cooptación de votos, y otro factor que parece pasar desapercibido: la cultura de dominación.

¿Qué se ha hecho mal?, ¿qué está pasando con la sociedad?, ya que desde la incapacidad que tuvo el PAN para gobernar no sólo se presenció el retorno del "partido hegemónico", sino que también se detonó la guerra contra el narcotráfico, y a excepción de lo que vivimos hoy con el caso de la desaparición de los normalistas, jamás se había visto tanta indolencia ante la muerte como lo que se ve actualmente en México, y que envuelve al país en un velo trágico. Frente a esto, tiene sentido preguntarse una vez más; ¿quién es el mexicano, que piensa, qué siente?, ¿qué es lo que esconde detrás de sus diferentes rostros?

Este es un tema trascendental que nos remite a inspeccionar las profundidades de nuestro ser mexicano y la mexicanidad, puesto que la ciencia política ha pecado en reducir los estudios culturales mediante la denominación de "cultura política" (Almond y Verba, 1970) acentuando un cisma entre la sociedad civil real y el imaginario intelectual. Por esta razón, en la presente investigación estaré inmerso en el debate intelectual, ensayístico y literario central que se conformó con la búsqueda del *ethos* mexicano durante el siglo XX, tomando en cuenta los siguientes puntos: ver en qué consistió, identificar cuál es la idea que se desarrolló sobre el mexicano, señalar las reacciones más importantes que se

llegaron a formar, así como construir y estructurar una serie de conceptos y taxonomías de los principales intelectuales sobre la cuestión.

De la misma manera, tendré en cuenta las posturas más relevantes que trataron de construir la anatomía mexicana, para identificar cuándo las características del imaginario intelectual aparecen como posibles virtudes de la identidad nacional, así como enunciar una alternativa viable a través de la crítica para dejar de lado los falsos clichés que de manera negativa han contribuido a victimizar, flagelar, y sumergir en el pesimismo o someter de manera general a la sociedad mexicana.

Asimismo, pretendo recuperar los conceptos interpretativos que estudien las virtudes del mexicano, puesto que la época de crisis actual exige propuestas claras. A su vez, rescatar los rasgos excepcionales de superación del ser mexicano, aquellos que se reflejan en la vida cotidiana y que sin lugar a dudas han impactado poco a poco en la transformación política del país, siempre en vías de la democracia.

La investigación acerca de la mexicanidad es necesaria, dado que en la actualidad se permite encontrar que el debate o la discusión sobre la arqueología mexicana, sigue presente en personajes que utilizan el descalificativo social como forma de lucro o de posicionamiento redentor sobre los ciudadanos, alejándose completamente de la realidad. Todos buscando una hegemonía cultural de dominación, pero pocos son los que han contribuido a la liberación.

Aspiro a construir un pensamiento libre, así que permitiré que el "mensaje de Hermes" se manifieste por completo, y siendo consciente de los peligros que existen al abrir esta "caja de Pandora", intentaré responder al sinnúmero de

cuestionamientos que pocas veces se han podido contestar, y que han despertado la inquietud de grandes intelectuales, filósofos, ensayistas, literatos, poetas, sociólogos, antropólogos, entre otros. Debido a la limitante temporal que exige la investigación he considerado a los siguientes escritores: Ezequiel A. Chávez, Julio Guerrero, Antonio Caso, José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Samuel Ramos, Octavio Paz, Leopoldo Zea, Emilio Uranga, Jorge Carrión, Guillermo Bonfil Batalla, Carlos Monsiváis, hasta llegar al debate contemporáneo con: Roger Bartra, Agustín Basave, Jorge Castañeda, Denise Dresser y César Cansino.

El pasado mexicano se asienta en un recuerdo poco conveniente para traer a la memoria. Es un mal sabor de boca que constantemente se refleja en el presente, atormentando a la conciencia de los mexicanos a través de la retórica de un discurso "artificial", el cual genera día a día que muchos mexicanos se asuman en condiciones como: la renuencia, la idiotez, la holgazanería, la inferioridad, la insuficiencia, la soledad, la violencia, la corrupción, la incapacidad de vivir en democracia, el hermetismo, el individualismo, etcétera. No obstante, el mexicano ha sido catalogado antropológicamente, históricamente, sociológicamente... en fin, en una vasta colección de estereotipos descalificativos que transitan como “fantasmas” en nuestro interior.

Pese a esto, no queda más que dar la vuelta. Somos semilla y su fruto en crecimiento, como un gran árbol que perdura sobre el más crudo invierno o la más temible tempestad climática. Una sociedad *sui generis* que se cimienta en la esperanza, muy lejos de una utopía inalcanzable. Este trabajo no busca conjurar fantasmas sino responder incógnitas académicas y contribuir al desarrollo de una ciencia política liberalizadora de la mexicanidad.

# I. GÉNESIS DE UNA HERENCIA ACRIBILLADA

## 1. Antesala

La primera parte del siglo XX tiene gran importancia en cuanto a los valores simbólicos que posteriormente detonarían en el empeño por la búsqueda del significado del ser mexicano.

La época porfirista llegaba a su ocaso. El viejo régimen dictatorial se vería mermado tras la serie de revueltas que se presentaban en el país, la entrada triunfal de Francisco I. Madero en 1911 no sería suficiente para amenizar la problemática política, económica y social.

El incumplimiento maderista por respetar las promesas ofrecidas —como el reparto de tierras— a Francisco Villa y Emiliano Zapata con el Plan de San Luis, detonaría más el descontento de dichos caudillos que se revelarían en contra de la presidencia maderista con el Plan de Ayala.

Tiempo más tarde "La decena trágica" sería la muestra de cómo los diversos intereses que existían en el país no lograron congeniar, el golpe de Estado de Victoriano Huerta, el levantamiento de los constitucionalistas encabezados por Venustiano Carranza, y su muerte posterior se sumaría a la crisis política vivida en pleno inicio de siglo, todo contrarrestado con las exigencias mundiales.

Sin embargo, después de la muerte de Carranza, la dupla Álvaro Obregón-Plutarco Elías Calles, sería primordial para el comienzo de un sistema político influenciado por la modernidad. Sería hasta 1929, que las fuerzas políticas irían

tomando su cauce. El asesinato de Obregón haría que Calles se consolidara en el poder, para instaurar el "maximato", y tras una serie de sucesos que lograrían estabilizar la problemática caudillista del país, nacería bajo la cooptación de poder; con negociaciones y represiones de grupos políticos, el Partido Nacional Revolucionario (PNR) bajo la tutela del "Jefe máximo de la Revolución Mexicana".

El país no prosperaba ni como imaginario colectivo; para identificar a los diversos sectores de la sociedad que se encontraban en disputa, y mucho menos con sectores productivos como el industrial o el agrario. Empero, el nuevo orden político comenzaría a crear instituciones de todo tipo para consolidar a un Estado fuerte.

Asimismo, desde el porfiriato ya se había tenido el empeño de conducir a la sociedad a través del orden positivista; con la promoción de la ciencia, la educación, la moral, y un sinnúmero de estrategias, hacia el progreso similar ocurrido en países de Occidente europeo. Sin embargo, dicha búsqueda del progreso social era contradictorio a la realidad del país que se gestaba tras la Revolución Mexicana y la consolidación del sistema político mexicano, cosa misma que se presentó como principal factor a analizar, puesto que la sociedad mexicana de finales de siglo XIX y principios del siglo XX, era totalmente contradictoria a las sociedades modernas del mundo.

Por esta razón, y a través de la perspectiva positivista, evolucionista y moralista, surgió el debate para identificar los rasgos y características culturales y psicoanalíticas de la sociedad mexicana. De igual manera, tomaré como referentes a Ezequiel A Chávez y a Julio Guerrero para aproximarme a sus aportes, ya que ellos constituyen el comienzo del debate tras generar sus

investigaciones y publicaciones en pleno comienzo del siglo XX. A su vez, me remitiré al pensamiento de los personajes que surgieron en réplica a la visión positivista de Chávez y Guerrero, como lo fueron los "titanes de la filosofía mexicana": Antonio Caso, José Vasconcelos y Alfonso Reyes, para tener una noción amplia del tema de la mexicanidad y posteriormente, realizar una crítica hacia sus trabajos.

## 2. Orígenes de la mexicanidad a través del ocaso positivista

### Ezequiel A. Chávez y los “rasgos mexicanos”

> Su firme amor a la tierra, con lo que ha vivido por siglos en estricta unión y de la que ha sacado su vida misma, se ha suscitado también por la repetida influencia de inveteradas condiciones de un medio social despótico, la aversión por cuanto pueda limitar su libertad personal [...]. Cuando está sumergido en la civilización que no entiende, lo hace soportar, lo vuelve estoico; pero que en cambio le da entereza extraordinaria cuando ese sentimiento de impotencia se desvanece [...]. Perecen con verdadero estoicismo en los campos de batalla; en el patíbulo, sin pestañear siquiera [...]. Su amor a la tierra que le da de comer, su aversión idiosincrática y laudable a todo despotismo, su frecuente inclinación a la embriaguez y su indiferencia impávida por la muerte.
>
> Ezequiel A. Chávez (1901, pp. 32-33)

Durante 1901 se publicó un ensayo que consagró a un filósofo y jurista mexicano nacido en Aguas Calientes (1868-1946). Ezequiel A. Chávez, heredero del positivismo comtiano y de grandes pensadores británicos como Hebert Spencer, John Stuart Mill y E. Tichener, entre otros. Personajes que ligaron en él aquella gran intención de encontrar leyes universales que ayudaran a comprender y a encaminar a la sociedad mexicana hacia el progreso que surgía desde la dictadura de Porfirio Díaz.

Chávez fue el principal precursor de la búsqueda de una identidad mexicana, la cual sustentaba entre líneas la preocupación por entender "las condiciones psíquicas del mexicano", fue sin duda alguna también respaldado por el lema positivista: “orden y progreso”. Sin embargo Chávez localizó la problemática que dificultaba encaminar a la sociedad mexicana a las exigencias que demandaba Occidente.

La famosa publicación desencadenaría reacciones y promovería estudios sobre lo mexicano durante todo el siglo XX. Su ensayo salió a la luz en la Revista Positiva (número 3, el primero de Marzo de 1901) y se tituló: "Ensayo sobre los rasgos distintivos de la sensibilidad como factor del carácter mexicano". Por medio de este trabajo Chávez realizó la crítica de una problemática sobre el funcionamiento de la sociedad en el país, la cual comenzó afirmando que las condiciones psíquicas de cada nación son completamente distintas, y debido a esto no era posible tener un buen funcionamiento de las instituciones políticas o educativas trasladadas a tabula rasa desde Occidente europeo a Latinoamérica.

A su vez Chávez también señalaba que dichas diferencias entre las sociedades, daban la posibilidad de su estudio y observación para lograr la adaptación de las exigencias institucionales a las circunstancias del país, mediante métodos eficaces que permitieran encaminar hacia el progreso nacional.

Al proponer Chávez el estudio sobre lo mexicano, se dio a la tarea de manejar conceptos como: "carácter del mexicano, condiciones psíquicas y sensibilidad del mexicano". Los cuales también irían a la par de la clasificación que realizó sobre las clases sociales —que a principios del siglo XX, tuvieron un gran valor para el estudio que desembocaría en la propuesta del filósofo de Aguas Calientes—, como lo son: "los indígenas, los mestizos vulgares, los mestizos superiores, los extranjeros (europeos) y criollos", acentuando así los componentes principales del pueblo mexicano.

De esa manera realiza una descripción, generando categorías sobre la forma en cómo actúa la sensibilidad en las emociones de cada uno de ellos. Si es

que dicha sensibilidad despierta emociones o no, y posteriormente identificar de forma adecuada cómo se refleja esto en el carácter mexicano, para poder comprender la duración y la fuerza de la sensibilidad en la vida cotidiana.

En primer lugar Chávez menciona al indígena como un personaje elemental de las sociedades latinoamericanas, sin embargo lo señala como un ser incapaz de excitar su sensibilidad frente a diversas situaciones de la vida, así como a las vicisitudes que ésta presenta. Insensible a la muerte e incapaz de romper con las cadenas que arraiga, incapacitado a cambiar sus hábitos o costumbres, su negativa se ve reflejada en el idioma o lingüística, algo que ni el propio catolicismo logró erradicar en él, porque el indígena sólo asimiló las formas exteriores y los ritos. Empero, Chávez denunció al indígena como "el talón de Aquiles" del positivismo en América Latina, cosa que para él dificultó el tránsito hacia el progreso de dichas sociedades porque asumió la incapacidad del indígena para concebir a la modernidad, o en términos estrictos: el significado de nación o de Estado.

Chávez deja percibir en su ensayo “La sensibilidad del mexicano”, al eurocentrismo que tanto caracterizó la formación de nuestro país desde el siglo XIX hasta el siglo XX, comparando tajantemente las incapacidades del indígena en contraste con las razas mezcladas, pero hace hincapié en la mayor capacidad para experimentar emociones en extranjeros (europeos) y en sus descendientes, haciendo referencia a aquellos personajes característicos del inicio del México independiente, como Iturbide o Santa Anna.

Después hace una distinción entre mestizos: el mestizo superior y el mestizo vulgar. El primero hijo de familias mezcladas pero no muy bien refinadas,

aquellos que han soportado el desgaste de las castas, más aún frente a la imagen del criollo, ya que de esa manera lograron conservar su propia posición dentro de un sistema clasista y racial al que consideró casi invisible. En segundo lugar, poseedor de una sensibilidad variable, "los mezclados sin árbol genealógico fijo", aquellos que buscan saciar sus apetitos próximos, los que se endeudan y despilfarran su trabajo en banalidades, inestables emocionalmente a tal grado de culminar en el engaño amoroso; aquello que los hace ser incapaces de formar familias estables o tener viviendas cómodas porque son próximos al hedonismo y pansexualismo.

Chávez nos muestra con énfasis la diferencia entre los dos mestizos que él cataloga, el vulgar; que actúa como un desheredado, carente de familia o de hogar, no espera nada de nadie, es incapaz de adaptarse, todo sumado a que su sensibilidad no llegue a ser intelectual, tal vez sí cerebral pero abstracto y poseedor de deducción. El filósofo de Aguas Calientes, hace referencia a Francisco Bulnes en su ensayo —personaje perteneciente al grupo de los científicos durante el régimen de Porfirio Díaz—, para definir puntualmente la imagen del mestizo vulgar de la siguiente forma:

> Es fanfarrón y valiente... Pero no es supersticioso, ni pórtico, ni semidiós... Es prácticamente polígamo, infiel a todas sus damas, a sus dioses y a sus reyes. Es un espíritu bárbaramente... Escéptico desinteresado como el indio, con una gran virtud, nada, ni nadie le produce envidia. No tiene más aspiración más que la de ser muy hombre... Ama a su patria y tiene el sentimiento de lo que es una gran nación; es fiel como un árabe, cuando promete pelear e informal como un astrólogo cuando promete saldar sus deudas... Es anticlerical, jacobino sin apetito sanguinario: se burla de los frailes sin aborrecerlos y le entusiasma todo lo que es progreso, osadía, civilización (Chávez, 1901, p.34).

Por otro lado, señala del mestizo superior su capacidad de superación intelectual, la cual se complementa con su facilidad para experimentar todas las

emociones que se avivan con ideas, las cuales tiempo después son transformadas en ideales. Han despertado en él, el sentir de la Independencia, de las reformas, la educación, de los grandes cambios que lo hacen ser impaciente y pragmático. "Estrellándose hoy en parte con las realidades tardías, corrigiéndolas hoy mismo y sin esperar a mañana para provocar nuevas auroras"(Chávez, 1901, p.35).

De esta manera Chávez señaló el primer rasgo distintivo de la sensibilidad mexicana, enunciando lo siguiente: "Por lo que se refiere a su modo de producción: superabundantemente fácil en el europeo y en el criollo, relativamente moderada en el mestizo de buena cuna, casi imposible en el indio; variable pero a menudo rápida en el mestizo vulgar" (Chávez, 1901, p.31).

Las diferencias que encuentra Chávez, enunciadas desde el procedente de las castas, también son para él un gran distintivo y cisma de nuestras masas sociales, lo cual impacta directamente en el pensamiento de los individuos. Asimismo, trata de descifrar las características psíquicas de lo mexicano, sin embargo debo mencionar lo siguiente: Chávez le da mucha importancia al indígena por esa incapacidad de excitar sus sensaciones —como ya he mencionado antes—, por representar el problema más grande del progreso positivista, lo describe unido a la tierra, tal vez de forma ancestral y milenaria, unido a lo único que ha representado el despertar de su ser. He aquí un gran hallazgo, aquello que lo hace ser estoico desde los tiempos remotos en donde el peninsular o el criollo buscaron arrebatarle sus pobres tierras, la única posesión que le puede dar sentido a su existencia, al significado de ser históricamente la "carne de cañón" de las guerras que este país ha librado, y la posible gran

herencia que le brindó al mestizaje. Aunque para Chávez represente una amenaza, la herencia acribillada del indígena le ha brindado al mestizaje una gran dosis de estoicismo, como primera etapa de la inconformidad o rechazo a la injusticia.

Chávez describe la existencia de un sentimiento en el indígena que es más grande que la gratitud y muy próximo a la adoración. Éste es un estado afectivo hacia sus protectores como lo ocurrido en Paraguay con fray Pedro de Gante, o con la Virgen de Guadalupe en México. Un estado denigrado por la perspectiva positivista del autor, catalogado como algo irracional, pero sin duda, referente de la herencia indígena contra el sufrimiento, el despotismo y la opresión. Si el mestizo vaga con la sombra de ser desplazado por el criollo, el indígena fusiona el odio con el desprecio que recibe de la tiranía que se le impone, despertando en él un sentimiento patriótico que muchas veces lo incita a revelarse mediante la capacidad del intelecto, tal es el caso —como lo menciona Chávez— de Vicente Guerrero, Benito Juárez, Cuauhtémoc y Morelos.

En suma el mestizaje generó para Chávez una serie de contrastes, desde los impulsos de los mestizos hasta el silencio de los inamovibles indígenas, salvo excepciones de los que llegan a superarse mediante la intelectualidad, como Juárez o Díaz. Desde la reacción en contra del sometimiento, donde el mestizo es proclive a generar revuelos pero sin cambiar absolutamente nada de su situación, contrastado con el indígena que sólo reacciona tras el cúmulo de sentimientos, cualidad que lo mantiene eternamente sometido por personajes como los hacendados o los caciques.

Todos diferentes a sus sensibilidades y a los rasgos distintivos que definen el carácter mexicano, pero también opuestos como el mestizo vulgar frente al indígena. El primero, pasional y explosivo, difiere con el silencio y la inmutabilidad del segundo, es terco y obstinado, sumamente impulsivo e irracional, y es frágil reaccionario a cualquier embate, por eso mismo Chávez lo considera como "el pelado mexicano".

En cuanto al mestizo superior, el filósofo asegura que se encuentra entre el altruismo y el egoísmo, cosa no común en las castas. Reflexivo y poseedor de la virtud de sentir lo que otros sienten, es capaz de resolver grandes problemas nacionales, ya que simpatizan notoriamente con el progreso y la moral. Ezequiel Chávez resume sus características con las siguientes palabras: "en lo relativo a su producción: difícil para el indio, fácil para el criollo, intermedia para el mestizo superior y variable para el mestizo vulgar"(Chávez, 1901, p.43).

Así el filósofo de Aguascalientes hace detonar el *boom* sobre el estudio de lo mexicano, con la firme intención de encontrar la medida adecuada para poder adaptar las características de un pueblo a sus instituciones.

Es el comienzo del siglo XX. El comienzo de una búsqueda que aparentemente no ha podido concluir, y que en la actualidad ha sido una de las grandes herramientas en la construcción y desarrollo del sistema político mexicano. Como hemos visto, Ezequiel Chávez es uno de los principales exponentes en pronunciar el estudio sobre lo mexicano, fiel promotor del positivismo, así como de su vasta intención para encontrar una moral (Chávez, 1894) adecuada para la conducción de la sociedad hacia el progreso.

En suma, para Chávez la mexicanidad es considerada como un gran problema, puesto que todo lo que engloba, es un gran obstáculo para el progreso positivista, el desarrollo de instituciones y la consolidación de un Estado. Dicho conflicto tiene un antecedente histórico y social proveniente de la colonia y principalmente por el orden de las castas.

No obstante, la mexicanidad en la sociedad mexicana descrita por Chávez es realista hasta caer en el pesimismo, es una condicionante para el actuar y el pensar de los individuos, debido a la inmutabilidad de la sensibilidad tanto de indios como de mestizos, cosa similar al estoicismo. Por dicha razón el filósofo positivista propuso el estudio de la mexicanidad para poder así, encontrar una solución a los males por él descritos.

## Julio Guerrero y “la pasión mexicana”

> En México no es posible cerrar los ojos al espectáculo de la miseria, á las degradaciones y repugnancias que incuba; ni á las ruinas o vetusteces que una época revuelta no ha llegado en sus caserones destartalados. [...] el espectáculo cotidiano de mendigos que levantan la frente y lucen harapos en la atmósfera de dioses han producido el sentimiento del ridículo, y el aticismo citadino de nuestro pueblo: alegre y burlón en tiempos de aguas: burlón y sanguinario en el de secas: pero que rechaza siempre con risas, toda costumbre, moda, ó empresa que rompa la armonía de un aspecto habitual.
>
> Julio Guerrero (1977, p. 53)

La herencia positivista y porfirista se hacía presente en el estudio de lo mexicano —casi a la par de la publicación del ensayo de Chávez (1901) denominado: “La sensibilidad del mexicano” —, se publicaría el estudio de: “La génesis del crimen en México”, por parte del jurista Julio Guerrero (1862-1937) —abogado y sociólogo, precursor de la sociología mexicana—, el cual ejemplificaría el usar del pensamiento de Augusto Comte y Emilio Durkheim en lo social. Cabe señalar que Guerrero es considerado un naturalista, liberal, moralista, capaz de aportar un profundo toque pesimista al estudio de lo mexicano (Kuri, 1999).

En el estudio de la criminalidad mexicana encuentra factores característicos de la sociedad, enfocado especialmente en el origen de los fenómenos, sumado a la importancia de la herencia histórica procedente de la violencia generada en el siglo XIX, o bien desde el México independiente, por esta razón define que "no hay nada más lúgubre que nuestra historia independiente"(Kuri, 1999, pp. 43-56). Asimismo, utiliza el concepto de "circunstancias" para definir la importancia del acontecer cultural-histórico-social en el mexicano.

Debo mencionar que la metodología positivista utilizada en la obra de Julio Guerrero, involucra la descripción casi total del entorno en el que se desarrollaba la vida del individuo en la Ciudad de México, para dar respuesta a la anomia social traducida en: crimen. Su estudio involucra factores como: "la atmosfera, el territorio, así como el comportamiento social, en respuesta a los acontecimientos del fin de la dictadura porfirista y el estallido de la revolución; como el citadismo, los atavismos, la crisis religiosa frente a los valores modernos emanados de la cientificidad en los credos, entre más" (Guerrero, 1977).

De la misma forma, Guerrero logra generar un catálogo de diferentes personajes en su estudio, tomando en cuenta las clases sociales y su vida sexual, para afirmar factores que impactan en su actuar y en la facilidad de caer en la realización de crímenes, véase en la siguiente tabla:

**Tabla 1**
**La ciudad de México según patrón de relación sexual**

| *Clase social* | *Patrón de relación sexual* | *Tipos sociales representativos* | *Consecuencias sociales y civiles* |
|---|---|---|---|
| Clase 1 | Monogámica | Señora decente, beata. | Matrimonio soluble o definitivo |
| Clase 2 | Poligámica | Artesanos, gendarmes, empleados de comercio, burócratas. Empleados de casas extranjeras. | "Estado doméstico de celos y rivalidades". (La excepción pueden ser los empleados extranjeros, que presentan patrones más estables de relaciones conyugales.) |
| Clase 3 | Poliándrica | Tropa y soldadera; obreros nuevos; sirvientes: a) campesinos migrantes y b) hijos de artesanos o de otros sirvientes. | "Extinción de la patria potestad". (La excepción en este caso son los sirvientes de origen campesino, que son más disciplinados y leales.) |
| Clase 4 | Total promiscuidad de los sexos | Mendigos, traperos, papeleros, seberos, hilacheras, fregonas; indígenas ("últimos restos de los antiguos aztecas"). | "Extinción de las estirpes". (Pero "los restos de los antiguos aztecas" generalmente escapan a la promiscuidad y a la profecía de la extinción de su estirpe.) |

*Fuente obtenida de Julio Guerrero: ciencia y pesimismo en el 900 mexicano (Kuri, 1999, p. 47).

Se debe mencionar el cuidado sobre la observación de su estudio, ya que en su mayoría es clasista. Esto se puede observar en la importancia que le da a los oficios, castas y posiciones sociales, entre más, denostando abiertamente al indígena y a su herencia cultural. Empero, el positivismo no sólo ayudó a generar categorías sociales, sino también a consagrar imágenes de ídolos y santos, de héroes, villanos y criminales. Modelos que lograron consolidarse en la historia mexicana; nacionalista y patriótica durante el siglo XX. Algo no muy alejado a la relación cordial que estableció el porfiriato con el clero desde finales del siglo XIX, sabiendo que el positivismo buscó arduamente generar un control mediante la dominación social —leyes universales—, sustentándose en el famoso lema: "amor, orden y progreso".

Sin embargo, Guerrero mantiene la importancia que otorga la moral para definir el comportamiento social, haciendo hincapié en la pérdida de la moral-religiosa que se presentó tras las Leyes de Reforma en el sistema educativo, a su vez propuso recuperar una "moral laica", algo que sin lugar a dudas dejó entrever una de las problemáticas que heredó la modernidad en sociedades como la nuestra, cosa que para Guerrero representó la oportunidad de generar un sistema educativo eficiente y fuerte en el país.

Por otra parte, Roger Bartra recupera la respuesta que Guerrero realizó sobre la discusión de su obra —llevada a cabo por parte de la Sociedad Positivista— con el título de: "pasiones mexicanas" (Guerrero, 1901, pp. 47-53). Ésta respuesta la realiza Guerrero en la revista La República de la cual él fue

dueño, y de ésta forma no sólo dio los agradecimientos al interés de sus estudios, sino también reconoció el inicio de un "nuevo credo moral" por parte de su estudio y exhortó a participar en la investigación sobre el "carácter de lo mexicano".

A su vez Guerrero —a manera de réplica para Miguel S. Macedo— aclaró la relación que existe entre el mexicano con el alcohol y la melancolía. Afirmando que el mexicano no puede considerarse como un ser triste por naturaleza, pero con la ausencia del alcohol suele tener fáciles tendencias a recaer en la melancolía. Esto lo expresa de la siguiente forma:

> Cuando la atmósfera no está cargada, el espíritu se sosiega; pero la reacción es en sentido depresivo, y por eso el mexicano que no tiene alcohol, aunque no es triste por naturaleza, tiene accesos de melancolía, como lo prueba el tono espontáneamente elegíaco de sus poetas, desde Netzahualcóyotl, o el que firmó las composiciones conocidas con su nombre, la serie inacabable de románticos en los tiempos modernos, y la música popular mexicana, escrita en tono menor; esas danzas llenas de melancolía que las bandas militares lanzan en los parques públicos a las brisas crepusculares, preñadas de suspiros y sollozos; y esas canciones populares que al son de la guitarra en las noches de luna se entonan en las casas de vecindad, o por los gallos que recorren las avenidas. El medio que habitamos suele transformar en tendencias melancólicas la gravedad del indio la seriedad del castellano. En la capital, sin embargo, el uso del alcohol y otras causas que después estudiaré, a veces neutralizan este resultado, desarrollando un aticismo rudo y malévolo que hace reír del prójimo; y una filosofía semiestoica y semiburlona que hace desdeñar la vida y afrontar la muerte a balazos o puñaladas por cualquier chiste de periódico o párrafo de gacetilla (Guerrero, 1901, pp. 48-49).

De esta manera Guerrero contradice lo señalado por Macedo, quien afirmaba que el mexicano tiene una reacción diferente con el alcohol, asegurando así que el alcohol provoca en el mexicano una aproximación a “la malignidad y a la ira impulsiva” (Kuri, 1999, p. 49) y no a la melancolía o alegría. Lo cierto es que Guerrero nota claramente que el efecto del alcohol es el mismo en el mexicano de cualquier clase social; lo mismo en ricos que en pobres. Guerrero reconoce

también la incapacidad de generalizar a niveles macro, ya que aclara que su estudio se realiza únicamente en la ciudad de México.

Se ha visto con la investigación de la conducta o del carácter del mexicano que desde sus orígenes el positivismo influyó; en la búsqueda de la respuesta a los fenómenos sociales —como bien lo ejemplificó Guerrero (1977) en *La génesis de la criminalidad en México*—, presente en el desarrollo de lo mexicano desde la época independiente en el siglo XIX, así como la manera en que impactó a inicios del siglo XX.

No se puede negar los aportes que dieron los estudios positivistas sobre lo mexicano, pero tampoco se podrá generalizar en categorías a la complejidad que representa el mestizaje en nuestro país. Tanto Chávez, como Guerrero, tuvieron un gran interés en generar una moral social para regular la conducta de los individuos. Asimismo, considero que la búsqueda del significado de lo mexicano también ayudó a la creación de una dominación político-social durante el siglo XX.

En síntesis, fiel a la tradición positivista, Guerrero peca de realismo hasta llegar al pesimismo, ya que sitúa a la mexicanidad como una gran problemática social, puesto que ésta, carece de una moral propia, es altamente melancólica, violenta, contradictoria a la modernidad, y hace de los individuos el ser proclives al alcoholismo, la exacerbación de las pasiones y la criminalidad.

## 3. Rescate de la esencia humana en la mexicanidad. El ateneo de la juventud

### La cátedra de un Maestro: Antonio Caso

> Os convoqué esta noche para deciros cómo pienso que ha de ser la cultura del mexicano: abrid de par en par vuestros pechos a los cuatro vientos del espíritu, como decía Víctor Hugo; sí, a los cuatro vientos del espíritu. Dejad que penetren en él todas las innovaciones, todas las teorías, todas las civilizaciones; pero mantened incólume una tradición, mantened incólume un alma colectiva [...]. No destrocéis el pasado, aprovechadlo: la obra humana es siempre un atavismo, una herencia; no desoigáis la voz de nuestros mayores: un progreso no se hace con saltos; es indispensable construirlo con antecedentes y después injertarlo con consiguientes. Maravilláos si esos consiguientes son los polvos de aquellos lodos, es decir, la construcción derivada de aquellas construcciones iniciales.
>
> Antonio Caso (1922, p. 93)

Antonio Caso (1883-1946) es uno de los grandes exponentes de la filosofía mexicana junto con otros personajes como Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña y José Vasconcelos, para así encabezar el grupo llamado: el Ateneo de la Juventud; el cual brotaría como réplica en contra del positivismo que imperaba desde la dictadura porfirista, y que sin duda alguna marcaría el comienzo del siglo XX; a nivel educativo, político, intelectual, institucional, artístico, entre más (Krauze, 2007).

La reacción intelectual del Ateneo se opuso al determinismo positivista; generado por Comte y Spencer, tratando de recuperar valores que sólo la filosofía, el arte y la música podían otorgar. Cabe señalar también la importancia que otorgó Caso al conflicto de las civilizaciones que fueron fuertemente azotadas por la cultura occidental; durante la conquista y la colonia, ya que esto representaba un gran problema para el maestro del Ateneo, porque el país carecía de una colectividad cultural, o bien dicho, se carecía de una unidad racial que desde su

punto de vista, pesaría notoriamente en el transcurso del siglo XX (Caso, 1923d, pp. 55-58)

Caso y el ateneo tomarían la tarea de emprender campañas para el fomento cultural, filosófico y artístico, ya que para ellos era importante la educación del pueblo para obtener un buen funcionamiento de la nación, y a su vez hacerle frente a los retos que exigía el comienzo del siglo XX. De esta manera Caso encabezó una oleada intelectual para recuperar el pensamiento reflexivo que pudiera impactar en la educación, sustentado en las obras de Platón; así como de muchos filósofos griegos, Emmanuel Kant, Henry Bergson, Goethe, Schopenhauer, Friedrich Nietzsche, entre otros, lo cual influyó fuertemente en el surgimiento de una filosofía mexicana para dar respuesta a los conflictos que se avecinaban.

Caso (1922) tomaría conciencia de los cambios que se presentaban a nivel mundial durante el comienzo del siglo XX, así como de los sucesos que acontecían en México; con la guerra de revolución y la instauración de un Estado moderno, en donde se buscaba olvidar la dictadura porfirista, con las promesas que ofrecía la revolución en nombre de la democracia, haciendo de esto varias reflexiones en ensayos y artículos publicados en diferentes periódicos o revistas, como Revista de Revistas o el Universal Independiente. Entre los más destacados podemos encontrar los enunciados por Roger Bartra (2006): *"El problema de México"* —publicado el 23 de diciembre de 1923 en *Revista de Revistas*— y "México: ¡alas y plomo!" —publicado el 10 de febrero de 1924—.

Caso describe que la incapacidad para conciliar las secuelas del choque cultural que dejó la conquista y la colonia, serían un factor primordial para fracasar

en el intento por conseguir avances democráticos, "nuestra turbulenta democracia, caótica muchas veces y delincuente, es, no obstante, la mayor defensa de los pueblos latinoamericanos ante la avasalladora acción de los Estados Unidos" (Caso, 1923b, p. 108). Por la misma razón, Antonio Caso también declararía que el socialismo se encontraba abismalmente alejado de proporcionar un beneficio real a la nación, a su vez, las exigencias provenientes de Europa Occidental y de Norteamérica se contraponían y generaban un escenario de crisis frente al devenir del país, ya que la falta de autenticidad para afrontar los retos mundiales a comienzos del siglo XX no se resolverían imitando a las grandes potencias, como pasó anteriormente con el positivismo.

Un ejemplo clave para ilustrar la problemática nacional, se presenta en el artículo donde aclara el “Por qué somos tan pobres” (Caso, 1923a, pp, 117-119); comparando al México naciente de la revolución con países como: Francia, Inglaterra, China y Estados Unidos. Denunciando la presunción de vivir como en la antigua Grecia; con un abuso por la política, la guerra o el ocio (Caso, 1923), dejando de lado por completo a las actividades productivas del país; como la industria y el comercio en manos extranjeras en vez de sacarles beneficios propios.

De la misma forma observaba de una manera crítica, la incapacidad que tiene la nación para inventar o tener creatividad, señalando también que estas afecciones no sólo se presentan en el ámbito social, sino también en el psicológico del actuar de los individuos. Es evidente que Caso realizó un vasto número de comparaciones con naciones que sí llegaron a tener un buen desarrollo a

comienzos del siglo XX, asumiendo como condición grave dicha problemática para el porvenir de la nación.

México —aclara Caso— no ha sido un pueblo que se caracterice por generar inventos o teorías que revolucionen al mundo como lo hizo Einstein, y mucho menos por poseer una creatividad que se refleje en el desarrollo tecnológico. Caso señala que la actividad productiva del país —tanto industrial o tecnológica—, recae fuertemente en manos extranjeras, lo cual no permite que se pueda tener una independencia plena para su desarrollo, "un progreso no se hace con saltos; es indispensable construirlo con antecedentes y después injertarlo con consiguientes" (Caso, 1922, p. 93).

Huelga decir que su propuesta puede sintetizarse para resolver la problemática que dejó la conquista y la colonia, algo que se reflejó en las desigualdades sociales notorias al inicio de la construcción de nuestro Estado-Nación. A esto, propone Caso echar un vistazo al pasado, a la historia que se ha heredado y a la incorporación "del mundo moderno". "Maravilláos si esos consiguientes son los polvos de aquellos lodos, es decir, la construcción derivada de aquellas construcciones iniciales" (Caso, 1922, pp. 81-109).

Caso mencionó que:

> […] la nación mexicana se deriva de España y la cultura autóctona; porque, esta última, lejos de significar poco en la evolución social del mundo, es, con la cultura incaica, una de las pocas elaboraciones originales de todos los tiempos. Su sitio, colócase inmediatamente después de las grandes civilizaciones orientales: la China, indostánica, la persa, la egipcia y la caldeoasiria (Caso, 1924, p. 59).

Hago una aclaración importante, ya que es vasta la obra de Caso, la cual, nos puede ir proporcionando un rompecabezas que sirve para comprender el surgimiento de aquella búsqueda de identidad nacional que se generó a inicios del

siglo XX, mediante el surgimiento de la filosofía mexicana. Y a pesar de todos los descontentos y críticas que podemos encontrar en sus publicaciones —al igual que en muchas de diversos personajes—, quiero rescatar algo muy importante, presente en la diferenciación que el maestro Caso realizó sobre el heroísmo (Caso, 1923a, pp. 104-105), tomando en cuenta la dualidad entre la juventud y la vejez:

> El heroísmo es diverso en el joven y en el viejo. El joven tiene por delante la vida; el viejo, dice Schopenhauer, la va teniendo por detrás. El joven parecería mejor dispuesto al heroísmo que el viejo, y, sin embargo, acaso pueda ser lo contrario. Digo acaso, porque el heroísmo es una gran pasión del alma que, en un momento dado, nos arrastra fuera de nuestra vida ordinaria como poseídos por un demonio o un dios, a cuyo conjuro oculto y mágico brotan las hazañas más estupendas de la historia. En el fondo, sin embargo, el joven está siempre dispuesto al heroísmo. No sabe todavía, plenamente, lo que vale la vida. El viejo ya lo ha podido probar (Caso, 1923a, p.103).

Puedo afirmar que el heroísmo, como semilla que brota de la juventud, no se encuentra tan lejos de aquel estoicismo que los positivistas encontraban en el indígena —algo que fue una herencia acribillada—, ya que esto ha sido una de las cualidades principales que se ha tenido en la cultura mexicana para generar cambios —o al menos intentarlos—, así como el ir contra corriente a diversas imposiciones u opresiones —muchas que podemos encontrar desde el México precolombino, la conquista, colonia y las exigencias modernas de Occidente—, el ejemplo que bien puede ilustrar lo señalado, es el surgimiento del Ateneo de la Juventud que Caso y muchos más conformaron y que posteriormente, sería fuente de inspiración o detonante para el surgimiento de otros grupos de intelectuales como el de los Siete Sabios o el Grupo Filosófico Hiperión.

> El verdadero redentor no es el iluso que desconoce el suelo que pisa, sino el sabio que combina lo real y lo ideal en proporciones armoniosas. Lo ideal no es lo irreal, sino la realidad misma que se combina con la inteligencia y se depura y magnífica en ella (Caso, 1924, p.60).

En suma, podemos encontrar muchas características distintivas del mexicano; negativas y positivas, algunas que se presentan como virtudes, otras como defectos, sin embargo la importancia del autoconocimiento; así como de los diferentes arquetipos o características nacionales, nos pueden ayudar a comprender actualmente a la realidad nacional.

De la misma manera, Caso parte de una visión realista, esperanzadora, tal vez proclive a ser idealista, empero, para él la mexicanidad se presenta como oportunidad para afrontar los retos, para conciliar la herencia española, principalmente para resolver los conflictos que nos ha heredado la historia, el pasado. Ya que será la única manera de forjar una democracia y terminar con las desigualdades.

José Vasconcelos y su Ulises Criollo

> La voluntad puede mover montañas es el lema de Peer Gynt ibseniano, personaje con el cual en más de una ocasión se identifica Vasconcelos. La aplicación de una energía sobrehumana en la forja de un destino los emparenta. Ambos se conciben como hacedores de un futuro personal fuera de lo normal, donde hasta el azar resulta producto de la propia energía. "El arte de ser capaz de verdaderas hazañas consiste en poseer la libertad de opción en medio de las emboscadas de la vida.
>
> José Vasconcelos (2012b, prólogo XVI)

Nacido en Oaxaca el 27 de febrero de 1887, José Vasconcelos es uno de los personajes herederos del ateneo de la juventud, encabezado por Antonio Caso, Pedro Herríquez Ureña y Alfonso Reyes. El Ateneo, como ya vimos, fue un grupo de intelectuales que buscaban formular bases distintas a las impuestas por el positivismo comtiano, a través del estudio de la filosofía griega, como aquella ilustrada en los diálogos de Platón, así como de la filosofía de Kant, Hegel, Zeller, Descartes, Windelband, Weber y Fouillé.

Vasconcelos menciona, a través de su Ulises Criollo —obra autobiográfica—, su gusto personal por Schopenhauer, Dostoievski y Nietzsche, al igual que su predilección por la Escuela de Alejandría que conoció gracias a Vecherot, afirmando:

> Por mi parte adopté el comtismo y el evolucionismo y después el voluntarismo de Schopenhauer, como otras tantas etapas del largo experimento filosófico que sería toda mi vida. Aceptaba la cosmografía mecánica, pero sin prescindir del primer motor misterioso, y en vano pretendía Spencer convencernos de que la aparición de Cristo era un episodio sin mayor importancia en el desarrollo humano (Vasconcelos, 2012b, p. 177).

De la misma forma en que Vasconcelos definía sus gustos filosóficos, señalaba que sus compañeros simpatizaban por Goethe, sin embargo, todos llegaban a igualar como él, sus críticas hacia el evolucionismo de Spencer, el

positivismo de Comte y Durkheim, aproximando sus estudios a la Historia de las ideas estéticas y los heterodoxos, así como al misticismo de Oriente, ya que la principal preocupación del ateneo de la juventud era la esencia del pensamiento, el ser y no la cultura. Esto sin lugar a dudas fue algo de suma importancia para Vasconcelos, afirmando: "El poderoso misticismo oriental nos habría senderos más altos que la ruin especulación científica" (Vasconcelos, 2012b, pp. 229-230).

Él menciona que las reuniones se hacían en casa de Alfonso Reyes o de Antonio Caso, éste último, el cual lo describe como duro en sus relaciones con los demás, casi antisocial, tuvo una fuerte influencia sobre el grupo de los jóvenes atenienses, en particular para Vasconcelos, al cual, en diversas cartas, Caso señalaba tanto el descontento o el estar de acuerdo con los escritos que Vasconcelos realizaba, así como aquellos consejos que como maestro siempre fueron considerados en su formación académica como lo siguiente: "Para escribir hay que pensar con la mano también, no sólo con la cabeza y el corazón".[1]

Vasconcelos desde muy temprana edad tiene que transitar por distintos Estados de la República Mexicana gracias al trabajo de su padre, factor primordial para su formación académica, ya que pudo conocer directamente el contraste entre lo que esconde la cultura mexicana —como lo son las castas heredadas por la colonia— frente a la norteamericana. Desde su infancia, ya viviendo en Piedras Negras, cursó el comienzo de sus estudios en *Eagle Pass* —escuela norteamericana—, teniendo que enfrentarse en una lucha por defender su identidad mexicana, de manera académica; como en aquellas clases de historia

[1] Carta de Alfonso Reyes a José Vasconcelos el 25 de mayo de 1921 (Vasconcelos, 2012b, prólog

donde siempre hacia notar que México es un país con un rico antecedente prehispánico y colonial, al igual que, tuvo que defenderse a puños para ganarse un respeto frente a sus compañeros estadounidenses, esto sumado al fuerte existencialismo que él mismo afirmó poseer desde pequeño, ya que desde niño cuestionaba el ¿quién soy? Y el ¿qué soy?

Él siempre asumió la importancia de la transformación cultural, ya que observaba el vasto desarrollo estadounidense, expresando lo siguiente: "el ejemplo de Norteamérica nos obliga a transformar nuestra cultura en una civilización de manos y manofacturas" (Vasconcelos, 2012b, p. 100), ya que la industria norteamericana comienza a despuntar como potencia económica desde finales del siglo XIX y principios del XX.

Varado entre culturas, el Ulises Criollo hace mención en sus relatos de infancia, de cómo el norteamericano siempre expresaba su desprecio contra todo aquello emanado del español, como el gachupín o el criollo, empero, la sorpresa de Vasconcelos se encontraba en la simpatía que los estadounidenses depositaban en los indígenas, aquellos mal vistos por el positivismo porfirista como el antes mencionado por Chávez.

Tiempo más tarde, siempre asombrado por el conocimiento que adquiría a través del estudio, pudo recibirse como jurista para después ser miembro del ateneo. En su juventud, experimentó una de las características de lo mexicano, aquella mencionada por Roger Bartra (2005): "la melancolía", describiendo lo siguiente, tras su solitaria estancia universitaria:

“Metido en mi cuarto de estudiante pasaba las primeras horas del anochecer frente a los libros; pero bastaba que una guitarra gimiese a distancia para que toda la melancolía pesara sobre mis hombros” (Vasconcelos, 2012b, p. 181).

Asimismo, puedo asegurar que aquella melancolía y soledad con las que muchas veces se encontró, lo harían aproximarse al gusto por la filosofía vitalista de Schopenhauer y Nietzsche, no sólo por la crudeza con la que estos personajes concebían al mundo, a la vida o al ser humano, sino también, porque encontraba en el vitalismo nietzscheano una de las grandes excusas que todo mexicano adquiere para hacerle frente a las vicisitudes de la vida: la voluntad de poder.

Vasconcelos expresaba:

> Y en verdad, en aquellos tiempos el corazón me dolía con dolor físico, agudo. Me imaginaba enfermo perdido y a punto de concluir una vida que, al final y al cabo, no vale la pena ser vivida. Aunque mi cabeza estuviese cala, la sensibilidad la tenía en delirio. Leyendo las páginas en que Schopenhauer destila amargura, me sentía contagiado de negación sublime. Sufrir era una elección. Pues, acaso, ¿no era yo también un genio? Y examinando mi caso, creí descomponer mi cerebro, pieza a pieza, como quién limpia un juego de lente y espejos, les corrige la graduación y en seguida prende otra vez la llama. Y concluía:
>
> —Es el fanal lo que importa, y no el juego de los espejos (Vasconcelos, 2012b, p. 168).

Cabe señalar, que gracias a la formación católica que heredó de su familia, en especial de su madre, tuvo como muchos, un conflicto para concebir a la religión católica en contraste al conocimiento filosófico que iría adquiriendo a través del tiempo, sin embargo, siempre reconoció que la búsqueda por lo supremo o lo absoluto sería a través de la divinidad, mostrando su respeto hacia la imagen de la virgen de Guadalupe, ya que él mismo comprendía el gran significado y misticismo que ésta guardaba para la sociedad mexicana, al igual que el concepto de Dios, el cual muchos atribuían desgracias, atrocidades o

fracasos —como comúnmente se realiza por el mexicano promedio—, señalando: "[…] y no es verdad que el hombre pone y Dios dispone, porque no es justo achacar a la Providencia disparates, si es verdad que, a menudo la voluntad y el buen sentido cuentan menos que el humo de un cigarro en el viento" (Vasconcelos, 2012b, p.113).

Empero, a pesar de los conflictos que pudo encontrar con la religión, siempre mantuvo una postura acorde para encontrar la supremacía del hombre, a través de la divinidad, ya que sin lugar a dudas comprendía a la perfección la importancia social de ésta, porque aseguraba que tras el abandono de lo divino, el ser humano encuentra un camino plagado de agonía y atrocidades peores de las ya existentes, de esta manera Vasconcelos aseguró:

> Quien logra un vislumbre del estado de comunión con lo divino, adquiere también concepto congruente de las teorías que separan: el sujeto, el saber y su objeto. Sólo durante el fugaz instante de nuestra participación con lo absoluto, podemos afirmar que existimos. Cuando nos quedamos abandonados al propio azar, ya no somos un sujeto, un alma, ni siquiera una conciencia. Perdidos con el océano de los sucesos, desbarramos peor que el hecho físico que, por lo menos, tiene la ley de su género. Al divorciarnos de la esencia divina caemos en dispersión más radical que el explotar de los elementos del átomo. Se nos convierte la vida en girón de ímpetus desviados, ineptos, perdidos, caricatura odiosa del divino poder que impulsa el mundo.
>
> Potencia que ya no aspira porque pudo todo y lo rehusó para lograr lo absoluto. Al llegar a esta condición de voluntad, en el penúltimo de los anhelos, entra en acción el filósofo. Su territorio está más allá de la potencia y el acto (Vasconcelos, 2012b, pp. 209-210).

Vasconcelos afirmó que durante mucho tiempo un filósofo entra en un estado de búsqueda interna para definir sus intereses u objetivos, de la misma manera en que él concebía el tránsito del alma al espíritu, cosa que él mismo afirmó como parte elemental de todas sus obras, aseguró lo siguiente:

> La operación del espíritu en mi mecánica cósmica consistía precisamente en una mutación de valores, sublimación de la energía. Conversión de lo mecánico a lo espiritual por medio de un proceso psíquico, susceptible de ser

> observado, según método experimental y científico (Vasconcelos, 2012b, p. 234).

Sobrepasar el cuerpo y exaltar el alma, para así concebir un infinito. Aquel infinito que encierra cada tiempo y cada espacio que una idea y un objeto abarcan, pero que sin duda revelan el caótico universo en que vivimos, en cómo cada instante se presenta como una eternidad. Una eternidad que siempre se trata de ilustrar con la palabra.

El apoyo de Vasconcelos a Francisco I. Madero fue más que notorio durante la Revolución Mexicana, ya que la vida del filosofo oaxaqueño estuvo ligada con la transformación política del país, asumiendo él mismo, la importancia del actuar en el poder. La pelea ardua contra el positivismo se sumaba al desagrado que le tenía al viejo dictador Porfirio Díaz y a la opresión generada en diversos ámbitos de la vida social; como lo fue la vida política del país y en especial la educación.

La lucha por el derrocamiento de Díaz mantuvo a Vasconcelos en más de un exilio, represión y censura literaria, pero su esperanza y su fe ciega lo mantuvo firme para participar en la revolución que se aproximaba, así como esperar y creer que la situación del México del siglo XX fuera diferente, muy a pesar de ser consciente de los grandes defectos de la sociedad mexicana. Por esta razón Vasconcelos afirmó:

> Lentamente se había planteado una lucha doctrinaria dramática. Los porfiristas, cultos y escépticos, se afirmaban en la tesis de Bulnes: un pueblo de mestizos (ya lo había dicho Spencer), un agregado de *half breeds,* no podía aspirar a nada mejor que el tirano benévolo. [...] Sin embargo, una minoría idealista puede en cualquier instante levantar el nivel de un pueblo: la dictadura, jamás (Vasconcelos, 2012b, p. 303).

Durante la dictadura porfirista, Vasconcelos describió la represión que tuvo desde su época estudiantil, acusando al porfirismo de cinismo ruin, como aquella ocasión cuando realizaba sus estudios universitarios en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, donde describía que por medio de un prefecto se prohibía a todos los alumnos platicar con más de 5 personas en grupo, cosa que de inmediato era impedida. De la misma manera mencionaba el uso de un falso patriotismo para envenenar a la gente que en su mayoría era analfabeta y pobre, expresando su repudio a celebraciones como aquella del centenario de la independencia en donde sostuvo:

> Desde el balcón del Palacio Nacional la noche de la fiesta cívica, el tirano había gritado: "¡Viva la Libertad!" Y una multitud de imbéciles, desde la plaza, levantó el clamor que refrendaba la farsa. Para ellos libertad es su noche de gritería y alcohólico holgorio. Nada hay más antipático que el entusiasmo patriótico de un pueblo envilecido. La tolerancia del crimen en el Gobierno deshonrara el patriotismo que exige decoro antes que histerismo y loas. Y se toma soez toda alegría pública que convive con la impunidad, la imprudencia del gobernante. Por eso es asquerosa nuestra noche del 15. [...] Noches del 15 contemporáneas, juergas de constabularios, ebrios y caníbales (Vasconcelos, 2012b, p. 302).

Sin embargo, Vasconcelos, hombre de contradicciones, deslumbrado por el espejismo que ofreció la Revolución Mexicana tras el derrocamiento de Díaz. Relató la tragedia con la que culminó la dictadura y el comienzo de un nuevo régimen de traidores y canallas. Él mismo expresaba tras la muerte de Madero que México no merecía a un personaje como lo fue el Apóstol de la Democracia.

## “La quinta raza cósmica universal"; el legado vasconcelista.

> En la Historia no hay retornos, porque toda ella es transformación y novedad. Ninguna raza vuelve; cada una plantea su misión, la cumple y se va. Esta verdad rige lo mismo en los tiempos bíblicos que en los nuestros, todos los historiadores antiguos lo han formulado.
>
> José Vasconcelos (2012a, p.12)

Seducido en gran parte por la filosofía dialéctica de Hegel y la filosofía creacionista y de superación nietzscheana, Vasconcelos publica en 1925 una de sus obras más célebres y reconocidas a nivel mundial, La Raza Cósmica. Estudio por el cual enuncia —de manera futurista— la creencia del surgimiento de una supremacía racial en el continente americano, la cual daría origen a la quinta raza después de los negros, mongoles, indios y blancos. Raza denominada por él como: “la quinta raza cósmica universal”.

De esta manera, el filósofo oaxaqueño señala que a través del tiempo diversas razas han tenido gracias al mestizaje, una superación en donde se ha visto que grandes imperios como el Egipcio o el Romano, entre otros, logran alcanzar un auge o hegemonía en distintos niveles, como político, tecnológico, científico o social, para tiempo después desaparecer y dar partida a nuevas transformaciones raciales.

En cuanto al mestizaje, Vasconcelos lo consideraba como un proceso evolutivo necesario para el mejoramiento de la raza, al igual que aquellas transformaciones que pautaba Occidente europeo, ya que mencionaba que gracias al mestizaje se podría alcanzar una superación, para posteriormente tener en Latinoamérica las nuevas potencias mundiales. Sin embargo, Vasconcelos

señalaba que en nuestro país se había truncado aquel proceso gracias a la independencia de México en 1810, lo cual terminó acentuando más las diferencias raciales que merman la prosperidad del país.

De esta manera, Vasconcelos tomó siempre de referencia la comparación con nuestro vecino del norte, Estados Unidos, país que había logrado consolidarse como raza, generando una estabilidad política sobresaliente, al igual que una gran prosperidad industrial que se reflejaba en la calidad de vida de los norteamericanos, para lograr posicionarse como la potencia mundial más sobresaliente de inicios del siglo XX.

A su vez, Vasconcelos sabía la importancia que ha tenido la religión en los países latinoamericanos, aquel factor capaz de unificar e identificar a la gran mayoría de las personas. Empero, el contraste de varios países latinos provocado por la diferencia cultural, encerraba distinciones específicas a nivel religioso en comparación con la potencia estadounidense, tal es el caso de México, ya que era notorio los diferentes procesos históricos que cada país tomaba en el continente, después de independizarse de los imperios europeos, Vasconcelos mencionó:

> Reconozcamos que fue una desgracia no haber procedido con la cohesión que demostraron los del Norte; la raza prodigiosa, a los que solemos llenar de improperios, sólo porque nos han ganado cada partida de la lucha secular. Ella triunfa porque aduna sus capacidades prácticas con la visión clara de un gran destino. Conserva presente la intuición de una misión histórica definida, en tanto que nosotros nos perdemos en el laberinto de quimeras verbales. Parece que Dios mismo conduce los pasos del sajonismo, en tanto que nosotros nos matamos por el dogma o nos proclamamos ateos. ¡Cómo deben de reír de nuestros desplantes y vanidades latinas estos fuertes constructores de imperios! [...] (Vasconcelos, 2012a, p.13).

Huelga decir que no todos los laudes harían ejemplar a los Estados Unidos por parte de Vasconcelos, ya que él siempre fue consciente de las desgracias que

su construcción como nación o su actuar en políticas internacionales, dejaban mucho a desear, para así, mencionar que las razas latinas tenían aún esperanzas para sobresalir, Vasconcelos aclaró:

> Ellos no tienen en la mente el lastre ciceroniano de la fraseología, ni en la sangre los instintos contradictorios de la mezcla de razas disímiles; pero cometieron el pecado de destruir razas, en tanto que nosotros las asimilamos, y esto nos da derechos nuevos y esperanzas de una misión sin precedente en la Historia (Vasconcelos, 2012a, pp.13-14).

Vasconcelos menciona que aquella quinta raza estará refundando nuevos parámetros para la vida humana, desde la síntesis hegeliana de una supremacía racial generada por el mestizaje, pasando por la transformación de la moral social —al igual que la filosofía nietzscheana—; asumiendo la importancia de los valores en el actuar humano, hasta la manera de perpetuar la especie —como bien lo postulaba Schopenhauer (2009) y también Nietzsche (1989) — para transmitir la mejor herencia a los hijos, así el filósofo oaxaqueño señaló lo siguiente:

> La procreación por amor ya no es un buen antecedente de progenie lozana; pero hace falta que el amor sea en sí mismo una obra de arte, y no un recurso de desesperados. Si lo que se va a transmitir es estupidez, entonces lo que liga a los padres no es amor, sino instinto oprobioso y ruin (Vasconcelos, 2012a, p.26).

En suma, la gran experiencia que tuvo Vasconcelos para transitar en distintas etapas del México que provenía de la dictadura porfirista —al igual que su estancia en diversos estados de la república, así como de países del continente o el mundo—, y que a inicios del siglo XX entraba en la guerra de revolución y diversos cambios políticos, le ayudó a comprender que aquellas transformaciones sociales necesitaban de cambios reales en todo el imaginario humano, para lograr alcanzar una reivindicación racial, no sólo en nuestro país, sino a nivel Latinoamérica.

Personaje siempre preocupado por la educación social, por el mejoramiento de las condiciones de vida, del establecimiento de democracias reales, de poder sanar los conflictos que se generaban por la distinción de razas que no se habían podido asimilar en pleno siglo XX, rechazando todo tipo de pensamiento o régimen opresor como el impuesto por el positivismo, algo que gracias a su magnífica formación intelectual, así como su participación en el ateneo de la juventud, consiguió dejar un gran legado en México y el continente.

En suma, la mexicanidad para Vasconcelos parte de la búsqueda por el ser, por su reivindicación y reafirmación mediante la divinidad, la identidad nacional, y la supremacía racial. Asimismo, la mexicanidad de Vasconcelos es idealista puesto que busca la trascendencia y la superación de un pueblo que se ve inmerso en un mundo de cambios, sin embargo, dicha búsqueda por el ser se da a través del nacionalismo —su más grande cuestionamiento—, y a pesar de partir de una realidad histórica vivida en carne propia, fue también uno de los promotores de la construcción de un México democrático.

El estoicismo libertario de Alfonso Reyes

> [...] el cuerpo es símbolo de lo que no está en nuestro poder. Mas el alma, brava, se conserva. El estoicismo no es más que libertad de imaginación: —Soy esclavo, arrastro cadenas. ¡Mi espíritu vuela más allá de las nubes! —Puedes cortarme una mano. ¿Cómo impedirás que te desdeñe? —Puedes quemarme las plantas: me tienes a mí, pero no a mi tesoro.
>
> Alfonso Reyes (1917, p. 251)

Jurista, embajador, ministro, poeta, ensayista, cuentista, novelista, dramaturgo y humanista, en fin, un personaje capaz de lograr todo lo posible en la intelectualidad del ser humano. Alfonso Reyes, nace en Monterrey el 17 de marzo de 1889 para dejar un legado con su partida el 27 de diciembre de 1959. Miembro distinguido del ateneo de la juventud en compañía de otros titanes de la filosofía mexicana como lo fueron Caso y Vasconcelos, entre los más destacados, aquellos que emprendieron la tarea de contrarrestar la imposición positivista —como la generada por el grupo de los científicos de Porfirio Díaz— con el renacer del espíritu y del ser humano, a través de la filosofía griega, la literatura, el arte y la cultura. Reyes al igual que Caso y Vasconcelos, pueden considerarse como los estandartes principales del grandioso legado que dejó el ateneo de la juventud a comienzos del siglo XX.

Reyes fue hijo de Bernardo Reyes; militar y gobernador de Nuevo León durante la dictadura porfirista y quien llegara al deceso el 9 de diciembre de 1913 a manos de la revolución maderista, cosa que a pesar de las malas adjudicaciones que se le pueden llegar a otorgar al filósofo regiomontano, no impidió que su gran formación académica despuntara tras los terribles sucesos que acontecieron en México —tras la guerra de revolución, los golpes de Estado, la guerra cristera,

entre otros— y que ocasionaron su exilio del país por más de una ocasión a Occidente europeo y otras partes del mundo, lugares en donde surgieron sus obras más sobresalientes como *El Suicida* (Reyes, 1917), *Visión de Anáhuac* (Reyes, 1914), Pasado inmediato, *La X en la frente* (Reyes, 1993), entre muchas más que pueden considerarse hoy, como una magnífica herencia a las letras mexicanas.

Durante la dictadura porfirista el malestar sobre la educación se hacía presente en Reyes al igual que sus compañeros atenienses, el sesgo otorgado por el porfiriato se había afianzado en el dominio de personajes como los científicos que derivaban de la filosofía de Hebert Spencer, Comte, etc. Sin embargo, Reyes señala que aquellos profesores positivistas tenían temor al postulado evolucionista de la historia, ya que a pesar de que México se encontraba madurando, la sucesión de hechos trascendentales para los pueblos eran un ideario alejado por completo a la situación nacional. El mismo Reyes aseguraba que el deterioro mexicano se debía a la perpetuidad del régimen de don Porfirio, afirmando que: “La dictadura como el tósigo, es recurso desesperado que, de perpetuarse, lo mismo envenena al que la ejerce que a los que la padecen” (Reyes, 1937, p. 183).

Empero, Reyes expresó su admiración hacia positivistas de gran talla como lo fueron: Gabino Barreda, Justo Sierra, Ezequiel Chávez, entre otros, a pesar de dar duras críticas hacia la educación emanada del régimen al cual pertenecían, al igual de acusar a aquella educación de haber perdido el humanismo. La enseñanza nacional, se encontraba en palabras de Reyes casi secuestrada, "la juventud perdía el sabor de las tradiciones, y sin quererlo se iba descastando

insensiblemente. La imitación europea parecía más elegante que la investigación de las realidades más cercanas" (Reyes, 1937 p. 193).

El positivismo afianzaba las mismas riendas que predominaban para el progreso occidental a países como el nuestro, cosa que hacia resaltar los grandes atavíos que dificultaban la prosperidad del país. Cuenta Reyes que la época porfirista auguraba malos tiempos para la nación que se disfrazaba en República, cuenta también que la imagen del viejo dictador se había consolidado como un *atlas* en donde recaía todo el peso del país. Todo aquel que apoyaba al viejo régimen dictatorial se encontraba destinado a un final trágico, al igual que todo aquel que durante la revolución buscaba perpetuarse en el vacío de poder que había quedado tras el exilio de Díaz.

Bien acertó Reyes al pronunciar la desgracia que contrajo el positivismo como régimen político —comparado con el positivismo ilustre sudamericano, el cual tuvo representantes de la embajada mexicana a personajes como Vasconcelos y Caso—, también acertó al denunciar los excesos que éste ocasionaba en la sociedad, ya que existía un desconocimiento cultural, una represión educativa, un gobierno quimérico al borde del caos, así como la pérdida del espíritu humano, Reyes aseguró: "Cuando la sociedad pierde su confianza en la cultura, retrocede hacia la barbarie con la velocidad de la luz" (Reyes, 1937).

De esta manera, y al igual que sus compañeros atenienses, Reyes llegó a transitar de la gloria porfirista hasta el deceso de la dictadura con el estallido de la Revolución Mexicana, y con esto, la suma de muchas esperanzas que acompañaron a muchos con el espejismo democrático que representó Madero, en un país donde el humanismo se encontraba perdido y donde el ser mexicano al

encontrarse de frente con la opresión, comenzó a vivir de nueva cuenta sucesos caóticos que no culminarían en lo esperado; con el golpe de Estado que tiempo después Victoriano Huerta encabezaría y que cobraría las vidas de los personajes principales del movimiento democrático. A esto, Reyes expresó lo siguiente:

> Porque es cierto que la revolución mexicana brotó de un impulso mucho más que de una idea. No fue planeada. No es la aplicación de un cuadro de principios, sino de un crecimiento natural. Los programas previos quedan ahogados en su torrente y nunca pudieron gobernarla [...]. No fue preparada por enciclopedistas o filósofos, más o menos conscientes de las consecuencias de sus doctrinas, como la Revolución Francesa. No fue organizada por los dialécticos de la revolución social, como la Revolución Rusa en torno a las mesas de *"La Rotonde"*, ese café de París que era encrucijada de las naciones. Ni siquiera había sido esbozada con la lucidez de nuestra Reforma Liberal, ni, como aquella, traía su código defendido por una cohorte de plumas y espadas [...] (Reyes, 1937, p185).

Sin embargo, a pesar de toda la tragedia que desembocaría la guerra de revolución, la tarea de Reyes, al igual que la de muchos pensadores como los atenienses y sus herederos, se encaminaría no solamente a denunciar las atrocidades que irían surgiendo en el país a comienzos de siglo, sino también a rescatar al principal protagonista de aquella anomia social desatada desde la rebelión contra el viejo dictador; la opresión y las desigualdades que aún seguían acentuadas con la partida de Madero y el surgimiento de un nuevo régimen autoritario, encarnado en instituciones modernas. Aquel protagonista no es nadie más que el propio mexicano, el ser mexicano al que Reyes dio una gran dosis de esperanza a través del humanismo.

Hemos visto con anterioridad que a través del positivismo, el mexicano, el ser mexicano ha sido y es, un sinnúmero de arquetipos casi infinitos e indescifrables, al cual se le han otorgado una gran cantidad de adjudicaciones

negativas, gracias al fracaso que contrajo la dificultad de asumir el progreso occidental europeo como el descrito por Chávez o Guerrero.

Empero, Reyes, consciente de la imposición del *ser* que exigía el positivismo y posteriormente el régimen nacido de la “trágica revolución”, rescató virtudes humanas que muy pocos habían sido capaces de vislumbrar en el mexicano, ya que éstas irradiaban una luz tenue de la no existencia, o sea, de aquello que el mexicano se negaba a ser, aquello que para las exigencias europeas o norteamericanas representó, y representa, un peligro latente ante sus intereses.

Reyes rescató una capacidad distinta que hacía especial al mexicano; traducida en rebeldía o resistencia, frente a la imposición y opresión de la cual había sido condenado. Una capacidad de negación y de existencia; a la vez creadora y esperanzada, a la vez estoica y libertaria. Asimismo, Alfonso Reyes pronunció que el ser mexicano es el principal constructor de su destino de manera paralela en que la historia ha sido trazada por diversas injusticias, enunciando que:

> Siempre hemos tenido la sospecha de que las fuerzas de la existencia no son más que la parte objetiva y menos importante del hombre. Acaso las fuerzas de la no existencia sean su razón de ser. En otras palabras: lo que hay en el hombre de actual, de presente y aún de pasado, nada vale a lo que hay en él de promesa, de porvenir. "Lo que aún no existe" ha tenido un hijo: se llama el hombre. El hombre existe para que pueda existir lo que aún no existe [...] No había de faltar filósofo que nos apoyase si asegurásemos que el mundo sólo se renueva por el hombre; que la "evolución creadora" parte de las invenciones de nuestra mente [...] (Reyes, 1917, p.240).

Reyes señala que el hombre ante la opresión —ya sea moral o esclavista— se encuentra poseedor de una voluntad capaz de generar un sentimiento libertario trascendental. Aquel sentimiento que palpita en el interior del mexicano a pesar de

estar imposibilitado de la acción, aquel sentimiento que se conserva en el espíritu, un estoicismo; como un acto de rebeldía, del cual emanan grandes destellos de libertad que se ilustran a la perfección en aquella conquista de la libertad que Reyes pronunció con grandes laudes:

> [...] el cuerpo es símbolo de lo que no está en nuestro poder. Mas el alma, brava, se conserva. El estoicismo no es más que libertad de imaginación:
> —Soy esclavo, arrastro cadenas. ¡Mi espíritu vuela más allá de las nubes!
> —Puedes cortarme una mano. ¿Cómo impedirás que te desdeñe? —Puedes quemarme las plantas: me tienes a mí, pero no a mi tesoro (Reyes, 1917, p.251).

Cabe señalar que, el estoicismo que describe Reyes, rompe simbólicamente con las características que atribuía el positivismo, aquellas descritas por Chávez, donde imposibilitaba o variaba la excitación de la sensibilidad, tanto de criollos, mestizos o indígenas. Sin embargo, para Alfonso Reyes el estoicismo "es una alternativa, una opción, una forma de afrontar la vida que puede asumirse o rechazarse" (Cansino, 2012, p.26).

Se ha manifestado de distintas formas y procedencias —parte indígena, parte española—, y se ha fundido con el mestizaje para dar respuesta y origen al nuevo ser mexicano. Un ser capacitado para vivir haciendo frente a las vicisitudes de la vida. Rebelde, y libertario. Un ser que ha sido negado decimonónicamente, pero que muestra la alianza de dos culturas que dieron origen a un nuevo hombre. Un nuevo personaje que es, a su forma, tal vez como una negación *sui generis* a la génesis de una herencia acribillada.

Si Chávez acusaba al indígena de ser el “talón de Aquiles” del progreso nacional, Alfonso Reyes lo rescataba "porque no se puede negar que es el indio aquél a quien en primer lugar se asigna la virtud de la resistencia digna y la entereza ante la adversidad" (Cansino, 2012, p.26). Característica peculiar que

puede encontrarse genealógicamente por el tránsito del tiempo o de la historia; desde el México prehispánico, hasta el sometimiento y opresión que el sistema de castas dejó en el inconsciente de la nación. "Esta imagen hace del indio/bárbaro el portador de una dignidad moral propia degradada por el europeo que se mide por la proximidad del primero a la naturaleza" (Campos, 1999, p. 623).

Debo excusar mi adelanto, pero es necesario pronunciar una diferenciación que nos pueda ayudar a comprender el significado de lo estoico, desde otros puntos de vista que viajan desde lo nacional hacia el mundo hispánico, y que son sin duda alguna, la espina dorsal para comprender la magnitud de la característica que hace del ser mexicano, excepcional:

> Como abandonado en la abnegación, en la inexpresividad y en la soledad; pero también como la zona de libertad, de resistencia y de virtud, el estoicismo aparece también en las plumas de Octavio Paz, María Zambrano y Alfonso Reyes; si en el primero lo estoico detona el emblema del mexicano, su permanencia en la soledad y en el estancamiento; y en la segunda es parte constitutiva de la hispanidad que se expresa más comúnmente en forma de insolidaridad con el mundo y de aislamiento; en el tercero el estoicismo cobra un perfil más positivo, no sólo como sumisión ante la contundencia de la realidad, sino como forma de vivir la fugaz libertad humana, como rebeldía interior que intenta no mancillar la virtud con la barbarie del mundo (Campos, 1999, p. 613).

Al igual que la afirmación de Reyes, el mexicano no queda en la postura siempre desdeñada del asumirse en el derrotero de la vida. Existe en aquel ser, aparentemente inmóvil, la esperanza ciega de la arquitectura de un mejor mañana. Como se ha visto a lo largo de la historia mexicana, desde aquellos pueblos ingenuos colonizados por la espada española, una esperanza depositada en el futuro, suele ser las riendas imaginarias que conducen la vida de muchos mexicanos frente a aquellas anomias de la misma historia —tanto independencia, como revolución o cristiada—, "si el hombre quiere la renovación, es porque no le

satisface lo actual; es porque en el fondo, protesta, sonríe. Su arma es la libertad. Y la libertad es lo que no existe, es el otro mundo, de donde el hombre quisiera atraer virtudes a la tierra" (Campos, 1999, pp. 611-612).

El tránsito del estoicismo a la libertad conlleva a la esperanza. Principales factores que se han sumado a nuestro pueblo permanentemente por la búsqueda de un mejor porvenir, a pesar de que éste nos otorgue un paradero trágico a manos de quienes no han sabido aprovechar las virtudes mexicanas, "si el estoicismo funda nuestra singularidad como nación [...], los mexicanos afrontamos la vida como adversidad pero también como libertad, o mejor, como deseo callado de ser libres [...]" (Cansino, 2012, p. 26). Porque para el ser humano, lo más importante y valioso, es el hecho de ser libre.

Reyes aclara:

> No es la sumisión, la aceptación pasiva, sino la colaboración con el mundo —secreto de la victoria—. Se logra (si cabe en esto la educación personal) por una voluntad de astucia perenemente renovadora, por una actitud ágil y eléctrica, que acecha la ida y, en cuanto brota, la transmuta un nervio y un chispazo [...] (Reyes, 1917, p. 252).

Puedo asegurar que aquello se transforma en una magnífica cualidad capaz, no sólo de soportar las adversidades, sino como él asegura, para afrontarlas haciéndose cómplice del destino y del caminar del mundo, porque en esencia el hombre es capaz de reescribir su propia historia, a partir de una chispa interna, porque el estoicismo se traduce en el no ser. En aquello que ha dado el surgimiento de grandes escritores, novelistas, ensayistas, poetas y cuentistas. El hombre es en esencia: creación; a través de una sonrisa que hace contrarrestar la dura realidad. "El hombre, por su parte, algo tiene de creador, y ello es el anhelo de crear" (Reyes, 1917, p. 238).

En suma, Reyes otorgó como uno de los grandes titanes de la filosofía mexicana, una nueva perspectiva para desentrañar los enigmas que esconde el mexicano del siglo XX. La mexicanidad para él, si bien parte de una realidad mexicana completamente caótica, posteriormente es idealista, nos ofrece una esperanza, puesto que también es la respuesta frente a la opresión y las desigualdades históricas. La mexicanidad es el otro, el negado, aquel que busca incansablemente ser libre en oposición al sometimiento, a pesar de que dicha acción sea la petrificación. Es resistencia y voluntad. Desde la rebeldía a la esperanza, desde el estoicismo a la libertad, de lo humano a la posibilidad creadora, frente a la opresión y a la desgracia que otorga el gran conflicto que dejó el porfirismo, y que abrazó la revolución. Él con el humanismo y al igual que los atenienses descubrió al hombre que nos habita,

> […] el hombre, anhelando liberarse, se está sin cesar emancipando; y, para volver a la fase de que partimos, está tendiendo incesantemente a la no existencia; sí, mas para extraer de allí existencias nuevas. Está desapareciendo sin cesar, mas para realizar su vida cada vez de otro modo (Reyes, 1917, p. 242).

Es el nuevo comienzo: el estoicismo libertario.

Un mínimo de verdad: cinismo;

un máximo de decencia: estoicismo.

Con eso basta (Campos, 1999, p. 616).

Alfonso Reyes

## 4. Reconsideraciones

La primera parte del siglo XX aparece en escena como el brote máximo de la intelectualidad científica que se promovió durante la dictadura porfirista años atrás. Las publicaciones de Chávez y Guerrero se enfocaron en ver a una sociedad desigual y completamente contradictoria frente a una dictadura disfrazada, afrancesada y mimética del extranjero. Por esa razón, emprenden la tarea de estudiar el carácter y la sensibilidad mexicana desde el positivismo, el evolucionismo y el psicoanálisis.

Sin embargo, el estudio que generaron estos dos personajes fue altamente determinista y reduccionista, a sabiendas de que el antecedente colonial había dejado en el país un fenómeno de desigualdades sociales producidas por el sistema de castas. Dicho de esta manera, ocuparon la desigualdad racial y social para generar y describir diferentes arquetipos sobre la figura del mexicano —en su mayoría para denostarlo—. Por parte de Chávez para corroborar que el país no podía progresar gracias a dicho fenómeno —haciendo recaer su crítica ensañada sobre el indígena—, y en cuánto a Guerrero, para analizar la criminalidad del ahora Estado de México.

Huelga decir que, el positivismo buscó de manera imperante establecer ejes conductores de dominación social, como "hilos de titiritero" para generar un control y un orden que pudiera conducir a la sociedad mexicana del siglo XIX al progreso, a través de la moral, la industria, la religión, etcétera.

Los dos planteamientos caen en el exceso de categorizar mediante conductas el carácter, la sensibilidad y la psicología del mexicano, y se suman a la

ridiculez de estudios que despertaron la reacción de los titanes de la filosofía mexicana, para salvar y rescatar la esencia humana que había sido apabullada. Asimismo acudieron al rescate personajes emblemáticos del Ateneo de la Juventud, conformado principalmente por Caso, Vasconcelos y Reyes.

La juventud Atenea emprendió una tarea majestuosa en réplica a la reducción y la imposición del Ser que había perpetuado la dictadura positivista. A su vez, los atenienses realizaron campañas en promoción de la cultura, el arte, la filosofía, entre más, con la misión de rescatar la esencia del espíritu humano, sin embargo, la realidad contrastaba con los afamados intentos del rescate del país, la guerra de Revolución de 1910 se presentaba como una esperanza, o mejor dicho, como un "espejismo" para salir del abismo en el que se encontraba el país tras el final de la dictadura positivista, empero, el suceso histórico no fue un acontecimiento que correspondiera a todas las expectativas que se llegaron a conglomerar.

En primera instancia el "espejismo revolucionario" deslumbró a diversos escritores, ensayistas, filósofos y literatos, entre otros. La ola de violencia nacional era menguada por intereses políticos militares, caudillistas y caciquiles que, tras negociaciones y represiones con diversos grupos de poder vigentes en el país, darían origen a una de las contradicciones del México naciente. Del lado de la lucha caudillista, militar y caciquil, emanaría el Partido Nacional Revolucionario en 1929 y un nuevo orden político con el nacimiento del Sistema Político Mexicano que más tarde haría encarnar una "fiebre nacionalista", y por otro lado, los intentos intelectuales para transformar el alma nacional y prepararse para las exigencias venideras, flotaban y se dispersaban en el aire.

Dos revueltas distintas. Una a través de las armas y la violencia, y la otra mediante los libros y la enseñanza. Sin embargo, la situación nacional era crítica, el problema de México procedía desde un pasado que no podía conciliarse, de un choque cultural y colonial que lo único que generaba, eran diversas desigualdades raciales, económicas y sociales que propiciaban tener al país sumergido en una incertidumbre. La política nacional reproducía un discurso retórico democratizador que mantenía a una casta política en el poder mediante una demagogia cínica originada desde el fracaso maderista, suceso aterrador y trágico descrito por Vasconcelos (2012b) en el final del *Ulises criollo.*

Asimismo, el poder logró conglomerar los deseos de los atenienses que, al describir a la perfección la situación del país, como en su momento lo hizo el maestro Caso, quien acusó la incapacidad de ser auténticos y de carecer de ideas propias que ayudaran a afrontar los retos y exigencias de un mundo en cambios que requería instaurar en el país una democracia real y lograr posicionarse en una estabilidad económica. A dichos retos proponía solucionar el pasado, conciliarlo, ya que se había dejado de largo un problema histórico procedente desde la época colonial. Así también propuso buscar la autenticidad en las ideas y el intelecto del país, apartándose del viejo lastre de imitar a Estados Unidos y Europa occidental.

Asimismo, tanto Caso como Vasconcelos veían en los Estados Unidos el nacimiento de una potencia hegemónica que era tema de comparaciones con el México naciente, ya que presentaba un cisma notorio entre el desarrollo próspero de cada país. A esto, Vasconcelos se sumó a la preocupación por resolver los conflictos raciales en el país, exaltando al mestizaje mexicano mediante la "quinta

raza cósmica universal" para lograr unificar algo que ya Caso señalaba como un grave problema: la distinción de razas.

Dicha razón no se ha desligado de ser una similitud de la pesadilla racial que se vivió en Europa mediante el nacional socialismo alemán, crítica que los detractores de Vasconcelos han utilizado para desprestigiar su gran legado literario, ignorando que también la “fiebre nacionalista” sería utilizada en el país por quienes instauraron al Partido Nacional Revolucionario en la primera parte del siglo XX —y sus diversos cambios—, así como lo fue el Partido Acción Nacional. Todo en relación directa con aquel que fuera el jefe máximo de la revolución: Plutarco Elías Calles —antes y después de su exilio tras el cardenismo—. Sin embargo yo no justifico en absoluto el acercamiento de Vasconcelos al nazismo en el ocaso de su vida.

Cabe destacar que, el legado del Ateneo de la Juventud lo heredarían también personajes que contribuirían a la creación de las instituciones que fortalecerían el cauce del sistema político mexicano, como lo fue el Grupo de Los Siete Sabios (o la generación del 15) conformado por: Manuel Gómez Morin, Alberto Vásquez del Mercado, Antonio Castro Leal, Vicente Lombardo Toledano, Alfonso Caso, Teófilo Olea y  Jesús Moreno Baca (Krauze, 2007).

Las críticas del ateneo no dejarían de hacerse presentes tras el ocaso revolucionario en la primera mitad del siglo XX, variadas veces dichos personajes serían presas del exilio, pero tiempo más tarde el impacto intelectual de los atenienses se haría presente, participando activamente en la política, en puestos públicos o siendo representantes en el extranjero como lo es el caso emblemático

de Vasconcelos y su empeño por cambiar al país a través de la educación pública y el arduo deseo de poseer el poder presidencial en 1929, cosa que no lograría.

No obstante, los sucesos históricos antes señalados, la educación que había dejado el positivismo, la reducción del ser mexicano, despertó el interés por Alfonso Reyes al igual que sus compañeros del Ateneo de la Juventud. Las críticas del filósofo regiomontano también salieron a la luz para exclamar a la negación de un ser apabullado por la dictadura porfirista, sin embargo, reconocía los grandes intentos educadores de personajes ampliamente relacionados con los científicos positivistas como: Gabino Barreda, Justo Sierra y Chávez.

Asimismo, la fuerte crítica de Reyes recaía sobre los abusos dictatoriales del porfirismo que recaían en la incapacidad de generar un país democrático, en especial, por la manera de imponer a un ser que quedaba completamente apartado de la escena nacional a principios del siglo XX. Por esa razón, inyectó una gran dosis de humanismo a las letras mexicanas, primordialmente para rescatar a la otredad, o al no-ser que se levantaba en contra de las desigualdades y de las injusticias perpetuadas en la colonia y detonadas en el siglo XIX.

De esa manera, Reyes ha proporcionado una esperanza por encima de la adversidad, como lo fue en su momento el positivismo reduccionista y como también lo fue la trágica revolución. El mexicano es un ser distinto al impuesto, aquel que ante la opresión puede petrificarse, quedándose estoico porque en su interior emana una fuerte energía de rebeldía libertaria que necesita ser dinamitada.

Empero, las críticas pueden caer sobre la imagen y los postulados estoicos de Reyes, asumiendo con prejuicios que su padre perteneció al régimen porfirista.

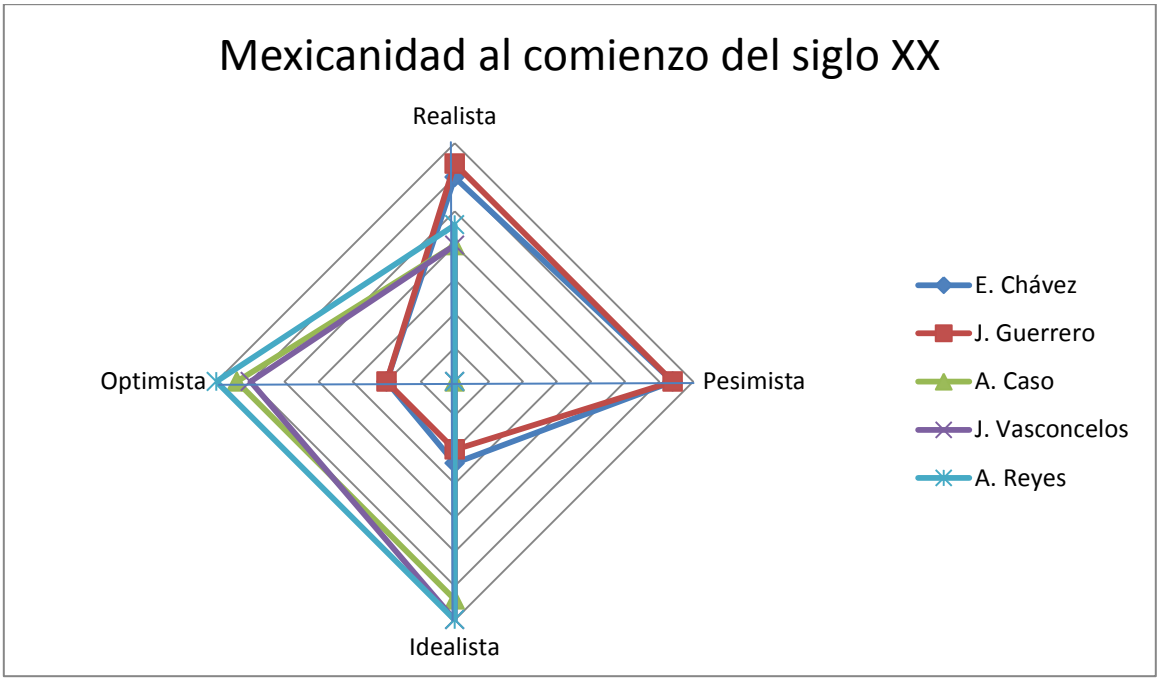
A su vez, se puede acusar que el estoicismo de Reyes no ofrece una salida en primera instancia, que priva de la acción al hombre manteniéndolo como una estatua ante las vicisitudes cotidianas, sin embargo, la cualidad de rebeldía que tiene el ser humano en pro de su libertad y en contra de las injusticias, es un rasgo característico de los grandes personajes que han dejado un legado en la historia, así como en las letras, ya que, mediante la inconformidad que nace desde las entrañas más remotas del ser, emana el primer paso para transformar, crear, reinventar y cambiar el presente.

El grupo ateniense es muestra de la inconformidad que generó el trágico comienzo de siglo, desde su interior emanaron grandiosas ideas, críticas, obras, sin embargo, tuvieron la oportunidad de romper con la petrificación, de dinamitar el estoicismo y hacerlo accionar en la vida pública. Desde las enseñanzas del gran maestro Caso, el vasto ímpetu transformador aplicado a la vida política del espíritu de Vasconcelos, hasta el llamado a reconocer que, aquel otro que habita en nuestro interior mantiene esperanza de liberación como Reyes lo demostró.

Empero, la crítica que puede realizarse a la generación del ateneo, es aquella que se ve reflejada en ser una revuelta más, apartada de la realidad nacional. Mientras la violencia se gestaba en las calles, otra cosa sucedía en la intelectualidad. Los atenienses fueron críticos de un sistema desgastado, patrimonialista, clasista, etc., como lo fue el porfiriato, sin embargo tiempo más tarde fueron seducidos por el poder de un régimen que nacía de la misma violencia revolucionaria. Ayudando no solamente a crear instituciones, o a trabajar en diferentes sectores como embajadas, universidades, y más, sino que contribuyeron para dar las bases de la generación del 15 —Los siete sabios antes

ya mencionados—, y posteriormente así, cimentar a nivel ideológico, los soportes de la filosofía mexicana, la mexicanidad y la búsqueda de la identidad nacional tras el cardenato.

El siguiente gráfico muestra el abismal contraste que existió entre los positivistas como Chávez y Guerrero, frente a los principales representantes del Ateneo de la juventud como Caso, Vasconcelos y Reyes. Los positivistas presentan con notoriedad un apego al realismo de su época, sin embargo recaen en el pesimismo exacerbado hasta declarar que la sociedad mexicana es un problema para el progreso. Por otra parte, los filósofos atenienses, aunque también parten de la realidad, tienden a ser en extremo optimistas hasta culminar en el idealismo —cosa tan característica del inicio del siglo XX—, pues mantuvieron la esperanza de que la sociedad mexicana sobresaliera de las vicisitudes.



## II. EL REFLEJO DE NUESTRA MIRADA Y LA CONFECCIÓN DE NUESTRAS CONDICIONES

### 1. Antesala

Después de los acontecimientos caóticos que se presentaron tras el estallido de la Revolución Mexicana en 1910, las élites políticas encontrarían la forma adecuada para amenizar el sinnúmero de enfrentamientos armados que mantuvieron en crisis al país después del asesinato de Francisco I. Madero y de Venustiano Carranza.

El poder que detentó en su momento el "Jefe máximo de la Revolución Mexicana", Plutarco Elías Calles, fue una de las claves primordiales para detonar la institucionalización del país, teniendo como primer referente la creación del Partido Nacional Revolucionario en 1929. Sin embargo, la promoción por la democracia fue incidente para que los procesos electorales —altamente cuestionados— llevaran al poder a un personaje singular que le dio un vuelco a la Historia mexicana: Lázaro Cárdenas, el primer presidente en perdurar seis años en gestión, de 1934 a 1940.

Cárdenas emprendió una tarea importante para transformar la situación mexicana, exiliaría en primera instancia a Elías Calles para impedir que interviniese en la política gestada. Asimismo, comenzaría la modernización del país, promoviendo la industrialización, la educación pública, la salud pública, la expropiación petrolera; llevaría a cabo el reparto agrario mediante el ejido, refundaría al PNR, cambiándole el nombre a Partido de la Revolución Mexicana

(PRM), y comenzaría a gestar un nuevo proyecto de nación para lograr que la sociedad se identificara con el Estado y éste pudiera tener un progreso económico, político y social *ad hoc* a las exigencias internacionales.

De esta manera, nacería una cultura nacionalista, cosa que se reflejaría en el arte, la educación, el cine, la música, la exaltación de las tradiciones, etc., con el fin de impulsar a la clase media y elevar al mestizaje, para poder así alcanzar la modernización y el progreso del país. Sin embargo, con la llegada de Cárdenas en 1934, aparecería la obra de Samuel Ramos (1993), *El perfil del hombre y la cultura en México,* la cual recayó duramente sobre la cultura que se gestaría tras el Cardenato, otorgándole un mal augurio al porvenir de la nación.

Asimismo, surgiría el grupo filosófico Hiperión (1948-1952) en pleno auge del nacionalismo mexicano, bajo el respaldo de la filosofía mexicana, la búsqueda de la identidad nacional, el existencialismo y la filosofía orteguiana, teniendo como máximos exponentes a Emilio Uranga (1952) y Leopoldo Zea (2001), los cuales, publicarían: *Análisis del ser mexicano* en 1952, en el caso de Uranga y, por parte de Zea, *Conciencia y posibilidad del mexicano* en 1952, *El Occidente y la conciencia de México* en 1953, y *Dos ensayos sobre México y lo mexicano* en 1952. Dicho grupo tomó como referente a las obras de Ramos y del Ateneo de la Juventud.

No obstante, pocos años antes, a mitad del siglo XX aparecería el "boom" literario" del poeta Octavio Paz (2000) intitulado *El laberinto de la soledad,* recayendo como una dura crítica a todo lo desarrollado sobre la mexicanidad, para situarse como un referente de los estudios mexicanos.

De igual manera, no dejarían de aparecer estudios en réplica o como complementos hacia la mexicanidad. En 1952 Jorge Carrión (1970) develaría el gran misticismo que existe en la cultura mexicana, como réplica a la obra de Paz y en contraste a todo el desarrollo moderno que dejó el "milagro mexicano" con su obra: *Mito y magia del mexicano y un ensayo de autocrítica.*

Por esta razón, realizaré una inmersión en las obras mencionadas, las cuales considero como los principales referentes para el estudio de la mexicanidad, y así generar una noción amplia sobre la propuesta de cada uno de los escritores.

## 2. La dureza de la introspección y el encuentro con nuestros fantasmas: Samuel Ramos

> <<¿Qué dosis de verdad puede soportar el hombre?>>. Esta interrogación de Nietzsche viene a nuestra mente al terminar estas notas, y nos mueve a prevenir al lector sobre el contenido del presente capítulo, que es una exposición cruda, pero desapasionada, de lo que a nuestro parecer constituye la psicología mexicana [...]. No es muy halagador sentirse en posesión de un carácter como el que se pinta más adelante, pero es un alivio saber que se puede cambiarlo como se cambia de traje, pues ese carácter es prestado, y lo llevamos como un disfraz para disimular nuestro ser auténtico, del cual, a mi juicio no tenemos por qué avergonzarnos [...].
>
> Somos los primeros en creer que ciertos planos del alma humana deben quedar inéditos cuando no se gana nada con exhibirlos a la luz del día. Pero en el caso mexicano, pensamos que le es perjudicial ignorar su carácter cuando éste le es contrario a su destino, y la única manera de cambiarlo es precisamente darse cuenta de él [...]. Los hombres no acostumbrados a la crítica creen que todo lo que no es elogio va en contra de ellos, cuando muchas veces elogiarlos es la manera más segura de ir en contra de ellos, de causarles daño.
>
> Samuel Ramos (1993, pp. 50-51).

La obra de Samuel Ramos —ilustre ensayista, filósofo y crítico mexicano— aparece en 1934 y aclara que, el presente estudio puede interpretarse como un ensayo psicológico y filosófico del mexicano, a su vez, aclara la existencia de diversos males que se presentan en la cultura, como el exceso de imitación a Occidente europeo y, con más resalto, el sentimiento de inferioridad que surge ante la incapacidad del ser mexicano para responder a las situaciones que llegan a presentarse cotidianamente.

Ramos enuncia que nuestra cultura es muy joven y que ha sido desviada en su desarrollo por las exigencias que imperan desde Europa. Sin embargo, aclara que su estudio no puede generalizar a todo mexicano ya que reconoce la existencia de aquellos capaces de superar las adversidades de la vida, así como

reconoce que el hombre es capaz de adaptarse a los entornos más drásticos o buscar las circunstancias más adecuadas para poder sobresalir exitosamente.

De igual forma, menciona que, a través de su estudio no solamente encontró que el sentimiento de inferioridad se hace presente en el hombre con la historia mexicana, sino también de haber desdeñado al hombre que brota de aquel sentimiento; un tanto para elevarse y otro para negarse: el pelado mexicano.

Ramos comienza señalando la dificultad que contrae el asumir a la cultura mexicana, la cual ha significado para muchos como un eslabón con dos vertientes de existencia, del ser y del no ser. Por esta razón, aclara, no podemos afirmar a la cultura o negarla. La dificultad, señala, la encontramos en tratar de definir si la cultura mexicana es objetiva o subjetiva, y esto se presenta como un eterno debate que trascendió a finales del siglo XIX y posteriormente en el siglo XX.

Asimismo, Ramos enuncia que "una cultura está condicionada por cierta estructura mental del hombre y de los accidentes de su historia" (Ramos, 1993, p. 20), los cuales, ciertamente, se han ido desarrollando a través de diversos episodios, como el choque de los imperios del México prehispánico con el español, la colonia, etc. A su vez, menciona que teniendo en el siglo XIX como referente a seguir a Occidente europeo, los ilustres mexicanos de aquella época se dedicaron a asumirse ante Occidente —teniendo un abuso de imitación— mientras tanto, era también negada gracias a la hostilidad nacionalista. Cosa que sin lugar a dudas, ha sido la raíz de los fracasos como nación.

El exceso de imitación, el mimetismo, es una de las características singulares de nuestra cultura. Es un malestar que emana desde el sentimiento de inferioridad y, a diferencia de la vanidad, la cual busca la reacción sobre el otro de

como se es, la inferioridad nace desde el juicio de comparación de uno con el otro, y como mecanismo de defensa ante la inferioridad y la realidad, asume al otro hacia sí mismo y lo imita, "al crear una apariencia de cultura, nos libera de aquel sentimiento deprimente" (Ramos, 1993, p. 22).

De esta manera, Ramos da el ejemplo constitucional que tuvo el país al imitar a Estados Unidos, cosa que para muchos puede resultar un rechazo severo tras la vanidad jurídica y la tradición en "forma" que siempre ha tenido el país. Ramos pronuncia las palabras que Fray Servando Teresa y Mier daba en un discurso: "<<que se cortaba el pescuezo si>> alguno de los oyentes sabía <<qué casta de animal era una república federada>>" (Ramos, 1993, p. 23), tras acontecer el conflicto del centralismo y el federalismo con el ocaso del imperio español.

Ramos demuestra cómo el padre Mier no comprendía que era posible hablar de federalismo, ya que este se manifestaba en tratar de unir lo desunido, cosa que para el país, poseedor de una larga tradición colonial y, teniendo el antecedente de la crisis del imperio español y la búsqueda de la independencia de lugares como Yucatán y Jalisco, entre otros, era absurdo hablar de federalismo tal cual lo adoptaba Estados Unidos, ya que tiempo después en México, con el triunfo liberal, se proclamaría una república federal, como absurda copia y máscara del centralismo que padecería la nación, casi como enfermedad para contrarrestar la anarquía reinante en el siglo XIX y que años más tarde se consagraría como una característica del régimen autoritario que dejaría la revolución.

El mimetismo constitucional, menciona Ramos, se puede encontrar también en la comparación del mundo real con el imaginario o ficticio. La Constitución vino

a ser la simulación de algo que ya no puede distinguirse. "Por ejemplo, cuando es promulgada una Constitución, la realidad política tiene que ser apreciada a través de aquella, pero como no coincide con sus presentes, aparece siempre como inconstitucional" (Ramos, 1993, p. 24). Por una parte la constitución y la legalidad se encuentran en un cisma con el mundo real, lo que haría estar en un permanente estado de ilegalidad, al cual Ramos le suma un espíritu de rebeldía que se detona en cualquier momento, ejemplificando con certeza ser la causa de un caótico siglo XIX lleno de revoluciones.

A su vez, Ramos señala que la imitación ha determinado la vida del mexicano sin importarle a los historiadores, pero que es algo fundamental para comprender el pasado inmediato. "En suma, si concebimos la historia como debe concebirse, no se nos aparecerá como la conservación de un pasado muerto, sino como un proceso viviente en el que el pasado se transforma en un presente siempre nuevo" (Ramos, 1993, p. 25).

Pronunciando palabras de García Calderón, apunta que la historia no se repite y tiene sus fechas. Sin embargo, en la cuestión humana, especialmente en la historia iberoamericana, vuelven a surgir revoluciones que traen consigo "los mismos hombres con las mismas promesas y los mismos métodos" (Ramos, 1993, p. 25). Cabe señalar que nuestra historia se ha forjado a partir de contradicciones, del imitar y el ocultar la realidad, el mismo Justo Sierra reconocía la repetición de los sucesos caóticos en la nación. Sucesos que penosamente se han hecho a un lado, pero que para Ramos, si estos se reconocieran, representarían a la perfección un buen estudio para generar una filosofía de la historia mexicana, ayudando a comprender los malestares que atañen a la propia cultura.

Ramos especifica que aproximarnos a nuestro origen histórico nos puede ayudar a comprender si nuestra cultura se deriva o se asume del proceso histórico que tuvo."Es cierto que hubo un mestizaje, pero no de culturas, pues al ponerse en contacto los conquistadores con los indígenas, la cultura de éstos quedó destruida. <<Fue —dice Alfonso Reyes— el choque de jarro con el caldero. El jarro podía ser muy fino y hermoso, pero era el más quebradizo>>" (Ramos, 1993, p. 28). De esta manera nos proporciona dos etapas a distinguir, una es la trasplantación y otra la de asimilación.

Cabe mencionar que Ramos distingue el desarrollo de nuestra cultura con otras, ya que podemos recordar la etapa colonial que trajo consigo, una manera distinta para concebir nuestro espíritu humano, a través de la religión y del idioma. De esta manera, fue asimilada toda la educación proveniente de la iglesia, la cual fungía a la par de un Estado. Ramos señala que aquella formación fue duramente enraizada por el dominio católico, para preservar una hegemonía contra las ideas modernas o renacentistas que también provenían de Occidente. Asimismo, podemos encontrar que los siglos de dominación colonial tuvieron un hermetismo religioso en el continente americano, forzado y enjuiciado por un orden judicial; el santo oficio o mejor conocido como la inquisición. Empero, estos sucesos dejaron en el espíritu mexicano rasgos muy acentuados, visibles en estados que son muy conservadores en nuestro país.

Otra característica heredada de España y de su dominio fue el individualismo, que Ramos pronuncia como incapacidad colectiva, remontándose al auge del imperio español el cual al desaparecer, dejó una incapacidad que se transmitió a los pueblos hispánicos. A su vez, la tarea española al conquistar el

continente, fue una travesía del individualismo, de manera similar en como España jamás tuvo presente formar unidades nacionales. Característica que recayó en la independencia, la cual fue una emancipación de "España a la española" o sea, individual.

También Ramos destaca al mestizaje como factor importante para definir el carácter individual del hombre, no sólo en México sino en toda Hispanoamérica, ya que citando nuevamente las palabras de Alfonso Reyes, menciona que la pauta del desarrollo —el cual tenía como referente a Occidente europeo— nos acercaría a otras civilizaciones, "hemos sido <<convidados al banquete de la civilización cuando ya la mesa estaba servida>>" (Ramos, 1993, p. 33).

En cuanto a los indígenas, Ramos los califica como reacios al cambio, pasivos y con una voluntad inmutable, algo que los hace permanecer estáticos al paso del tiempo y el devenir, como una rigidez egipcia o momificada, la cual denomina como Egipticismo, ya que frente a la civilización que no puede asimilarlos, aparecen en ella como seres distintos que permanecen suspendidos y en oposición a la evolución universal. También los define como artesanos y no como artistas, porque al permanecer reacios al cambio también carecen de la habilidad creadora, y es por eso que comúnmente son propensos a repetir las formas heredadas tradicionalmente. Huelga decir que la inmutabilidad indígena; su ser estático al cambio e incapacidad creadora, se ha esparcido a todas partes de México y de sus hombres, lo nuevo —afirma Ramos— sólo llega a interesarnos cuando es de manera superficial al igual que la moda, y es por eso que los cambios reales en México jamás se han presentado y son meros "disfraces diversos que ocultan el mismo fondo espiritual" (Ramos, 1993, p. 37).

De esta manera, Ramos advierte que la tarea emprendida en el México independiente trató de borrar el pasado para instaurar en el siglo XIX ideales de libertad, sin saber que el pasado jamás puede erradicarse, ya que existe una voluntad biológica superior que lo perpetua en el presente. Asimismo la incapacidad que tiene México para ejercer plenamente la libertad proviene directamente de un pesar colonial, en el que se devela a cada instante el sentimiento de inferioridad. Aquel sentimiento que para Ramos, Hegel otorgó a países del continente americano a nivel histórico, y que se devela precisamente cuando se tienen que encontrar niveles de exaltación individual o colectiva, como aquel mito —creado por Humboldt— en donde se habla que México es "la nación más rica del mundo", y que en contraste, oculta la verdadera miseria del país, al igual del fracaso que representó el siglo XIX para la historia mexicana cegada por instaurar, a *tabula rasa* —y en gran parte por la ambición de las élites que detentaban el poder— un sistema político moderno, dejando a un lado el conflicto racial, la ignorancia colectiva, la indiferencia del indígena, entre otros pesares más.

Cabe señalar que Ramos ve en esta problemática la manera en que se cae en el mimetismo, como aquel afrancesamiento del siglo XIX, en donde el espíritu revolucionario francés fue fuertemente asimilado por los jóvenes ilustres mexicanos que buscaban cimentar los ideales libertarios echando a un lado la situación nacional. A esto, Ramos menciona que es una característica latinoamericana, ya que la herencia romana (latina) y católica, permitió unir y encontrar en el espíritu francés un referente. Por eso mismo, no es extraño encontrar que las personas más admiradas durante aquella época, fueran tanto

sacerdotes —aquellos que formaran de un inicio la base ilustrada del país—, como abogados —hombres poseedores de la legalidad—.

Ramos retoma el psicoanálisis de Adler para aproximarse al sentimiento de inferioridad mexicano. Empero, hace una advertencia sobre la dura crítica que emana de dicho estudio, al confrontarnos con nosotros mismos:

> <<¿Qué dosis de verdad puede soportar el hombre?>>. Esta interrogación de Nietzsche viene a nuestra mente al terminar estas notas, y nos mueve a prevenir al lector sobre el contenido del presente capítulo, que es una exposición cruda, pero desapasionada, de lo que a nuestro parecer constituye la psicología mexicana [...]. No es muy halagador sentirse en posesión de un carácter como el que se pinta más adelante, pero es un alivio saber que se puede cambiarlo como se cambia de traje, pues ese carácter es prestado, y lo llevamos como un disfraz para disimular nuestro ser auténtico, del cual, a mi juicio no tenemos por qué avergonzarnos [...] (Ramos, 1993, p. 50).

De la misma forma aclara que, el desarrollo que ha tenido nuestro país procedente de la conquista o el mestizaje, ocasiona que nuestra nación al ser joven frente a Occidente, al igual que un niño frente a un adulto, ha hecho nacer en ella el sentimiento de inferioridad. Sentimiento que puede ofender a muchos lectores —asume—, pero que al despertar la irritación obtiene validez su tesis. Sin embargo, aclara que el conocerse uno mismo es el primer paso para poder cambiar, a pesar de que la crítica no sea bien asimilada. Ramos señala que:

> Somos los primeros en creer que ciertos planos del alma humana deben quedar inéditos cuando no se gana nada con exhibirlos a la luz del día. Pero en el caso mexicano, pensamos que le es perjudicial ignorar su carácter cuando éste le es contrario a su destino, y la única manera de cambiarlo es precisamente darse cuenta de él [...]. Los hombres no acostumbrados a la crítica creen que todo lo que no es elogio va en contra de ellos, cuando muchas veces elogiarlos es la manera más segura de ir en contra de ellos, de causarles daño (Ramos, 1993, p. 51).

De esta manera, puedo señalar que Ramos genera un catálogo de personajes que podemos encontrar comúnmente, y que los describe de manera psicoanalítica para comprender las particularidades que caracterizan al mexicano.

Ya que, retomando a Platón señala que el Estado es la imagen agrandada del individuo, de la misma manera en que se puede ver el reflejo de la vida privada en la pública del mexicano.

Los personajes que enumera son: “el pelado mexicano”; individuo singular y pintoresco que se ha reproducido por doquier, el cual representa sin lugar a dudas al carácter nacional. "Es un individuo que lleva el alma al descubierto, sin que nada esconda en sus más íntimos resortes" (Ramos, 1993, p. 53). Poseedor de impulsos que otros tratan de ocultar, considerado como un desecho social, inferior a un proletario y primitivo intelectualmente. Altamente violento y explosivo, tal vez porque la vida nunca le ha sido fácil, al contrario le es hostil y le duele, al punto de tener resentimiento por todo, cosa que lo hace estallar y reñir tras el mínimo roce o detalle. Se afirma a sí mismo mediante la agresividad y las groserías, menciona Ramos que "ha creado un dialecto" popular en el cual, da un sentido nuevo a todo —exaltando principalmente el aspecto sexual—, como el albur.

Aparenta siempre ser un "macho dominante", valiente y feroz para asustar a los demás, a pesar de que realmente sea lo contrario. Un cero a la izquierda, o "un don nadie". De esta forma, sus "reacciones son un desquite ilusorio de su situación real en la vida" (Ramos, 1993, p. 54), al darse cuenta que su vida no vale nada.

“El <<pelado>> busca la riña como un excitante para elevar el tono de su <<yo>> deprimido. Necesita un punto de apoyo para recobrar la fe en sí mismo, pero como está desprovisto de todo valor real, tiene que suplirlo con uno ficticio” (Ramos, 1993, p. 54).

Algo que muchas veces encontramos en personas que mienten o que inventan sucesos fantasiosos para exaltar su persona; como la falsedad de experimentar grandes travesías o poseer excelsas virtudes que no se tienen. De esta manera la exaltación viril en el pelado; grosera y vulgar, se encuentra comúnmente en el lenguaje cotidiano, expuesta en el significado que muchas frases populares pueden encerrar, ya que, al encontrarse desgraciado busca toda clase de potencia humana haciendo referencia al falo o los testículos, coreando que "tiene muchos huevos". O también en otra de sus frases, busca afirmar su superioridad y dominio sobre los demás diciendo: "yo soy tu padre", ya que tradicionalmente el patriarcado "es para todo hombre el símbolo de poder", encarnando vivamente al "macho mexicano" (Ramos, 1993, p. 55).

Asimismo, Ramos desenmascara a la imagen bravía del pelado mexicano, ya que toda esa valentía y ferocidad que emana hacia los demás no es más que una ruin mentira o cortina de humo generada por el temor de ser descubierto; como un ser desconfiado y temeroso, ya que debido a esto, ve en cualquier persona a un enemigo próximo. De igual manera, Ramos nos otorga una descripción psicológica del pelado mexicano, en donde asevera su desconfianza, inferioridad, violencia, rechazo de la realidad o distorsión de ella, su capacidad para crear fantasías, su búsqueda del valor humano, al igual que la capacidad nacionalista del personaje que es en dónde encuentra una hombría y valentía, factores que se ejemplifican a la perfección con aquel 15 de septiembre lleno de gritos y expresiones infladas de palabras bárbaras.

El segundo personaje que describe Ramos es: “el mexicano de la ciudad”. Dicho personaje tiene también como carácter una desconfianza perpetua, no cree

en dios, ni en la religión, ni en la política y al parecer en nada, vive al día haciendo a un lado el porvenir aunque también viva para mañana, pero nunca para después, tal vez ha heredado parte del papel pasivo del indígena, cosa que lo hace desprenderse en el tiempo, viviendo azarosamente; a la buena de Dios o a la "Dios dirá". "Así, la vida está a merced de los vientos que soplan, caminando a la deriva" (Ramos, 1993, p. 59).

Dicha desconfianza de la que se hace tan singular, emana en primera instancia del sentimiento de inferioridad, ya que al desconfiar de sí mismo y de los demás, automáticamente su psique recurre a la ilusión para proteger su yo, porque habitualmente posee un malestar interno que lo hace ser susceptible, nervioso, malhumorado, iracundo hasta estallar en violencia. "El mexicano es pasional, agresivo y guerrero por debilidad; es decir, porque carece de una voluntad que controle sus movimientos" (Ramos, 1993, p. 61). Más allá de voluntad, carece de autocontrol debido al caótico conflicto interior con el que vive, debido a esto busca ser lo que no es, y vive tras la imagen que él mismo inventó ser.

Cabe señalar que Ramos asegura que dicho sentimiento, también existe en los mexicanos inteligentes, cultivados e ilustres, los cuales entran en la tercera descripción que da, y es la de: “el burgués mexicano”.

"En el fondo, el mexicano burgués no difiere del mexicano proletario, salvó que, en este último, el sentimiento de menor valía se halla exaltado por la concurrencia de dos factores: la nacionalidad y la posición social" (Ramos, 1993, p. 62). Aclara Ramos que sus características no provienen de una inferioridad social o económica, y mucho menos de menor valía, sino del simple hecho de ser

mexicano. Contrasta con la violencia y la vulgaridad del pelado mexicano, ya que desprende una finura exagerada traducida en esnobismo. Sin embargo al llegar al enojo o iracundia, pierde el control de sí mismo utilizando el lenguaje del pueblo bajo. "<<¡Pareces un pelado!>>, es el reproche que se hace a este hombre iracundo" (Ramos, 1993, p. 62).

Menciona Ramos que la diferencia entre el pelado y el burgués radica en que el primero expone su psicología vivencialmente, en cuánto el segundo disimula por completo sus sentimientos de menor valía. El burgués mexicano posee una capacidad intelectual superior, la cual lo hace superar la acción de ocultamiento del sentimiento de inferioridad. Algo que posteriormente imposibilita el identificar su yo verdadero. Esto quiere decir que el burgués mexicano vive también aparentando ser otro, y ese otro (el ficticio), lo alimenta a través del reconocimiento social, ya que crea psicológicamente trampas a la vida y a los problemas que ésta le presenta. Se puede decir que el burgués, vive en invenciones que lo hacen también no carecer de lógica, pero sí de percatarse que vive en una mentira, tanto personal como social o política. "El mexicano vive en una mentira, porque hay fuerzas inconscientes que lo han empujado a ello, y tal vez, si se diera cuenta del engaño, dejaría de vivir así" (Ramos, 1993, p. 64). Es un hombre falso, un invento de sí mismo, de aquello que quiere ser y no es. Es un hombre negado de existencia porque vive de autoengaño, mediocre, porque al asumir ser aquella ilusión creada por su psiquis, no busca mejorar su situación ni mental ni social; es pues, un hombre negado al cambio. Es un imitador por excelencia, cree ser moderno o europeo, a pesar que sea el mismo que hace cien

años —menciona Ramos—, se jacta de vivir en la “sociedad modernizada” a pesar de poseer la inmutabilidad del indígena, aquella inmutabilidad egipcia.

Es altamente sensible a la crítica, por eso se adelanta señalando ver en el otro a un ser malvado. Incapacitado a la autocrítica, ve a todos inferiores frente a su imagen, es capaz de desdeñar al prójimo con una capacidad de maldad antropófaga —señala Ramos—, no conoce la lealtad ni la disciplina, hereda el culto de *ego* al igual que los aztecas; siendo hermético e individualista.

Ramos menciona que, después de describir a los personajes que conforman el carácter mexicano, la autocrítica y el autoconocimiento, pueden ser primordiales para expulsar a los fantasmas que se alojan en el mexicano.

> Para ello es indispensable que cada uno practique con honradez y valentía el consejo socrático de <<conócete a ti mismo>> [...]. Cuando el hombre así preparado descubra lo que es, el resto de la tarea se hará por sí solo. Los fantasmas son seres nocturnos que se desvanecen con sólo exponerlos a la luz del día (Ramos, 1993, p. 65).

El peligro que encuentra Ramos en el mexicano es aquella cualidad de superponer imágenes falsas, no solamente de su persona a la realidad, sino a ésta misma que la disfraza como una falsa ilusión, ya que señala que el mexicano ha tratado de ir en contra del destino y al no poder hacerlo realmente crea ilusiones para desvirtuar la realidad. Así, se ha creado una falsa cultura, un falso sistema político, cimentado en el mimetismo. Se ha tomado siempre como referente al europeo, sin embargo, a pesar de poseer esa misma sangre, somos diferentes porque estamos en América. Ramos advierte que se tiene que hacer a un lado al eurocentrismo que particularmente se encuentra en una clase reducida, la cual "pinta y decora las ciudades", para poder así encontrar al verdadero "núcleo de la vida mexicana, constituido especialmente por la clase media

mexicana, cuya existencia total se desenvuelve conforme a tipos de vida europea" (Ramos, 1993, p. 67).

A esta descripción Ramos le otorga el calificativo de cultura criolla, la cual ha podido conciliar lo mexicano con lo europeo para dar origen a un grupo social reducido que tiene como base o fundamento a la religión. Esa misma herencia que provino de los conquistadores españoles y su afán de evangelizar. Debido a esto es que en el centro de las grandes ciudades se encuentren obras majestuosas con el nombre de catedrales, parroquias, iglesias, entre más, y son la expresión del origen de la cultura criolla. Tal fue la influencia de la iglesia en esta cultura que transformó al mexicano a través del arte barroco, de la buena educación procedente de los seminarios, por eso no es raro encontrar durante la colonia a personajes poseedores de la moral social, como los curas o sacerdotes, que a veces no descomulgaban con las ideas modernas que misteriosamente aparecían en sus enseñanzas a pesar de ser censuradas, y es por eso que los primeros caudillos en encabezar la guerra de independencia —a diferencia de muchos países en Latinoamérica— fueron sacerdotes.

Empero, Ramos afirma que la decadencia religiosa llegó después de las leyes de reforma encabezadas por políticos y no por intelectuales, los cuales se preocuparon más por desaparecer el poder religioso a través del laicismo que por preservar la gran herencia de la enseñanza que la religión había proporcionado. A esto, el positivismo traído durante el porfiriato trató de llenar el vacío que la educación religiosa había dejado, tratando de transformar la sensible mente del país, a través de una cientificidad antirreligiosa, moderna y liberal. Sin embargo, Ramos encuentra que la religión le dejó una gran unidad, o posiblemente una

identidad a los países latinoamericanos, asemejando aquel sueño de Bolívar con la nación panamericana.

La cientificidad positivista dejó un cambio moral en la cultura criolla. Dicha moral fue la característica principal de la burguesía que dominó y explotó a la sociedad durante el régimen de Porfirio Díaz. A su vez Ramos exalta la tarea que dejó Justo Sierra y también el Ateneo de la Juventud en 1908, la cual fue ir contra corriente de la modernización mimetista y afrancesada del positivismo a través del fomento cultural, con personajes como Pedro Henríquez Ureña, Antonio Caso, Alfonso Reyes, José Vasconcelos, entre los más destacados. Dicho legado se vio reflejado en el pilar máximo de la obra ateniense, la cual fue encabezada por Vasconcelos en el legado del rescate espiritual del ser humano en la universidad Nacional — "Por mi raza hablará el Espíritu" —, al que hace referencia Ramos, diciendo que a pesar del legado vasconcelista en *La raza Cósmica* (Vasconcelos, 2012a) —el cual lejos de ser una predicción se convirtió en la búsqueda de algunos mexicanos por la superioridad—. Así, Ramos apuesta, como muchos, a que la educación llegue a todos los individuos para que los males puedan transformarse y hacer honor y justicia al legado de aquellos grandes personajes que son y siguen siendo el alma de la nación.

Ramos advierte que después del estallido de la revolución en 1910, sumado a la herencia positivista, se buscó seguir con la idea eurocentrista, se retomó el tema de nacionalismo proveniente de Occidente para tratar de fundar una nueva sociedad. Sin embargo, auguró a la perfección el destino trágico que esto traería al país, a la par de ver cómo la industrialización y la modernización social consumían al propio hombre, hasta llegar al punto de aumentar sus males,

continuando con la imitación que simplemente dejó fracasos, para así dejar a un lado la educación como principal motor de cambio. A esto mismo le nombró “el abandono de la cultura en México”.

"El error del mimetismo europeo proviene quizá de un concepto erróneo de la cultura que, por idealizarla demasiado, la separa de la vida como si no fuera indispensable el calor y la fuerza vital para sostener el espíritu" (Ramos, 1993, p. 90). Por el significado de la cultura, Ramos expresa que es aquella que debe conciliarse con la europea, y si no desecharla, aprender de ella sin imitarla. Él tiene esperanza en que la cultura mexicana logrará conciliar todos los males que siempre nos han arremetido. Es por eso que al conocernos, podemos hacer un buen examen de conciencia y partir hacia la nueva búsqueda.

"Los mexicanos no han vivido espontáneamente, no han tenido una historia sincera" (Ramos, 1993, p. 91). El pasado no ha sido ameno o fácil, pero debe existir la capacidad necesaria para generar un comienzo, un futuro, una cultura mexicana, la cual Ramos afirma ser la cultura universal hecha nuestra.

En cuanto al individuo, o mejor dicho el hombre, el cual es el centro de la cultura, debe ser rescatado por la intelectualidad que existe en el país. Aquellos que se han preocupado por desentrañar las características más profundas, inconscientes y carentes del ser mexicano, sin caer en determinismos racionales, ya que el hombre mexicano ha forjado un carácter discontinuamente. Porque el problema es formar al hombre y liberarlo de sus cadenas.

Ramos acierta en señalar que el mexicano debe desencadenarse de los complejos que le generan el afán de compararse histórica e inconscientemente con el europeo, lo moderno o lo que está de moda. De esta manera, los disfraces

desaparecerán para dar partida al ser auténtico. "Comenzará entonces una segunda independencia, tal vez más trascendente que la primera, porque dejará al espíritu en libertad para la conquista de su destino" (Ramos, 1993, p. 101).

Si no se tiene la capacidad de mirar al pasado, autoevaluarse, conocerse, comprender a la cultura y a su historia, es imposible tener un mejor futuro. Ramos al igual que muchos intelectuales que ha dado nuestro país, apuesta por la educación, el humanismo y el fomento cultural para revertir los pesares que históricamente han sometido al ser mexicano.

"Así es como, según Goethe, el hombre es víctima de los fantasmas que él mismo ha creado" (Ramos, 1993, p. 110). De igual manera, Ramos enuncia que el sentimiento de inferioridad aparece en todas las culturas o nacionalidades, y no simplemente es una anormalidad psíquica del mexicano. Aclara que los momentos primordiales en la formación del ser humano se encuentran tanto en la familia como en la escuela, y posteriormente se complementan con los sucesos de la vida. En México el sentimiento de inferioridad aparece como una deficiencia colectiva, pero afirma que éste sentimiento tiene una relación directa con los problemas de la educación mexicana.

Hace falta aceptar que dicho sentimiento genera en el ser mexicano una incapacidad colectiva, ya que la inferioridad siempre llevará al individualismo, la dispersión y la anarquía. Ramos sabe que esto es uno de los mayores pesares que consumen a la vida pública mexicana, y puedo asegurar que es el “talón de Aquiles” de la vida política nacional que se encuentra guiada por un grupo reducido que aprovecha de las desventajas sociales.

La tarea consiste también en el papel que desempeñan los maestros para contrarrestar todo lo que el sentimiento de inferioridad ocasiona en las personas. Porque en palabras de Ramos, a través de la buena enseñanza los maestros siempre fungen como curas de almas, y acierta en destacar que él fue alumno de los grandes titanes del legado ateniense.

Ramos define al mexicano como pasional, pero advierte que esa pasión debe justificarse y no ser completamente irracional, porque así conlleva al caos. De la misma manera asegura que en el México que él vive, el papel de los jóvenes desempeña un lugar importante en diversos ámbitos, aclara que muchas veces la juventud es poseedora de desventajas pero también de virtudes que la vitalidad le otorga. "Todo el mundo sabe que el joven es, a causa de ese ímpetu vital, y tal vez por una cierta inconsciencia, un posible héroe. Observamos que, por lo regular, el joven ha sido en la guerra la carne de cañón" (Ramos, 1993, p. 124).

Otra de las virtudes que Ramos trata de rescatar es la capacidad humana de pensar, apuntando que muchas veces encontramos que cierta parte de la sociedad se aleja de pensar, porque no se le ha enseñado a los individuos el valor que conlleva está majestuosa capacidad humana. Empero, Ramos apuesta en parte por la cientificidad, para contrarrestar la parte oscura que los impulsos e instintos humanos pueden generar, pero también es cuidadoso en mencionar que el abuso del racionalismo es reflejo de la inmadurez próxima a la utopía. Mas bien, se debe pensar como mexicano, reconociéndose uno mismo y no como extranjero, porque el imitar siempre ha traído desgracias.

Se debe dejar a un lado el nacionalismo y acercarse al pensamiento filosófico. Por esta razón, Ramos proporciona dos formas fundamentales como

tareas encomendadas de nuestro pensamiento: "1. Cómo es realmente tal o cual aspecto de la existencia mexicana, y 2. Cómo debe ser, de acuerdo con sus posibilidades reales" (Ramos, 1993, p. 136).

De la misma forma en que Ramos describe los perfiles humanos del mexicano en la cultura, también hace hincapié en otro malestar que se puede encontrar en la vida diaria: “la pedantería”, la cual aparece como una actitud característica de muchos profesores, literatos, escritores, artistas y muchos más. Es la máscara de aparente sabiduría o erudición que oculta y disimula. Es peculiar en personajes que desentonan e incomodan en todas partes, por su arduo afán de dar muestra de conocimiento, citando personajes ilustrados en momentos muy inoportunos, usa un lenguaje rebuscado y termina como inadaptado.

“La pedantería” magnífica a la persona para afirmar su superioridad, posee un acento agresivo y despótico. "El pedante parece decir <<aquí yo soy el único que vale, ustedes son unos imbéciles>>" (Ramos, 1993, p. 138). Empero, Ramos asegura que dicha actitud no engaña a nadie, a pesar de que el pedante asuma contraer admiración o reconocimiento, adquiere lo contrario. Suelen ser individualistas rabiosos, incapaces de percibir los valores de los demás, y por su fuerte individualismo poseen —señala Ramos—, "círculos de admiradores, ingenuos e ignorantes, que se dejan sorprender por sus palabras" (Ramos, 1993, p. 138).

Lo único que busca además de ser oído, reconocido y atendido mediante la aprobación y el aplauso de su entorno, para sugestionarse y recobrar su confianza, es sin duda el reflejo vivo del sentimiento de inferioridad disfrazado de superioridad.

Ramos ha realizado una tarea ardua para desentrañar lo más profundo del ser mexicano, como él lo menciona, de forma ensayista y psicoanalítica. Sin embargo, a pesar de que en muchas ocasiones podemos encontrar que la autocrítica no es bien recibida en el país, es necesario asimilarnos frente a la problemática que viaja con el ser mexicano desde hace más de cien años.

Es necesario tener la humildad suficiente para reconocernos, para aceptar que el sentimiento de inferioridad es parte de aquellos fantasmas que se tienen que superar día a día, porque solamente seremos capaces de crear, de cambiar, de reinventar nuestras circunstancias a través, no de la mentira o el engaño, sino de la propia voluntad que se queda atrapada dentro de nosotros mismos, para poder así construir una verdadera cultura mexicana, sin imitaciones, sin limitantes, sin opresiones o abusos del poder político. Una verdadera cultura mexicana universal.

En suma, para Ramos la mexicanidad es una mentira, es asumirse como inferiores frente a Occidente y por ende caer en la imitación. Es vivir en una falsedad cotidiana que nos hace ser violentos, pasionales, ilusorios, desconfiados, individualistas, faltos de lealtad, pedantes, fanfarrones. Sin embargo, su ardua crítica culmina en la necesidad de reconocerse como mexicanos, asumirse como tal y posteriormente buscar la autenticidad mediante la intelectualidad para ser un “mexicano universal”.

## 3. El legado de Octavio Paz. Viaje a las profundidades de “El laberinto de la soledad”

> Quien ha visto la Esperanza, no la olvida. La busca bajo todos los cielos y entre todos los hombres. Y sueña que un día va a encontrarla de nuevo, no sabe dónde, acaso entre los suyos. En cada hombre late la posibilidad de ser o, más exactamente, *de volver a ser,* otro hombre.
>
> Octavio Paz (2000, p.31)

No lo puedo describir en otras palabras sino en las que él siempre estuvo orgullosamente inmerso, la poesía: Octavio Paz (1914-1998), el poeta mexicano de un siglo, hombre de letras y reconocido no sólo en México sino en el mundo, galardonado con el Premio Nobel de literatura en 1990. Creador —porque fue un artista de la pluma— de diversas obras en las que destacan: *El ogro filantrópico (Paz, 1981), El arco y la lira (Paz, 1990), Tiempo nublado (Paz, 1998), El laberinto de la soledad, La llama doble, Postdata (Paz, 2000)*, entre muchas otras.

Me daré a la tarea de adentrarme en el laberinto mediante el reconocimiento de mi propia soledad. Tal vez mis palabras queden cortas, rezagadas, o mi conocimiento se aproxime al de la vida cotidiana u ordinaria, pero es importante rescatar al ser que ilustra Paz, así como importante es aceptar la crítica, realizar una propia, generar un autoconocimiento. Ya el poeta Paz expresaba que: "una obra de arte o una acción concreta definen más al mexicano —no solamente en tanto que lo expresan, sino en cuánto, al expresarlo, lo recrean— que la más penetrante de las descripciones" (Paz, 2000, p. 12).

Advierto, hace algunos años tuve la oportunidad de conocer *El laberinto de la soledad* y, como muchos jóvenes pasionales, su lectura había generado en mi

un gran rencor hacia mi propia cultura, cosa que, tiempo más tarde, la propia vida, el ver a mis semejantes, el ver al otro; reconocerlo, comprenderlo y aceptarlo, me ayudó a escapar de las telas engañosas que los prejuicios humanos son capaces de generar en nuestra persona.

Puede que mi lectura no sea la más acertada, y menos la que muchos quisieran escuchar, pero, como un espíritu libre dejaré que el mensaje de Hermes despierte en mí al ser que llevo dentro y me ayude a generar las respuestas que desde mi infancia me tienen en una interrogante: ¿quién soy? ¿Hacia dónde voy y de dónde provengo?

La pregunta por el ser es algo no muy sencillo de responder, Paz menciona que esta pregunta nos puede aproximar al reconocimiento de uno mismo, al momento en el que de la niñez a la juventud nos encontramos como reflejados en un río, donde nos damos cuenta que, al querer saber qué somos, nos encontramos siendo parte de *la nada*. De una nada angustiosa, terrible, vacía y profusa, la cual, al igual que una mirada desgarradora, "las facciones se hicieron rostro y, más tarde, máscara, significación, historia" (Paz, 2000, p. 12).

Al encontrarnos frente al otro, nos encontramos a nosotros mismos. De igual manera Paz nos narra que durante su estadía en Estados Unidos, particularmente en Los Ángeles, y al tratar de comprender a su cultura, se encontró de frente con un personaje singular de la sociedad mexicana, con aquella otredad ahora insertada en la profundidad estadounidense, con aquel carácter que se envuelve en los colores de la negación de una sociedad: el pachuco.

Este personaje puede en primer lugar proporcionarnos el enigma que encierra el ser mexicano, también, nos puede generar un rechazo o un desdén por

todos aquellos paisanos que viven, o mejor dicho, sobreviven del otro lado del país. El pachuco es sinónimo de negación, de ser y de no ser, de ese juego de palabras que simplemente encontramos en el rechazo norteamericano o también el nuestro, pero que, sin lugar a dudas nos muestra a un hombre que desde sus entrañas guarda un ímpetu voluntarioso por existir y ser reconocido. Es un hombre pasional que busca ser diferente desde las entrañas de un mundo que constantemente lo niega, busca llamar la atención para afirmar que ahí se encuentra, o también se violenta al grado de ser perseguido por la justicia. Viste de manera llamativa —menciona Paz—, como "una belleza harapienta", en la cual fusiona su caótica existencia, "rebelde instintivo" que, a pesar de permanecer años en Estados Unidos no busca asimilarse entre lo sajón, sino todo lo contrario. Difiero con Paz cuando menciona que el pachuco habla inglés, ya que no todos lo llegan a hablar, pero tal vez sí a "masticar".

Su existencia puede dibujarse en un folclor; formas o figuras simbólicas que inconscientemente lo hacen regresar a su origen o raíces, por esa razón difiero un poco también con Paz cuando menciona que: "El pachuco ha perdido toda su herencia: lengua, religión, costumbre o creencias" (Paz, 2000, p. 17). Porque es bien saber que, tanto el pachuco como muchos mexicanos más que viven apartados de su país de origen, llevan consigo lo necesario para permanecer en medio de lo desconocido. A menos que, lo que refiera el poeta sea una pérdida por arrebato o alejamiento, como aquello que caracteriza a los migrantes durante las fiestas decembrinas con el nombre de síndrome de Ulises.

Este personaje simboliza aquella parte dionisiaca que el mundo occidental se empeñó en erradicar gracias al racionalismo, por eso se muestra como el

principal atentado a la cultura sajona, a esto Paz menciona que: "Unos le atribuyen virtudes poco comunes; otros, una perversión que no excluye la agresividad. Figura portadora del amor y la dicha o del horror y la abominación, el pachuco parece encarnar la libertad, el desorden, lo prohibido" (Paz, 2000, p. 19).

El pachuco representa un híbrido peculiar entre el contraste de dos mundos en los que existe un deber ser, a nivel lingüístico lo podemos encontrar en aquel "spanglish" tan característico de muchos mexicanos, de la misma manera pretende atrapar las miradas con salvajismo, generando miedo, estallando al menor roce con los demás, porque a través de las peleas, las persecuciones y vanas travesías, pretende encontrarse a sí mismo. Empero, todo este disfraz de miedo oculta a un ser desgarrado que lo hace sentir inferior, pero Octavio Paz asume que a mayor medida y profundidad se encuentra su propia soledad. "El sentimiento de soledad, por otra parte, no es una ilusión —como a veces lo es el de inferioridad— sino la expresión de un hecho real: somos, de verdad, distintos. Y, de verdad, estamos solos" (Paz, 2000, p. 12).

Puedo afirmar que el pachuco es un personaje que vive un vitalismo propio, hombre suspendido en el tiempo que, si algo se le ha arrebatado es la seguridad, por esa razón en vez de negarse, se expresa, y se afirma a sí mismo; con llamativas prendas, jeroglíficos corporales, grotescos y a la vez afinados detalles. "En su excéntrica carrera, ¿qué persigue? Va tras su catástrofe: quiere volver a ser el sol, volver al centro de la vida de donde un día —¿en la Conquista o en la Independencia? — fue desprendido" (Paz, 2000, p. 23).

La obra de Paz puede parecer una comparación a favor de estándares eurocéntricos o estadounidense. Sin embargo, es imposible negar que las

exigencias de los dos occidentes han marcado lineamientos a seguir en nuestra civilización hispana; desde la conquista, la colonia, las revoluciones, hasta nuestras naciones independientes y diversos momentos que han marcado el rumbo político, intelectual o económico de países como el nuestro. Por esta razón me atrevo a señalar que: ¿quién no se ha preguntado el por qué de nuestras carencias o incapacidades como país, cuando tenemos siempre el contraste de nuestra realidad con las realidades de los que se hacen llamar el primer mundo?, las diferencias entre uno y otro, entre nosotros y ellos no se reduce nada más a que nosotros somos pobres y ellos ricos, "que ellos nacieron en la Democracia, el Capitalismo y Revolución industrial y nosotros en la Contrarreforma, el Monopolio y el Feudalismo" (Paz, 2000, p. 23).

Para Paz la simple industrialización del país no responderá jamás a las problemáticas que nuestra cultura tiene. Me viene a la mente la ética protestante o el espíritu capitalista de la cultura sajona; su capacidad para progresar mediante la acumulación de riquezas, su religión y el valor del trabajo, todo frente al horror y contraste que nos dejó la herencia española mezclada con la indígena.

> Los Cristos ensangrentados en las iglesias pueblerinas, el humor macabro de ciertos encabezados en los diarios, los "velorios", la costumbre de comer el 2 de noviembre panes y dulces que finjan huesos y calaveras [...] Nuestro culto a la muerte es culto a la vida, del mismo modo que el amor, que es hambre de vida, es anhelo de muerte. El gusto por la autodestrucción no se deriva nada más de tendencias masoquistas, sino también de cierta religiosidad (Paz, 2000, p. 26).

De ahí el gusto por las famosas canciones llenas de despecho y tragedias, telenovelas serviles que hacen uso de la misma retórica oscura, al igual que las películas clásicas de Pedro Infante o Jorge Negrete que se suspenden a través del tiempo proyectándose una y otra vez, idolatrando la imagen romántica del macho

mexicano, el cual muere de embriaguez por el amor o el rechazo de una mujer a pesar de poseer a varias, aconsejado y respaldado por la moral de un sacerdote o de la sufrida madre. Se rechaza al trabajo porque es el castigo divino del destierro, como lo ilustra aquella frase de Cantinflas diciendo que: "si el trabajo fuera bueno, los ricos ya lo hubieran acaparado" (Bartra, 2005, p. 167). Mientras el sajón recurre al alcohol para olvidar, aquí se hace para confesarse; abrirse, desenmascararse, mientras ellos son optimistas vislumbrando lo mejor del futuro, aquí se posee un nihilismo no intelectual, irrefutable y completamente pesimista. "Ellos son crédulos, nosotros creyentes, aman los cuentos de hadas y las historias policíacas, nosotros los mitos y las leyendas" (Paz, 2000, p. 26). Allá nace Disney, y a pesar de que cuenten con cine de terror, aquí surgen las más grandes y lúgubres historias; el charro negro, la llorona, el coco, las procesiones malditas, el Nahual, la magia negra esotérica de los chamanes, etc.

Una conexión mística entre el pasado precolombino y el choque con el español, Octavio Paz menciona que:

> Tlazoltéotl, la diosa azteca de la inmundicia y la fecundidad, de los seres terrestres y humanos, era también la diosa de los baños de vapor, del amor sexual y de la confesión. Y no hemos cambiado tanto: el catolicismo también es comunión (Paz, 2000, p. 27).

Una comunión de sufrimiento y martirio, entre lo humano y lo divino que se forjó con el sincretismo.

"Nosotros somos tristes y sarcásticos; ellos alegres y humorísticos" (Paz, 2000, p. 26). Incrustan su comedia y mal sentido del humor al mundo, nos dan héroes ridículos con grandes toques egocéntricos envueltos en los colores de su bandera, aquí se canta *El triste* y se tiene de héroes a personajes patrios elevados por sus grandes fracasos, ya no es Hidalgo, ni Morelos, o Zapata o Villa, porque

también lo puede ser el *Chapulín Colorado* o la selección mexicana de futból. Ellos mienten disfrazando una verdad por una verdad social —como lo menciona Paz—, al igual que lo hacen para disfrazar sus atrocidades, difiero yo, aquí se hace por fantasía y desesperanza para ocultar la realidad.

Dichas diferencias y contrastes entre una y otra cultura —menciona Octavio Paz— son irreconciliables, pero asume que, a pesar de nuestros lastres y de las fallas que contrae la modernización de nuestro país, mantiene —lo que yo considero— una esperanza por el hombre que es historia y que hace historia, no que simplemente esté arrojado en ella. También Paz señala el proceso en el que son sometidos los norteamericanos desde la infancia, mediante un discurso que se repite cotidianamente en radio, televisión, escuelas o iglesias, de la misma manera en que José Vasconcelos narraba su encuentro con la cultura norteamericana al realizar sus estudios de la infancia, encontrando una fuerte dosis de patriotismo norteamericano, situando a la cultura sajona como centro de la universalidad. Esto no es diferente a la formación tan envenenada que el nacionalismo priista fomentó en sus orígenes, y que posteriormente convirtieron a un régimen autoritario en una cultura con grandes alcances de dominación. Sin embargo, la diferencia se encuentra en que, la primer mentira sigue dando frutos y respuesta a nivel mundial, mientras la otra, a pesar de ser disfrazada o intentar renovarse a través de la imposición de todo orden, nos proporciona miseria y signos de desigualdades sociales más aberrantes que las estadounidenses.

De esta manera encuentro lo que Paz considera como una de las incapacidades para reconciliarnos con el fluir de la vida, porque el significado de "vida" nos puede traer en mente la búsqueda del propio ser, de tener sensaciones

y arrojarse al límite, en cambio —y esto lo afirmo desde mi propio criterio— nuestro régimen político al igual que el estadounidense, ha tenido el afán de transgredir el ser auténtico del individuo despojándolo de sentido. La otra diferencia entre los dos fines es que el nuestro queda en nosotros y en la capacidad de ver las desgracias que ocasiona el vivir en condiciones desdeñables durante casi ochenta y cinco años, a diferencia de estadounidense que no sólo rechaza e impone sus condiciones hacia sus propios habitantes —como es el caso del latino, negro, chino, árabe, judío, entre muchos más— sino también de manera hegemónica a nivel internacional.

A pesar de toda la imposición y desdén por negar a la otredad, al no-ser, o a la nada, dándole significados de no existencia, existen sectores de la sociedad que se hacen presentes para reclamar el espacio vital de aquello de donde han sido arrojados, tal es el caso del pachuco como el que describe a la perfección Paz, al igual y como yo encuentro el caso de los negros luchando por su reconocimiento frente a la abominación racial sajona —*I have a dream!* —, sumado a diversas culturas dentro y fuera de Estados Unidos. Con esto no expreso mi afinidad hacia los grupos violentos o anárquicos que siempre logran hacerse presentes, pero reconozco que el afán de negar a los otros es la causa primordial de muchos de los actos vandálicos; terrorismo, crimen organizado y hasta el narcotráfico. Eso sin expresar la manera cómo nuestro gobierno al igual que el estadounidense, han lucrado excesivamente con dichos fenómenos sociales.

Si bien, las civilizaciones hegemónicas siempre han tenido miedo de regresar al desorden básico existencial que proporciona el ser humano —menciona Paz—, por el motivo de seguir manteniendo el supuesto orden

universal que, para muchos rige la naturaleza. Sin embargo es claramente el sinónimo de una dominación hacia la otredad. Dicho orden ha sido la característica de la imposición de unos sobre otros, negando con insistencia a la naturaleza humana; lo instintivo o lo pasional. Es la negación del ser.

Paz describe muy bien al ser mexicano que se esconde tras un sinnúmero de máscaras; el que es macho y que no se raja, el que hace inferior a la mujer por simple condición sexual, porque es hermético, cerrado y altamente desconfiado. El mexicano lucha, porque así considera a la vida, pero no es una lucha que se emprenda o se caracterice por el ataque, sino una lucha defensiva. He ahí la gran cualidad de soportar las vicisitudes de la vida, rasgo heroico y de resistencia, tanto de hombres como de mujeres. Paz señala lo siguiente:

> La hombría se mide por la invulnerabilidad ante las armas enemigas o ante los impactos del mundo exterior. El estoicismo es la más alta de nuestras virtudes guerreras y políticas. Nuestra historia está llena de frases y episodios que revelan la indiferencia de nuestros héroes ante el dolor o el peligro. Desde niños nos enseñan a sufrir con dignidad las derrotas, concepción que no carece de grandeza. Y si no todos somos estoicos e impasibles —cómo Juárez y Cuauhtémoc— al menos procuramos ser resignados, pacientes y sufridos. La resignación es una de nuestras virtudes populares. Más que el brillo de la victoria nos conmueve la entereza ante la adversidad (Paz, 2000, p. 34).

Arma de dos filos, porque se soporta todo a pesar de vivir en un derrotero, de lo estoico a la resignación e insensibilidad que trasciende en el hermetismo, de la quietud a un quimérico actuar. Lo cerrado nos muestra el gusto y tradición por la forma, característica principal de toda política ridícula; de las vastas ceremonias y festejos tradicionalistas. La forma es una máscara de engaño, de negación. Menciona Paz que así los liberales trataron de alterar la realidad del país con la

Constitución de 1857, dando a la *post* la dictadura porfirista y la Revolución de 1910.

Esa manera de cerrarse es la misma que causa la mentira y el engaño, a la equivalencia del macho con la madre sufrida, los dos con máscaras, insensibles e impávidos. La mentira es característica para ocultar el verdadero ser, para no abrirse, y a pesar de que el amor sea la apertura mutua entre los amantes, menciona Paz que no es nada raro encontrar diversas canciones que hablan de trágicos amores falsos. Mentira presente en todo ámbito, ejemplo bien ilustrado en la política nacional. También la mentira es disimulo, y el disimulo es el ignorarse a sí mismo, es la no existencia. "La nada de pronto se individualiza, se hace cuerpo y ojos, se hace Ninguno" (Paz, 2000, p. 49).

Cuando se niega a alguien se niega a uno mismo. Tal vez para ignorar la dura realidad, y es por eso que ahí nos encontramos con nuestro gusto por las fiestas; menciona Paz que somos un pueblo ritual, sólo basta con echar un vistazo a nuestro calendario plagado de celebraciones, o simplemente hacer de cualquier reunión una gran celebración sin importar "echar la casa por la ventana" para poder interrumpir el paso del tiempo.

“Cada año el 15 de septiembre a las once de la noche, en todas las plazas de México celebramos la Fiesta del Grito; y una multitud enardecida efectivamente grita por espacio de una hora, quizá para callar mejor el resto del año” (Paz, 2000, p. 51).

La fiesta mexicana, de cualquier tipo y forma, sirve para desprenderse del tiempo, para el no ser, para ridiculizar al rico, a la autoridad, a la hegemonía, porque todos son iguales, si no muestran su verdadero ser desgarrado se

envuelven en otra máscara para despilfarrar las ganancias acumuladas en un ritual, como aquellos cumpleaños, años nuevos, bodas, XV años, etc. Celebraciones que ayudan a recuperar una vitalidad, una fuerza sobrehumana, a pesar de que las fases de la fiesta culminen muchas veces en reproches, injurias, promiscuidades, violencia —casi igual a lo dionisiaco—, la fiesta se presenta como un ritual para la liberación del alma; de normas impuestas por todos lados. Y puedo asegurar que es la expresión máxima de un vitalismo *sui generis,* el mexicano. Es por ello que las fiestas son necesarias para aliviar el dolor que causa la realidad, menciona Paz que sin ellas estallaríamos. "Y es significativo que un país tan triste como el nuestro tenga tantas y tan alegres fiestas" (Paz, 2000, p. 57).

Tenemos una herencia azteca; precortesiana, fundida en mestizaje no sólo con la española, sino con la que ésta trae detrás; como la árabe. Se han heredado no sólo las virtudes de dos "universos", también los defectos. Se ha fusionado las diferentes formas de concebir a la vida; los sacrificios aztecas, por una parte para tener salud cósmica, y por otra, la redención católica con la muerte de Cristo. Asimismo, menciona el poeta Paz que en la época del siglo pasado, se ha perdido por completo la noción del valor de la muerte —ya no sólo de la vida porque no se vive individualmente sino de manera colectiva—, época de conflictos humanos; campos de concentración, guerras, catástrofes, pérdida del ser con la época moderna; industrialización y mercadotecnia social, lo cual hace desviar las miradas humanas, crisis de los Estados represores, entre más. Todo esto ha modificado la persecución de la vida, al igual que el de la muerte, la cual es estéril a diferencia de la cristiana y la azteca. El mexicano —piensa Paz— pierde el

sentido de la muerte porque también la vida le es indiferente; vive con ella a cada instante, no es el hecho de burlarse de ella pero sí de burlarla, venerarla el 2 de noviembre porque también es muestra de respeto y conmemoración a los que ya se han ido.

Fiesta y velorio, vida y muerte. Siempre solos con miedo a regresar al mundo, muerte que repara, vida que se olvida, trago amargo de un sentimiento profundo que no embriaga; sí desgarra. Es preferible vivir con la puerta cerrada y esperar la muerte.

El mexicano es un enigma indescifrable. Se puede aproximar uno a él, y más cuando somos parte del mismo, pero sin lugar a dudas, hombre y mujer, permanecen en la soledad, siendo desconfiados; con disimulo. "Vivir a solas, sin testigos. Solamente en la soledad se atreve a ser" (Paz, 2000, p. 78).

Somos producto de una historia, sí, porque también a través de ésta podemos darnos cuenta del presente paradójico en el que vivimos, el cual, permanece como constante. Bien menciona Paz que no se ha acabado la miseria de las clases sociales, y somos el reflejo claro —como el que da un río— de nuestras circunstancias. Si la historia está dotada de hechos, también éstos están dotados de la característica humana: la problematicidad, lo caótico.

Cuando un mexicano de cualquier clase social busca abrirse, se desgarra, ya sea en la fiesta o en cualquier intento. De la misma forma le ocurre esto a los ricos, herméticos igualmente, cuando intentan abrirse sucumben en el desgarre. Es una lucha incansable por mostrarse y a la vez negarse. La lucha es ardua contra nuestros fantasmas; algunos heredados por la historia, otros creados por nosotros mismos y, sin embargo —menciona Paz—, sólo la historia puede

ayudarnos a revelar nuestros fantasmas, a comprender nuestro carácter, nuestro hermetismo. "Nosotros somos los únicos que podemos contestar a las preguntas que nos hacen la realidad y nuestro propio ser" (Paz, 2000, p. 81).

El lenguaje también revela los misterios profundos que guardamos con recelo, aquellas frases cotidianas y célebres que pueden mostrar más que un arduo estudio cientificista; porque encierra una gran carga simbólica difícil de visualizar. A esto Paz añade:

> Toda angustiosa tensión que nos habita se expresa en una frase que nos viene a la boca cuando la cólera, la alegría o el entusiasmo nos llevan a exaltar nuestra condición de mexicanos: !Viva México, hijos de la Chingada! Verdadero grito de guerra, cargado de una electricidad particular [...]. Con ese grito, que es de rigor cada 15 de septiembre, aniversario de la Independencia, nos afirmamos y afirmamos a nuestra patria, frente, contra y a pesar de los demás. ¿Y quiénes son los demás? Los demás son "hijos de la chingada": los extranjeros, los malos mexicanos, nuestros enemigos, nuestros rivales. En todo caso, los "otros". Esto es, todos aquellos que no son lo que nosotros somos. Y estos otros no se definen sino en cuánto a hijos de una madre tan indeterminada y vaga como ellos mismos (Paz, 2000, pp. 82-83).

Aparece la dualidad del mexicano, aquella que se refugia en la figura mítica de la madre. La madre sufrida y abnegada, como la leyenda de la llorona, aquella madre que se festeja los 10 de mayo, porque sólo aquel día merece sanar las heridas perpetuas, y lejos de representar metafóricamente la imagen materna, la chingada viene a adquirir diversos significados en diferentes partes del mundo; de éxito, fracaso, de potencia sexual, al igual que de sometimiento, del listo o el abusado, del menso o torpe, de burla y molestia, etc. "El verbo denota violencia, salir de sí mismo y penetrar por la fuerza al otro" (Paz, 2000, p. 84).

Es el afán de introducirse en el otro, desgarrándolo inconscientemente, es la violación del candado que nos mantiene herméticos, pero es más violencia que querer descifrar nuestro ser. Es una frase masculina, sí, y agresiva a tal grado que

pasa desapercibida, porque se vuelve normal, ordinaria o cotidiana. Ayuda a reconocer en lo político, al que chinga; roba, miente, engaña, o chingón; como el que se vuelve rico a costa de las necesidades ajenas. Herencia azteca y española, sin duda modificada, hecha nuestra porque a través de ella tratamos de ser auténticos (nosotros mismos). Dialéctica y dicotomía entre lo abierto y cerrado, posibilidad de la vida para chingar, o de serlo (chingando). <<Con frecuencia nuestros políticos confunden los negocios públicos con los privados. No importa. Su riqueza o su influencia en la administración les permite sostener una mesnada que el pueblo llama, muy atinadamente, de “lambiscones” (de lamer)>> (Paz, 2000, p. 87).

Por eso ahora, al igual que siempre, el político no sólo ha representado la imagen hegemónica de la paria social, sino también la imagen de la corrupción, del denostar humano, de lo peor. El hecho de chingar se encarna precisamente en la clase política, mayormente abogados, economistas, administradores públicos; aquellos amaestrados para controlar las arcas públicas, mas no para administrarlas de buena forma. Paz menciona con certeza dicha aberración, expresando que: "El servilismo ante los poderosos —especialmente entre las castas de los "políticos", esto es, de los profesionales de los negocios públicos— es una de las deplorables consecuencias de esta situación" (Paz, 2000, p. 86).

La chingada se presenta como un rasgo distintivo de todas las acciones mexicanas, mientras todos están dispuestos a realizar dicha acción, a ser presas de ella, a irse muy lejos, y no precisamente a China. Paz afirma que la chingada es una palabra paradójica sin significado, vacía, hueca y que precisamente ilustra a la nada. Es característica del macho mexicano que también no es nada, pero que de la misma forma de chingar se afirma mediante una superioridad falsa,

enmascarada, diciendo "yo soy tu padre". El macho es el gran chingón, el humorista, mujeriego, menciona Paz que posiblemente no niegue su homosexualidad haciendo uso excesivo de "la pistola" —en el albur—, simbología del falo masculino que mantiene una relación mítica directamente con la del conquistador español, y terrenal con aquellos personajes que someten comúnmente a la sociedad, el poeta menciona: <<Ése es el modelo —más mítico que real— que rige las representaciones que el pueblo mexicano se ha hecho de los poderosos: caciques, señores feudales, hacendados, políticos, generales, capitanes de industria. Todos ellos son "machos", "chingones">> (Paz, 2000, p. 90).

El ser chingado es una imagen de veneración, no solamente se presenta con la mujer; violada y desgarrada por el conquistador español, sino también lo podemos encontrar en la afinidad por Cristo; dios hijo que a diferencia del padre —el cual representa vida— nos muestra a un ser martirizado, ensangrentado, condenado y humillado. Asimismo me atrevo a decir que dicha concepción por la imagen divina no sólo ha generado una inclinación por el martirio y no por la felicidad y la vida, como es el caso tan contradictorio de la Semana Santa; triste y tortuosa que a fin de cuentas culmina con la resurrección de Cristo; el misterio del *Kerigma* que engrandece al éxito o triunfo del dios de la vida. Algo completamente ignorado por nuestro gusto melancólico.

Menciona Paz que, de la misma manera la tradición mítica precortesiana —que hegemónicamente fue la azteca— se logró sincretizar con la religión traída por el español. La imagen de Cristo guarda una gran similitud con la de Cuauhtémoc ("ave que cae"), héroe caído y torturado por la ambición de Cortés,

similar a la de su contraparte Huitzilopochtli; nacido de virgen, ambos jóvenes. Asimismo el gran simbolismo que guarda la imagen de la virgen de Guadalupe en la identidad mexicana es asombrosa, producto del sincretismo español-azteca, deidad fecunda ligada a los ritos cósmicos. A esto Paz describe las siguientes características:

> La virgen católica también es una Madre (Guadalupe-Tonantzin la llamaban algunos peregrinos indios) pero su atributo principal no es velar por la fertilidad de la tierra sino ser el refugio de los desamparados. La situación ha cambiado: no se trata ya de asegurar las cosechas sino de encontrar un regazo. La Virgen es el consuelo de los pobres, el escudo de los débiles, el amparo de los oprimidos. En suma, es la Madre de los huérfanos. Todos los hombres nacimos desheredados y nuestra condición verdadera es la orfandad, pero esto es particularmente cierto para los indios y los pobres de México (Paz, 2000, p. 93).

Símbolo de esperanza y unión, consuelo del martirio cotidiano, imagen con un significado tan vasto que sólo puede despertar una sensibilidad sublime al ver las peregrinaciones el doce de diciembre —fiesta nacional—. Madre de América nombrada por el papado, no casualmente en la cristiada representó heroísmo y fortaleza, dinamitando el estoicismo de la inconformidad petrificada, ilustrando la postal que el indígena regaló ante trágica escena nacional; colocando la estampa de Guadalupe al frente de su sombrero para salir a batalla.

Tristemente puedo arremeter contra aquellos que desplazaron el significado de la imagen Guadalupana —de movilización social— por la quietud y sumisión, en vez de ayudar a concebir mejor al trabajo y el éxito. Ya la historia lo corroboró con aquellos indígenas movilizados —tal vez bruscamente— gracias al estandarte hidalguense, emblema preciso de la Revolución de Independencia.

La Virgen de Guadalupe tiene su contraparte con la chingada, ésta segunda —describe el poeta Paz— es más pasiva que la primera madre mexicana. Paz señala:

> Su pasividad es abyecta: no ofrece resistencia a la violencia, es un montón inerte de sangre, huesos y polvo. Su mancha es constitucional y reside, según se ha dicho más arriba, en su sexo. Esta pasividad abierta al exterior la lleva a perder su identidad: es la Chingada. Pierde su nombre, pero no es nadie ya, se confunde con la nada, es la Nada. Y sin embargo, es la atroz encarnación de la condición femenina (Paz, 2000, p. 94).

La chingada es la mujer entregada, abierta, violada, asociada con la conquista y aquel momento en que Marina (Malinche) se entregó a los brazos de Cortés. Es la madre que abandona, traiciona, o que va en búsqueda del padre abandonando a su hijo —algo imperdonable—, imagen antagónica y complementaria a la imagen de Cuauhtémoc, el héroe caído, hijo sacrificado. Por esta razón describe el poeta Paz el éxito de la palabra malinchista; todo aquel que se abre al exterior, al extranjero, y que por ese hecho exaltan ser los hijos de la Malinche, de la chingada. Esto es de nueva cuenta el ejemplo del hermetismo, el rechazo al pasado que tanto Cortés como la Malinche míticamente guardan en el mexicano un conflicto histórico que no se ha podido reconciliar.

El mexicano, fuertemente ligado a la madre y poseedor de un pasado doloroso, menciona Paz que debe reconciliar lo que el proceso histórico le ha dado, igual que la Reforma Liberal que representó la ruptura con la Madre, como momento doloroso y fortuito, es necesario romper con los lazos familiares que nos ha heredado el pasado, porque es necesario. "El mexicano y la mexicanidad se definen como ruptura y negación" (Paz, 2000, p. 97). Procesos que para Paz deben identificarse para poder trascender la soledad.

Por otra parte el poeta toma como referente a la conquista y la colonia para expresar el origen de nuestros conflictos actuales. Tras este suceso encontramos dos universos vastos y paradójicos: español y azteca, dualidades cósmicas como Quetzalcóatl y Huitzilopochtli; procedentes desde el imperio azteca que dominó y subyugó a las diferentes civilizaciones en Mesoamérica. De la misma manera, el imperio español a través de la violencia daría vida a la corona que tiempo más tarde, con la llegada de Cortés al continente, mediante la conquista y el choque de ambos imperios, generaría un mestizaje de formas, religiones, creencias, antepasados, dominación, orden político-social, económico, jurídico y muchos más rasgos que han caracterizado a la cultura mexicana. "Si México nace en el siglo XVI, hay que convenir que es hijo de una doble violencia imperial y unitaria: la de los aztecas y la de los españoles" (Paz, 2000, p. 110).

Asimismo el catolicismo con sus pros y contras vino a darle al indígena un lugar en el mundo. Un lugar que había perdido tras la huida de sus dioses y la muerte de sus líderes, cosa que le haría quedar completamente en soledad. Sin embargo, el catolicismo vendría a ser un poco más justo frente a su pasado o frente a las atrocidades del protestantismo norteamericano con el exterminio del nativo. Cabe señalar que Paz no se pronuncia a favor ni en contra de la herencia religiosa que trajo España, sin embargo hace una buena descripción de las ventajas y desventajas que contrajo dicho acontecimiento. A pesar de existir un sincretismo católico en el indígena, ni la Virgen de Guadalupe, ni la religión en general —menciona Paz—, le han quitado la fuerte unión con la tierra y el mundo, porque el indígena sigue concibiendo su salvación junto al cosmos y la sociedad. Esto quiere decir que el indígena sigue concibiendo al pueblo con lo sagrado, ni se

diga, puedo asegurar que dicha relación sagrada se muestra cuando los conflictos sociales rebasan las atrocidades cometidas por los políticos, cuando el despojo de las tierras, sumado a las injusticias y diferencias sociales, levantan a comunidades indígenas de manera violenta y sangrienta. Algo característico de muchas escenas nacionales.

La conquista y la colonia dejan sin lugar a dudas una herencia imborrable en los planos simbólicos del país, siendo características vivas del actuar mexicano; tanto en lo social como en lo político, económico, jurídico y más. La imagen de Sor Juana representa el intento poético del pensamiento moderno surgido paradójicamente de un convento. Paz deja bien en claro que la única manera de contrarrestar el orden colonial fue a través de la ruptura, aunque dicha ruptura es muy difícil de encontrar en su totalidad ya que el orden colonial siempre fue cerrado y negado al cambio, reflejo de una época en crisis que a su vez condenó al espíritu humano. Por otra parte, las revoluciones emanadas en el continente presentaron rasgos de ideales "modernos", como ecos de lo que fue la Revolución Francesa y la Independencia Estadounidense. Sin embargo, menciona Paz que dicho proceso mermó aún más las condiciones de las viejas colonias, generando ahora una multitud de repúblicas con vastos problemas económicos, políticos, entre más, ya que en vez de construir sociedades modernas perpetuaron la prolongación de sistemas feudales que, en manos de caudillos, consolidaron una tradición característica de América Latina, la dictatorial.

> No debe olvidarse, además, la influencia determinante de muchos de los caudillos revolucionarios. Algunos, más afortunados en esto que los conquistadores, su contra figura histórica. Lograron "alzarse con los reinos", como si se tratase de un motín medieval. La imagen del "dictador

> hispanoamericano" aparece ya, en embrión, en la del "libertador" (Paz, 2000, p. 133).

La revolución de Independencia fue contradictoria. Por un lado Morelos e Hidalgo eran derrotados por los realistas —criollos como Iturbide— que se pronunciaban a favor de la monarquía española, empero, tiempo más tarde las circunstancias en España con el cambio de la monarquía absoluta a constitucional por parte de los liberales, ocasionó que tanto el clero, terratenientes, caudillos militares y la burguesía, se unieran a los insurgentes sobrevivientes para consolidar la independencia del país, y dar auge al nuevo imperio encabezado por Iturbide que más tarde sería derrocado.

Un siglo XIX caótico y en sintonía con lo expresado con el poeta afirmo que la influencia norteamericana se hace presente en nuestras constituciones no adecuadas a nuestra realidad, en la forma de intentar revertir nuestro centralismo con las ideas federalistas estadounidenses. Menciona Paz que la disgregación del país es tan notoria que se llega a perder más de la mitad del territorio frente a la expansión imperialista yanqui. Aparece en este suceso imborrablemente la imagen del dictador Santa Anna y la ridícula manera de mandar hacer honores a su pierna perdida en batalla. Más tarde, en 1857 se proclama una constitución liberal —menciona el poeta que es una ideología utópica—, expresión de la contradicción fue quien envenenó a la formación de nuestra nación, para que de la misma manera se levantaran en armas los conservadores del país —fieles defensores de la monarquía—. "Juárez responde con las Leyes de Reforma, que acaban con los "fueros" y destruyen el poder material de la iglesia" (Paz, 2000, p. 137). Se vive la invasión francesa gracias al apoyo de Napoleón III pedido por los conservadores,

se impone a Maximiliano, un liberal opuesto al dominio norteamericano —dice Paz que refleja una contradicción más en la escena nacional—, Juárez lo manda a fusilar emulando a la ejecución de Luis XVI en la Revolución Francesa.

"La Reforma funda a México negando su pasado. Rechaza la tradición y busca justificarse en el futuro" (Paz, 2000, p. 138). Es ruptura, pero también negación. Negación del hombre en parte y su pronunciamiento por otra, no nace una burguesía liberal fuerte, sino que deja un vacío de poder muy notorio que solamente pudo culminar en una cosa, la dictadura de Porfirio Díaz. Dictadura sustentada en el positivismo comtiano y en el evolucionismo de Spencer, el progreso y los avances en el país son notorios, pero también las consecuencias. Los vestigios coloniales aún siguen vivos a pesar de la modernización del país, se dan privilegios a pocos y se suprimen libertades. Es una época de mentira, Paz menciona que es de "inautenticidad histórica", de la imposición por una creencia, ya no católica, es una máscara, porque no había nacido aquí el porfirismo sino se había imitado.

Por lo tanto, la Revolución Mexicana nacería como una revelación de nuestro ser —asegura Paz—, fue la consecuencia de todo un antecedente histórico y cultural. Empero, Paz apunta con certeza que no existieron intelectuales que le dieran una buena conducción, fueron diversas revueltas como diversos los nombres, y a pesar de que se creyó que era un momento auténtico y de creación en la historia mexicana, las carencias fueron gravemente notorias. Por un lado los obreros conseguían el reconocimiento a nivel nacional y mundial, por otro, los campesinos buscaron la posesión de tierras que se les había arrebatado desde la colonia, en vez de preocuparse por obtener mejores condiciones de vida,

los intelectuales en las aulas habían sólo culminado con la crítica al positivismo y lo habían sepultado en una cripta, pero no habían logrado consolidar un pensamiento que unificara a las diversas demandas sociales.

Los fantasmas del pasado aparecían en la escena revolucionaria, los diversos fines reflejaban la falta de unificación nacional, no fue encaminarse a la realización de un futuro, sino, como describe el poeta, el regreso a los orígenes. Igualmente, Paz advierte que en toda teoría revolucionaria existe un "eterno retorno", nuestra revolución fue la explosión del dinamitar de nuestra realidad; incongruente con el liberalismo, oprimida tras la dictadura y lo que contrajo; abusos y privilegios de políticos.

La incapacidad de la "inteligencia" mexicana para formular en un sistema coherente las confusas aspiraciones populares se hizo patente apenas la Revolución dejó de ser un hecho instintivo y se convirtió en un régimen (Paz, 2000, p. 158).

Lamentablemente los fantasmas de nuestro pasado apabullaron dicha escena histórica, fueron falsas las ideas mexicanas, como falsa fue la manera de disfrazar nuestra realidad, o mejor dicho —en palabras de Paz—: la Revolución culminó en una máscara más, como la del liberalismo, como la de Juárez y de Díaz. Máscara que culminó en un régimen de adoración a nuevos "césares"; desde Carranza hasta Obregón y Calles. Fue la reafirmación de la falsedad con los cimientos de una nueva Constitución, la de 1917; la prolongación del liberalismo y la quimérica división de poderes, lo mismo con el "federalismo teórico y su ceguera ante nuestra realidad" (Paz, 2000, p. 159).

La Revolución fue tan contradictoria que nos reveló nuestra propia soledad y la desesperación por reconciliarnos con nuestro pasado; con la historia y el origen. Contradicciones que se pueden presenciar en los diversos personajes que ilustran el acontecimiento histórico revolucionario; algunos lograron mitificarse como Zapata y Villa —fieles retratos de la tragedia y la derrota—, otros por sus atrocidades y abusos se olvidan o ignoran. Paz expresa acertadamente lo siguiente:

> Villa cabalga todavía en el norte, en canciones y corridos; Zapata muere en cada feria popular; Madero se asoma a los balcones agitando la bandera nacional; Carranza y Obregón viajan aún en aquellos trenes revolucionarios, en un ir y venir por todo el país, alborotando los gallineros femeninos y arrancando a los jóvenes de la casa paterna. Todos los siguen: ¿a dónde? Nadie lo sabe (Paz, 2000, p. 161).

La Revolución desentrañó lo más profundo del ser mexicano, fue fiesta de vida y muerte, menciona Paz que fue "una súbita inmersión de México en su propio ser" (Paz, 2000, p. 162), es la conjunción de todo, la embriaguez del mexicano, "revuelta y comunión", fue un momento donde el ser se manifestó a pesar de su miedo. "La explosión revolucionaria es una portentosa fiesta en la que el mexicano, borracho de sí mismo, conoce al fin, en abrazo mortal, al otro mexicano" (Paz, 2000, p. 162).

De igual manera, Paz pronuncia palabras sobre la "inteligencia" mexicana, asegurando que no son los procesos históricos los que marcan cambios en la cultura, sino viceversa, la cultura es quien va a la vanguardia, sobrepasando sin duda alguna a la historia. Es una forma más clara de concebir las falacias nacionalistas, de desmentir los disfraces y máscaras, menciona el poeta que "muchas veces la cultura se adelanta a la historia y la profetiza". Asimismo,

describe que la poesía tiende a abolir la historia, no por desdeñarla sino porque llega a la trascendencia.

Quiero mencionar algo que percibí desde el momento en que supe la importancia de la poesía y los poetas en el mundo que nos rodea, ya muchísimo tiempo atrás podemos ser testigos de su grata existencia, sin embargo, me remito a Platón para expresar la magnitud que tienen los poetas en las sociedades —o regímenes políticos—, ya que son ellos con su sensibilidad y con la excelsa descripción de la estética que pueden plasmar la realidad. Tras el pensamiento de Platón —quien puede considerarse como el padre del totalitarismo— y su búsqueda ardua por encontrar la mejor forma de gobierno, se puede percibir que buscó regular, dar orden y controlar la vida de los individuos para obtener un buen funcionamiento social, desde la generación de leyes, una moral para suprimir los instintos y las pasiones humanas, hasta culminar con la República ideal. Los poetas fueron considerados como peligrosos ante dicha dominación y posteriormente serían expulsados. No es casual encontrar en la historia humana el gran empeño por ahogar las voces, mermar las letras de aquellos escritores que han expresado la injusticia o simplemente han descrito a la perfección todas las aberraciones cometidas por todo tipo de gobierno, desde nazismo, fascismo, la Unión Soviética y muchos regímenes más escondidos en disfraces democráticos. Es por eso que el papel que desempeñó Paz es trascendental no sólo a nivel nacional, sino mundial.

De esta manera, a través de las letras, la pintura, y el arte que destilaron muchos intelectuales, artistas y grandes maestros, fue como la Revolución dio un vuelco a nuestros orígenes, a ver al otro y tratar de generar una universalidad;

colocar al mexicano en la cima del mundo. La Revolución carecía de ideas y de colectividad, las pocas bonanzas que dejó no fueron a través de la guerra o las armas, sino mediante las palabras, la enseñanza, la universidad. Tarea ardua que emprendieron personajes como Justo Sierra y José Vasconcelos, porque sólo a través de la buena educación el mexicano podría conciliar su pasado, presente y justificar un futuro.

Ya tiempo atrás el Ateneo de la Juventud que encabezó Vasconcelos, Alfonso Reyes y Antonio Caso, buscó justificar la existencia del ser mexicano, aquella denostada y humillada con la máscara del positivismo. Paz reconoce el valor del activismo político ejercido por el maestro Vasconcelos, porque es innegable reconocer la importancia del poder político para lograr los mejores cambios, he de ahí la tragedia que contrae su mal uso, y la desgracia de quienes son incapaces de ver por sus semejantes.

Un ejemplo lo otorgó la vida del maestro Vasconcelos (2012b y 2012a); el *Ulises Criollo;* primer intento por generar autoconocimiento, y su *Raza cósmica*; en búsqueda por la universalidad y unidad hispana. <<El lema del positivismo, "Amor, orden y progreso", fue sustituido por el orgulloso "Por mi raza hablará el espíritu">> (Paz, 2000, p. 167). Empero, más allá del gran legado vasconcelista presente en la universidad, Paz reconoce que la obra del maestro del Ateneo ya no es vigente, al igual que ahora —denuncio yo— la universidad dejó de ser un centro del conocimiento que nos aproxime a la generación de crítica libre, o de grandes creaciones literarias, intelectuales, artísticas o poéticas.

La Revolución, siendo contradictoria, quedó a deber más de lo que se piensa, quien vino a darle justicia fue Lázaro Cárdenas, mucho tiempo después,

pero no representó el cardenismo la época creadora que tanto se ha anhelado en la historia mexicana, la educación dio un giro al socialismo y sucumbió en trampas, enemistades, en otra máscara llamada nacionalismo. El conflicto educativo tuvo pros y contras, si se perdió la libertad crítica, de pensamiento y reflexión, también se engendró un nuevo cáncer, el del servilismo. Por eso y mucho más, hoy por hoy no se han logrado resolver los grandes problemas en los que se encuentra la educación mexicana, y no es extraño saber que la dominación social eficiente se da a través de ella, por esta razón menciona Paz que "el intelectual se convirtió en el consejero, secreto o público, del general analfabeto, del líder campesino o sindical, del caudillo en el poder" (Paz, 2000, p. 170).

Cualquiera puede saber que el poder seduce, excita y también envenena. El servilismo intelectual es característico de nuestro país, porque es la avaricia que se quedó en el inconsciente gracias a las castas. Asimismo se consolidó nuestro régimen político, siempre más autoritario que democrático, y no sólo se construyó en tierra de fantasmas, sino también se fortaleció con el legado de personajes como Manuel Gómez Morín y sus compañeros pertenecientes al grupo de los 7 Sabios, todos *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana (Krauze, 2007)*.

Paz no deja de lado el tema de la identidad nacional, haciendo certeras críticas a Samuel Ramos (1993); con *El perfil del hombre y la cultura en México,* al igual que a diversas publicaciones de Jorge Cuesta, ya que, con la Revolución no sólo surgió la curiosidad de autoexplorarnos en lo más íntimo, sino que a través de ella se crearon diversos arquetipos a partir de las castas ya existentes, sumado a que el país niega constantemente su pasado. Igualmente, Paz destaca la gran

labor de personajes como Daniel Cosío Villegas y Alfonso Reyes, porque proporcionaron grandes cimientos que permanecen enterrados como magníficos tesoros para el conocimiento, la reflexión y la literatura.

Se ha buscado a través del conocimiento de nuestras características, llegar a posicionar al hombre mexicano en condiciones falsas, como aquellas que han sido imitadas, mas Paz reconoce que el legado heredado por los grandes filósofos mexicanos aparece como puertas abiertas para aproximarnos a un *ser* auténtico, sin necesidad de ser desgarrados. El ejemplo más claro está en Alfonso Reyes, en el universo filosófico y literario que le dejó a México para buscar aproximarnos "al alma nacional". "Soledad y Comunión, Mexicanidad y Universalidad, siguen siendo los dos extremos que devoran al mexicano" (Paz, 2000, p. 179).

De la misma manera asegura el poeta que la historia mexicana es un intento por encontrarnos con nosotros mismos; de negación y ruptura, desde la Conquista hasta la Revolución, pero estos intentos provocan que nos llenemos de máscaras y que distorsionemos la realidad. El catolicismo fue una aproximación a la universalidad, pero a la de Occidente, si bien, pudo adoptarse la religión, ésta tiene poco de ser auténtica, sino sincretizada. Son muchos lastres los que tenemos como cultura, y es por ello la importancia del surgimiento de una filosofía mexicana que dé respuesta al sentido de nuestra existencia.

A mitad de siglo XX, encontramos máscaras y disfraces que ocultan la verdadera identidad mexicana. A esto, refiere Paz que la reflexión filosófica es urgente para el pensamiento mexicano, ya que es, en gran dosis salvadora. El tema de la mexicanidad está varado en un desierto sin forma que nos exprese, gracias al lastre de tener siempre nuestra historia vista desde ojos ajenos. Es la

negación viva de nuestra realidad, cosa que no nos proporciona nada, sino —aseguro yo— tragedia.

Paz advierte que la mexicanidad debe afrontar nuestras contradicciones proporcionadas por la tradición y la voluntad misma de nuestro ser, y plantearse como objetivo la universalidad. El conflicto no sólo es nacional, sino es un malestar característico de nuestro continente, de la misma manera Paz cita los estudios hispanoamericanos realizados por Leopoldo Zea, los cuales apuntan en denunciar las carencias de nuestro continente, su falta de asimilación en el mundo y tener siempre una enajenación por las civilizaciones europeas. Y no es fácil escapar de dicha problemática cuando Occidente tiene una tradición pragmática a nivel histórico, sofocando todo intento por aceptar el ser que existe en otras sociedades o en su misma periferia, empero, Paz acierta en decir que todos nos encontramos en el margen de la historia porque ya no hay centro gravitacional, las ideas o el pensamiento de grandes personajes; filósofos, escritores, artistas e intelectuales en nuestro continente es vasta, y por mi parte considero que es la oportunidad para regresar a nosotros, a nuestras circunstancias, ya que a través de este gran legado, podemos hacer frente a todos los problemas que se encuentran en nuestra realidad. La tarea no es fácil, pero debe ser una lucha constante.

"La mexicanidad será una máscara que, al caer, dejará ver al fin al hombre" (Paz, 2000, p. 185). Hombre que ha sido y es negado, aquel que se encuentra apartado del horizonte de las ideas contemporáneas, porque es fácil decir que como mexicanos somos diferentes, de la misma manera en que es fácil seguir utilizando el pensamiento ajeno para distorsionar nuestra realidad y proporcionar

soluciones que fracasan a menudo. Somos diferentes, sí, pero también semejantes, la historia nos muestra que los grandes problemas mundiales nacen de la incapacidad de aceptarnos como diferentes y semejantes.

La obra de Paz es un clásico para las ideas mexicanas, esto sin denostar el trabajo que han realizado la vasta tradición de escritores mexicanos como Alfonso Reyes, Antonio Caso, José Vasconcelos, Samuel Ramos, Emilio Uranga, Jorge Portilla, Luis Villoro, Leopoldo Zea, Carlos Monsiváis, Carlos Fuentes, entre muchos más. Es un gran parteaguas para replantear soluciones a nuestros conflictos, si bien la tarea no es fácil, pero es la mejor opción que tenemos para salir del derrotero que nos dejaron todas las contradicciones revolucionarias, ahora compartimos lo que otros porque nos asomamos al mundo y nos dimos cuenta que la historia no la hacen algunos, sino nosotros mismos, menciona Paz que:

“El destino de cada hombre no es ya diverso al del Hombre. Por lo tanto, toda tentativa por resolver nuestros conflictos desde la realidad mexicana deberá poseer validez universal o estará condenada de antemano a la esterilidad” (Paz, 2000, p. 187).

Al igual que ayer, nos encontramos hoy con un sinnúmero de tareas que resolver, lamentablemente tenemos la suma de nuevos conflictos, tanto sociales como metodológicos. Ya el siglo pasado nos bastaron tres guerras para poner al borde del abismo  la capacidad de ser humanos, lejos del intelecto, la reflexión y la ciencia, lejos del progreso y el desarrollo que como naciones buscamos arduamente.

¿Qué es lo que más importa hoy por hoy? Tal vez la estructura social haya cambiado, gracias a las exigencias que nos sigue imponiendo Occidente —tanto el europeo como el sajón—, pero las condiciones humanas siguen dando mucho de qué hablar. Si bien nuestros índices de pobreza son abominables, no podemos justificar que la desigualdad social sea un rasgo hasta de las sociedades más avanzadas —excusa para evadir nuestras responsabilidades como nación—, no es lo mismo un pobre estadounidense que un pobre mexicano.

Ya basta de hacer al individuo mexicano un mártir, un problema. Basta de culpar a la sociedad mexicana por las irresponsabilidades de aquellos que ejercen el poder político, basta ya de hacer una caricatura de nuestra tragedia nacional, es aberrante escuchar a niños diciendo que al crecer serán políticos o narcotraficantes, brecha no muy estrecha entre la corrupción tan singular de nuestro país. Basta de promover literatura barata que exalta nuestros defectos como humanos, ya que eso nos hunde más en el derrotero.

La respuesta no es sencilla, porque nadie dijo que todo en la vida tendría que ser fácil. Los mejores hombres —y lamentablemente lo digo así— son sólo pocos que se levantan de las tragedias y vicisitudes de la vida, aquellos otros que cruzan la frontera para buscar una mejor condición de vida para sus seres amados, a pesar de trabajar jornadas inhumanas, aquellos que día a día se levantan con una esperanza de realizar mejor sus tareas, trabajos, estudios, amas de casa, madres solteras, padres de familia, jóvenes, hijos, hijas, hermanos, etc. No somos todos culpables de la desgracia nacional, en nuestra tierra aún brilla lo más importante, la capacidad humana para sobresalir y superar cada obstáculo. Nuestra esperanza.

El ser que nos han impuesto de manera injusta es el derrotado desde antes de nacer; el injuriado, el apático, ignorante, incapaz, violento, pobre, y pregunto, ¿cuántos de nosotros asumimos dicho derrotero y cuántos luchamos día a día para superar la adversidad? Por otra parte, aquellos que nos imponen a dicho ser son los que no han dejado de imitar a Europa y Estados Unidos, no han dejado de exaltar las viejas y aberrantes tradiciones nacionalistas, creando ídolos nuevos y logrando con la desgracia social de la que ellos mismos son culpables.

> Tenemos que aprender a mirar cara a cara a la realidad. Inventar, si es preciso, palabras nuevas e ideas nuevas para estas nuevas y extrañas realidades que nos han salido al paso. Pensar es el primer nivel de la "inteligencia". Y en ciertos casos, el único (Paz, 2000, p. 207).

En suma, la mexicanidad para Paz es la negación del ser y su ruptura, es la mentira que mantiene a los individuos reproduciendo todos los malestares antes señalados, es pesimista, realista pero a la vez optimista del porvenir. Sin embargo, el llamado está hecho, depende de nosotros compartir dicho mensaje con los que no pueden acceder. La obra de Paz puede tener muchas críticas y muchas adulaciones, falsas o certeras. Sin embargo, su legado queda vigente como el de tantos clásicos que nos trasladan en el tiempo para ayudarnos a generar una autoconciencia, generar crítica y hacerla nuestra, ver el pasado y el presente es nuestra dicha, el futuro aún no está escrito. La oportunidad es nuestra.

"Somos, por primera vez en nuestra historia, contemporáneos de todos los hombres" (Paz, 2000, p. 210).

Soy el hombre que se adentró en el laberinto, y a través de mi soledad he descubierto las fibras más sensibles de mi existencia, he visto al Minotauro, su rostro, jamás lo olvidaré. He visto al ser y al otro, y me he visto a mí.

4. Los pilares del Hiperión: Leopoldo Zea y Emilio Uranga

Filosofía mexicana e identidad nacional.

“Conciencia y posibilidad”

> Se trata de una lucha del espíritu contra la materia; de la lucha contra un mundo que parece negarse, con toda su fuerza, a plegarse a un mundo de ideas que necesariamente han tenido que ser tomadas de la cultura europea, porque éstas no se han dado aún en la posible cultura mexicana. Lucha de un alma contra un cuerpo. Y, lo que es más grave, de un alma sin cuerpo, porque no se concilia el uno con el otro.
>
> Leopoldo Zea (2001, pp. 43-44)

Leopoldo Zea (1912-2004) aparece como otro gran filósofo preocupado por desentrañar la identidad nacional del mexicano. Heredero directo del Ateneo de la juventud, alumno de los grandes titanes de la filosofía mexicana como Alfonso Reyes, Antonio Caso y José Vasconcelos. Zea reconoce también a la obra de Samuel Ramos (1993), *El perfil del hombre y la cultura en México,* como un referente inicial para la concepción de lo mexicano, y de la búsqueda por la identidad del ser nacional. Sin embargo aclara que dicha obra, después de su aparición en 1934, tuvo un gran rechazo por parte de los lectores y fue tachada como una obra que denostaba y denigraba al mexicano y su cultura.

Por otra parte, menciona Zea que la obra de Ramos generó tal molestia que al paso del tiempo se arrojó al olvido, al "ninguneo". Sin embargo, ya habiendo existido el antecedente sobre el tema de lo mexicano, "Antonio Caso había acuñado, como característica de este hombre, la calificación de bovarismo en relación con la psicología con que Flaubert, pintaría a su heroína Madame Bovary" (Zea, 200, prólogo IX). Y aclara que ésta característica aparece como una “fuga de la realidad y expresión de una yuxtaposición cultural”, de una forma de adquirir

hábitos y costumbres que nunca han sido asimilados, sino simplemente adaptados, menciona Zea que esto generó un nihilismo del ser mexicano, el cual aparecía perfectamente ilustrado en el estudio de Ramos.

De igual forma, menciona Zea que el filósofo español José Gaos ubicaría la obra de Ramos a la par de los estudios de José Ortega y Gasset, los cuales apuntaban también al autoconocimiento que posteriormente dieran a la identidad como punto de partida para la creación de nuevos pueblos. Estos dos referentes, tanto Gaos con las Meditaciones de su filosofía contemporánea, al igual que Ramos (1993) y *El perfil del hombre,* dieron origen al grupo filosófico Hiperión en 1949 que emprendió la tarea de buscar los aspectos culturales, sociales e históricos de México, el mexicano y lo mexicano, a través de diversos estudios y cátedras en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. El grupo Hiperión estaba conformado principalmente por Emilio Uranga, Luis Villoro, Jorge Portilla, Ricardo Guerra, Joaquín Sánchez MacGregor, Salvador Reyes Nevares y Fausto Vega.

Cabe señalar que Zea fue uno de los filósofos que junto con el grupo Hiperión encabezaron la continuación de la búsqueda por la identidad nacional. Zea reconoce que dicha búsqueda, fue en gran medida el compromiso y lucha que él mismo asumió con sus maestros, Gaos y Ramos, para proseguir con tan dura labor. Las obras destacadas de Zea que nos pueden aproximar a su pensamiento sobre el problema de lo mexicano fueron publicadas desde 1952 y son: *Conciencia y posibilidad del mexicano, El Occidente y la conciencia de México* en 1953, *Dos ensayos sobre México y lo mexicano* de 1952*.*

En estas obras, Zea comienza por hacer la reflexión sobre la “toma de conciencia del mexicano” frente a su realidad, y a los diversos cambios que ésta presenta. Menciona que las transformaciones se dan también en el mexicano, señalando que su amigo José Moreno Villa observa el paso de un "sentimiento de inferioridad" a "un sentimiento de superioridad". Al igual aclara que los procesos históricos van formando o construyendo diferentes características en el ser mexicano. Haciendo referencia a Arnold J. Toynbee, describe que sucesos como el proceso caótico revolucionario de 1910, son reacciones en contra de las realidades impuestas por Occidente desde el siglo XVI, y que sin duda alguna condenaron y negaron la vida de los mundos indígenas existentes con el pretexto de la universalidad, en vez de comprenderlos. Empero, Zea menciona que dichos mundos negados al paso del tiempo, se mantuvieron vivos; logrando comprender su realidad y la realidad impuesta, para que de igual manera adquirieran conciencia y tras sucesos como la Revolución de Independencia, la Revolución de Reforma y la Revolución Mexicana, buscaran a gritos desesperados el reconocimiento de su humanidad y de su universalidad mexicana.

Sin embargo, Zea aclara que al paso del tiempo Europa ha necesitado comprender a los mundos negados, ya que la humanidad no solamente refiere a una cultura, sino a todas las existentes, y debido a esto, refiere a Sartre para expresar que a través de lo humano se puede poner en tela de juicio al propio Occidente.

Por otra parte, Zea menciona que a través del estudio de Ortega y Gasset se pudo tomar un “angostamiento y universalidad de la conciencia”, no sólo en España —acusando que el eurocentrismo había creado una linealidad histórica

que denostaba a las demás culturas como barbarás o salvajes— sino también en países como el nuestro, donde Alfonso Reyes coincidía en acusar que los puntos de vista universales europeos eran impuestos a diferentes realidades como en América, amurallando a los pueblos como la antigua China, y que a raíz de esto, dichos pueblos, a partir de su negación se han hecho valer como resistencias a los órdenes imperantes, generando conciencia porque "todos los pueblos tienen algo que decir" (Zea, 2001, p. 9) a través del reconocimiento de la humanidad mexicana. "Ahora somos nosotros, los mexicanos, los que enjuiciamos y condenamos a pueblos que otrora nos enjuiciaban y condenaban; y los enjuiciamos y condenamos porque no han sabido captar la plenitud de nuestra humanidad" (Zea, 2001, p. 10). A esto, Zea específica que existen grandes responsabilidades y problemas, condenando a todo nacionalismo por los errores que han ocasionado, y por ello existen muchos mexicanos tratando de dar respuesta a la búsqueda del hombre, "en este caso del hombre de esta circunstancia llamada México" (Zea, 2001, p. 10).

“La nueva actitud filosófica en México” ha surgido desde la posición adoptada por los artistas después de la revolución, porque ahí tomaron a la desnudez de la realidad en el país para generar una actitud reflexiva en los filósofos, y que éstos pudieran captar el sentido universal de sus expresiones, para poder transformar lo concreto circunstancial en concreto universal, con aquel estudio llamado la esencia del ser del mexicano. Este estudio se ha realizado después de asumir lo humano, y a partir de esto, la búsqueda por la esencia humana a través de la filosofía que también despierta del gran letargo en que los rigurosos estatutos la han mantenido.

En el tema de la toma de conciencia, Zea nos menciona que se encuentra como punto de partida la Revolución Mexicana, la cual se encuentra como el polo opuesto a los grandes referentes mundiales (universales), como lo son la Revolución Francesa de 1789 y la Revolución Rusa de 1917. Dichas revoluciones llegaron a tener un fuerte impacto sobre otras sociedades por la forma de cambiar sus realidades, las cuales partían desde la injusticia social, la desigualdad económica o el hambre. En contraste, nuestra revolución no vino a cambiar absolutamente nada y mucho menos a resolver los problemas humanos. No tuvo inspiraciones filosóficas, ideológicas, y mucho menos una justificación. La única justificación, dice Zea, fue acrecentar las injusticias concretas, gracias a hombres carentes. "Una oligarquía, despótica y egoísta, bloqueaba todos los caminos, cortaba todas las aspiraciones y rompía con todas las esperanzas" (Zea, 2001, pp. 16-17).

La vaga esperanza revolucionaria simplemente cegaba con el término del reinado porfirista. El rechazo social era causa de su propio aglutinamiento, expresando ser un odio directo al abuso de poder del dictador y su oligarquía reinante, por parte de una clase social que venía siendo desde tiempos remotos explotada.

> Unos vieron en la revolución la oportunidad para desplegar sus grandes y pequeñas ambiciones expresadas en un afán de predominio político; otros, la oportunidad para poner fin a una situación social que había venido siendo mantenida desde la Conquista y a la cual ninguna revolución anterior había tratado de poner remedio (Zea, 2001, p. 17).

Sin embargo, a pesar de tratar de ilustrar al odio creciente hacia el dictador en las famosas frases —que a la *pos* culminarían siendo contradictorias— como: "Sufragio efectivo y no reelección" y "Libertad y tierras", la revolución culminaría

siendo una de las revueltas más sangrientas en la historia mexicana, lo cual provocaría su continuación en los gobiernos emanados de dicha tragedia —en el nacimiento del sistema político mexicano—.

Afirma Zea que la Revolución Mexicana a pesar de no ser delineada por ideales, o estandartes filosóficos, fue la expresión viva de la realidad que atravesaba el país, dando como fruto a diversos pensadores y artistas. Afirma también que no respondían a ninguna abstracción sino a problemas concretos que hacía coincidir a diversos hombres. En su mayoría, también se buscaba mejorar la vida de cada uno de los mexicanos, para que se pudiera aspirar a un mejor futuro y a poder tener oportunidades para lograr una felicidad. Empero, aclara Zea que estas palabras pueden sonar fáciles o sencillas, pero que en sí representan la mayor dificultad que puede tener un pueblo. "Por esta razón fue menester el sacrificio: esa muerte fácil y sencilla que cubrió los campos mexicanos antes de que pudieran adquirir realidad las sencillas aspiraciones de un pueblo en revolución" (Zea, 2001, p. 18).

La revolución vino a desentrañar facetas ocultas de la realidad mexicana —afirma Zea—, mostrando un mundo ancestral escondido tras el disfraz que la dictadura porfirista negaba con el positivismo —y su imitación—, para posteriormente encontrar en el peligroso nacionalismo la fuente que posiblemente auguraba la resolución de todos los males procedentes desde la conquista, y el reconocimiento de ser un país libre y humano frente a las potencias que siempre lo habían negado. Sin embargo, el nacionalismo fue una vuelta a la realidad, acrecentada por salvaguardar nuestros derechos contra los intereses de otro enemigo al acecho: Estados Unidos. Por esta razón, el mismo nacionalismo y afán

por el reconocimiento, la toma de conciencia posiblemente hagan sentir en el mexicano que ya no es inferior a nadie.

Leopoldo Zea menciona que nuestra revolución a pesar de ser carente y desentrañar el lado oculto del ser mexicano, logró consolidar un carácter universal —a través de los grandes artistas, filósofos, escritores que lograron surgir— en los pueblos latinoamericanos que, inspirados en ella, lograron también aproximarse a la esperanza que generaba el poder reconocerse, y lograr así transformar sus circunstancias. También, señala que la preocupación por la búsqueda de una realidad mejor no debe desaparecer —tomando en cuenta la época en que el fuerte nacionalismo imperaba en el país—, y mucho menos perder el afán por considerar a la realidad mexicana como universal, ya que esto —citando Zea a Paz— se considera una esterilidad.

El hombre que se encontró tras la revolución fue un hombre fuertemente ligado a la tierra, la cual era la única fuente de supervivencia que daba razón a su ser, a aquel ser que vivía al día porque la tierra, a pesar de no ser suya, le otorgaba lo inmediato y concreto. Gracias a esto y a la injusticia que provenía desde la conquista y tras el arrebato de la tierra por parte de la elite porfirista, la revolución tuvo un fuerte imán con el pueblo disgustado, lo que ocasionó trasmitir el malestar local a la coincidencia de los malestares colectivos, pero expresa Zea, difícilmente se encontró un ideal nacional.

Asimismo, Zea señala que la idea de Estado se encuentra en el mismo lugar que el de nación, muy apartada del sentido clásico que proviene de Occidente europeo.

> El mexicano tiene una idea, la de gobierno, pero en el más ingenuo de los sentidos como el de *alguien,* casi providencial, que posee el suficiente poder para prever y proveer por aquello que necesita muy concretamente. Este alguien no es, en forma alguna, una abstracción. Este alguien es tan concreto que puede siempre ser localizado dentro de una relación familiar o amigal [...]. El interés político del mexicano, por la misma razón, crecerá o decrecerá, según que se sepa o no ligado por alguna coyuntura con el gobernante o gobernantes en turno (Zea, 2001, p. 29).

Señala Zea que debido a esto el país se ha conducido históricamente a unificarse de manera singular, y puedo señalar que a diferencia de países como Estados Unidos, donde la conciencia política de nación y Estado lograron generar una gran prosperidad, identidad, y unificación nacional, en México la unidad ha sido de manera afectiva, donde las leyes fracasan y triunfan los gobiernos en los cuales las personas confían y guardan lealtad a personajes como el "caudillo amigo", los cuales jamás llegan a mejorar sus circunstancias o condiciones de vida. A ésta imagen de veneración ciega, Zea la ilustra con la figura máxima del poder mexicano: el presidente de la república.

> El presidente de la república es visto, y de hecho lo es, como el máximo hacedor y proveedor de todas las necesidades nacionales. Entendiendo éstas como las necesidades de todos y cada uno de los mexicanos. Estas necesidades, por su concertación, pueden ser de toda clase, en aquellas que podrían parecer más ajenas al interés del Estado (Zea, 2001, p. 30).

Asimismo, el papel o valor que se le otorga al presidente puede también caer en un círculo vicioso, al exagerar las funciones presidenciales, a tal grado de creer o pensar que el presidente tiene la solución para todo. Citando a Frank Tennenbaum, Zea afirma que la capacidad del presidente de ser "todo poderoso", lo instaura como “el jefe nato de la república y como caudillo de todos los mexicanos”, el cual, para realizar todas las encomiendas, puede recurrir a "sus relaciones concretas de amistad" para solucionarlo todo, y tenerlo todo perdonado. He ahí uno de los orígenes claros del compadrazgo, el caciquismo, el nepotismo.

Dicha concepción del poder presidencial se remite a la moral social, la cual después de que la revolución de 1910 fuera también una lucha para ampliar los privilegios de una parte de la oligarquía porfirista, generó en el individuo mexicano perteneciente a las clases sometidas desde la colonia un profundo sentimiento de desconfianza y resentimiento, sumado a los grandes fracasos que las esperanzas de doble moral siempre se presentan gobierno tras gobierno. "El que cumple puede fácilmente transformarse en el mejor de los amigos o en el mejor de los caudillos que podrá ser, por lo mismo, el mejor de los gobernantes" (Zea, 2001, p. 32).

Después de la revolución la moral mexicana debía de ser cambiada, al igual que los diversos contrastes que ésta había presentado. Tuvieron que tomarse medidas que llegara a proporcionar la resolución a los problemas inmediatos, como aquellos que generalizaron a gran parte de la sociedad para dar origen a la revolución, sin embargo, los cambios debían ser de gran impacto para contrarrestar el cúmulo de desconfianza sembrado en el mexicano. De esta manera el cambio se instauró en las leyes y normas del país, para poder así mantener una vigencia general, alejada de la transformación real. A esto Zea expresa lo siguiente:

> México, hasta ahora, por una serie de circunstancias históricas y sociales se ha venido manteniendo en el plano que podríamos llamar práctico. En ese plano que Hegel llamaría natural, el plano de la pura acción sin conciencia de la misma. Plano de la acción pura y, por lo mismo, inmediata, concreta y circunstancial, sin orientación, o plan por realizar. Evolución ciega, sin más orientación que la satisfacción de las necesidades más inmediatas (Zea, 2001, p. 35).

A lo antes señalado, Zea mantiene una visión optimista, mencionando que el posible cambio real se encuentra por llegar a través de una nueva etapa de

autoconciencia, para así poder hacer a un lado todos los "lastres" que impiden el buen desarrollo del país. La nueva etapa de conciencia debe hacernos más responsables y capaces de reconocer nuestra realidad para llevarnos al reajuste y, posteriormente, poder desechar a la utopía tan característica en la política generada del país.

Sobre la *conciencia de lo negativo y de lo positivo,* Zea encuentra uno de los "eslabones" principales para afirmar que después de la conquista los españoles criollos estudiaban a los indígenas no para indigenizar el entorno sino para preservar el dominio sobre ellos, y así posteriormente encontrar las características que los hicieran parecer iguales, a través de un reconocimiento o igualdad de derechos, mas no para asimilarlos:

> La toma de conciencia de la realidad mexicana tiene una historia, la cual podría iniciarse en la misma etapa del descubrimiento y conquista de México; en el encuentro de dos culturas distintas en pugna mortal. Encuentro que hizo consciente a su diversidad y, con ella, la fisura que había de acompañar al mexicano el resto de su historia (Zea, 2001, p. 37).

Asimismo, se lograba captar a la realidad mexicana mediante diversos estudios que los personajes ilustres de la colonia lograban desarrollar, pero no precisamente a través de la asimilación sino a través de ideas provenientes del Occidente europeo. Zea resalta que los primeros en tener conciencia de la realidad mexicana fueron los políticos y artistas (pintores, escritores, novelistas) surgidos tras la revolución. Los primeros la tomaron con su más cínica expresión, los segundos describiendo todas las formas. Posteriormente la revolución lograría perpetuar un orden con la época conocida como callismo.

El callismo vino a ser la unificación y el orden del país. Un orden irracional embalsamado de una violencia injustificada y atrocidades sin nombre. Zea

menciona que esto se fue consolidando desde que el mestizo en el siglo XIX se logró posicionar en el poder político, tomando todas las riendas que han hecho fracasar a todo tipo de ideal importado. Tras estas atrocidades, la conciencia mexicana despertó en grandes intelectuales como José Vasconcelos, personaje que buscó sin cesar la transformación de la realidad nacional a través de la promoción del estudio y la participación política de los intelectuales, sin embargo, y con aguda tristeza, la tarea de Vasconcelos, fue un rotundo fracaso que orilló a los intelectuales del país a alejarse de la participación política.

La realidad mexicana se presenta cada que ésta quiere ser cambiada, contrarrestando todo intento por hacerlo, siendo así los primeros enfrentamientos racionales entre la realidad del país y los intelectuales. Por otro lado, Antonio Caso con sus grandes cátedras, columnas periodísticas, y críticas, mencionaba que el Callismo no era más que una demagogia, lo mismo para aquel afán de incorporar al socialismo en México a inicios del siglo XX, los mismos problemas que surgieron para la democracia del siglo XIX se harían presentes para detonar que nuestra realidad es ilusoria, y que la resolución de nuestros problemas abandonados siempre surgirán reprochando nunca haberlos resuelto. De esta forma, Leopoldo Zea pronuncia las palabras de Antonio Caso y asegura que debemos regresar a nosotros, a nuestras tradiciones, nuestra cultura; esperanzas y anhelos. "Sólo así nos conduciréis a un estado mejor y nos redimiréis de nuestro infortunio" (Zea, 2001, p. 39). Para poder dar respuesta a la problemática que no se ha podido resolver desde la conquista española, y poder conocer el origen de nuestros fracasos.

Para la transformación de la realidad que tanto nos aqueja, Zea menciona que debemos llegar a la autoconciencia, de la misma manera en que el teatro, la literatura y la filosofía lo han intentado hacer, a pesar de que el vasconcelismo representó el fracaso que orilló a los intelectuales a alejarse más de la política nacional. Personajes como Samuel Ramos, Rodolfo Usigli y Agustín Yáñez, han dado paso al estudio de lo que es el mexicano y la forma en la que se presenta. Sin embargo, las mismas ideas que se utilizan para el estudio del mexicano, provienen de la herencia europea, como la de Adler, Freud y Scheler, y a pesar de ayudar también reflejan una incapacidad. Haciendo referencia a la obra de Ramos (1993), *El perfil del hombre y la cultura en México,* se asegura que la etapa del Callismo —como máxima expresión nacionalista—, es simplemente un disfraz que, al igual que el europeísmo, culminaría en un rotundo fracaso. Se han creado diversas identidades nacionales que convergen entre lo imaginario y se alejan de lo real ("el pelado mexicano, el mexicano de la ciudad, el burgués mexicano" y otros), la misma revolución ofreció promesas fantasmales, se negó a la realidad, al proceso histórico del país, y asume Zea, al propio destino funesto, para dar partida al olvido de la cultura, a la negación del espíritu humano, al desprecio por el buen estudio universitario, al olvido y el desdén por el intelectual, sin tener más que una degradante imitación de todo.

Se debe arrebatar los atavíos que habitan al mexicano. La lucha del alma y el espíritu por encontrar la razón de ser, se encuentra en la introspección psicoanalítica como la expuesta por Ramos, aquella que expone al desnudo al mexicano frente a la vida que no se quiere reconocer, a pesar de tener la negación de crítica y de cambio, los intelectuales preocupados por responder a éstas

problemáticas e incógnitas, son aquellos mismos hombres que, si no han encontrado un cuerpo mexicano, a través de ellos mismos, han emprendido la tarea más difícil, la de ser el alma de México. Un alma en un cuerpo que desgarra inexistencia.

> Se trata de una lucha del espíritu contra la materia; de la lucha contra un mundo que parece negarse, con toda su fuerza, a plegarse a un mundo de ideas que necesariamente han tenido que ser tomadas de la cultura europea, porque éstas no se han dado aún en la posible cultura mexicana. Lucha de un alma contra un cuerpo. Y, lo que es más grave, de un alma sin cuerpo, porque no se concilia el uno con el otro (Zea, 2001, p. 43-44).

De la misma manera, “la conciencia crítica de la realidad mexicana”, al igual que Ramos, Zea expone su reconocimiento a Rodolfo Usigli. Personaje que a través de sus obras dramáticas, no sólo expresó la realidad mexicana después de la revolución, sino que también realizó una crítica hacia lo que no se quería reconocer, la hipocresía como máscara de la verdad, afirmando que: "La verdad de México —dice— es una larga obra de las mentiras mexicanas. La verdad se va forjando en la mentira. Las verdades mexicanas son mentiras que, a fuerza de serlo cotidianamente, terminan por ser verdad" (Zea, 2001, p. 45). Empero, dicha falsedad tiene que ser vivida para alcanzar una verdad, en esto se ilustró el Callismo, la etapa más atroz de las demagogias e hipocresías de la política mexicana.

A partir de la demagogia y de las mentiras tanto políticas, nacionales y personales, es como Zea refiere a la vasta obra del maestro Usigli, el cual expresó sin duda alguna la penosa posición de muchos intelectuales que se vendieron o se acobardaron, haciendo perder la credibilidad de los alumnos por los maestros,

porque al igual que el teatro, no hay nada en este mundo mejor que la simulación (el no pasa nada), la farsa viviente e interminable.

> El mexicano para salvarse de la mentira adopta el gesto que corresponde a la mentira y participa en ella como el mejor de los actores. Gesticula, hace de la mentira su verdad, se transforma en lo que no es, como el mejor de los actores. Por esta razón, dice Usigli, no hay buenos actores en México, porque ésta es una labor que se realiza fuera de las tablas, cotidianamente (Zea, 2001, p. 47).

Agustín Yáñez a través de la novela —comenta Zea—, ha logrado realizar una introspección del hombre mexicano, expresando las "formas del resentimiento en la educación mexicana", las cuales surgen desde las desigualdades y malestares sociales, rasgos aglutinados también en la revolución. Estas desigualdades han propiciado adoptar actitudes y hábitos falsos con una gran dosis de rencor y resentimiento, posiblemente heredados en partes; desde la conquista y colonia, hasta la independencia y las revoluciones; un tanto de las culturas indígenas sometidas por el abismo tortuoso de la distinción de clases que convivieron en el mismo entorno étnico bajo un régimen duro, al igual que en su pasado "los sacrificios humanos, la superstición y todas las formas de aniquilamiento de la voluntad común dan lugar a estos resentimientos entre los indígenas aprovechados por los conquistadores" (Zea, 2001, p. 48). Y otro tanto con la independencia; fuente de la afección de privilegios insatisfechos de los insurgentes, sumado a los ciudadanos envenenados psíquicamente por la desilusión. Cabe señalar que, a pesar de ser poseedores de resentimientos, éste no es determinante en toda la vida mexicana, porque descubriendo la raíz de los valores, se puede tomar conciencia de las mismas.

Los tres personajes citados por Zea —Ramos, Usigli y Yáñez—, han logrado establecer una introspección en el ser mexicano desde sus diferentes puntos de vista, y aunque la crítica emanada desnude el aspecto negativo de sus entrañas, es uno de los principales pasos para hacer conciencia de la realidad, y mediante este procedimiento, se logre posteriormente captar los valores positivos de lo mexicano, y así lograr aproximarse a la construcción de un mejor México.

De la “conciencia constructiva de la realidad mexicana”, Zea recuerda a través de las palabras de Alfonso Reyes, el llamado de auxilio de los pueblos latinoamericanos para ayudar a resolver los problemas de la humanidad, como una gran responsabilidad tras los sucesos ocurridos con el estallido en 1936 de la Segunda Guerra Mundial y el atentado a la libertad y democracia española. Dichos acontecimientos fueron la agresión directa al espíritu humano, a su aniquilación; tanto de sueños como de esperanzas. El "Narciso" europeo se encontró por primera vez frente a su soledad; bárbara y aniquiladora que, a pesar de la desgracia también contribuyó a nuevas valoraciones y filosofías. "El historicismo es reforzado por el existencialismo en su crítica a la pretensión de una Europa como donadora de toda posible humanidad" (Zea, 2001, p. 51).

Es a través de la soledad —enuncia Zea a Octavio Paz— como se puede captar el *ser* de otros pueblos que han vivido y viven en desgracia. "En la soledad que sufre el europeo capta también la soledad del hombre de México; pero con ella aprehende también la forma de romper esta soledad: la comunidad del hombre con el hombre" (Zea, 2001, p. 52). Puede representar el momento de crisis como la oportunidad para encontrarse frente al otro, de mirarse bajo el

mismo espejo. Puede ser el momento adecuado para que toda mala sintonía desaparezca del espíritu humano, concibiéndonos como humanos.

La historia representa para el hombre el sinnúmero de sucesos que jamás desaparecerán, porque permanecen en lo más recóndito del inconsciente humano: "Toda nuestra historia no ha sido un afán por encontrarnos como hombres al lado de todos los hombres. Una historia de frustraciones, pero también de esperanzas" (Zea, 2001, p. 52). Debe surgir el momento, a través del reconocimiento del otro por medio de la soledad, de quitarnos la máscara y abrirnos —refiere a Paz—, porque de esta forma comenzaremos a vivir y pensar de verdad.

Mediante los sucesos conflictivos que la propia vida nos otorga, vamos encontrando nuevos instrumentos de estudio filosófico, a pesar de habernos hecho dóciles a la moda —Zea señala esto a través de las palabras de Emilio Uranga—. El existencialismo francés ha otorgado la capacidad de comprensión de la existencia humana, y de ligar "lo concreto con lo universal, para elevar a universalidad nuestra realidad" (Zea, 2001, p. 53). Por esta razón, surge el grupo filosófico Hiperión; hijo del cielo y la tierra para conectar lo universal y lo concreto. Proyecto consciente para la futura transformación de la realidad mexicana —remitiendo a Luis Villoro, miembro del grupo filosófico—. Realidad que se someterá a prueba mendicante el existencialismo para generar posibilidades donde el investigador, quedará varado a su criterio y valoraciones.

El caso de Luis Villoro es la muestra próxima a la solución del problema de reconocimiento humano que envuelve al indígena. Ricardo Guerra con el estudio de las raíces imaginarias en los proyectos mexicanos, Jorge Portilla a través de las relaciones originales del individuo y la sociedad de México. Salvador Reyes

Nevares con el estudio de las formas (comportamientos) que adopta el mexicano en relación con los otros. Fausto Vega con "las formas de manifestación del mexicano que se hacen patentes en su literatura" (Zea, 2001, p. 54). Emilio Uranga con la "Ontología del Mexicano", atendiendo a lo que tiene que ser, más de lo que ha sido, adoptando la idea de “insuficiencia del mexicano” —a diferencia del “sentimiento de inferioridad” de Samuel Ramos—, la cual implica una escala inmanente de valoración al mismo tiempo de reconocer una jerarquía de valores.

La tarea a realizar —menciona Leopoldo Zea—, no solamente consiste en localizar los valores del mexicano, sino a traer de su realidad los valores que sean peculiares para poder así realizar una inversión de éstos para que el hombre mexicano pueda actuar y realizar un destino propio acorde a sus circunstancias.

Existe un mexicano como posibilidad. Un mexicano que se encuentra en situación límite, frente a una pequeña línea que divide su humanidad y barbarie. Zea menciona que, al igual que los países que sucumbieron a la Segunda Guerra Mundial con el peor de los aniquilamientos humanos, el hombre mexicano también se encuentra al borde de lo extremo, pues converge en la posibilidad de pasar de un mundo a otro, confundiendo comúnmente "lo mágico con lo científico, lo imaginario con lo real, el tabú con el obstáculo natural, la comunidad con la sociedad, la ley con la voluntad, lo mítico con lo religioso, la muerte con la vida" (Zea, 2001, p. 58). No sólo se confunde en el pensar, sino también en el actuar, y es por eso que el mexicano es impredecible, misterio indescifrable porque siempre cabalga en lo inesperado, característica peculiar en su vida. El mexicano no comulga con el "debe ser", sino con el "querer ser", porque cuando quiere se lanza al extremo.

"El hombre de México no se compromete sino parcialmente, no enajena su acción sino en algo concreto, bueno o malo; nunca toda su acción en circunstancias que no puede prever" (Zea, 2001, p. 59). Es hombre de posibilidades, y apuesto que su actuar comulga particularmente con la gran pasión que desborda su "alma desgarrada". Vive en la oportunidad porque al igual que su actuar, es el extremo o fin último del querer ser, por eso mismo se vuelve oportunista y aprovecha lo último. Zea menciona que debido a esto, el mexicano confunde a la vida de la muerte; gesto teatral del famoso "macho", el que vive y muere, pero más muere por una mujer o un amigo, o morir simplemente porque sí, pero jamás por una idea o ideal; "no morir por la realización de un fruto, porque con él no cuenta" (Zea, 2001, p. 60). Es también tema de reflexión y de conciencia tener presentes las peculiaridades mexicanas, menciona Zea, racionalizando el mundo aparentemente contradictorio, aquel que se encuentran al filo, o al límite de las posibilidades, porque asimilando la forma de ser del mexicano se puede conciliar su unidad.

A pesar de que el ser mexicano tenga un sinnúmero de características negativas, se encuentra también en la brecha de una crisis sin precedentes, una es la que arrastra Occidente con el conflicto mortuorio, y otra que lo hace vivir a pesar de las adversidades, vivir al día y siempre, característica que le ha generado la posesión de la zozobra, la inseguridad y la inconsistencia desde tiempos inmemorables.

Nadie algún día dijo que las circunstancias de la vida deban ser siempre amenazantes. El mexicano se encuentra en el momento de la definición de su ser, se encuentra frente a un permanente crear a través de la zozobra y la inseguridad,

rasgos por los cuales Zea pronuncia, sin características que en algún tiempo harán al mexicano "ser más que un hombre" (Zea, 2001, p. 63).

De igual manera Zea nos menciona que el mexicano ha podido adoptar algo de lo que no se creía capaz, la técnica —traída de Occidente—. La cual, a pesar de ser exaltada en el positivismo; con el orden, el progreso; científico y social, expresiones de formas contradictorias, la industrialización vino a rendir frutos con un pueblo que trabaja, y a pesar de los fracasos que los proyectos de la técnica contraigan, el mexicano es un *ser* experimentado frente al fracaso, porque lo vive siempre, pero también representa la lucha diaria que puede generar la posibilidad de transformar sus circunstancias. A diferencia de otros países, la técnica que adaptó el mexicano, ligada con el fracaso constante que no es otra cosa que algo normal para él, lo hace ser indiferente ante dicha problemática, algo común y pasajero, a lo que siempre encontrará una solución próxima, porque nada es tan grave como la enfermedad que en el extremo, y sólo así, lo hace acudir al médico.

"Si no sucede tal cosa el hombre se ingenia por arreglar sus descomposturas de la mejor manera posible. Un alambre por aquí, una horquilla, un trozo de corcho o un mecate, podrían ser suficientes" (Zea, 2001, p. 64). Porque la vida no termina, no se acaba, no es el fin de los días, sino el momento en que el hombre humaniza a la máquina, algo cotidiano. Sin embargo, la misma cotidianidad que hace al mexicano vivir al día lo hace despilfarrar y derrochar sus ganancias, porque sólo vive con lo necesario, alejado completamente de la acumulación de riquezas. Característica común de la pobreza, constante y alarmante porque es sinónimo de esclavitud moderna. Es el ser arrojado ahí, al

cual todo bien o ganancia no es más que un accidente que le llega y que tal vez nunca pudo existir.

Zea ha retomado gran parte de la tarea para encontrar tanto las virtudes del mexicano, como las desventajas que éste posee. Sin embargo, menciona que, de la misma manera en que Occidente hace frente a la crisis de la guerra y el aniquilamiento; busca la capacidad de reinventarse, a través de una nueva moral que desplace los errores pasados, es momento, el más adecuado, para que el mexicano a través de la autocrítica, de la manera tal vez difícil de encontrarse frente a sí mismo, pueda transformar una moral, frente a las mismas vicisitudes y las circunstancias que la vida nos ofrece. Aquella tarea para reinventar al ser mexicano, debe ir de la mano de nuestra filosofía, para dar conciencia y dar vuelco los valores que nos ayuden a establecer una sintonía con nuestra realidad, para poder así generar una moral más allá de lo mexicano, sino una "moral del hombre en circunstancias parecidas a las nuestras" (Zea, 2001, p. 70).

Zea abre una nueva discusión sobre el origen del ser, de lo humano y lo universal. Hace referencia a Arnold J. Toynbee para señalar que, tanto Hume, como Kant, Descartes o Platón han dado a conocer que el ser y lo humano, es una expresión universal. Una expresión que encierra no simplemente a una comunidad o región en específico, sino al propio hombre. Ese hombre que se encuentra en todos lados, pero que tras el desarrollo histórico ha mostrado una exclusión y diferenciación de un hombre con el otro. Tal es el caso de las culturas apartadas a Occidente europeo, culturas como aquellas alejadas o que permanecen en la periferia de lo económico, político y social, y estas son las que arraigan un significado místico que prevalece como resistencia al eurocentrismo, los pueblos indígenas.

Pueblos que el catolicismo incorporó con la evangelización, y a la vez se encuentran apartados y paradójicamente ligados a las exigencias del mundo moderno europeo. Pueblos que no se niegan a sí mismos, que herméticamente permanecen con sus tradiciones como *resistencias*, siendo "ellos y no los otros". Y por aquella razón, considerados como marginales, *bárbaros, infrahumanos, perros paganos* o animales.

Desde la época de la conquista existe la problemática sobre la definición del ser indígena, el cual fue fuertemente cuestionado y regateado —define Zea— por el conquistador, el catolicismo y los misioneros que llegaban a América sin conocer algún tipo de vida primitiva, a pesar de poseer ideas que ayudaran a comprender su existencia. Si bien, el indígena al comienzo fue condenado ser un

humano rebajado, o de segundo nivel, personajes del clero partían de la concepción de que el indígena era producto de un pecado que los arrojase al demonio, lo infrahumano. El indígena permanece fuera, rebajado, caído, siendo un escalón menos al español. Infrahumano, pero humano a que inferior, de ahí la tarea del misionero por evangelizarlo y de ahí también al indígena obligado a renunciar a su cultura, o disfrazarla para mantenerla en las entrañas.

Zea pronuncia las palabras que conciben al indígena de manera inmadura por parte del español desechado de la modernidad de Occidente, retomando a Buffon —célebre naturalista francés— el cual, lo asume como un animal de primer orden, salvaje y débil, tímido y cobarde; "no tiene ninguna vivacidad, ninguna actividad en el espíritu" (Zea, 2001, p. 84). Capaz de mantenerse arrodillado o de espaldas días completos. Este devastador concepto no se aleja en nada de la concepción que tienen sobre el continente americano personajes como Hume, Reynal y el naturalista De Paw; éste mencionando que surge una especie de enfermedad por el contacto con los pueblos de América hacia países como Portugal y España, aunque haciendo la excepción del sajonismo, el cual lo considera como ejemplar por su forma de trabajo, ya que así supuestamente "purifican la tierra" de los despojos americanos.

Mediante el trabajo —y ya no por el cristianismo—, el hombre negado de América podría algún día incorporarse a las exigencias occidentales, de la misma forma en que lo ha hecho la ética protestante o el espíritu capitalista que es llenado de laudes por los europeos. Es el valor primordial que otorga la industrialización del mundo moderno, y señalo, un cisma abismal entre la religiosidad católica y protestante; lastre de la primera por la condena del "eterno

destierro de Adán y Eva". Zea pronuncia algo muy importante, se ha culpado a la herencia racial por los fracasos políticos, económicos y sociales. Se ha asumido que el mestizaje nos proporcionó una maldición muy difícil de erradicar, al igual, el rebajamiento humano frente a la concepción católica del hombre, la cual veía en nuestros pueblos el origen de un pecado que nos hacia ser diferentes; de un nivel inferior que no podía redimirse con la *confesión,* sino con extirpar las raíces o cambiar el color de la piel.

La herencia de Europa occidental desplazó al hombre americano, ha hecho un regateo de la historia arrojando al vacío la propia existencia del hombre que vive fuera de su concepción, como lo hizo Aristóteles al excluir a los pueblos fuera de Grecia. La historia es para el americano algo que no se ha escrito, algo próximo a futuro —menciona Zea a través de Hegel—, tanto el continente americano como México quedan completamente rebajados por el hombre occidental porque la historia universal es eurocéntrica; parte de Grecia, se traslada a Roma matizándose fuertemente con la cristiandad y lo moderno: "El historicismo llevado a sus extremos puede llevar a una concepción aristocratizante de la vida" (Zea, 2001, p. 91), rebajando a la humanidad a una hegemonía como la totalizadora que hizo colapsar al mundo a comienzos del siglo XX. Lo mismo representa la técnica y su regateo, si no se es un país altamente industrializado no se puede ser civilizado y mucho menos humano.

La gran transgresión que ha hecho el eurocentrismo, ha sido el transformar al mundo obligando a responder a sus exigencias. De esa forma Zea sostiene a través de Toynbee que los distintos países del mundo —fuera de Occidente europeo— adoptaron ciertas formas políticas, si desde Europa y Estados Unidos

se adoptaban modelos nacionales, el resultado de la lucha hegemónica de los países que sometieron a los demás, ha generado formas comunistas adoptadas por Rusia o China, al igual que los países que llegaron a forjar un nacionalismo como Irán y Egipto, de la misma forma que diversos países de Hispanoamérica, como lo es México tras la revolución de 1910.

El caso español dejó la mayor secuela tras la conquista y la diferenciación social mexicana, debido a que con la época colonial se estableció un orden social o sistema de castas, dejando acentuada la posición de cada uno de los individuos que la conformaban,

> […] el papel del proletariado correspondía a los naturales del país conquistado y, con el tiempo, a los mestizos que surgieron del ayuntamiento de blancos e indígenas. El criollo, el hijo y descendiente blanco del conquistador, quedó subordinado políticamente a la metrópoli, pero en situación social privilegiada respecto a la clase proletaria indígena y mestiza (Zea, 2001, p. 99).

Aclara Zea que tiempo después el mestizo que tenía más afín con los intereses económicos occidentales, sería el encargado de dar dirección y estructura a un país libre, pero que, a pesar de las expectativas, el país quedaría subordinado a los intereses de Occidente, etapa bien ejemplificada durante el porfirismo.

Con una perspectiva marxista, Zea señala que los indígenas ocuparon perpetuamente el papel del proletariado frente a la burguesía nacional (mestiza), hasta la llegada de la revolución de 1910 donde se haría un intento de dar vuelco a dicha condición, y desplazar a los intereses imperantes europeos, para hacer frente a la problemática interna.

El impacto de la conquista en México dejó un orden racial y una imagen del predominio de Occidente sobre los pueblos latinoamericanos, desde el hecho de

humanizar por parte de la iglesia a quienes se consideraron como hombres inferiores, hasta el diverso número de razas que quedaron como cimiento político y social; el criollo buscando hacer frente a la imposición política de la monarquía europea, seguido por la mestiza, la negras, mulatas, zambos y más, quedando en subordinación frente a la concepción del "auténtico español"; el blanco peninsular o "gachupín".

Zea menciona que dichas distinciones raciales generaron a la postre, diversos fenómenos sociales que reflejaron un "grito" por el reconocimiento de la autenticidad criolla denigrada por la hegemonía colonial. En primer lugar, la revolución de independencia de 1810 encabezada por los criollos para hacerse del control económico y político de la nación, seguido por la guerra de reforma de 1857, momento en donde se dio respuesta a la imposición mental que impedía el progreso del país, con una gran influencia procedente del Occidente sajón que no modificó el orden social o sistema de castas. En tercer lugar "la revolución de 1910, llamada simbólicamente mexicana" (Zea, 2001, p. 102), siendo reacción en contra del orden social vigente desde el siglo XVI, para Zea representó también una vuelta a los orígenes de la posesión de tierras y respuesta nacionalista frente a los rasgos culturales ajenos al país. Sin embargo, más allá de lo que pueda representar la revolución de 1910 yo no aseguro plenamente que el orden social haya cambiado en lo absoluto.

El hecho de cambiar la situación social fue la causa que llevó a los mestizos y los indígenas a luchar e involucrarse en la revolución de independencia de 1810 junto con los criollos. Asimismo el siglo XIX representó la lucha por el ideal progresista y liberal por parte de los mestizos que se encontraron ahora frente a

criollos conservadores, dando así la revolución de reforma en 1857, teniendo como líder máximo a uno de los personajes más emblemáticos de la historia nacional, surgido de la casta indígena, Benito Juárez.

De manera particular Zea analiza “la respuesta y estímulos criollos” frente a los cambios antes mencionados, para señalar que el criollo buscó plenamente alcanzar el poder político para hacerse justicia contra la imposición peninsular, ya que ellos asumían ser los fundadores natos del país. De igual forma, la rebelión del criollo representó para el mestizo la oportunidad para dejar de ser la paria de la época colonial y ocupar un lugar de valor en la sociedad. Sin embargo, el orden social después de la independencia continuó siendo el mismo, la única diferencia fue que el criollo-caudillo asumiría todos los privilegios que tenía el español peninsular:

"Los criollos sólo tenían capacidad para ver el cambio que a ellos interesaba: el político; más allá de este cambio serían tan ciegos como los peninsulares lo habían sido para con sus legítimas aspiraciones” (Zea, 2001, p. 105). Por otra parte el mestizo trataría de buscar un valor, el indígena la posesión de tierras, dos maneras distintas de concebirse se ligaron ante el descontento que ahora el criollo les generaba. Zea señala que el criollo heredó el mismo espíritu traído de la Europa absolutista al continente americano, un espíritu de retroceso.

En tanto a “la respuesta y estímulos mestizos”, se encuentra éste con el contraste de la raza hermana que lo niega o lo desconoce, la criolla. Es una carga recibida estoicamente para una madre, es ignorado, producto de los instintos, pasiones y de inmediata satisfacción, Zea menciona que son producto de la época colonial; carente de derechos y de bienes propios. ″Toda su vida será también un

movimiento pendular, y por pendular, formado de múltiples accidentes" (Zea, 2001, p. 107).

"No es de allá, pero tampoco de aquí". Es el cisma entre el ser legítimo del criollo; consciente de su herencia paternal y la protección que él le debe dar al indígena, sólo poseen una libertad con la que no pueden hacer nada legítimamente, adaptado para subsistir circunstancialmente a la vida y la realidad, jamás fiel pero sí ladino, traicionero y timador. El mestizo posee una cerrada situación que les hace preparar elementos para la transformación futura, un futuro constante en donde ellos solos son hacedores. Son seguidores de los criollos en sus revueltas como lo fue la independencia, no buscan mantener el mismo orden colonial, pero cuando éste llega, es la oportunidad para darle la espalda al criollo traicionándolo.

El mestizo quiere borrar un pasado de desigualdad e imposición mental y cultural, tratando de establecer un bienestar que después de la independencia se presentó a través de la constitución de 1857 y la educación, para ir poco a poco transformando al país a la altura del progreso social y nacionalista. Empero, Zea aclara que a pesar del supuesto cambio o asenso a ser burguesía por parte del mestizo, permaneció siempre subordinado a la burguesía europea-criolla.

Por otra parte, "los indígenas, que habían formado las infanterías y carne de cañón de todas las guerras libertarias, fueron nuevamente relegados" (Zea, 2001, p. 109). Habían sido históricamente despojados de su única pertenencia y valor existencial, la tierra. Menciona Zea que a pesar de haber contado con una poca protección de la corona española, posteriormente con el triunfo del criollo serían abandonados a su suerte durante el siglo XIX, y sumo a esto el desprecio,

el olvido y la negación por parte de miembros de su casta, como Benito Juárez y Porfirio Díaz.

El estímulo occidental y la respuesta indígena fue fuertemente golpeada por el dominio español al que siempre estuvo sometido; tanto económico como político, pero Zea aclara que los intereses españoles fueron más allá de lo que pudo ser el interés del sajón en las colonias y la posesión de tierras, y este fue el predominio cultural.

> El indígena fue sometido brutalmente dentro de las formas de cultura que no le era ni remotamente, cercana. La cultura que le era propia fue borrada hasta el grado de hacer perder su sentido a las expresiones de la misma. Como esos monumentos de piedra cuyo sentido tiene ahora que serles arrancado por los arqueólogos a pesar de que en torno a ellos siguen viviendo los descendientes de sus creadores (Zea, 2001, pp. 109-110).

El indígena quedó como un ser arrebatado, despojado y discriminado desde el momento en que se trató de poner a la altura del español desde un lugar apartado, jamás igual. De la misma forma en que se quiso evangelizar de una manera diferente a la concepción humana. Fue ruinmente sobajado por las ambiciones españolas, a pesar de que en algunas ocasiones se intentó preservar comunidades indígenas como lo fue el caso de Vasco de Quiroga en Michoacán. Se sumó tarde al interés nacional, ya cuando el mestizo se había encargado de disolver sus comunidades y robarle sus tierras, reaccionó igual que otras castas, o sea violentamente.

> Los criollos, hemos visto, actuaron revolucionariamente ante los obstáculos políticos y administrativos de la metrópoli; los mestizos ante los obstáculos que les impuso un medio social y cultural dentro del cual carecían de seguridad, defensa o protección alguna. Los indígenas sólo habían actuado cuando esa seguridad inmediata que era la de su tierra le fallaba (Zea, 2001, p. 110).

Durante la colonia el español se vio obligado a respetar la tierra del indígena, tiempo después durante la dictadura porfirista fueron negados hasta el hecho no sólo del arrebato de su única posesión, sino que se trató de erradicar su existencia, sustituyéndola por la inmigración de extranjeros al país bajo el quimérico lema del progreso social.

Siglos de hartazgo ocasionaron que en 1910 los indígenas se incorporaran a la guerra revolucionaria, y puedo mencionar mi punto de vista diferente al de Zea, porque a pesar de que este suceso se tratará de teñir con colores nacionalistas, sólo ha sido un espejismo de una cultura que hasta el día de hoy, no se ha podido aceptar y respetar. El mito revolucionario es falso al tratar de asumirlos a una causa, la guerra revolucionaria tuvo distintos intereses, siendo diferentes revoluciones en un mismo conflicto. Un mismo conflicto de augurios trágicos.

La revolución vino a ser el engranaje del malestar que diversas clases sociales guardaban desde tiempos remotos, haciendo a un lado doctrinas e ideales que en palabras de Zea se ignoraban por completo, ya que lo único que se tenía era el rencor del régimen dictatorial de Porfirio Díaz. Este suceso se convirtió en un espejismo que exaltaba el carácter nacional, siendo el momento de la expresión estética de la sensibilidad de artistas, escritores, novelistas, poetas, muralistas, entre muchos más. Existieron cambios, sí, eso no se puede negar, pero también existieron aberrantes contradicciones vistas en las reformas sociales y la actividad económica del país, o bien, presentes en la Constitución de 1917.

La imagen del indígena tras la revolución logró forjar un icono nacional e internacional. A pesar del sabor amargo que la tragedia revolucionaria —desde mi

punto de vista— dejara en la escena nacional, me atrevo a rescatar el mensaje simbólico que debe ser reconocido, y que brindan a la cultura mexicana los pueblos indígenas, rescatando algunas palabras de Leopoldo Zea:

> La sufrida y estoica figura del indio se alzó vigorosa en todos los murales de grandes pintores de la revolución, tan vigorosamente como se había alzado en los campos de batalla para luchar por lo que ancestralmente le pertenecía [...]. El indígena simbolizaría ahora ese elemento cuya resistencia a toda imposición extraña había permitido la creación de un auténtico espíritu nacional [...]. El indio dejó de ser indio como expresión denigratoria, para convertirse más en pueblo. Ya no más encomendado, como estableció la Colonia; ya no más traba del progreso como lo vio el Porfirismo (Zea, 2001, p. 117).

A pesar de que se pensó que con la revolución el indígena se había incorporado, o se había asimilado a la vida nacional, Leopoldo Zea expresa que fue todo lo contrario, su incorporación fue sólo un mito. Un mito con las mismas secuelas de siglos atrás que trataron de forzar al indígena a cambiar a la imagen de un perfil y una moral no correspondiente a su cultura. Al igual del proceso de modernización e industrialización que acontecía en el país, el trabajo del indígena fue indispensable para la construcción y cambio de la tierra, cosa que desde mi punto de vista fue encabezado por otros y no por iniciativa de él mismo. Empero, el mestizo también presentó las secuelas que los siglos le habían brindado a su inconsciente, aquellas secuelas en donde fue tachado de ladino, de traicionero, oportunista y ruin. "Se mantiene con un futuro incierto, pero dentro de un presente cada vez más firme" (Zea, 2001, p. 121), porque justamente ahí es donde logra cambiar la realidad acorde a su favor.

Por otro lado, para Zea en el mestizo surgió una "nueva burguesía" encargada del poder político nacional, dándole un nuevo sentimiento de seguridad, superioridad y eficacia, con capacidad de arriesgue, audacia, y estado

constructivo, factor principal que ocasionó también, por medio de la revolución, un mayor mestizaje tanto racial como cultural de diversos grupos de la sociedad que habían quedado apartados de este proceso histórico, el cual, posteriormente haría surgir un nuevo orden político que terriblemente puedo traducir como un "nuevo sistema de dominación" disfrazado con nombre de tradición nacionalista: Partido Nacional Revolucionario.

En suma, la historia mexicana ha sido la respuesta violenta a los estímulos atroces que le ha brindado Occidente europeo desde el siglo XVI. Zea tiende a errar al pensar que en 1952 —fecha de la publicación de *El Occidente y la conciencia de México*— se ha dado fin al conflicto racial que tanto caracteriza a nuestro país, enfocándose únicamente a dar respuesta a los problemas económicos. Asumiendo que: "los pueblos ya no se sienten inferiores por un conflicto racial" (Zea, 2001, p. 126). Sin embargo, acierta en pronunciar que en países como el nuestro, al igual que muchos pertenecientes a Hispanoamérica, el reconocimiento de la humanidad es algo en lo que no se ha podido triunfar:

> Una nación que no reconoce a la humanidad de todos sus miembros, difícilmente puede estar segura de poseer ésta y exigir su reconocimiento ante otras naciones, salvó que tenga la fuerza física para hacerlo (Zea, 2001, p. 127).

“Dos ensayos sobre México y lo mexicano”

> ¿Qué es el mexicano? he aquí una pregunta a la cual todos los mexicanos quisiéramos poder dar una respuesta precisa […]. Los que preguntamos y los que tratamos de dar respuesta a la pregunta sentimos que nos estamos jugando algo más hondo, algo que caía mas adentro de nuestro preguntar, más adentro de esto que nos sabemos exteriormente, incluyendo nuestra carne y nuestros huesos, algo que está mas adentro y al mismo tiempo más allá de nuestra limitada existencia como sujetos. Nos jugamos nuestro ser (Zea, 2001, p. 131).

Zea termina con estos dos ensayos tratando de responder a la pregunta de lo que es el ser mexicano. Hemos hablado con anterioridad de muchas de las desventajas del ser mexicano frente a la vida que le ha tocado vivir, los cuales se han venido señalando en diversos estudios; psicológicos, filosóficos, políticos, económicos, antropológicos, entre muchos más. Descripciones que nos aproximan en una parte a cuestionarnos el por qué de nuestra existencia o de nuestras circunstancias.

La pregunta por el ser mexicano es un tema de gran importancia que no puede quedar apartado de todo estudio o investigación que trate de hacer frente a la problemática que se vive en el país. Problemática que no sólo se vive en el presente sino que también corresponde a una herencia directa de nuestro pasado que afecta principalmente a nuestras aspiraciones futuras.

A esto, Zea nos enumera los lastres que carga el mexicano, retomados de personajes que influyeron en su pensamiento, y son características que nos pueden ayudar a comprender por qué se presenta el sentimiento de angustia, de pérdida o de carencia en nuestro actuar cotidiano, y son: “el sentimiento de inferioridad, resentimiento, insuficiencia, hipocresía, cinismo”, etc. Estas

características en primer momento pueden quedar ignoradas o rechazadas, de la misma manera en que puede corroborarse nuestra incapacidad de crítica o de cambio, factores que también dificultan nuestra relación con el entorno o la realidad.

Las características antes señaladas y que se desarrollaron durante los cuatro ensayos antes expuestos, son la causa principal que nos hace sentir insatisfechos cuando realizamos cualquier labor o tarea cotidiana, la razón por la cual constantemente nuestro ser se reduce ante el otro, se achica, se hace menos, porque hace sentir un vacío que no se puede llenar. Por esta razón, constantemente acudimos a la imitación, para poder encontrarnos con un ser escondido que tratamos de ocultar constantemente, estando a "la moda", tanto personal como social. Lo vemos constantemente en el actuar de las personas falsas, envueltas en disfraces de lo que aparentan ser; vanidosas, egocéntricas o esnobistas, al igual que las deficiencias políticas o económicas de nuestro país que, para "estar a la vanguardia", enferma en traer y aplicar a *tabula rasa* todo lo que Occidente europeo o Norteamérica tienen como innovación, para posteriormente sucumbir en un fracaso. Como aquel eterno fracaso político de nuestra nación.

Zea pronuncia su inclinación por reconocer el sentimiento que surge en el mexicano al enfrentarse con su ser, el cual es el de la pena. Es un sentir que el mismo español le ha dado un significar, y que para el mexicano aparece como una pérdida que difícilmente puede recuperarse provocando un daño irreparable. Caminamos constantemente negados, arrancados, despojados, mirando el uno al otro sin poder conciliar la respuesta de nuestra autenticidad, porque la conquista

fue con la espada un ultraje, el mestizaje en la colonia un paso al olvido y otro al abismo entre lo que somos y lo que intentamos ser.

Malestar eterno que bien puede ilustrarse con el utópico siglo XIX, el cual representó el afán de ser el otro. Golpe duro tras el fracaso con el liberalismo, la democracia, el federalismo, la imitación constitucional y muchos ideales que nos demostraron que tampoco podemos ser como ninguno de los occidentes; el europeo o el sajón.

Para Zea el mexicano se encuentra suspendido en el tiempo, en un tiempo amputado con un pasado que jamás se tuvo que haber vivido, en un presente que se ignora porque duele y lástima. "Pasado y presente son negativos, lo único positivo es el futuro; pero un futuro que no puede llegar porque es el contrario de nuestro presente" (Zea, 2001, p. 137). Asimismo, el futuro se traduce en el mañana, en la esperanza fantasiosa del porvenir que, al igual que mañana se queda siempre como el futuro negado a nuestro presente porque no se sabe cómo realizar.

Si el siglo XIX fue el ímpetu aberrante de la negación de nuestro ser, ignorando la responsabilidad de ser auténticos, y a pesar de que se acuse y se excuse al eurocentrismo imperante de la época, fue en ese momento donde el mexicano se topó de frente con quienes se hacían nombrar el ejemplo universal. Fue ahí donde el mexicano vio en el europeo y en el norteamericano, la oportunidad de alcanzar un reconocimiento y el significado que no precisamente era el suyo. Ser moderno a costa de otros pero no de sí mismo, negando hasta el hecho de ser americano, reconociendo solo al extranjero.

Ante tantos males, Leopoldo Zea pone en cuestionamiento a la filosofía mexicana, cegada por la vanidad de la demagogia intelectual, soberbia que se jacta siempre de conocer los saberes de todas partes, manera de disfraz para esconder la insuficiencia y la inferioridad que genera el vacío del existir. Irresponsabilidad que se ha perpetuado al no querer hacerle frente a la angustiosa realidad y buscar una cura:

"A lo universal llegamos o creíamos llegar, si no por la vía de nuestro esfuerzo, sí por la del esfuerzo ajeno. Nos conformamos con menos que eso, aunque con ello estamos destruyendo nuestra capacidad creadora" (Zea, 2001, p. 141).

Mediante las adversidades, Zea propone reconocernos, teniendo responsabilidad de nuestra situación y emprender la tarea del cambio a través de nuestros proyectos y no de aquellos que fracasaron en el pasado. El saber es el primer escalón para la toma de nuestros proyectos que nos ayuden a adaptarlos a nuestras circunstancias y posibilidades, retomando la tarea de la filosofía mexicana podremos encontrar la respuesta a los verdaderos problemas del país, y posteriormente hacer a un lado a aquello que eternamente nos ha negado, nos ha hecho imitar e imposibilitar nuestra conciencia sobre la realidad del país.

“Dialéctica de la conciencia en México”

La conciencia se presenta a través de la existencia humana y su relación con los otros, sin embargo dicha existencia siempre ha estado plagada de una dialéctica como la que Zea retoma de Hegel y Marx. Es la lucha del uno sobre el otro para imponerse sobre los demás. Dicha concepción histórica puede quedar desarraigada en la actualidad, pero en mi opinión puede proporcionarnos un buen reflejo del pasado humano, al igual que el de nuestro país.

Para Zea la dialéctica viene a descifrar el sentido trágico de la historia mexicana, desde la conquista, colonia, independencia, y revolución, momentos en la vida mexicana en donde lograron consolidarse diversos caracteres como la imposición o las desigualdades que tanto han distinguido al mexicano en el actuar cotidiano.

> Frente a esta imposición, el hombre, sin más, va tomando conciencia de su humanidad al mismo tiempo que toma conciencia de los demás. Lo humano no es lo que separa o distingue, sino lo que hace semejante. Semejanza que no depende de accidentalidades, como el color de la piel, la clase social, el sexo, la educación o cultura que se tiene. Lo humano se da precisamente en esa capacidad de comprensión que lima las diferencias y hace posible la convivencia, uno de los rasgos definitorios de lo humano (Zea, 2001, p. 147).

Para Zea la toma de conciencia proviene de la lucha del hombre sobre el otro, y se refleja en la cultura, se presenta también en aquellos países que han logrado mantener una hegemonía a través de muchas formas de dominación, pero difiero completamente en que la conciencia llegue mediante el engaño, del abuso o la violencia. Porque debido a esta toma de conciencia es como las grandes potencias como Occidente, tanto el europeo como el sajón, han mermado profundamente las posibilidades de otros países como el nuestro, impidiendo la

posibilidad de amenizar nuestra dura realidad con los anhelos de muchos hombres que sí son conscientes del problema mexicano. De la misma manera Leopoldo Zea señala que el imperialismo es una de las expresiones máximas de negación del hombre, ser francés, inglés o alemán no sólo representan el significado de lo occidental sino, lo universal.

El occidental es consciente del otro, sí, pero no es capaz de respetar lo diferente a él porque sus aspiraciones sobrepasan la dignidad y el significado de la humanidad, esto traducido en regateo y de forma máxima se ejemplifica en el colapso mundial que durante el siglo pasado los "dos occidentes" le proporcionaron al mundo con el sinnúmero de guerras.

La búsqueda por el significado del ser nos puede unir a otras naciones en una forma más pacífica que la implementada por la política, al igual y cómo otros países negados por Occidente se llegan a plantear la misma cuestión del ser —tal es el caso mexicano con la filosofía mexicana—, creo yo posible, de la misma forma que expone Zea que puede ser una labor muy complicada, pero no se puede hablar de otra alternativa a sabiendas que el orden imperante eurocéntrico o norteamericano rechaza por completo todo lo que no es igual a él. Como el caso del indígena que en pleno siglo XXI se encuentra desechado en su mayoría de toda caracterización moderna, arrojado a los despojos de lo más recóndito de los países, o simplemente inserto en el mundo supuestamente moderno; pidiendo limosna, estoico ante las circunstancias vitales y obligado a callar por las injusticias de las que, a través de los siglos, ha sido presa fácil.

"La mexicanidad de que se habla no es expresión de la realidad que rodea al hombre de México, sino su completa negación" (Zea, 2001, p. 153). Somos,

parte de "la otra cara de la moneda" que incomoda ver, aquella parte que con la toma del poder por el criollo fue mal vista, como los grandes movimientos mestizos o indígenas, porque el orden o sistema de castas predomina hasta hoy sin la corona española, con algunas excepciones de los que logran superar dicha condición, pero que traicionan aquello que se puede considerar como su igual.

A pesar de que Zea entregue una esperanza vana al movimiento revolucionario del país, de la misma forma en que otorga a los mestizos la tarea de continuar con el estudio de la filosofía mexicana, la tarea es una labor importante que requiere hombres capaces, apartados de los lastres que impiden generar una conciencia, hombres como los grandes intelectuales que encabezaron el tema de lo mexicano como el Ateneo de la juventud o el grupo filosófico Hiperión. Si la revolución no representó la solución que contrarrestara el pesar de nuestros fantasmas, a nosotros nos corresponde asumir dicha tarea. Recomiendo jamás perder la esperanza.

En síntesis, la mexicanidad para Zea es la posibilidad, la toma de conciencia, dejar atrás al sentimiento de inferioridad y pasar a la superioridad, a ser mexicanos universales. Al igual, el indígena es el oprimido y negado por parte del hombre blanco, aquel criollo que refleja su eterna discriminación por parte del peninsular, haciéndola recaer sobre el indio. Ese ser perteneciente a una cultura desplazada, considerada como enfermedad para el occidental, empero, Zea aclara que mediante el reconocimiento de lo humano y del ser, es posible que se le haga justicia a toda la tragedia vivida por las civilizaciones de indios que sufrieron un accidente histórico tras encontrarse con los conquistadores europeos.

Es la oportunidad de crear nuestra propia filosofía, de resolver el pasado, y aunque aparezca cierta dosis de idealismo en el pensamiento de Zea, también nos proporciona un pesimismo, el cual, va desde declarar que somos diferentes, proclives a caer en la moda de imitar a Occidente, no comprometerse sino vivir en el extremo, al día, en el oportunismo.

> El nacionalismo sin más es un peligro, de esto somos plenamente conscientes y nos empeñaremos en eludirlo. No queremos crear una máscara más, la del mexicano o lo mexicano que sirva nuevamente para ocultar esa realidad humana que con tanta dificultad ha podido hacerse patente [...]. Lo normal no puede estar en el pasado, sino en el futuro, aunque sea un futuro siempre inalcanzable. Lo normal es el hombre sin más al que es menester reconocer para reconocernos a sí mismos (Zea, 2001, p. 159).
>
> Leopoldo Zea

La justificación del ser mexicano

> No es que nuestra filosofía se haya hecho mexicana, sino, por el contrario, es lo mexicano lo que ha "cuajado" decididamente en una dirección filosófica.
>
> Desde mis ojos insomnes
> mi muerte me está asechando,
> me acecha, sí, me enamora
> con su ojo lánguido.
> ¡Anda putilla del rubor helado,
> anda, vámonos al diablo!
> (Muerte sin fin, José GOROSTIZA).
>
> Emilio Uranga (1952, p. 38)

Emilio Uranga (Cd. de México, 1921-1988) fue uno de los pilares del grupo filosófico Hiperión e impulsor de la búsqueda y significación del ser mexicano. Asimismo con la publicación de su obra *Análisis del ser mexicano*, comienza a cuestionar cuál es el ser mexicano y a mirar cómo se ha hecho de gran magnitud este debate en la mitad del siglo XX, y advierte que sería lamentable que solamente fuera una moda pasajera.

No obstante, aclara que este tema ha sido una preocupación por parte del grupo Hiperión, y que para muchos otros no ha sido más que una moda, como también lo ha sido el existencialismo emanado del Occidente europeo.

Esta declaración la da Uranga como réplica a quienes acusaron al Hiperión de seguir por moda a la corriente del existencialismo, ya que dicho tema se ha vuelto un punto central en los estudios de la cultura mexicana. Asimismo, acusa al historicismo por haber generado una historia como modelo único imitando a Occidente, porque menciona el filósofo que es el momento de estar en la cumbre de la historia, de poner a nuestro Ser mexicano como el punto central de los

estudios de la cultura, y en gran medida, hacer hincapié en una de las máximas de la filosofía orteguiana, tener presentes nuestras circunstancias.

De esta forma, Uranga menciona que se tienen las herramientas indispensables para generar el estudio que ayude a aproximarse al ser mexicano, puesto que considera que México ha llegado a la edad de la madurez histórica para poder posicionarse como centro del universo. "Lo que importa es entonces definirse en función de tales o cuales complejos o traumas psíquicos y buscar la normalidad psicológica" (Uranga, 1952, p. 13).

A su vez, el tener como base de los estudios al ser mexicano, uno puede percatarse que también ahí radican los orígenes de malestares que en una escala superior se reflejan en la clase, en la comunidad y en la cultura. Por esta razón Emilio Uranga menciona que es importante hacer un estudio de nuestra historia para que ésta nos devele, o mejor dicho, nos aproxime a lo que somos, aunque sea una tarea difícil, teniendo en cuenta que la historia, el historicismo y la historiografía están llenas de prejuicios religiosos, sociológicos, científicos y personales.

Sin embargo, aclara Uranga, la historia es parte complementaria del ser, y a partir de este complemento se pueden tener presentes conceptos ontológicos de la existencia humana así como la dimensión del propio *Ser* que no puede caer en un simple análisis de estudio. Por otra parte, advierte Uranga, tener cuidado con las definiciones rigurosas que también fungen como "espejismos ontológicos", tal es el caso de la poesía, la cual se presenta como la manera en que habla el propio ser y, por esta razón, la ontología poética no puede ser suficiente, a pesar de que

mencione Uranga que los poetas como Octavio Paz tengan a la mano al ser, y éste pueda hablar a través de la visión poética.

Uranga otorga la significación de insuficiencia del ser, al producto del accidente histórico que invadió a la existencia mexicana, algo distinto al sentimiento de inferioridad que otorgó Samuel Ramos en 1934. Por esta razón, describe que el ser mexicano está constituido de una historia accidental, fusionada en el choque entre el ser y la nada.

Uranga aclara que el mexicano es un accidente histórico, y no posee una inferioridad, sino una insuficiencia de manera estricta y que no existe ninguna característica que salga de este término, como lo expresan muchos críticos. Dicho accidente es la respuesta del querer ser que emana teniendo como referente a Occidente europeo, sin embargo, la insuficiencia se manifiesta como la incapacidad de alcanzar la trascendencia del ser. De esta manera, Uranga expresa a través de las palabras de Heidegger que el *ser* del hombre no es algo que esté ya dado, sino algo propuesto. Por esta razón, es que se llega a definir que el ser tiene que accidentalizarse.

En algún momento Nietzsche (1989) mencionó que el hombre tiene tanto momentos para vivir como momentos para morir, puesto que dicha mortalidad evoca a la trascendencia, asimismo Uranga remite a Heidegger (1927) para expresar que el ser nace para la muerte o textualmente: "ser que tiene que morir" *(Sein zum Tode),* y así asociar que el *ser* tiene que accidentarse de forma radical. Empero, Emilio Uranga aclara que tras este proceso uno puede percatarse que es una característica del *ser* en general y no únicamente del ser mexicano, ya que el ser al humanizarse se sustancializa. Y por esta razón, postula a la ontología como

la base del estudio del ser mexicano, por encima de la antropología, la sociología, o de cualquier corriente existencialista.

Asimismo, Uranga expresa que su análisis sitúa lo humano desde lo mexicano, de manera deconstructiva. Si se tiene como punto de partida al ser, se tiene también su aproximación al accidente en relación con la sustancia, sin embargo, es la existencia la que va definiendo al ser. Existencia, y no el cuerpo. El "aquí".

> El mexicano presta continuamente oído a la voz de su ser, bajo la forma de ese sentimiento tan cotidiano en nuestra vida que es la "pena". [...] La "pena" es la voz de la conciencia en el mexicano, voz que a su vez hay que interpretar como surgida del ser mismo que nos constituye (Uranga, 1952, p. 24).

El ser mexicano se accidentalizó frente a Occidente, y ante este acontecimiento se ha permanecido con una insuficiencia, bajo una dominación, y tras el camino de una sustancialización. En suma, se generó un sinnúmero de problemáticas como las mencionadas por Emilio Uranga: zozobra, cinismo, complejo de inferioridad, resentimiento, etc., pero siempre bajo la condición de la insuficiencia.

Cabe señalar que bajo la existencia, también se gestó con la filosofía ontológica propuesta por Uranga, sustentar lo nacional, como principio fundamental de la filosofía mexicana, justificando que el ser local es la manera de regresar a nuestra circunstancia, en contraste al ser universal propuesto por otros filósofos, ya que lo universal ha estado siempre impuesto por el eurocentrismo.

Y encuentro aquí la gran base filosófica utilizada por el grupo Hiperión, puesto que el ser al humanizarse se afirma bajo el nacionalismo, como una medida de auxilio ante las exigencias de la relación con la sustancia. "Por

motivaciones históricas de fácil recuento, el mexicano ha buscado en la nacionalidad, un refugio, un abrigo que lo ponga salvo de la voracidad apropiativa de los extraños" (Uranga, 1952, p. 40).

El nacionalismo aparece como un estado de emergencia frente a la imposición del ser universal, aquel emanado de las potencias mundiales que dictan un referente a seguir. Es el paso a la reafirmación de una identidad patriótica que no sólo hace propio al cuerpo, sino que también al país y a la historia. Dándole respuesta a la existencia.

No es casual que la cultura nacionalista exaltó la historia mexicana, desde sucesos que jamás representaron ser hechos victoriosos como la Independencia, la Guerra de Reforma, o bien, en pleno siglo XX la Guerra de Revolución daría hincapié a la creación de un orden social, de una dominación cultural e ideológica de la cual emanaría un nuevo país con instituciones. Bajo este concepto, Uranga especifica que la insuficiencia mexicana nació con el encuentro y el accidente que tuvo frente al español, aquel que se asumió suficiente y superior, teniendo antes que el mexicano la noción de nación. Mientras que por el lado del mexicano, fue hasta después de siglos de sometimiento que surgió la noción de independencia, con el concepto de nacionalismo, para contrarrestar las secuelas de la insuficiencia histórica, y así generar una identidad que le afirmara su existencia.

Empero, remitiendo Uranga a Hegel, asegura que América es un accidente del Occidente europeo, y tanto los herederos del imperio español fueron producto de este acontecimiento, también los son los estadounidenses. Por esta razón, describe el filósofo que el mexicano tiene comportamientos opuestos a los del español, asumiendo que, mientras el español se comporta de una manera

predecible bajo códigos morales "aceptables", por otro lado, el mexicano vacila, bromea, y es impredecible.

No cabe duda que la justificación básica de Uranga es contradecir la obra de Octavio Paz, así como también acribillar los destellos poéticos de López Velarde, sustentándose primordialmente en la filosofía mexicana surgida por el Hiperión. Aquella misma que intentó a través de la identidad nacional, reafirmar al ser mexicano. No obstante, califica a los poetas de hacer suposiciones tontas que no tienen ninguna relación con la filosofía.

Por otra parte Uranga, se ve cegado ante la Revolución Mexicana como muchos otros escritores, filósofos, poetas, ensayistas y artistas, pues toma al proceso revolucionario como el momento de la creación de una nación y de instituciones, poniendo como ejemplo al Partido Nacional Revolucionario. “Pero nosotros reclamamos como única originalidad la de haber escuchado a los poetas. Los complejos y los resentimientos son el habla no poética del mexicano (Uranga, 1952, p. 100).

Asimismo, para Uranga la mexicanidad es la justificación del ser del mexicano a través del nacionalismo, de estudiar nuestra historia accidentada tras su encuentro con el Occidente, ya que ésta permanece corrompida por el choque entre el ser y la nada, por lo tanto, más allá de presentar un optimismo esperanzador, declara que somos  insuficientes, o sea, incapaces de trascender.

## 5. Magia y mitología; el olvido de un mundo mexicano develado por Jorge Carrión

> [...] nada cuesta tanto trabajo al hombre como olvidar: todo lo que dentro del ámbito humano cae tiene ulterior resonancia, rinde tempranos o tardíos frutos, no importa desde qué tan profunda y oscura región actúe.
>
> Jorge Carrión (1970, p. 39)

Escrito en 1952 aparece *Mito y magia del mexicano,* obra publicada por Jorge Carrión (1917-2005), periodista, publicista, pacifista y crítico en los momentos de crisis del régimen priista que culminaron con la matanza de Tlatelolco en 1968, cofundador de la revista *Política.*

Carrión nos muestra a través de una visión psicológica-freudiana —como aquella recordada en antaño por Ezequiel Chávez y Julio Guerrero— una aproximación para descifrar aquel misterio que encierra la identidad mexicana y con esto abre una nueva vertiente de *"Ensayos sobre el mexicano",* ya que la preocupación por encontrar las características de lo mexicano eran ya notorias ante nuestra caótica realidad. Asimismo, gracias al trabajo de Roger Bartra (2006, pp. 185-201) se rescata de Carrión (1951) la publicación: *De la raíz a la flor del mexicano (Filosofía y Letras, núm. 40-41, enero-junio de 1951),* la cual antecede a la obra principal. Cabe destacar que los estudios de Carrión nos proporcionan además de un aporte científico, un optimismo del carácter del mexicano. Huelga decir que me adentraré en las dos obras mencionadas para dar mejor cabida a la investigación que actualmente realizo.

“De la raíz a la flor del mexicano”

Carrión abre la discusión cuestionando si el mexicano es psicológicamente diferente, teniendo en cuenta sus características frente a otros seres humanos, y a su vez que dichas características en su intento por definirlo sean producto del nacionalismo naciente de la primera mitad del siglo XX, algo que posiblemente también contenga y desarrolle un trasfondo racista en el modo de vivir en México. De esta manera, Carrión destaca que a diferencia de los estudios antes realizados para conocer al mexicano —tanto filosóficos, poéticos, sociológicos, entre más— la psicología vendría ya no a responder ¿qué es el mexicano?, sino a replantear ¿cómo es?, ¿por qué es de tal o cual otro modo?

Carrión enuncia con certeza que gracias a las instituciones conformadas a inicios del siglo XX y a mitad del mismo siglo, fueron factores importantes que se fueron sumando a la ética generada por los estudios filosóficos —y yo aseguro que también por otras disciplinas—, permitiendo apreciar a un nuevo mexicano, con características orgánicas como las dadas por la naturaleza, aquellas que lo van forjando a pesar de las dificultades de la vida.

Puedo afirmar que la propuesta de Carrión se aproxima al vitalismo, aquel que considero importante para la comprensión de todos los arquetipos que conforman al mexicano. De la misma manera Carrión pronuncia lo siguiente:

> [...] el mexicano es raíz, es tallo y es flor, y desde el humus en que se hinca aquélla hasta la acabada perfección de ésta se extiende un tiempo cargado de las vicisitudes del renuevo y del sucederse de las hojas vivas y muertas (Carrión, 1951 p. 186).

La primer disputa o crítica que lanza Jorge Carrión es hacia el trabajo del poeta Octavio Paz, haciendo referencia que al igual que Narciso, la necesidad de

verse reflejado en un río, es un problema grave por querer acercarse al misterio que envuelve al mexicano. Es dura la postura de Carrión al mencionar que Paz únicamente reconoce su intuición poética y se encierra en ella minimizando otras perspectivas como la psicológica propuesta por Carrión, a pesar de considerarla como justa.

Afirmo que Carrión acierta en decir que los estudios mexicanos se presentan como las aguas en donde se refleja Narciso, mientras unos nos vemos reflejados en dichas turbulencias y apaciguadas corrientes, otros ven en ellas al denostar de la humanidad mexicana, como mucha literatura que más que servil, a lo largo de nuestra historia se ha encargado de llenar de prejuicios al hombre que habita el México que nos ha tocado vivir. De esta manera, Carrión asegura que el mexicano es un conjunto de factores psíquicos que dan origen a su carácter y a sus sentimientos, los cuales son proclives de generar un racismo en nuestra cultura, empero, Carrión se aleja de aquella postura de afirmar que exista una superioridad o una inferioridad en el mexicano, como ya antes afirmaba Samuel Ramos (1993) con el sentimiento de inferioridad.

Para Carrión la tierra —metafóricamente— es la que genera en el mexicano, el ser alguien. Es como aquel seno materno que en la infancia nos otorgó las condiciones necesarias para sobrevivir. Es nuestro suelo, lo indígena, los paisajes y bosques que se funden como en los colores del óleo de las más bellas pinturas. Es aquí donde nace nuestra forma de ser, eso es indudable, también aquí fue donde el indígena fungió como la base social que otorgó los principales cimientos de nuestra identidad. Él menciona que es difícil adentrarse en las profundidades de lo que parece "nuestra caja de Pandora", sin embargo, yo

considero a este suceso como uno de los más difíciles a realizar, pero también el más importante. A este planteamiento Carrión cuestiona si es posible que lo mexicano existiera desde antes de la llegada de los españoles, y tras dicho acontecimiento, se fue reconfigurando hasta generar lo que hoy tenemos, asimismo cuestiona si esto puede probarse desde el enfoque psicológico.

La propuesta de Carrión es adentrarse en lo más profundo del mexicano, dejando de lado todo aquello que ha transformado a la figura básica que lo conforma, y menciona que al hacer este proceso podemos encontrar al indio, o prefiero decir indígena. Puede ser una manera de revertir el mestizaje y encontrar la esencia básica, o el cimiento principal en donde la cultura mexicana recayó y se forjó. Cabe destacar que Carrión advierte que este procedimiento puede aparentar ser algo simple, o engañoso y poco confiable para el estudio psicológico, sin embargo, al realizarlo podemos ir identificando aquellas uniones o vertientes que entrelazan a los diversos factores que conforman al mestizaje en México, porque no somos producto de algo en bruto, sino de algo que se mezcló con lo ya existente a través de la historia. Por otro lado, también propone otro procedimiento, el cual consiste en identificar las características básicas de la personalidad del indígena, compararlas con las del español para poder así, ir señalando las diferencias que se encuentran entre uno y otro. En relación a este planteamiento Carrión expresa lo siguiente:

> Dicho en unas cuantas, diversas palabras: se intenta hilar la madeja de lo mexicano —considerado como lo psíquico, lo anímico indio— a largo de las incidencias de su nacimiento doloroso, traumatizante: la Conquista; seguirla por los balbuceos infantiles de la Colonia; perseguir las fugas de su adolescente sentido en la Independencia; verla ajustarse a la imagen paterna ideal durante la Reforma, para, después de sufrir las angustias acendrares de su caída en la tierra y nada de la Revolución, en posteriores tanteos, oír la

> voz, interpretar el gesto y escuchar el silencio del mexicano actual (Carrión, 1951, p. 190).

Con la llegada del español, Carrión destaca la manera en que su encuentro con un nuevo mundo, un universo distinto al que ya conocía, con una naturaleza distinta y diversa, con hombres diferentes, llegó a quedar perplejo para así, tener el empeño de transformar el entorno y adaptarlo a su forma, dando origen a una "entidad psicológica social".

Es el choque y fusión de dos universos, con diversos antecedentes, puedo expresar que es el inicio de una nueva hegemonía de dominación social que se impone con la llegada del español, abarcando e incidiendo en diversos ámbitos, los cuales logran conformar de nueva cuenta a otro universo, el mexicano. De la misma manera, Carrión expresa acertadamente lo dicho diciendo:

> Los españoles viven, en efecto, lo indio por todas partes: se respira por dondequiera sudor, lágrimas y trabajo indios. Todavía las piedras de los templos recientemente derribados exhalan el nauseabundo vaho de la sangre de los sacrificios, y ya sirven para construir los templos del nuevo credo, litúrgico y lleno de sublimaciones (Carrión, 1951, p. 191).

No es casual encontrar en diversas ciudades del país, zonas arqueológicas y turísticas que ilustran a la perfección dicha estampa, con pirámides de tamaños impresionantes y arquitecturas enigmáticas, muchas —en su mayoría— enterradas y sobresaliendo como vestigios que se niegan a desaparecer, debajo de montes, montañas, cerros, y también con iglesias coloniales en sus cimas, como fiel mensaje de la imposición colonial y cultural del imperio español, mensaje de dos sacrificios humanos, ambos sangrientos pero divinos, simbólicos, mitológicos y muestra hegemónica del ser sobre el otro. Al igual, si tenemos buenos ojos, vamos a poder encontrar la fusión de los dos mundos en cualquier parte, en nuestras comidas, calles, en nuestra habla, en nuestro actuar y a veces en el

pensar. Se puede descifrar qué es lo español y qué lo indígena, como aquel sincretismo religioso que pasó de ser la adoración de los monolitos prehispánicos a los ídolos de nuevas piedras, con semejanzas dolorosas y dialécticas de amor y muerte. Poseemos algo que jamás se podrá erradicar, el gusto por el rito y la adoración, tanto indígena como española hecha una, "las plegarias indias al nuevo Dios, por abstruso e incomprendido, sólo implorado como aliviador inminente del hambre, la miseria y la servidumbre" (Carrión, 1951, p. 191).

Los españoles poseían una superioridad técnica frente a las civilizaciones indígenas, cosa que supieron aprovechar a la perfección, pero también Carrión destaca que el imperio español tuvo contactos posteriores con otras culturas. Asimismo, la civilización indígena que imperaba a la llegada de Hernán Cortés era la azteca, la cual casi se aproximó a la formación de un Estado en el vasto territorio mexicano. Los aztecas también presentaban diferencias y similitudes con otras civilizaciones que subyugaba, como la maya, por citar un ejemplo. Conservaron una gran gustó por los ritos, los sacrificios, las ofrendas de maíz, la muerte de animales, etc.

No sólo es el sacrificio humano uno de los rasgos que destacan en los aztecas, sino también el efecto simbólico que esto generaba gracias al politeísmo, Carrión señala una producción sensible por el gusto masoquista, sumamente relacionado con lo mágico, con lo maya y su sacrificio de vida a través del maíz.

Es normal ver en el mexicano actual y de siempre, un gusto por el masoquismo, o el sacrificio, no solamente heredado de los aztecas y mayas, sino también en comunión con el catolicismo que trajo el español; otro sacrificio humano con la imagen de Jesucristo, algo que bien nos hereda la simpatía por el

masoquismo cotidiano de la vida. Porque la vida mexicana no puede concebirse sin religión —aquella sincretizada con la herencia precortesiana— y menos sin el gusto por la *forma* y una dosis de sadismo. No es inexplicable encontrar en nuestra sociedad, gente que resiste cotidianamente, la cual soporta todas las adversidades e injusticias humanas, tanto políticas como de cualquier orden.

> El último acto de comunión es donde mejor resalta el masoquismo que guía la actitud psíquica del sacrificio humano, y en él se perciben más claramente, asimismo, los profundos rasgos de identidad con formas rituales mejor sublimadas en cuánto a su expresión, pero sensiblemente semejantes por lo que respecta al movimiento represivo del instinto de muerte contra el sí mismo, contra el propio cuerpo, trátese del individual o del social (Carrión, 1951, p. 193).

De igual forma, la inclinación por los ritos, el sufrimiento y el martirio, de ambas vertientes; la española y la indígena, nos proporcionan la dualidad tan característica del mexicano, o como expresa Jorge Carrión, de "esencia semejante: lo femenino-masculino, el placer-displacer, la muerte-vida" (Carrión, 1951, p. 194). Cabe destacar que Carrión le pone más hincapié al masoquismo generado por el indígena, mencionando que aquella característica proclive al dolor se refleja hasta en la homosexualidad que en ellos se puede encontrar tras los relatos de los conquistadores, pero descarta que la homosexualidad pueda ser un trastorno endocrino colectivo, negando rotundamente que sea la causa de la falta de vello facial en el indígena, el color bronceado de su piel o mucho menos características biológicas. Empero, Carrión asegura que la homosexualidad indígena es generada por la "exigua diferenciación entre erótica y sexualidad", siendo parte que conforma su estructura psíquica.

Por otra parte Carrión le da al indígena una concepción de primitivismo, el cual hace emanar cotidianamente a sus instintos, y da el ejemplo de la lucha por la

libertad, aquella que se da a través de lo que el indígena trae por dentro, por eso es que muchas veces busca cambiar las citaciones placenteras por otras de peligro y de respeto ante los demás, aquellos que conforman sus grupos o familias. Menciona Carrión que el indígena posee una similitud con la represión de los instintos que presenta un niño de temprana edad, y cabe destacar lo siguiente: la aproximación psicológica se basa en persistir que un niño al desprenderse de su madre, de manera nata busca saciar instintos que emanan de su interior, sin embargo, al presenciar este cúmulo de sensaciones insaciables, ve reflejado en la imagen paterna un simbolismo de encanto, fascinación y magia, cosas que inmediatamente generan en el niño la premiación y el llenado de un vacío instintivo, que aparece como un sacrificio o represión de los propios instintos. Asimismo, ante la imagen paterna o ante aquella imagen que le proporcioné prestigio, el niño delega su "sentimiento de poderío" y se vuelve proclive a la sumisión, la obediencia y el servilismo.

Puedo expresar que el proceso que hace proclive a un niño de recaer en la sumisión y obediencia, es no sólo una característica del indígena frente al español o a otros, sino también es una herencia que posee todo el pueblo mexicano, casi en su mayoría. Aquella sumisión también, psicológicamente en el niño, metafóricamente en el mexicano, les hace generar el regreso al seno materno; la pasividad y calma, algo bien ilustrado con la veneración nacional hacia la imagen de la Virgen de Guadalupe. Dicho acto; de poderío inicial en el infante a permanecer con la madre, seguido de sumisión tras su desprendimiento, ve en la figura que le parece predominante una forma de asimilarse, para poder así, regresar a la estabilidad y poderío que le proporcionaba la madre.

De igual forma, Carrión destaca que las características psicológicas que surgen en el indígena trasladadas a las mexicanas, son indudablemente muestra del miedo y la angustia que se develan con el entorno, con lo social o grupal, algo que también puede mantener a los individuos en un terror constante. Este terror se puede ejemplificar en la forma de concebir mágicamente a todos los fenómenos naturales, desde terremotos, eclipses, lluvias, hasta astros como el sol, la luna, las estaciones del año, y muchos más que son factores de "actos compulsivos y mágicos" o como comúnmente suenan ser: esotéricos o divinos hechos ritos. Esta peculiaridad en nuestra mexicanidad no sólo se encuentra en las civilizaciones indígenas con el politeísmo que profesaban, sino también después con el sincretismo religioso católico, pasando a formar un rasgo peculiar de adoración a santos encabezados por un sólo dios, y no sólo eso, sino también —menciona Carrión— han hecho surgir un "sentimiento de dominio" del hombre sobre todo lo mágico y posteriormente también se encuentra en el grado de esoterismo que se le da a la ciencia. No es casual que para muchos en el país, todo lo que lleve la etiqueta de científico es certero e incuestionable, así sea proclive a ser o estar errado.

Esta manera de recaer en la mitificación y sumisión, gracias al terror de desprendernos del poderío —metafóricamente materno— que hace tener un "sentimiento de insuficiencia" ante todo y, tras un abandono ante el dominio, surge el gusto por el sacrificio humano ya que todo suele ser peligroso. Por esta razón Carrión señala lo siguiente:

“De este modo la acción psíquica del sacrificio transcurre inadvertida para la conciencia pero con el grave peso de los hechos de la vida diaria y vulgar,

descansando sobre la inconsciente formación de los hábitos y las costumbres" (Carrión, 1951, p. 197).

Muchas veces a nuestra sociedad le apasionan las historias o biografías de vida de muchos personajes, nacionales o extranjeros que logran triunfar ante las adversidades del mundo, surgiendo desde condiciones deplorables como la pobreza, miseria, el hambre, la injusticia o la desigualdad, consagrándose con actos heroicos tras diversos sacrificios que logran inspirar a muchos para salir adelante.

De la misma forma Carrión señala que el terror cotidiano, la vida y la muerte se traslada a la formación de grupos sociales cerrados y reducidos, en los que el dominio de una persona impera siempre, aquí encuentro al jefe Tlatoani, el caciquismo, los hacendados. El peligro cotidiano se expresa también en la dominación de unos sobre otros a través de la fuerza, como aquellos sacrificios humanos aztecas, guardados en el inconsciente mexicano que ahora tras la erradicación de su práctica, se encuentran en el sacrificio de ellos mismos, sufriendo miseria, hambre, olvido, desigualdades, pobreza, injusticia, etc., cosa que por su cercanía con la muerte, dan vida y alimentan a otros, las clases dominantes en el país. Pareciera una dialéctica de ofrendas mutuas; de aquellos que se imponen y de aquellos oprimidos.

Esto es secuela —señala Carrión— de aquel antecedente prehispánico, lleno de dioses autoritarios y terribles que siempre se buscaron conciliar a través de grandes ofrendas y sacrificios. Se presentan como la imagen de un padre represor, y tras este peregrinaje tortuoso que la vida va develando, nace la desesperación y la agonía por regresar a la imagen femenina que nos da

tranquilidad y nos restablece, ya no sólo como lo he mencionado antes a través del gran culto mágico, mítico y divino a la Virgen de Guadalupe, sino también al gustó peculiar del hombre mexicano por ser mujeriego sin importar la edad o estatus social.

El azteca tuvo también esa imagen de padre autoritario y dominante durante su expansionismo como imperio, como aquella lucha que caracterizó a Quetzalcóatl y a su simbolismo emanado con sus plumas y su forma de serpiente, imagen que tiempo después ocupó el español. Sin embargo, Carrión afirma que la característica psicológica que bien define al indígena es la de ser el "alma mexicana", como punto de partida u origen. "En tal estado de alma viven los indios mexicanos cuando entre ellos aparecen los españoles armados de arcabuces, cubiertos de hierro y cruces cristianas" (Carrión, 1951, p. 200).

Aparece con más relevancia para Carrión el concepto de Conquista, la cual la define también como una aventura, guerrera, erótica y amorosa. La dualidad hombre mujer está representada por lo indígena y lo español, el primero la parte femenina y el segundo como la masculina, ya que sus características de expansionismo, de imperio, de desarrollo y religiosidad eran superiores a la indígena. Gracias también a la religiosidad española se pudo doblegar la rebeldía y la lucha interna del indígena, el nuevo dios armónico calmaría sus ímpetus instintivos a través de una "trinidad masculina dulcificada por el Hijo y racionalizada por el Espíritu" (Carrión, 1951, p. 201).

El español hereda no sólo el papel de la madre virginal frente a la del hombre guerrero y viril, sino también la del actuar casi instintivamente y dejar al final la justificación y el perdón. Así fue como la travesía de Cortés fue absuelta de

faltas, porque la aventura había sido exitosa. La imagen del español fue la de virilidad, masculinidad y paternidad autoritaria, activa y dinámica, frente a la contemplación indígena que se rinde a sus pies para contemplar, a través de sus creencias místicas que los hombres con armaduras y bestias que escupían fuego, el ocaso de su imperio, la caída de Tenochtitlán, "les ven violar a sus mujeres, explotar su trabajo, derribar sus ídolos y templos" (Carrión, 1951, p. 201).

Con este acontecimiento, de aventura y conquista, se le da origen a un nuevo mundo, mezclado hasta en lo más profundo, con el ímpetu del español y el estoicismo del indígena, Carrión (1951) termina afirmando lo siguiente en su ensayo *De la raíz a la flor del mexicano:*

> Con dolor, esfuerzo y lentitud nace el mexicano de esta conjunción. Nace del asombro y del silencio. Asombro del español, enfático, autoritario y paternal, y silencioso fecundo —por primitivo e inédito— de lo mexicano, retraído al pasivo y cóncavo seno materno de lo indio (Carrión, 1951, p. 201).

"Mito y magia del mexicano y un ensayo de autocrítica"

En *Mito y magia del Mexicano,* Carrión destaca los orígenes que dieron fruto a nuestro ser; al mexicano. Abarcando el choque cultural que existió con el arribo de los españoles a México, cosa que generó gracias al mestizaje una complejidad cultural notoria, con nuevas características que componen lo mexicano. Se fusionaron dos mundos, por un lado el pensamiento prelógico y mítico de la civilización indígena y por el otro, el pensamiento lógico y el uso de la técnica española.

Por parte del mundo indígena, se encontraba la práctica ritual y mágica hacia diversas deidades compuestas por fenómenos naturales e imágenes humanas, fungían como la aproximación al "más allá" y conectaban a los indígenas con la naturaleza. Poseían avances técnicos de menor escala frente al español, desarrollaban ciencia y la distinguían de su politeísmo, mantenían un orden de castas en donde sus sacerdotes ocupaban posiciones privilegiadas, develaban augurios, curaban enfermos, eran magos y hechiceros. Por esto mismo, Carrión los denomina como primitivos, siempre frente a lo que el español ya traía desarrollado de Occidente, también porque conservaban a los ritos y a la magia como la base de la ciencia, había sacerdotes que eran los encargados de guiar espiritualmente a los pueblos, al igual que su culto por los dioses era de sacrificios humanos, de impedir que existieran catástrofes.

Uno de los contrastes que se puede localizar con el choque civilizatorio entre el español y el indígena, es que el español poseía una religión sustentada en

conceptos simbólicos; como el pan y el vino, la comunión, el amor de un dios que se entrega (sacrifica) por los hombres, la promesa del "más allá", todo frente a la desgarradora tradición de muerte y de sufrimiento terrenal del mundo precolombino.

Carrión es consciente de las diferencias entre el indígena y el español, y aclara que no se puede culpar al canibalismo indígena como mera afición por la carne humana, porque tampoco el catolicismo por comunión u régimen alimenticio se hacía del pan y el vino. Carrión hace uso del estudio psicológico desarrollado por Carl Jung, aunque también puede encontrarse inmersa la obra de Max Weber (2010) intitulada *Sociología de la religión* y su vasta influencia en el trabajo de *Mito y magia del mexicano.*

Dos mundos posiblemente se sincretizaron, Carrión expresa que el mundo mítico del indígena se ve reflejado en el mestizo y el criollo, y ¿por qué puede predominar hasta la actualidad dicho misticismo?, porque también el catolicismo guarda su gran esencia mítica y mágica.

> En las iglesias católicas —suntuosas hasta cuando son humildes— esconde el indio su cuerpo esclavizado y mezcla sus ensueños mágicos con el humo del incienso. La atmósfera católica es adecuada para la fuga de la realidad, para su reacción de parálisis ante el trauma sociológico que la Conquista significa para él (Carrión, 1970, p.12).

Por esa razón, Carrión señala al indígena como el "subconsciente de la sociedad", aquella que calla, que no se expresa directamente por el lenguaje, sino que se ilustra en las diversas clases que siguen siendo vigentes y en el apartamiento abismal que existe entre los progresos sociales que se presentan en el país. Para el mestizo, aquel que queda suspendido en el limbo de las castas, el indio representa el cambio, la pasividad, la sumisión y la ternura, mientras la otra

cara de la moneda es el Español; que representa lo viril, lo despóticamente paternal, la fuerza, autoridad y orden, ley y dolor (Carrión, 1970, p.12).

El mestizo vive escondiendo su origen racial, pero vive a través de la fiesta nacional que lo aproximan a venerar a sus dos padres simbólicos, uno es el padre español y el otro la madre India. Esconde su mestizaje y explota contra el campesino llamándolo indio de forma despectiva.

México y el mexicano viven en un largo sueño desde el momento de la conquista, duerme en una noche que ha quedado para la posteridad, para el mañana, esperando despertar con las voces de los que hacen presentes en los cambios del país, en aquellas voces de mestizos como lo fue la palabra de Morelos o la del héroe, mito y leyenda: Zapata. Es esta la visión mágica que tiende a la veneración casi inconsciente, no hablemos de deportistas, de artistas, o escritores, sino de las rivalidades de los santos.

> Las vírgenes regionales que se disputan el centro de los milagros como los magos se disputan la supremacía en su oficio. Las imágenes que, puestas de cabeza, cumplen mejor los deseos, incluso los de índole amorosa. Y por hacer más grande la semejanza de sus actos religiosos con los ritos mágicos, el mexicano se cuelga del cuello medallas y escapularios que le protejan y le ayuden (Carrión, 1970, p.15).

Para Carrión la psicología mexicana se encuentra estancada en el mundo mítico y mágico que se forjó tras la conquista y el sincretismo religioso. El impacto está reflejado en que en México se enaltece con orgullo las artesanías; cosas pequeñas que se hacen con los dedos de las manos, algo que, entre más diminuto es mejor, porque así es también la forma de pensar, de resguardarse y permanecer intacto en lo diminuto, a esto le da el nombre de "modalidades micromaníacas".

Todo lo señalado por Carrión se puede considerar como delirio viviente, ya que es reflejo del trauma social que se presenta en el comportamiento, en encerrarse y mantenerse aislado de todo, entre espacios más reducidos es mejor. Cosa que la conquista dejó en el inconsciente y que Carrión señala como referencia a Samuel Ramos, el cual define a la perfección el sentimiento de inferioridad que presenta el arquetipo mexicano, inferioridad que también, al igual que el trauma de la conquista genera en lo social una neurosis constante.

Por otro lado Carrión destaca de nuestro pensamiento mágico la atribución que se les otorga a los políticos del país, aquellos que fungen como los verdaderos magos que nos salvan de las desgracias ostentando el poder político. El mexicano venera la imagen presidencial pero se mofa y da revuelo de las incompetencias de todos aquellos que permanecen subordinados al presidente.

Carrión señala que dichas características del mexicano se encuentran en los barrios, en aquellos lugares donde emana todo, donde se vive una neurosis y una agresividad con el próximo. Es ahí donde se encuentra, lo que a mi parecer es más que el carácter social, sino la actividad comercial y los métodos de supervivencia frente a la pobreza o el martirio de vivir. Pero Carrión advierte que no existe el sentido de comunidad en el mexicano, aclarando que las únicas ocasiones en que se llega a reunir o a "integrarse a masas homogéneas y solidarias" es en dos actividades, las cuales han quedado plasmadas y suspendidas en el tiempo reflejando dos curiosas caras, y son los actos religiosos y las corridas de toros.

En las reuniones religiosas encuentra siempre el regreso a lo mágico y a las "sobre valoraciones afectivas".

> En la plaza de otros los reúne un común instinto agresivo que simboliza y diluye en el peligroso juego del toreo. Así, cuando éste los defrauda y el peligro en que estuvo no se hace notorio, el público toma el lugar del toro y trata de herir, de hecho o de palabra, al torero (Carrión, 1970, p. 21).

Momento que encierra la magia, el mito, el rito, la neurosis, la burla de su propia existencia. Es la dominación de la sensibilidad primitiva sobre la bestia. Rito sangriento, individual, juego de pasiones, momento de vivir al límite, de jugarse la vida estúpidamente para demostrar valentía en una fiesta.

El trauma del 47

Carrión en este segundo ensayo expresa que los historiadores han hecho caso omiso de la recomendación de no psicologizar la historia por parte de José Ortega y Gasset. Sin embargo aclara que en el caso mexicano, y para la psicología es importante destacar el valor que tiene la mentira, la cual funge como en ensueño, como aquel momento imaginario que refleja lo que uno quiere ser, a través de diversos símbolos dándonos diversos significados. Estos símbolos son considerados por Carrión como "símbolos míticos".

Para esto, el primer aspecto que pronuncia Carrión es el momento de la conquista como juego amoroso, no como una cursilería pero sí como un juego de sadismo-masoquismo. Es el encuentro del español y el indígena, aquel que se toma por la fuerza y que se ilustra con la imagen martirizada de Cuauhtémoc, con los pies quemados, porque la fusión de los dos mundos no fue fácil ni amena. Asimismo expresa Carrión que es un momento similar al matrimonio, apartado del rito religioso y bien visto como la disminución del sometimiento primitivo de la resistencia de una mujer tras la posesión del hombre.

De dicha unión española-indígena nace el mestizo, hijo de la violencia y de la resistencia estoica. Nace producto de la rebeldía y de un trauma psicológico que siempre se detona ante la imagen del poder paterno, el cual ha desplazado a la madre amena, por eso surgió la independencia, en contra del padre opresor y autoritario, y bien con el estandarte en alto de la imagen de una madre sobreprotectora y amorosa: la Virgen de Guadalupe.

> La madrecita, la Virgen de Guadalupe, es la imagen en al que proyecta sus sentimientos religiosos y mágicos; el símbolo de sus arquetipos sumergidos, de la tierra, de la lluvia, de la ternura; el seno materno protector en el cual busca refugio y consuelo para su tozuda miseria secular (Carrión, 1970, p. 25).

El culto guadalupano no queda alejado de la conciencia mexicana, Jorge Carrión citando a Carl Jung menciona que, dicha conciencia se encuentra apabullada por la ruptura que dejó el desprendimiento de España por parte del mexicano, manifestando que España ocupa el lugar de un padre represor y violento. Sin embargo la ruptura se presentó como un trauma que se ha reflejado en el mexicano, haciéndolo rechazar cualquier aproximación hispánica y también en el desprecio que se le tiene a la figura extranjera.

Expresa Carrión que el trauma del desprendimiento que el mexicano hizo del español, tiempo después fue aliviado por lo que meneaba de la imagen del estadounidense, aquel vecino encaminado al progreso político y social que se vio como el ejemplo a seguir, sin embargo, el trauma se agravó en momento de la invasión norteamericana a territorio nacional en 1847. Por esa razón no es difícil concebir como enemigo al extranjero dentro de nuestra cultura.

El estudio sociológico para Carrión devela diferentes etapas del trauma que la nación adquirió tras los diversos sucesos históricos del siglo XIX, dando como resultado una neurosis sin precedentes reflejada en el comportamiento de los individuos, cosa que fue un estímulo más para asombrarse y deslumbrarse de lo que puede poseer el vecino norteamericano, pues no cabe duda de que la invasión de 1847 dejó ver que el país poseía más fracturas internas que desnudaron el equilibrio político de México. Por esta razón Carrión asegura que

dicho suceso histórico actuó como un estimulante del "robo y el despojo" del más fuerte.

Ante lo ya señalado, Carrión deja la pauta abierta al estudio comparativo del impacto que generan las religiones de ambos países —como es el caso mexicano con el catolicismo y el caso norteamericano con el protestantismo—. Del lado de México, tenemos al catolicismo plagado de ritos y de veneraciones, unida jerárquicamente a través del poder que emana de la iglesia católica como institución, y el uso del miedo que Weber (2010) señalaba como factor importante para la dominación social traducido en una palabra: "el pecado". Ésta característica se asocia en directo con uno de los sacramentos que une a las personas de manera directa con el poder de los sacerdotes; la reconciliación o confesión, que es el proceso de purga; de catarsis o limpieza al que acceden los creyentes para poder acceder a la comunión con dios, ya que como lo expresa Carrión, la vida terrenal es algo pasajero porque en última instancia se encuentra la muerte y detrás de ella la salvación o vida eterna, o en contraste la condena al infierno.

> Se podría subrayar la diferencia entre uno y otro modo religioso diciendo: la iglesia católica produce santos y héroes; la protestante hace hombres y honrados comerciantes (hasta donde el comercio, claro está, es compatible con la honradez); aquella propicia el ambiente místico, ésta fomenta el clima moral (Carrión, 1970, p. 28).

Las religiones, como duros cimientos místicos, a pesar de sus diferencias y contrastes, actúan configurando singularmente a las sociedades. He ahí las diferencias simbólicas entre naciones, entre las que logran alcanzar el progreso social a costa del sufrimiento del prójimo, predicando valores sólo entre sus miembros integrantes, como es el caso del protestantismo norteamericano, y entre

otras naciones que parecen tener un letargo histórico que les imposibilita mejorar las condiciones de vida de sus individuos. Se pueden asemejar las dos religiones en el hermetismo que presentan los individuos, a pesar de que el catolicismo tienda comúnmente a fraccionarse.

Las dos culturas tienen un contraste interesante, Carrión destaca que en Estados Unidos los individuos tienen como ejemplo a seguir a sus héroes patrios, los cuales unifican a su raza y a su pueblo sin importar tener que desarrollar armas para destruir al adversario. No importa la muerte de los demás siempre que predomine la grandeza estadounidense, porque la muerte de los demás es necesaria para consagrarse, en cambio, en el caso mexicano la muerte se presenta como parte culminante de los héroes, porque para ser héroes en México se tiene que morir de la misma forma que Jesucristo o de Cuauhtémoc. Para Jorge Carrión la batalla de 1847 fue el enfrentamiento de estos dos factores; los de una nación estructurada y fructífera amante de la vida —como la norteamericana— frente a otra con inestabilidades sociales y políticas con culto mortuorio —como la mexicana—. "La muerte es sustantiva del héroe en México. En Norteamérica lo es la vida" (Carrión, 1970, p. 29).

Los momentos de guerra para el mexicano fueron oportunidades para aliviar la miseria vital, expresa Carrión que en las intervenciones extranjeras —desde la estadounidense como la francesa— tanto el "pelado" como el indígena y la mayoría de los mexicanos cooperaron para el saqueo de las ciudades. Y esto puede ser también la reacción social de los malos años en el poder por parte de los españoles y los criollos, por esto mismo se guarda en la conciencia social el gusto por ser gobernados por los extranjeros —principalmente por

estadounidenses— con burdos deseos de ser como ellos, de la misma manera en que Texas y California se ajustaban a la forma de vida norteamericana después de haber dejado de ser territorio nacional. Algo similar al buen gobierno que en su momento ejerció Maximiliano y su simpatía por los indígenas en contraste a la imagen de Juárez, la guerra de reforma o su desprecio por lo indígena.

De esta manera queda acentuado el sentimiento de añoranza en el pensamiento mexicano, siempre trayendo en mente que alguna vez existieron imperios en el México de ahora, que se tuvo un territorio vasto que fue arrebatado. Dicha añoranza y recuerdo por lo perdido también hace que el mexicano se desprenda de su presente, y que éste se viva de forma tortuosa ante una realidad que no se ajusta a los deseos ni los recuerdos. Asimismo, Carrión resalta que, tanto la invasión de 1847; como la francesa y lo que de estos sucesos se desprende; como lo es la neurosis social, conforma un mito en la sociología y psicología mexicana.

Al igual que ahora, se puede explicar que dicha sociología y psicología que emana en la conciencia mexicana se ilustra a la perfección a la descripción de Carrión, la neurosis y la añoranza lleva a muchos a cerrarse al cambio, como se vio en las críticas severas a las promesas de la revolución y como también se tienen en el gusto o simpatía por los regímenes dictatoriales.

Carrión ejerce un psicoanálisis ejemplar que va desde la mitificación del mundo mexicano, hasta el actuar de la sociedad a través del tiempo. El comportamiento mexicano devela muchas cosas que tienen su raíz misma en aquellos mitos del pasado, lo sexual y el resentimiento en la forma del pensamiento mexicano no sólo se refleja en la crítica nihilista de la vida en curso,

sino también en el denostar de los valores de los demás, como se hace a través de los chistes urbanos denigrando al gringo o al gallego, fijando hasta la dominación sexual sobre las mujeres de los demás. Este comportamiento se puede ilustrar perfectamente en el albur cotidiano.

Sin embargo, la burla y el denostar de los demás, en especial del gringo, no implica únicamente el desprecio directo a todas las actividades que éstos ejerzan, sino es todo lo contrario, profundamente se admira y se copia todo tipo de actividad política y económica que ellos realizan. Mientras en México, el mexicano se especializa en sus sentimientos a través del arte, la técnica y la ciencia quedan a un lado, al igual que la preocupación colectiva. He de ahí los grandes y constantes fracasos a nivel económico que ha tenido históricamente el país, en contraste a los grandes artistas y escritores que podemos presumir. Carrión señala a la copia del capitalismo norteamericano como la cumbre del mimetismo en México, desde el control de las tierras y el "esclavismo" salarial de la mano de obra, suceso que tuvo su clímax con la presidencia de Lázaro Cárdenas, ya que contradictoriamente esta etapa puede considerarse como el nacimiento del capitalismo mexicano.

La capacidad que se tiene de copiar viene del empequeñecimiento frente al que se muestra como la imagen de poderío. También se presenta por la incapacidad de conciliar los demonios internos que tienen los mexicanos, por esta razón Carrión ejemplifica a través de la imagen del "Pocho", que el mexicano equivoca su orientación psíquica y asume todo lo contrario a su sensibilidad, haciéndolo asumir todo aquello que viene del exterior y que impactan sobre él.

De esta manera, Carrión advierte que siempre se hace lista de todo el lado negativo que ha ejercido la influencia de Norteamérica sobre el país, sin embargo espera que el trauma del 47 se haya superado y que, a través del recuento de nuestras carencias, fallas y defectos, se pueda ejercer un cambio en nuestra sociedad dando un vuelco hacia lo que tenemos.

Ruta sociológica de Quetzalcóatl

Es difícil olvidar asegura Carrión, haciendo referencia al hombre y al mundo primitivo del que se tienen vestigios imaginarios en el día a día. La conciencia se configura con los sucesos que se tienen al paso del tiempo, México guarda una vasta herencia procedente de las sociedades primitivas que bien se ilustran en los guías del pensamiento de las personas; magos, sacerdotes o jefes.

El pensamiento primitivo en el ser humano puede diferenciarse de la lógica que hoy conocemos, en antaño se relacionaba lo sobrenatural con lo natural, es decir, de los fenómenos naturales o de lo inexplicable, se construían deidades poseedoras de rasgos humanos (antropomórfico) que producían en los hombres diferentes sentimientos que permitían perpetuar la veneración. Expresa Carrión que ésta lógica primitiva es el "germen" de las sociedades contemporáneas, y es un rasgo que nos distingue de los animales, porque ellos reaccionan de manera impulsiva ante sucesos exteriores, en cambio la razón humana trabaja de facto construyendo y configurando su propia existencia, como semillas que en el futuro florecen y se sitúan en la vida diaria al igual que camuflajes en el bosque.

Las sociedades primitivas para Carrión son como la infancia humana, en el comienzo se encuentran altamente apegadas al seno materno, a costumbres y tradiciones que la madre tierra les ha proporcionado, empero, este suceso sigue prevaleciendo en diversos pueblos que mantienen arraigadas diferentes creencias o cultos —como el regreso inconsciente a la madre—, muchos por el paso colonizador español se sincretizaron a la perfección con el catolicismo. Por esa

razón el gran apego religioso de diversas sociedades se presenta como formas conciliadoras de las catástrofes o la miseria en las que se encuentran.

Para diferentes civilizaciones precolombinas, Quetzalcóatl fue un dios que transcendió a lo largo y ancho, convirtiéndose en mito y religión, apareciendo con atributos de juventud y virilidad al mismo tiempo de compartir una dualidad humana y divina, pasando de los toltecas, a los aztecas y mayas, conocido también como Kukulcán.

> Quetzalcóatl es un dios creador. Ningún otro como él es benéfico y amante, sabio y varonil. Enseña a su pueblo la ciencia, la agricultura y, con el ceremonial religioso, pone la simiente de una interpretación racional del mundo. En su nombre junta ala y serpiente, porque, de acuerdo con alguna leyenda, ha nacido de virgen como corresponde a un dios (Carrión, 1970, p. 45).

La vida indígena estaba regida por ciclos astrales, por etapas que posiblemente representaban cambios, de la misma manera en que la aparición de Quetzalcóatl concilió el dominio del dios del sol y de la guerra: Huitzilopochtli, porque Quetzalcóatl apareció como un dios civilizador, constructor y creador, más humano que colérico. De rasgos fértiles masculinos y femeninos, fue la serpiente emplumada; significado de la divinidad y de la identidad humana, asociado a la técnica, la ciencia y la agricultura. Asimismo, cabe mencionar que el significado de la imagen de Quetzalcóatl pudo asociarse y sincretizarse a la perfección con Jesucristo.

Con la llegada de los españoles y la caída de Tenochtitlán, se abrió una nueva puerta para el cambio religioso, ya no eran dioses antropófagos, coléricos y vengativos, sino una Trinidad del dios verdadero predicado por los frailes que fungían como los nuevos líderes y consejeros morales. El nuevo mensaje no sólo

conciliaba el miedo ya existente, sino conjuntó lo indígena en algo nuevo: "lo mexicano". Apareció también la imagen femenina que ya no generaba miedo ni angustia sino pasividad y amor maternal: la Virgen de Guadalupe, "[...] es así la antítesis de la de Quetzalcóatl en cuanto a su profundo contenido sociológico; en aquélla la suave conformación sobre líneas circular es, moldea y resucita una pronto imagen puramente femenina, fielmente entroncada al germen ovular" (Carrión, 1970, p. 50).

Carrión señala que la evolución del pensamiento primitivo en el indígena, era similar a la psicología humana, forjada por un proceso de maduración el cual se obtiene con el desprendimiento de la madre hasta conseguir una madurez. Asimismo, el antes y después de la llegada de Quetzalcóatl marcaba un parte aguas para la evolución del pensamiento indígena, el dios conciliador representaba la etapa de masculinización, sin embargo, con la llegada del español y la manera en que se sincretizó el catolicismo, la aparición de la Virgen de Guadalupe —expresa Carrión— fue un retroceso a la evolución del pensamiento indígena, ya que fue el regreso a la madre y a su protección, a la etapa infantil a través de símbolos maternos.

De esta manera puede explicarse el comportamiento indígena, caracterizado por la sumisión y el desapego a muchos factores que la realidad contiene, sin embargo, no puede simplemente otorgarle el lastre de la sumisión femenina a los indígenas, menciona Carrión que el comportamiento masculino en México está condicionado a la sumisión del hogar, lo cual puede verse en la figura del macho mexicano que se somete ante una mujer o se subordina ante una

madre afligida. Al igual el pensamiento mítico y mágico predominante en México se encuentra en todo ámbito, Jorge Carrión expresa lo siguiente:

> Por si fuera poco, el político mexicano actúa guiado por el pensamiento mágico. Para él las cosas y las personas son capaces de transmitir por contaminación sus virtudes y poderes, y de ahí nace el acechar constante de una sonrisa del jefe o de un apretón de manos del mandamás y, cuando se ha modernizado mucho este pensamiento, se desea ardientemente una foto en la que se vea la contigüidad del interesado con el Presidente de la República como si éste dejara algo de su autoridad al afortunado acompañante fortuito (Carrión, 1970, p. 50).

El retroceso colectivo del pensamiento se encuentra en todos lados, desde el actuar del comportamiento mexicano, en la economía y la política, empero, Carrión expresa su deseo de que algún día dicho pensamiento mítico y mágico en México, aparezca en jóvenes o personas con deseos de justicia social.

En la nube de un cohete

Tras el comienzo de la industrialización y el nacimiento del capitalismo en el país, el mexicano aparece como lo señala Carrión, como un niño con una infancia privada de muchas maneras, en frente, el mexicano encuentra un mundo nuevo, técnico y en pro de la ciencia, debido a esto, la frialdad del nuevo mundo le hace reaccionar de manera especial ante la vida, ante su soledad, tal vez a través del lenguaje que deforma y le da sentido gracias al albur o las groserías, forma primordial para la evasión de la realidad. No sólo el mexicano evade la realidad a través de sus actos o del lenguaje que ingeniosamente desarrolla y lo plasma en el ámbito popular, sino también, expresa Carrión se encuentra en el desapego o falta de importancia a los sucesos que se presentan cotidianamente. "Me importa madre" —apunta el escritor aludiendo a una frase popular—, lo que ahora se conoce como el: "me vale madre". Dicha frase fusiona dos vertientes, una es la maternal, la que expresa el prevale cimiento del pensamiento primitivo mexicano, y la otra alude a la nada, a la indiferencia o al ninguneo, porque en esta realidad que aparece inadaptable para el alma mexicana, nada importa, en ocasiones ni la propia vida.

El mexicano se encuentra con una infancia arrebatada tras la conquista y colonia, vive en un mundo que no le corresponde y busca con el ensueño, otras realidades distintas a las que ya tiene, tal y como si estuviese en un estado alcohólico develando recuerdos del pasado que son doloroso y anhelando un futuro próspero que nunca termina de llegar.

De la misma manera, Carrión expresa que a través de los fuegos de artificio —o como comúnmente se conocen: "fuegos artificiales"— el mexicano define su destino, al igual que los indígenas celebran las fiestas parroquiales con grandes explosiones, con júbilo y luces celestes, y no sólo eso, sino también en la muerte de sus semejantes o en la veneración de santos, los estallidos se presentan como la esperanza a conseguir o la angustia a perder. Asimismo, las famosas pulquerías de antaño fueron el centro de reunión para el desprendimiento de la realidad, aquella realidad que permanece desgarrada, en soledad, y en una angustia cotidiana, por eso las pulquerías mantenían frases pintadas en los techos que hacían alusión al olvido, a la añoranza, a la falsa esperanza, a la risa, al falso por venir, empero, al paso del tiempo las pulquerías han tenido también una modernización o una evolución, ahora se conocen como bares y antros —todos para cualquier estatus económico sin diferencia sexual— que no dejan de tener la misma función: el desprendimiento de la realidad.

Por otra parte Carrión acierta en señalar que, en el país un factor condicionante de los individuos, tanto en su comportamiento como en su lingüística son los regímenes alimenticios, señalando lo siguiente:

> [...] unos cuantos —los ricos— comen; muchos —mestizos y criollos, la clase media— comen mal, pero lo disimulan, y muchos más —los indios— casi no comen, pero esperan confiadamente llenando su vida de esencias maternas: la tierra, la lluvia, la muerte digna y elegantemente recibida, como lo sería cualquier huésped que por acaso llamare a las puertas de sus humildes chozas (Carrión, 1970, p. 61).

La frustración alimenticia —como él denomina— se refleja desde las frases comunes de los enamorados que le advierten a sus parejas que "los comerán a besos", o también se ilustra a la perfección en aquella peculiaridad que tienen los

políticos al robar, cosa que se ha hecho un hábito común en cualquier instancia donde se ejerza cualquier tipo de poder y que éste pueda ser remunerado, su nombre: "la mordida".

> La frustración alimenticia, estirada en el hilo de la ansiedad y la melancolía, se trama asimismo en el expectante sentimiento de inminencia del mexicano. La miseria se podría canalizar por otros cauces que no los de la resignación y la vuelta al anhelo de dependencia; pero es el caso que en el mexicano, salvo contadas ocasiones, en que estalla en transitorias humaredas de cuete en dispersión, lo habitual son esas formas sumisas, si acaso levemente hostigantes, de la fijación oral, del chiste o la protesta cristalizada en fase o adjetivo (Carrión, 1970, p. 62).

La contraparte de la mordida se encuentra en "el hueso", en aquel trabajo de menor valía en las aras del gobierno, como los puestos burocráticos y otras posiciones mediocres de empleo, asimismo, la lambisconería se muestra de otra manera, en aquel anhelo de recibir el poder de jefes de Estado; del presidente o de sus funcionarios. Lambiscón es aquel capaz de lamer las sobras que caen de la mesa del vasto poder, empero, estas tendencias que siguen siendo fijaciones psicológicas alimenticias trasladadas a ámbitos sociales y políticos, traen por dentro ansiedad y melancolía, y tras el vacío que perpetúan, es difícil encontrar una estabilidad emocional.

Por esta razón, Carrión expresa que en el mexicano, existe un anhelo de dependencia de los demás, a pesar de poseer un individualismo o falta de colectividad como lo ilustra el "pelado" de Samuel Ramos (1993). La dependencia va de la lambisconería al anhelo de mejorar las condiciones de vida, se refleja en la admiración de quienes sustentan el poder y de quienes lo admiran, desde "el don" que los indígenas atribuyen a las personas ricas o pobres, hasta la orgiástica veneración que tienen las personas hacia los políticos o los adinerados.

En el juego de la voz

El ser humano logra diferenciarse de lo individual y de lo íntimo. "La intimidad, el impulso de ser uno, de aislarse de la otredad, diría Juan de Mairena, es lo íntimo" (Carrión, 1970, p. 64). En el caso mexicano resalta la incapacidad de lo colectivo, sin embargo, prevalecen otras características que posiblemente emergen de la intimidad de su ser, de su sensibilidad, y esto se ve plasmado en el arte, la escultura, el dibujo, la danza, el canto, etc., todo esto ya existía con anterioridad, en el mundo precolombino era desarrollado a la perfección, y ahora se ve trasladado a diversos ámbitos de la vida del país. Empero, Carrión señala que aquella capacidad íntima del mexicano refleja la llegada tardía del desarrollo literario en México, porque el lenguaje literario se justifica en fin último con la colectividad, en contraste al valor simbólico que otras actividades se prefieran el mexicano.

El mexicano es poseedor de una sensibilidad excepcional, empero, Carrión arremete con una fuerte crítica sobre esta capacidad humana, expresando que es exagerada la manera de captar y transmitir la estética en artes plásticas, ya sea en la pintura generada por los grandes muralistas que ha dado México, así también lo es en la danza, el canto o bien, a pesar de que, tanto la pintura o la llegada tardía de la literatura en el país sea producto del suceso unificador como lo fue la revolución, ésta daría a luz a la poesía como un arte primordial para plasmar a través de las palabras la sensibilidad mexicana, aunque sea rigurosa o en extremo cursi. Carrión arremete contra la poesía por esa rigurosidad tan acentuada, al igual que con el fin exacerbado de plasmar en la escritura todo lo que uno puede sentir.

No obstante, aquel gusto placentero por transmitir los sentimientos, son para Carrión el regreso a la madre, a la tranquilidad que puede saciar nuestras llamas internas, por eso en la revolución también nacen los grandes novelistas, describiendo tan indescifrable suceso, por eso también llega tarde el desarrollo literario y se rechaza a cuenta gotas al teatro. La novela y la poesía, expresa Carrión, son formas emanadas del espíritu, del confort que hace la precariedad de regresar el tiempo, o mejor dicho, es el escape de la realidad, es también la añoranza del pasado que se piensa fue fortuito alguna vez.

En cuestión del teatro, Carrión enuncia a Rodolfo Usigli, donde resalta aquella intención de encontrar el "alma mexicana" de un ser auténtico, no como una manifestación nueva, sino como la asimilación de todos los elementos que conforman a lo mexicano, teniendo como punto de partida, la esencia que nace del mundo indígena (Carrión, 1970, p. 75). El mundo indígena, el regreso a la madre, la añoranza del pasado, o la búsqueda de los orígenes, fueron características que se reanimaron en la evolución, también se ilustraron a la perfección en las diversas actividades artísticas que surgieron en el imaginario mexicano, asimismo, representa el desprendimiento del tiempo y el desapego de la realidad, es la manera en que se rechaza a un episodio histórico que dejó más descontentos que agrados.

El regreso también es a la maternidad indígena, no sólo a sus rasgos fisiológicos que muchas veces nos causan ternura al ver a cientos de indígenas vagando por las calles vendiendo artesanías o pidiendo para comer, el regreso a ellos se plasma en el inconsciente mexicano, en los grandes murales emanados de la revolución, ya que el suceso revolucionario representa también el regreso a

los orígenes, la contemplación de los paisajes en las fotografías nos detonan aquel sentimiento de añoranza, de la misma manera, el lenguaje evoluciona como ese sentimiento casi invisible, en la prosa, la poesía, la literatura y hasta puesto en escena en aquellas obras teatrales que hacen referencia a la época colonial. Carrión lo expresa a la perfección con una frase de Unamuno: *"*El paisaje es un lenguaje y el lenguaje es un paisaje" (Carrión, 1970, p. 79).

Regreso es la palabra clave de los lastres psicológico-sociales que tiene el mexicano. Regreso también es el retroceso a lo infantil, al comportamiento del "vale madres", del juego y del albur, de una manera de hacer chiste de todo para mantener un estado mental de engaño a través de una alegría enmascarada. Porque muchas veces se dice que alguien se juega la vida, o juega puestos electorales dentro de la política, o que dentro de ella están las reglas del juego. Asimismo expresa Carrión la frase que alguna vez encarnó la Lotería Nacional en México: "sin dinero es usted un don nadie" (Carrión, 1970, p. 82), porque se juega hasta el dinero o la mujer en apuestas, porque el juego equivale a un ninguneo para prevenir el sentimiento que provoca el fracaso o la pérdida. Así es como vive el mexicano, a su forma y su manera, con un afán perpetuo de no hacerle frente a la realidad, pues ésta nunca le ha correspondido.

La voz del silencio

> Como todos los hombres, el mexicano encara, con su vida, un dilema: por un lado el camino ancho, largo hasta el infinito, pero tortuoso, oscuro y lleno de presagios del porvenir, por otra parte, el familiar sendero del pasado, más corto, menos ancho y siempre asoleado por la claridad de la memoria.
>
> Jorge Carrión (1970, p. 83)

El pasado muchas veces es para el mexicano el regreso a la tranquilidad que otorgó el regazo materno, por esa razón, la añoranza se hace más latente en la vida mexicana, contrastando con el futuro que la mayoría de las veces se presenta como algo lúgubre e imposible de descifrar. El mexicano es producto de dos procesos que cotidianamente se encuentran en conflicto, por un lado la prospección y por otro la retrospección, mientras el que nos niega la visibilidad del futuro es difícil de concebir, el mexicano opta por el ensueño, por escapes y evasiones hacia la realidad presente, porque para lo prospectivo, sólo la muerte es la única certeza de que se tendrá.

El choque de dos mundos hizo el mexicano un personaje que está suspendido en el presente, acompañado de viejos fantasmas que caminan junto a su existencia, de un lado, el mundo indígena apegado a los sacrificios mortuorios, y por el otro el español aventurero al que la vida no le importa, ya que con su espíritu temerario puede consagrarse en muerte. Por esa razón, el mexicano tiene una relación muy singular con la muerte, desde la infancia se enseña a jugar con ella, a no temerla, a verla como un chiste o un cuento, si para el católico la salvación eterna viene después de la muerte, los actos heroicos del mexicano

siempre culminan en ésta, por eso mismo los mitos que encarnan los héroes mexicanos siempre culminan en sus propios sacrificios; en sus muertes.

El presente para el mexicano es sinónimo de angustia y de ansiedad, por eso mismo la relación que se tiene con la muerte parece ser algo cotidiano, es muestra de vitalidad que se ilustra a la perfección con los velorios folclóricos que cotidianamente culminan en comidas o fiestas disfrazadas de dolor y de la purga sentimental. Expresa Carrión que es la "inmersión en la nada del hombre" y lo representa a la perfección con la fiesta taurina; el hombre temerario engalanado en un traje de fiesta, que se juega la vida con un capote ante la mirada de la vestía y las envestidas de sus pitones, cosa similar al perpetuo intento de dominio del hombre sobre la bestia, de lo racional sobre lo irracional, del hombre sobre la mujer, de la vida sobre la muerte. Dicha actividad condensa los actos temerarios del español y el sacrificio bárbaro del mundo indígena, no es raro que tras la culminación del toreo se le entregue al héroe orejas y rabo si es que ha salvado la vida ante la bestia.

"No es extraño que el mexicano se entregue con frecuencia al doble filo que extraña la embriaguez. Por un lado, encuentra en ella la excitación arrebatadora y vital, por el otro, el reposo trasparente del olvido y la nada" (Carrión, 1970, p. 88).

Héroes consagrados con la muerte, al igual que la pierna de Santa Anna. La muerte puede significar la catarsis a lo que la vida ofrece, por eso después de la muerte y seguido de los funerales emblemáticos se olvida a los muertos en los panteones y se les recuerda nuevamente en noviembre con ofrendas, calaveras de azúcar y hojaldras, en momentos de fiesta, con alcohol y canciones, es una dualidad que se encuentra arraigada en el alma mexicana. También en la política

se busca permanentemente de mártires para consagrarlos al poder, hacerlos héroes para perpetuar la política del país que hace un buen uso de la vida y cuando es necesario, hasta de la muerte.

La añoranza del pasado viene también de la incrustación de la conciencia del regreso dictatorial, aquel que supuestamente daba orden a la vida, y daba muerte a lo que atentaba con el *modus vivendis,* asimismo, la política nacional se baña de laúdes en los homenajes y conmemoraciones de los héroes que supuestamente nos han dado patria, se saca sus restos mortuorios y se pasean por las calles o se exhiben en museos, de manera ridícula también la religión hace uso de los mismos ritos de veneración ante sus santos, paseando por las iglesias restos de sangre, huesos, carne, nombrándolos reliquias. De esta manera, el mexicano le da vida a los mitos, aquellos que conversan entre la vida y la muerte, entre los deseos y proyecciones, expresa Carrión que el mito y la leyenda son para el mexicano el "anhelo, retorno, fascinación de la muerte sobre la soledad absoluta" (Carrión, 1970, p. 93).

El suceso histórico que más conmemora al mito mortuorio y engloba toda la tradición que heredó el español y el indígena, es la Revolución Mexicana, éxtasis de muerte que dio vida a un régimen político que ha prevalecido durante un siglo, consagrando a sus propios santos como héroes de la derrota nacional: Villa y Zapata.

> En última instancia, él puede repetir con el libro de *Chilam Balam de Chumayel:*
> "Toda luna, todo año, todo día, todo viento camina y pasa también. También toda sangre llega al lugar de su quietud, como llega a su poder a su trono" (Carrión, 1970, p. 95).

La sociología del veracruzano y la cultura

Carrión justifica que el nombre de este capítulo puede sonar muy alarmante, sin embargo justifica que como cualquier obra, en ocasiones los nombres pueden expresar una grandeza o una impresión alarmante que por consiguiente desaparece al leer el trabajo. Empero, Carrión evidencia que los hombres heredan el comportamiento social, como es el caso del mexicano y sus castas tras la colonia española, por esa razón, hace uso de la sociología para identificar las cualidades y defectos en los personajes que conforman a la mexicanidad, en este caso refiere al veracruzano, ya que al ubicar las características de un personaje —expresa Carrión— es posible encontrar el origen de dicho carácter, viajando de manera retrospectiva en la historia.

De la misma manera, Carrión sabe que en la mitad del siglo XX el impacto de la sociología soñé los estudios de la humanidad ha logrado abarcar ámbitos psicológicos, y también es consciente de que un estudio social desata una gran complejidad que no puede ceder a simplísimos o reduccionismos metodológicos, porque detrás de una puerta que se abre para el estudio social, cultural, económico, entre más, siempre existirán más puertas por descubrir y por abrir.

El ser humano es el único que ha podido modificar el entorno, desarrollando cultura y a través de ésta impactar en el futuro dejando huella en el pasado. Por esa razón expresa Carrión que muchos estudios sociales tienden a orientarse en la historia que ha delineado el hombre, empero, hace hincapié a la necesidad de ir construyendo a base del auxilio e otras disciplinas como la antropología o hasta la

biología, las características que conformen y describan a la perfección no sólo al individuo sino al entorno social de grupos sociales determinados.

El ejemplo claro lo representa Carrión con el arquetipo de mexicano veracruzano, con el fin de justificar su planteamiento, él menciona que, si no se tiene a través de los procesos científicos o metodológicos o del uso de la técnica las herramientas adecuadas para el estudio del mexicano —sabiendo que su trabajo se desarrolla a mitad del siglo XX—, estaríamos cayendo en adjudicarle a sectores de la sociedad los rasgos reduccionistas que muchas veces pasan más por prejuicios que por características verdaderas, por ejemplo, en el caso del veracruzano podemos saber que aquello que se le otorga siempre es su carácter jovial o el uso de palabras altisonantes, pero esto no representa más que una adjudicación que muchos le han otorgado al perfil de este personaje. Empero, el perfil de veracruzano encierra una configuración *sui generis* dentro de la cultura mexicana, ellos son proclives a la violencia, de ahí su lenguaje altisonante que muchas veces espanta o sorprende a otros mexicanos, es altamente extrovertido a tal grado de parecer un personaje frívolo, es proclive hasta las más grandes injurias y por esta razón no sólo se justifica la necesidad que resalta Carrión en aproximarse a otras disciplinas que ayuden a comprender el entorno social de cada personaje, sino también a dejar a un lado prejuicios de valorización que desvían muchas veces el estudio del carácter mexicano.

> Sociológicamente, pues, el veracruzano es un ser que encierra la antagónica dualidad de lo abierto, representada por su franqueza y extraversión, y lo encerrado de quién no acierta a referir el mundo externo más que al círculo estrecho del yo, viviendo en dimensiones paranoicas, excesivas que no corresponden a la realidad (Carrión, 1970, pp. 106-107).

Carrión nos proporciona un rasgo que diferencia al veracruzano del mexicano de los altiplanos, el cual es la forma hiriente de agredir a la madre del adversario con el insulto, mientras esto representa una gran ofensa o el intento de transgredir no sólo el factor psicológico del rival, para el veracruzano la agresión verbal contra la madre no sólo se presenta como un insulto, sino como un indicio de amistad, porque para el jarocho la dualidad apertura y hermetismo; de lo abierto y lo cerrado se encuentra en la broma, en la extraversión, de la misma manera en que concibe a la religión, aceptando las habladurías pero permaneciendo encerrado en su personalidad. Puedo afirmar que dichas características que posee el veracruzano hoy en día pueden notarse también en personas de diversas partes de México, pues el perfil del jarocho se adapta también a las condiciones que imperan en el mundo global el cual nos exige siempre una apertura aunque nuestra alma se encuentre contrastando con el hermetismo, la dualidad.

Quien bien expresa los rasgos veracruzanos es Salvador Díaz Mirón a través de su poesía, la cual, Carrión menciona que eran poseedores de una rabia inigualable, con egocentrismo, perfeccionismo y orgullo, "es el alarde antes que la naturalidad, y en el alarde, el ingenio y los sentimientos de auto afirmación se asientan los caracteres jarochos fundamentales" (Carrión, 1970, p. 107).

> ¡Fuerza es que sufra mi pasión! La palma
> crece en la orilla que el oleaje azota.
> El mérito es el náufrago del alma:
> ¡vivo, se hunde; pero muerto, flota!
>
> ¡Depón el ceño y que tu voz me arrulle!
> ¡Consuela el corazón del que te ama!
> ¡Dios dijo al agua del torrente: bulle!;
> ¡y al río de la margen: embalsama!

Confórmate, mujer! Hemos venido
a este valle de lágrimas que abate,
tú, como la paloma, para el nido,
y yo, como el león, para el combate.
Salvador Díaz Mirón (fragmento) [2].

Con la poesía de Mirón, Carrión demuestra el alto perfil del poeta veracruzano, describiéndolo como egocéntrico sin importarle nada, más que sus experiencias de vida, tachándolo hasta de "don Juan", sin embargo, lo toma como un referente de la creación de la cultura, poseedor de la memoria colectiva, tradicional antes que del pensamiento reflexivo. Huelga decir que, Carrión no precisa en denostar la imagen veracruzana, al final de su capítulo engrandece sus orígenes y los de sus paisanos. Con lo antes señalado trata de aproximarse a los rasgos que caracterizan un conjunto cultural, respuesta de lo que él llama el abandono económico y rezago institucional del país.

[2] Mirón, S., "A Gloria", Poemas de Salvador Díaz Mirón, en url: http://www.los-poetas.com/diaz/glor.htm, fecha de consulta julio 2014.

Y un ensayo de autocrítica

En el último capítulo Carrión menciona que *Mito y magia del mexicano* fue escrito en 1947 y 1949, siendo una recopilación de diversos ensayos que terminaron publicándose en 1952. Expresa también que tiempo atrás Samuel Ramos ya había tratado de aproximarse a encontrar características y rasgos del mexicano y de lo mexicano. Sin embargo, aclara que *Mito y magia del mexicano* conformaban una colección originalmente intitulada: "México y lo mexicano" con la colaboración de diversos personajes como: Alfonso Reyes, Leopoldo Zea, Emilio Uranga, Samuel Ramos, José Gaos, entre más.

Dichas publicaciones y dichos personajes trataron de dar respuesta al trabajo titánico que Paz (2000) había propuesto con el *Laberinto de la soledad* y con aquella preocupación que Paz denunciaba al decir que, se habían definido las singularidades de México de manera "superflua y peligrosa". Sin embargo, Carrión expresa que al aproximarse a las singularidades del mexicano y de lo mexicano, Paz tenía razón en su afirmación. Carrión menciona que, Paz señalaba que nuestro intento por describirnos es el reflejo de nuestra adolescencia y del sentimiento de inferioridad, y en aquel momento de adolecer buscamos encontrarnos y definirnos. Dichos suceso se detonó con la Revolución Mexicana, y Jorge Carrión advierte no querer definir al mexicano como crítico por naturaleza, sino que aquella época emanada de la revolución era un momento de reflexión.

"La predicción de Octavio Paz se ha cumplido a plazo más corto. Los mexicanos se han olvidado hace tiempo de la tarea de vigilar sus propias características" (Carrión, 1970, p. 110). De esta forma Carrión hace un

cuestionamiento, si existe la posibilidad del olvido o es que factores nuevos estén generando nuevas reacciones. Se justifica definiendo en términos marxistas que muchas veces el factor económico y las súper estructuras influyen en el cambio de la sociedad, reconfigurando con el materialismo histórico el proceso evolutivo de los individuos y sus culturas, de la misma manera señala que es al hombre al que se debe estudiar, porque los social y lo cultural solamente se crea y se transforma mediante sus acciones, y no sólo enfocarse en el aspecto psicológico como muchas veces han caído muchos personajes que estudian lo mexicano. Los procesos principales que han impactado en el mexicano son: el trauma nacido tras la conquista, el regreso materno mediante el culto guadalupano y el impacto de derrotero paterno con la imagen inconsciente de Quetzalcóatl.

Hoy en día el discurso marxista de Carrión —a sabiendas de ser un buen gramsciano— ya no puede llenar la vista de la objetividad, sin embargo diferentes argumentos se pueden rescatar como: el saber que el hombre es el principal constructor de su destino; de su historia, de su religión, de su política, de sus mitos, etc., porque gracias a los cambios, o como él menciona, de las mutaciones que va teniendo la cultura y el entorno social en el que el hombre se desenvuelve, siempre existe la esperanza de mejorar el hoy.

Al igual expresa Carrión que se debe tener presente que la clase política que empuña el poder fieramente en el país, se presenta como la conciencia que lleva las riendas de los que permanecen inconscientes, haciendo uso de los mitos existentes y del fanatismo social que mantiene como magnífica hegemonía de dominación. No es casual el desbordamiento de éxtasis con fiestas como la del 12 de diciembre y su veneración Guadalupana, el famoso grito independentista que

pasa a ser un ridículo chauvinismo con la exaltación y coreos de héroes que hoy y siempre se han encontrado muertos y muchos derrotados.

"El pueblo podrá dar forma y color a esta ideología, pero el contenido será tanto en la dominante como en la dominada el mismo" (Carrión, 1970, p. 118).

Puede que nuestro país se encuentre todavía estancado como hace cincuenta años en un ir y venir de problemas políticos, económicos y sociales, asimismo, dicha problemática constante puede ser el reflejo claro, como el de un espejo de las proyecciones y deseos tanto de la sociedad como el que ejerce la dominación política, empero, Carrión suma la fuerte influencia norteamericana a todo lo antes dicho, y es claro ver que en la actualidad el mundo globalizado nos trate de homogeneizar a un sinnúmero de lazos de dominación. Dicha dominación es la que sostiene los engranajes en los que evoluciona el país, lo que Jorge Carrión denomina como ideología.

En suma, la mexicanidad para Carrión es la proclividad a ser una sociedad primitiva; mítica y mágica, ser masoquistas, mártires, sumisos, racistas, herméticos, neuróticos, impulsivos, violentos, evasores de la realidad y próximos a vivir de fantasías, de ensueños. En fin, es un gran trauma que se arrastra históricamente.

> El fanatismo religioso, el fatalismo ante la muerte, el exotismo de lo cotidiano y de la miseria por medio de lo fortuito, el azar el albur; la agresividad injuriosa y semihomosexual ("puto yo" escribe una y otra vez el mexicano en muros, paredes y en transportes colectivos en vano afán de rajar a los demás y mantenerse intacto a sí mismo), no son otra cosa que proyecciones ideológicas de la clase dominante, corrosivos que se extienden y se disuelven a aquélla en sus propios fundamentos (Carrión, 1970, pp. 121-122).

## 6. Reconsideraciones

Esta etapa se presenta como el clímax de la mexicanidad. Los trabajos fueron diversos, de manera que fueron contribuyendo poco a poco a consagrar rasgos y características de la cultura mexicana. Cabe recordar que tras el Cardenato, se tuvo el empeño de generar una identidad nacional que ayudara al país a encaminarse al progreso, la modernidad y la modernización.

Empero, las medidas emprendidas se enfocaron en exaltar el pasado, tomando como referentes directos a la Independencia, y principalmente a la Revolución Mexicana. De igual manera, comenzaron a consagrarse diferentes arquetipos sociales que pasaron de ser meras descripciones, a flagelar a una población que en su mayoría, contrastaba con el proyecto de nación que emanó tras el nacionalismo revolucionario.

Ramos arremetió severamente con un análisis contradictorio en el cual, no sólo criticaba el empeño del país por imitar todo lo procedente de Occidente Europeo —por el hecho de ser poseedores del sentimiento de inferioridad—, sino también, de manera clasista y ruin, categorizó a la sociedad en diversos perfiles que venían siendo abominables rivales para las exigencias de la modernidad. Siempre teniendo como referente a seguir al hombre europeo.

No obstante, además de satanizar a una sociedad bajo conceptos contradictorios, la obra de Ramos en 1934 se posicionó como un referente para los estudios mexicanos. De igual manera, sería tomado como referente por personajes como: Octavio Paz y el Grupo Filosófico Hiperión, para comenzar, en muchas ocasiones, a dar vueltas sobre el mismo debate.

Sin embargo, el caso del poeta Paz, sería otro referente para los estudios de la mexicanidad, ya que no simplemente generaría una dura crítica sobre la filosofía mexicana y sus exponentes, sino también cegado por las promesas revolucionarias, deslumbrado por los Estados Unidos de Norteamérica y por un eurocentrismo de época, contribuiría también a arremeter con la incentivación de arquetipos sociales, y sin duda alguna, una de las peores críticas que puede tener el poeta es describir el valor simbólico de "la mujer mítica mexicana", puesto que ha sido un tema de debate por posturas como el feminismo.

Asimismo, a pesar de una excelsa prosa y agudeza intuitiva, Octavio Paz contribuye a denostar a la sociedad mexicana bajo el concepto de soledad, así como la incapacidad de vivir democráticamente, de ser la negación de los valores del liberalismo y de la modernidad. De esta manera, su obra quedó canonizada y puesta como referente literario para comprender al país.

Por otra parte, Zea haría algo similar, recayendo en conceptos marxistas como la toma de "conciencia", a pesar de buscar con desespero que el país encontrara a un *ser* autentico que se aproximara a sus circunstancias y dejara de lado al eurocentrismo. Empero, Zea también contribuyó a caracterizar los rasgos de lo mexicano, a través de descripciones similares a las de Ramos y Paz —a pesar de lanzar críticas hacia ellos—, plagado también del existencialismo y la filosofía orteguiana —provenientes de occidente— que profesó el grupo Hiperión y que él mismo encabezó junto con Uranga.

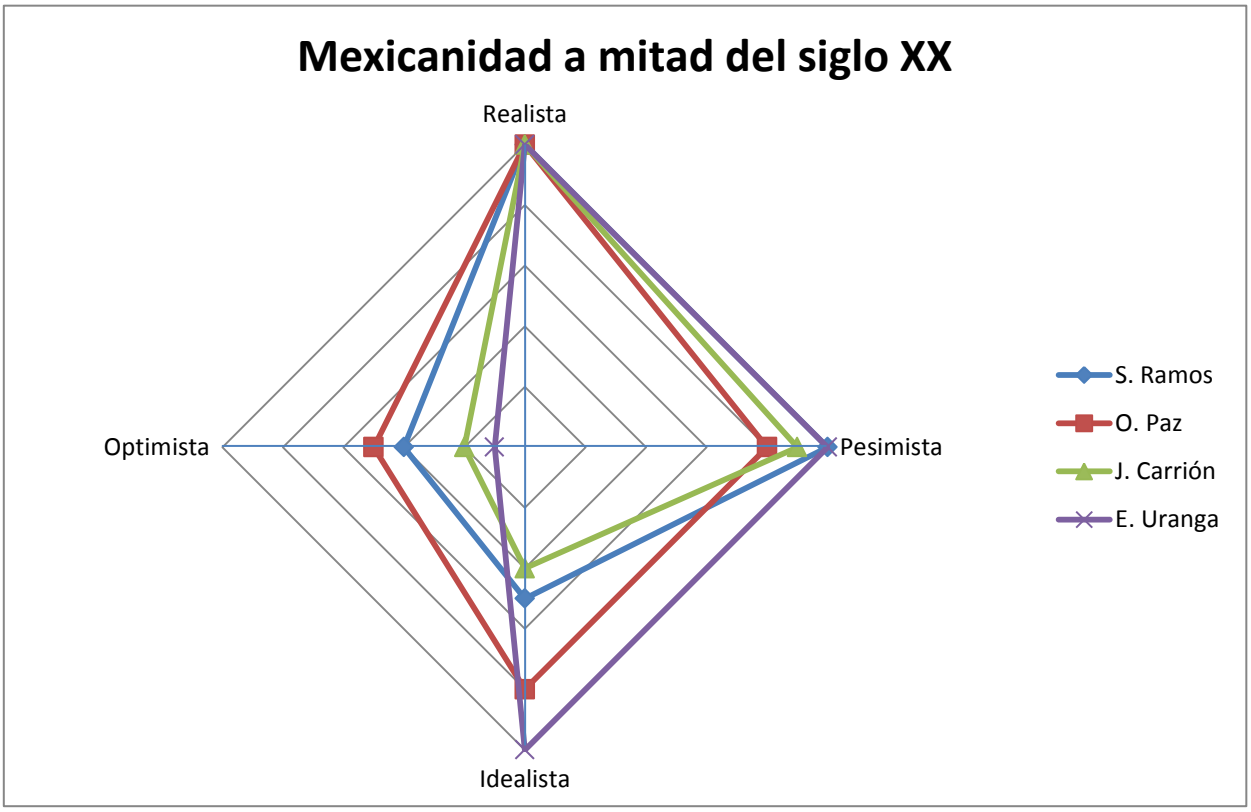
Asimismo, Uranga reconoció en su momento la desesperación por definir al ser mexicano mediante el nacionalismo, ya que adjudicó la insuficiencia de nuestra sociedad, por considerar que somos producto de un accidente histórico,

que se develó con nuestro encuentro frente a Occidente. Cosa que se produjo de manera aterradora en los totalitarismos occidentales; como los fascismos o el propio nacional socialismo alemán. Esto no difiere en nada con aquel empeño que tuvo Vasconcelos por reafirmar la raza en Iberoamérica, teniendo en cuenta que tanto Zea como Uranga fueron descendientes directos de aquellos titanes de la filosofía mexicana del Ateneo de la juventud.

De igual forma, Jorge Carrión remataría con “la mitología mexicana”, no sólo regresando a la metodología arcaica utilizada por Samuel Ramos como lo fue el psicoanálisis, sino dando un nuevo vuelco para contribuir a la caracterización social, ahora mítica, sino considerando al país como una construcción primitiva producto del choque de dos mundos; el de las tradiciones precolombinas y el español.

Estos autores cayeron en el vicio de dar vueltas en círculos, denostando todo lo posible de la mexicanidad, muchas veces llegando a posicionarse como redentores. Característica que quedaría como distintivo de los escritores de la mexicanidad, y de muchos más que se adentrarían al tema posteriormente.

Con la siguiente gráfica muestro el gran aporte pesimista que se generó tras los estudios de los personajes antes descritos, todos partiendo de la realidad de la mitad de siglo XX, cayendo en grandes idealismos, así como de un poco optimismo sobre la sociedad que describieron.


Mexicanidad a mitad del siglo XX
Realista
Optimista
Pesimista
Idealista
S. Ramos
O. Paz
J. Carrión
E. Uranga

# III. DEL MÉXICO PROFUNDO A LA IDENTIDAD NACIONAL

## 7. Antesala

Después de años de bonanzas que lograran perpetuar tanto la época de oro de la economía mexicana —considerada como “el milagro mexicano” —, así como el auge del Estado Benefactor, llegarían los momentos de debacle, ya no simplemente económicos, sino también hacia el fuerte cuestionamiento sobre todo lo que generó el nacionalismo mexicano.

La segunda mitad del siglo XX se presentaría como una situación de crisis inminente en el país, el estallido de la inconformidad social reflejada en el movimiento estudiantil de 1968 y la respuesta del gobierno por reprimir brutalmente dicho suceso, comenzó a marcar la pauta de diversos cambios en México. El rechazo al autoritarismo, las deficiencias gubernamentales, las severas crisis electorales y políticas en el país —como la de 1988—, auguraron porvenires llenos de incertidumbre, pero el reclamo social fue por la apertura democrática del país.

Huelga decir que dichos sucesos impactaron de lleno en la cultura mexicana. El proyecto de nación que se había prolongado hasta el final del siglo XX entró en duda y crisis. Asimismo diversos estudios comenzaron a emanar gracias a los logros democráticos. Guillermo Bonfil batalla levantó la voz en 1987 con su obra *El México profundo. Una civilización negada,* para resaltar las deficiencias gubernamentales en materia de diversidad cultural, enfocándose principalmente en develar a un México que históricamente ha sido olvidado.

Por otra parte, en 1992 Carlos Monsiváis haría lo propio con la publicación *Decadencia y auge de las identidades,* para dejar caer su pluma mordaz sobre los sucesos que se presentarían en el país desde los ochentas y que más tarde culminarían con la incorporación al Tratado de Libre Comercio en 1994. Ya que sería una época crucial en el país, puesto que la apertura internacional y la globalización generarían como consecuencia que la identidad nacional fuera cínicamente desplazada, corroborando ser una entelequia de la dominación política que floreció después de 1940, y que sin lugar a dudas llegaba a su defunción.

Por la misma razón, incursionaré en las obras antes señaladas para encontrar la clave de la transformación de la mexicanidad, ya que tras dichos acontecimientos se dio partida a nuevas características y a la perpetuación de otras.

## 8. Guillermo Bonfil Batalla y “el México profundo”

> El México profundo resultaba ser la negación radical del México imaginario. Las pugnas por la tierra, que uno quería mercancía libre y propiedad individual en tanto que el otro, la reclamaba comunal e inalienable, son más evidentes de una divergencia irreconciliable. Pero no sólo era el problema de la tierra: era todo lo indio lo que se veía como el enemigo del México imaginario.
>
> Guillermo Bonfil Batalla (1990, p.157)

Guillermo Bonfil Batalla nace en la Ciudad de México en 1935 y muere inesperadamente el 19 de julio de 1991 de manera trágica, fue etnólogo y antropólogo, siempre inmiscuido en el intento de desentrañar las profundidades de nuestro México. Una de sus principales obras es *México profundo. Una civilización negada.*

Bonfil Batalla aclara en un inicio aproximar a las civilizaciones mesoamericanas que, con los procesos colonizadores, entraron al proyecto de occidentalización, el cual lo define como "México imaginario". Asimismo, las civilizaciones mesoamericanas han representado una resistencia contra el control y la dominación que se presentó desde el poder colonial y que hoy en día sigue vigente, ya que la corona española sólo desapareció para continuar con un proyecto a manos de sus hijos ilegítimos: los criollos y los mestizos, prolongando el orden de castas. Por esa razón, aclara Bonfil que la situación con las culturas mesoamericanas que resistieron los embates de occidentalizarse, siguen habitando las entrañas de diversas naciones, en especial, México, debido a eso les otorga el nombre de: el "México profundo".

Nuestro pasado es precisamente lo que describe Bonfil Batalla sobre el México que nos rodea. *Una tierra con civilización milenaria*, acontece desde hace 3000 a

1500 años con la aparición de la civilización Olmeca para consagrarse como la madre de todas las culturas precolombinas y dar las bases principales de la cultura mexica, a su vez, el primer factor importante que influyó para dar auge en el área mesoamericana fue el proceso de la agricultura, ya que con anterioridad el hombre se había vuelto sedentario. La riqueza climática del área mesoamericana y sus vastas aguas dulces ayudaron a cosechar, principalmente un alimento ancestral que por sí solo no puede reproducirse, de "cabellos dorados y piel blanca": el maíz.

Cabe señalar que el desarrollo de las diversas civilizaciones fue fructífero gracias al desarrollo tecnológico que poco a poco fue progresando —a pesar de no contar con la rueda o los animales de arado, sino de una excelente organización y control social—, el buen uso de los ríos y lagos, las construcciones y buenos planeamientos de las ciudades que principalmente se ilustran con Teotihuacán, la cual Bonfil señala haber sido la más habitada a inicios de nuestra era, empero, las relaciones de comercio y las imposiciones militares también estaban presentes, se dice que las civilizaciones de aridoamérica —del norte del país— tuvieron una estrecha relación con las civilizaciones mesoamericanas, y Bonfil Batalla apunta que dicha relación ayudó a que más tarde los norteños lograran asentarse en el valle de México y así, nacer la hegemonía del imperio azteca en Teotihuacán.

De la misma manera, en el siglo X de nuestra era la influencia de la cultura Tolteca impactó con notoriedad en diversas civilizaciones que ya poseían un carácter hegemónico: Tula, Teotihuacán, Cholula y el área Maya de Chiapas hasta Honduras y Yucatán (Bonfil, 1990, p. 28). Existieron diversos procesos donde las

diferentes civilizaciones se homogeneizaron antes de la llegada del español, a pesar de hablar diversas lenguas y de contar con conflictos de dominación. "La civilización mesoamericana no es producto de la instrucción de elementos culturales foráneos, ajenos a la región, sino del desarrollo acumulado de experiencias locales, propias" (Bonfil, 1990, p. 30).

Como una genealogía cultural e histórica, Bonfil Batalla especifica que el hombre acentuado en Mesoamérica dio origen a diversas civilizaciones para, tras el choque con el español, a pesar del intento de ser borrado, cegado, callado e ignorado, es el producto primordial de una civilización mezclada en todas sus vertientes que mantiene de manera invisible los vestigios del pasado, en estructuras, esculturas, lenguajes, formas, las cuales, no pueden seguir siendo ignoradas en la actualidad.

Igualmente, Bonfil Batalla señala un rasgo que permanece en la actualidad de manera viva: el lenguaje, o sea aquel proceso semántico que configura el pensamiento de las personas. Palabras con significación vital que emergen de las profundidades como señalando el origen de un México que siempre se trata de negar, a pesar de que las lenguas indígenas posean una aproximación del hombre con la naturaleza y que, por la misma razón, tengan una significación más compleja y más especifica. Asimismo, los nombres de las ciudades o estados tuvieron su transformación al español por aquel intento de pronunciarse tras la colonia; con el proceso de evangelización, de la misma manera en que los nombres de animales, bosques, ríos, mares, etc., fueron todos modificados gracias al proceso de occidentalización.

De la misma manera, Bonfil Batalla pronuncia el origen de la diferenciación racial que tanto caracteriza a nuestro país, lo cual se puede notar a diario, no es casual ver por las calles a indígenas pidiendo dinero o pidiendo para comer, todos ellos comparten rasgos físicos bien definidos que pueden identificarse, en contraste con las razas blancas que muchas veces poseen niveles económicos ejemplares, asimismo, aclara el autor que el efecto del orden colonial reflejado en las castas, dejó los cimientos para una reproducción de razas que obviamente iban en sintonía con el estatus económico-social. Antaño, aclara Bonfil Batalla, los hijos de esclavos eran —sin importar los rasgos— los nuevos esclavos, en cuánto a los mestizos, también ocurría algo similar, pues tanto ellos como los criollos estaban sometidos a la imagen del español peninsular.

Hoy en día tras el mestizaje es difícil identificar diferencias en la gran parte de la población que en México es mestiza, pero sí se puede identificar a aquellos que se encuentran en un status económico elevado. Sin embargo, Bonfil Batalla aclara que existió un proceso de "desindianización", el cual obliga a las civilizaciones a renunciar a su cultura, su identidad, y que impide poco a poco la reproducción de sus tradiciones, aunque esto no quiera decir que desaparezcan completamente, ya que siguen vivas tanto en lenguajes como en formas, tal vez en menor medida, porque son los pueblos que siempre se han tratado de ignorar.

El trasfondo de nuestro país tiene un tinte racista, muchas veces se asocia el color de la piel blanca con una superioridad racial, y se hace a un lado todo tipo de color de piel que sea más oscura, tal pareciera que el orden de castas dejó el lado lúgubre de un alma que lucha a diario por seguir erradicando los vestigios del pasado mesoamericano.

*El indio reconocido* es aquel personaje que ha quedado en un exilio permanente dentro de las propias entrañas de la sociedad. Es aquel que se ha considerado como un lastre para el país por ser supuestamente un holgazán, ignorante, primitivo, etc., es poseedor de tradiciones que difieren con la realidad de las grandes urbes pseudo-occidentales, que habla en secreto diferentes lenguas y que muchas veces se encuentra en lo más recóndito del país.

En la época en que se escribe la investigación, Bonfil Batalla da datos de censos en donde se registra la cantidad de personas que hablan lenguas indígenas, sin embargo, el contraste también puede notarse cuando una gran mayoría de personas no asume ser parte de grupos indígenas; perdiendo su identidad, negando hablar su lengua, como si se avergonzaran de sus orígenes y en muchos casos, dicen ser ya "hombres de razón" (Bonfil, 1990, p. 46). A esto, Bonfil Batalla lo considera un etnocidio, el cual se remite a la colonia y a la imposición que el colonizador realizó sobre los colonizados, para que ellos erradicaran sus orígenes. Empero, los pueblos indígenas heredan entre sus descendientes una cultura vasta en tradiciones y conocimientos, saberes que son considerados como míticos.

No obstante el proceso colonizador que trató de fragmentar y desintegrar las organizaciones indígenas también generó reacciones diferentes, como el hecho de cimentar lazos muy fuertes hacia la identidad local, sin embargo, al pasar de los años aclara Bonfil que es muy difícil identificar cuántos grupos o pueblos indígenas siguen existiendo, a pesar de saber que aproximadamente 56 lenguas indígenas se hablan —teniendo presente que el libro de Bonfil Batalla se

publicó a finales de los años ochenta del siglo pasado—, y lo que es un hecho es que los pueblos indígenas están en perpetua extinción.

Antes bien, debe mencionarse que Bonfil Batalla se cuida de no caer en generalidades absurdas ya que para poder acercarse a la definición de rasgos indígenas similares en los diversos pueblos indígenas, se debe saber que cada pueblo es diferente, y que a pesar de sus diferencias, él encuentra similitudes que posiblemente sean causa de que en algún momento, dichos pueblos pertenecieron a una civilización homogénea, que a través del tiempo, fue separándose dando cause a diversas, y que en el proceso colonizador fueron mermándose y quedando arraigadas hasta culminar en el intento de erradicación o desaparición de las mismas, como el mestizaje, cosa que Bonfil Batalla denomina igualmente como: "etnocidio".

Las comunidades indígenas mantienen una organización bien distribuida, y puede verse reflejada en la autosuficiencia de sus distintas actividades, como la agricultura o la crianza de animales, que muchas veces sirven para celebraciones. También existen personas que dan retroalimentación a los pueblos, como los curanderos, hueseros y yerberos, entre otros. Bonfil Batalla aclara que muchas veces la visión occidental que impera sobre el estudio indígena, los mantienen como concepciones del mundo míticas o mágicas, sin embargo, específica que los pueblos indígenas poseen diferentes conocimientos o saberes que deben ser interpretados de una manera que no sea el denostar de siempre.

Internamente podemos encontrar que las mujeres son las dedicadas a la educación de los hijos, mientras los hombres procuran la siembra, en dados casos donde sus casas son rodeadas por el arado que les da de comer, las mujeres

también interactúan en la recolección y siembra, la cual comúnmente es diversa en una sola área, como la cosecha de diversos cultivos de manera bien distribuida. El comportamiento familiar tiene algo que Bonfil Batalla define como la sorpresa de los estudiosos de la vida indígena, existen rangos de tolerancia asombrosos en la educación de los hijos, raras veces se hace uso de la violencia, la educación sexual se mantiene a reserva de malos comentarios pero hay aceptación en relaciones homosexuales en la adolescencia, se privilegia y se valora la comunicación que hay de abuelos con nietos, así como el respeto que le brindan los padres a los hijos, de ahí viene el respeto y valor a la sabiduría de los ancianos.

Mantienen dentro de su organización una división de obligaciones, que van desde la mejora de la comunidad como la ayuda en la construcción de obras públicas, el arreglo de la iglesia etc., donde los varones son los principales en llevar a cabo dichas labores. No siempre son objeto de paga monetaria, sino que son redituadas a las labores que unos hacen por otros, la única manera en que se paga lo hecho, es cuando alguien hace una labor que es de otro. Es una colectividad inigualable, los varones mayores de edad son aquellos casados o que tienen una edad independiente a la de sus padres, en el matrimonio, ellos se casan con personas que son de la misma comuna, y muchas veces de ahí viene su hermetismo hacia los de afuera.

Dentro de sus actividades también se encuentra la fabricación de obras artesanales, ya sea en barro o en madera, todo se congrega en mercados o tianguis donde se efectúa el trueque, a pesar de la existencia del dinero, es muy

común realizar dicha actividad, intercambiando desde las cosas que una familia no pueda manufacturar, asimismo como se realiza con las cosechas.

En cuestión de las tierras, no existe la propiedad privada, sino que la propiedad es comunal, se le entrega al jefe de familia o se reparte mediante una distribución equitativa entre los jefes de familia, éstas se heredan en generaciones o si se regresan a la comunidad, ésta vuelve a otorgarla a quiénes la necesiten. Todas las características antes señaladas, Bonfil Batalla aclara que son procedentes desde tiempos remotos, antes de la llegada de los conquistadores occidentales.

> La tierra no se concibe como una mercancía. Hay una vinculación mucho más profunda con ella. La tierra es un recurso productivo indispensable, pero es más que eso: es un territorio común, que forma parte de la herencia cultural recibida. Es la tierra de los mayores; en ella reposan los antepasados difuntos. Ahí, en ese espacio concreto, se manifiestan en diversas formas las fuerzas superiores; ahí están las entidades favorables y las maléficas, a las que hay que propiciar, los sitios sagrados, los peligros, las refrendas. La tierra es un ente vivo, que reacciona ante la conducta de los hombres, por eso, la relación con ella no es puramente mecánica sino que se establece simbólicamente a través de innumerables ritos y se expresa en mitos y leyendas (Bonfil Batalla, 1990, p. 64).

Asimismo, el valor sagrado que le otorgan a la tierra se identifica plenamente a la relación que tienen con la naturaleza, de igual forma, los médicos son especialistas que diagnostican a través de males corporales con valor simbólico que va más allá de lo corporal, son médicos del cuerpo y el alma, porque los males están ligados no sólo a la salud terrenal sino a la espiritual, he de ahí los rituales para curar enfermedades como los comúnmente conocidos con hiervas y oraciones.

En cuanto a la relación colectiva que desarrollan las comunidades indígenas, éstas siempre se encuentran ligadas a sus comunas, ligadas a sus

tierras, mantienen una especie de estatutos que les obliga —como antes ya se señaló— a trabajar para la comunidad, he de ahí el gran servilismo tan característico de los indígenas, y de igual manera, la acumulación de riquezas que cada quién llega a generar se invierte para la misma comunidad, pues no existe una acumulación monetaria exhaustiva, por esa razón aclara Bonfil que en algunas ocasiones los integrantes que no quieren hacer los gastos comunales, como en fiestas, celebraciones, etc., muchas veces terminan cambiándose de religión, optando por el protestantismo.

Su vida, su cuerpo, sus actividades, están ligadas simbólicamente con la tierra, y mediante ésta conexión mantienen una relación con el cosmos, por esa razón señala Bonfil Batalla que sus calendarios son cíclicos como el trabajo de la tierra, en donde ellos tienen que participar e interactuar para la prosperidad, aquellos ciclos son como espirales inacabables en donde no suele repetirse los acontecimientos, pero sí logran alcanzar el desarrollo de diversas etapas como la anterior a la conquista y colonia, el pleno auge de una civilización que algún día regresará.

Para Bonfil Batalla *Lo indio desindianizado* es el proceso en que las comunidades indígenas fueron absorbidas por las actividades que ejercen las haciendas o ranchos, pasando a ser comunidades campesinas tradicionales. A su vez, menciona que no hay una gran diferenciación ya que en los comienzos de dichas comunidades, se hizo uso de las actividades indígenas, como lo fue el arado de la tierra, empero, una de las diferencias que se pueden percibir es el lenguaje, a pesar de que existan ancianos o personas que recuerden o posean la virtud de hablar lengua indígena, el lenguaje procedente de Occidente impera

como medio de comunicación. También puede mencionarse que la desindianización ha modificado la forma de vestir tradicional de las comunidades indígenas, y a pesar de lo antes señalado, aclara Bonfil Batalla que lo más relevante no es la pérdida del lenguaje, o de la vestimenta, sino la pérdida de identidad étnica, ya que en muchas ocasiones los indígenas han dejado de asimilarse como parte de un grupo social, y este suceso recibe el nombre de: etnocidio.

No obstante, una de las cosas que deben rescatarse del estudio de Bonfil Batalla es que el cambio que existió por parte de las comunidades indígenas, de los centros poblacionales a las zonas rurales, fue un fenómeno que se detonó durante la colonia, ya que, mientras el poder central que emanaba de la colonia llegaba a las localidades, el único refugio que fue teniendo la población indígena fueron las periferias de las ciudades, es decir, las zonas rurales, como bosques, montañas, etc. Por esa razón, es común hoy en día encontrar con mayor facilidad comunidades indígenas alojadas en sierras o lugares alejados a las ciudades. Comunidades que realmente sí están identificadas con sus etnias, en contraste con las poblaciones indígenas de las ciudades que perdieron dicha identidad.

De igual forma, y a pesar del contraste de lo urbano y lo rural, y la diferenciación de los indígenas de cada área, Bonfil Batalla señala que en las zonas rurales desindianizadas siguen existiendo rasgos indígenas de diversas maneras, en especial en los mercados donde se venden alimentos tradicionales; pulque, nopal, acociles, tlacoyos, capulines, tunas, etc., y también puestos de yerbas para curación de enfermedades, donde también venden amuletos para evitar malos augurios (Bonfil Batalla, 1990, p. 84). Dichos rasgos fueron

agotándose al paso del tiempo, durante el siglo pasado dentro de las urbes existían colonias habitadas especialmente por indígenas, sin embargo la desindianización es un factor que ha hecho homogénea a la sociedad en las ciudades.

Las viejas vecindades representan también, una herencia de aquel apego indígena a la comunidad, las estructuras características dan la impresión de buenas relaciones vecinales, o el intento de ello, a pesar de que también se puedan encontrar diferencias en la forma de vida urbana. Asimismo, existe un fenómeno de dominación colonial que emana de la negación de ser indígena, encarnado en un personaje el cual, Bonfil Batalla lo caracteriza como "ladino", aquel que surge desde los lugares donde se ejerce el control monetario, puesto que ahí aparecen como personajes que reclaman su ascendencia europea y colonizadora, para hacerse llamar como: "hombres de razón".

> Guzmán Bockler ha escrito que en Guatemala el ladino es un ser ficticio, porque su identidad es en esencia, una identidad negativa: ser ladino es no ser algo específico, propio, sino únicamente *no ser indio.* Sin la presencia del indio, el ladino deja de ser, porque sólo existe en virtud de la dominación colonial que ejerce con el indio (Bonfil Batalla, 1990, p. 86).

El fenómeno de la emigración hacia las ciudades fue algo notorio en el siglo pasado, se aclara que durante ese proceso los indígenas se integraban a la urbe gracias a sus propios conocidos, quienes eran los que ayudaban al proceso de adaptación, por lo regular los indígenas siempre se mantenían con gente con quien pudieran identificarse. Sin embargo, no sólo el tránsito de los indígenas a las zonas rurales fue fructífera, ya que se encuentran en condiciones de pobreza alarmante, como señala Bonfil Batalla, en las esquinas se encuentran las "Marías" con sus hijos pidiendo dinero, o vendiendo chicles, mientras los hombres se ven

trabajando en albañilería. Este dato, también puede reflejar un impacto más grande con el fenómeno de la migración indígena, ya que no sólo en Ciudad de México se vio dicho fenómeno, sino también en algunas regiones de los Estados Unidos.

Estos personajes insertados en la sociedad rural, han sido durante mucho tiempo gran parte de la mano de obra de sectores sociales más acomodados, así como sirvientes, entre muchos otros trabajos que cotidianamente son mal remunerados. Muchas veces se les ha dado el nombre despectivo de "la plebe", o —aclara Bonfil Batalla— actualmente se conoce como "los nacos". Bonfil Batalla señala:

> La palabra, de innegable contenido peyorativo, discriminador y racista, se aplica preferentemente al habitante urbano desindianizado, al que se le atribuyen gustos y actitudes que serían una grotesca imitación del comportamiento cosmopolita al que aspiran las élites, deformando hasta la caricatura por la incapacidad y la "falta de cultura" de la naquiza. Lo naco, sin embargo, designa también a todo lo indio: cualquier rasgo que recuerde la estirpe original de la sociedad y la cultura mexicana, cualquier dato que ponga en evidencia el mundo indio presente en las ciudades, queda conjurado con el simple calificativo de naco. La ciudad se resguarda de su realidad profunda (Bonfil Batalla, 1990, p. 89).

A pesar de que la imagen indígena genere un burdo denostar en la sociedad mexicana, después de 1910 fueron la imagen viva de la Revolución Mexicana que gracias a los trabajos artísticos y literarios, fungieron de gran ayuda para consagrar un nacionalismo exacerbado. No es casual que también la imagen del indígena y su forma de vida sea hoy en día el atractivo turístico de extranjeros, contrastando con las medidas gubernamentales que mantienen a dichas comunidades en el abandono y la miseria.

Por otra parte, expresa Bonfil Batalla el desencanto por la esquizofrenia mexicana, aquella que mantiene al indígena como un estandarte de ideales,

pintado en museos, en murales, siendo el atractivo turístico de las ciudades para atraer extranjeros, venerado hipócritamente para también expresar orgullo de ellos, empero, la realidad es diametralmente opuesta, mientras de un lado se exalta la imagen indígena y se lucra de ella, del otro se mantiene en el olvido y la negación, tal y como lo hacen las élites del país que prefieren asumirse en posturas como el eurocentrismo y decir que jamás se han mezclado con nadie.

Son grandes y abismales las diferencias que existen en nuestra nación, se han guardado celosamente en la sociedad mestiza el afán por negarse y negar el origen indígena, la modernización de país también hace su tarea, sin embargo, Bonfil Batalla aclara que este fenómeno no tiene más cabida que en un pasado que parece olvidado, pero que se encuentra en los orígenes colonizadores de nuestra historia.

*Cómo llegamos a donde estamos,* cuestiona Bonfil Batalla, ya que en la segunda mitad del siglo XX el país mantuvo un desarrollo y crecimiento sin igual, generando diversos fenómenos sociales, políticos y económicos que impactaron directamente a la escena cultural, llamado: “el milagro mexicano”.

> La mentalidad heredada del conquistador no permite ver o inventar cualquier otro camino: la civilización mesoamericana, o se da por muerta, o debe morir cuanto antes, porque su condición, según la mirada del colonizador, es indiscutible inferioridad y no admite futuro propio (Bonfil Batalla, 1990, p. 102).

Existe un proceso de occidentalización en el país que se remonta a la colonia, y que es *El problema cultural de la nación*. Dicho proceso ha hecho a un lado las aspiraciones de generar una cultura que realmente englobe a la gran mayoría de la sociedad, sin embargo, al paso del tiempo el poder ha quedado en manos de una minoría que jamás ha asumido ser parte de la sociedad mexicana. Se ha

vinculado más en relacionarse con orígenes occidentales, forjando un Estado sustentado en leyes que no corresponden a la realidad de la nación. A este suceso Bonfil Batalla le nombra la "esquizofrenia" del país, ya que tanto el Estado como sus leyes fungen para un sector del país que bien podría considerarse como el imaginario de una realidad contrastante.

Se ha hablado del mexicano como un ser de carácter nacional, empero, éste no representa ser otro más que las aspiraciones de una clase dominante por homogeneizar y desaparecer los orígenes sociales que han sido el cimiento de este país, aquellos orígenes que bien datan del México mesoamericano. Ser mexicano es hoy en día no precisamente pertenecer al producto del mestizaje de una raza colonizada, no se necesita en México tener valor para calificar a quién o quiénes son mexicanos, pues eso bien puede serlo un extranjero que obtenga la nacionalidad.

El proceso civilizador occidental ha mantenido al desarrollo del país en asimilar cotidianamente las formas e ideas que imperan en Occidente, como el afrancesamiento del siglo XIX o el mimetismo norteamericano. Ni la propia revolución que buscó identificar a la sociedad con un enfermizo nacionalismo, ha logrado generar una identidad real en el país, mucho menos tomando en cuenta que tras el nacimiento del Sistema Político Mexicano muchas cosas deslumbraron la mirada de las élites dominantes del país, por el arduo afán de generar una identidad nacional fuerte, como lo fue el nacional socialismo alemán. Sin embargo, quiénes puedan afirmar la existencia de una unificación cultural han sido simplemente aquellos que conforman parte de una minoría completamente apartada de la realidad de un país que se encuentra en "el subsuelo".

De esta manera Bonfil Batalla trata de explicar a grandes rasgos como se desarrollaba la vida de las civilizaciones precolombinas, remitiéndose a *El orden colonial.* Aclara que, existían buenas relaciones de comercio en Mesoamérica y no precisamente todo se debía a la subyugación militar. Empero, el imperio mexica dominaba y conquistaba diversas áreas y pueblos, los cuales eran integrados al orden vigente del imperio mexica y recibían tributos como comida, apoyo a sus ejércitos, espionaje militar, etc.

Asimismo, es importante señalar que la religión entre las civilizaciones precolombinas compartieron cosas en común, como las características o rasgos que poseían los dioses, tanto del altiplano como los de Mesoamérica. Esto sirvió para conciliar y establecer un eficiente dominio cultural que tiempo más tarde, gracias a un sincretismo religioso, logró ejercer orden de manera central de dichas civilizaciones precolombinas. De la misma forma, el lenguaje no representó ser un obstáculo entre las civilizaciones que eran subyugadas con las que subyugaban, se tenía una concepción del "otro", puesto que no había ningún conflicto en que las lenguas se hablarán. La paz se mantenía a través de los sacrificios humanos, puesto que se prefería mantener un equilibrio con el cosmos y evitar guerras terrenales que fueran catastróficas.

Esto parece contrastante con lo ejercido en el orden colonial español, mientras el español llegaba con resentimiento cultural al haber sido invadido por los moros, para ellos el concepto de la otredad se relacionaba directamente con las órdenes del papado, aquellas que mantenían el rigor de preservar el dominio católico que venía de problemas como el surgimiento del protestantismo o el surgimiento de la iglesia anglicana. Por esa razón "el otro"; la cultura diferente, o la

religión diferente, era vista como el atributo de razas inferiores que la mayoría de las veces les hacía dudar de la condición humana de las personas.

La negación del "otro" por parte del español y el catolicismo en el siglo XVI es la diferencia que existe con el México precolombino que describe Bonfil Batalla. Es sin lugar a dudas un factor que ha imperado desde hace 500 años, y que todavía se puede ver en el presente. La negación del "otro", el verlo inferior, el afán no sólo de ignorarlo sino de erradicarlo pese a todo.

Para la creación del indio simplemente se necesitó el ingenio del español colonizador, el cual dividió en dos repúblicas la Nueva España, una la república española, y la otra la república de indias. Asimismo, el orden de castas fue un factor condicionante para que el indígena quedara subyugado al igual que los esclavos, casi siempre bajo capataces mestizos o criollos, sin embargo, todo aquello que estuviera fuera de la dualidad colonizador-colonizado quedaba afuera del sistema de castas empleado por el virreinato en sus comienzos.

El uso de la violencia en el comienzo de la conquista también generó abominables estragos, los españoles poseían armas más sofisticadas junto a sus armaduras, caballos y perros de pelea. Eran aventureros bravíos que tenían órdenes divinas además de la explotación, en ese momento se generó el trauma de la conquista, los genocidios españoles se fueron propagando al igual que el sometimiento que ejercían sobre las comunidades indígenas. Bonfil Batalla aclara que en los comienzos de la colonización española existió un descenso poblacional indígena que no sólo se remitía a las matanzas ejercidas por los españoles, sino también a las enfermedades desconocidas que portaban y de las cuales los indígenas no tenían conocimiento, a su vez, se fueron sumando el alcoholismo, los

abortos realizados y la abstinencia de tener descendientes. Esto revela que fue muy duro el impacto que ejerció el español sobre los pueblos indígenas durante la época colonial.

Así también, la religión tuvo su protagonismo junto con la espada y la violencia. La erradicación del culto a ídolos fue una de las tareas principales en la Nueva España mediante la evangelización, la construcción de fortalezas como centros religiosos por toda la nación se fueron propagando, el uso de la mano de obra de los indígenas fue duramente explotada, quienes tuvieron más beneficios fueron los franciscanos para edificar grandes estructuras. Quién también ayudó a que las labores clericales fueran exitosas fue la instauración del santo oficio, encargado de fungir como tribunal que castigaba la oposición a la instauración de la fe católica.

La erradicación de la veneración de ídolos locales poco a poco fue desplazándose por imágenes de santos, se utilizaba a la perfección el funcionamiento de ermitas o altares nativos para tomar como referencia los puntos estratégicos de la dominación clerical española, asimismo, se hizo del náhuatl la lengua oficial de la evangelización católica, por eso mismo Bonfil Batalla aclara que la lengua azteca se propagó más aún con los españoles que con el imperio precolombino, puesto que sirvió como referente para la dominación y el control social.

A su vez, Bonfil Batalla aclara que con la instauración del clero novohispano, se forjó una iglesia colonial bien estratificada y bien organizada, con un poder central excepcional sin dejar de lado que era una iglesia que venía de fuera, por eso mismo el carácter misionero de los religiosos españoles fue

olvidándose en el último tercio del siglo XVI, porque era una iglesia colonial en la Nueva España, el centro del poder no correspondía a este lado del continente, y más aún la concepción de los indígenas católicos era de segunda categoría, o de un nivel inferior.

La función de la Nueva España fue mermando al pasar de los años a la población indígena, haciendo del español absoluto poseedor del territorio nacional, mientras la iglesia fungía como el gran latifundista, a través del comercio se obligaba al indígena a conformar el tránsito de trabajos, siembras y pagos que la mayoría de las veces dejaban sólo grandes ganancias a los españoles que hacían alarde de tener la dicha de haber conquistado, civilizado, letrado y cristianizado a un mundo primitivo. Asimismo se enalteció el cínico "mito civilizador de Hernán Cortés".

> El estigma de haber nacido aquí y no allá. Aquí, en este continente que Europa menospreciaba, al que consideraban inferior en todo: en su naturaleza y en sus hombres. Nada original ni valioso —pensaban en el viejo mundo— ha nacido en América, continente degradado. Los criollos quedaban incluidos. Su respuesta descansó en dos pilares ideológicos: el guadalupanismo y la apropiación del pasado indio (Bonfil Batalla, 1990, p. 146).

Con *La forja de una nación,* considero el clímax que unifica al pasado colonizador con la reivindicación del México de los criollos y los indígenas. Esto responde a las grandes desigualdades que las castas tenían en la Nueva España, en especial por el sentimiento nuevo que se iba despertando en el criollo frente a la hegemonía e imagen del español peninsular.

El español criollo, hijo de españoles pero nacido aquí en el "Nuevo México" era relegado a formar parte de la élite que controlaba la nación, haciéndole a un lado de altos puestos y cargos públicos, esto a pesar de que con poderío

económico se podían comprar títulos nobiliarios, sin embargo, la verdadera nobleza considerada por el virreinato se encontraba en España y no aquí.

El tema fue fundamental para conciliar el pasado indígena y darle su lugar al México naciente. A los más altos cargos que podían llegar y acceder los criollos eran dentro de la religión, asimismo, y bajo el aprovechamiento de la veneración indígena a Tonantzin, cerca del cerro del Tepeyac, nació un acontecimiento que hizo surgir un nuevo mito y culto; veneración religiosa, perfectamente sincretizada que desde 1531 causaba revuelo con las apariciones de la nueva virgen asentada en territorio nacional, y ante la imagen de un indígena de nombre Juan Diego: la Virgen de Guadalupe.

El guadalupanismo aparece como la reivindicación del pasado indígena y también como la manera de brindarle un valor a la tierra de los criollos. Por aquella razón se le otorgó un valor significativo a la tierra que siempre fue desplazada y negada, cosa que más tarde haría instaurar una independencia criolla bien ilustrada con la imagen Guadalupana.

Al paso del tiempo, ya con el México independiente que pasó primero de manos criollas a manos mestizas, se fue desplazando poco a poco a los indígenas; siendo cazados y exiliados, a tal grado de pedir recompensa por su captura o muerte. De la misma manera, se firman tratados como el de Guadalupe-Hidalgo para que los Estados Unidos y la división territorial de las fronteras, se hagan cargo de sus indígenas salvajes que defendían su territorio mediante la lucha a muerte, y a pesar de eso con el tratado de la mesilla Santa Anna les relega la responsabilidad de controlar lo que ellos consideraban el lastre de las naciones independientes.

Ya con el régimen dictatorial de Porfirio Díaz, las prácticas para erradicar indígenas se volvían más minuciosas, durante su dictadura se mandaron a los indios Yaquis a Yucatán, con la intención de mantenerlos alejados del centro de la nación. Ellos sostuvieron intentos por regresar a "su tierra prometida", sin embargo, aclara Bonfil Batalla que los Yaquis representaron un gran problema para el porfirismo, hasta que llegados los años mil novecientos, las políticas liberales actuaron contra ellos hasta el grado de venderlos como esclavos a Cuba mediante "contratos voluntarios" (Bonfil Batalla, 1990, p. 151).

Mientras México se elevaba con las Leyes de Reforma con Juárez, la realidad nacional era distinta, los contrastes del "México profundo" y el "México imaginario" se presentaban al ver que los indígenas ocupaban un gran porcentaje en el censo poblacional. Mientras Juárez trataba de transformarlos "a la occidental", Maximiliano los consideraba hombres ejemplares a tal grado de tener admiración por ellos y así otorgarles algunos derechos que para los españoles y criollos siempre fueron inimaginables. Empero, esto nunca dejó a un lado el considerar a los indígenas como utensilios para la guerra o ser "la carne de cañón" y la mano de obra barata. Tras la salida de los peninsulares se trajeron en el porfiriato estadounidenses, alemanes, franceses, italianos, canarios, chinos mormones, etc., para que ocuparan los lugares privilegiados de "los gachupines".

La intención era mejorar la raza mediante "el cruce" de personas —que no fueran negros ni chinos sino, de preferencia, europeos—, lamentablemente para la sorpresa del gobierno de Porfirio casi nunca llegaron los hombres de caras blancas, ojos azules y cabellos rubios, aún así se les diera la oportunidad de tener vidas decorosas, generar negocios redituables y rentables, tal vez por las

condiciones del país que eran deplorables por las constantes guerras ya comunes en el México independiente.

> Las costumbres de países avanzados debían imitarse: sus costumbres políticas, sus modas, sus espectáculos. Se legisla continuamente para construir la modernidad del México imaginario según el modelo francés o el norteamericano, ambos en pugna por ser el dominante y ambos resentidos por las guerras e invasiones que les restaban prestigio durante algún tiempo (Bonfil Batalla, 1990, p. 156).

La amenaza indígena para el México moderno era atacada de diversas maneras, a ellos se les exiliaba en arrabales o en las periferias de las grandes ciudades o haciendas, en cuanto a la instrucción pública, la educación se daba a cuenta gota porque el dilema era la erradicación de las lenguas nativas, consideradas como lenguas muertas por parte de los criollos. Citando a Lucas Alamán, Bonfil Batalla ejemplificó como los conservadores sostenían que los indígenas no debían de alfabetizarse ya que representaban un peligro más grande si ellos pudiesen trasladar su rebeldía a otros ámbitos, como en lo público de manera organizada y consciente.

El desprecio del peninsular por los pueblos provenientes de Mesoamérica era heredado por el criollo, y éste último le transmitió las mismas medidas y acciones a los mestizos que después irían poco a poco apoderándose de la vida política del país, imitando también a Occidente o Estados Unidos y jamás rompiendo aquella tortuosa simpatía mimética por lo que siempre han considerado como los países avanzados.

De esta manera queda un país con una diversidad cultural desgarrada, impuesta, negada y basada en la dominación y control social. Por esta razón Bonfil Batalla cita a Octavio Paz diciendo lo siguiente:

Octavio Paz es tajante: "Los mestizos destruimos mucho de lo que crearon los criollos y hoy estamos rodeados de ruinas y raíces cortadas. ¿Cómo reconciliarnos con nuestro pasado?" (Bonfil Batalla, 1990, p. 160).

La palabra clave de la primera mitad del siglo XX fue: el proyecto de nación, y esto lo ilustra Bonfil Batalla en *Los (revolucionados) tiempos modernos.* Si bien, se transitaba de la dictadura porfirista y la Revolución de 1910 dejaba a un lado el yugo del viejo dictador, la tarea a emprender era nueva: la construcción de un Estado moderno, fundamentado en una serie de reglamentos que funcionaron como la espina dorsal de un nuevo sistema político: la promulgación de la Constitución de. 1917.

La tarea no era fácil, el trabajo intelectual también fue de la mano junto con las promesas que ofrecía la primera gran revolución del siglo XX, se dejaba a un lado a "los científicos" de don Porfirio para darle auge a una camada nueva de intelectuales con una de las misiones más importantes: seguir ideando el "México imaginario" que ya viajaba como un fantasma desde pasado.

El México moderno y revolucionario comenzó a experimentar una transformación modernizadora hasta el auge presidencial de Lázaro Cárdenas, sin embargo, Bonfil Batalla aclara que todo el desarrollo del país se le atribuía ahora a un nuevo linaje racial: al del mestizo.

De esta manera Bonfil Batalla se remite al estudio de Andrés Molina Enríquez *"Los grandes problemas nacionales"* en 1909 para acercarnos a la justificación que se le daba al mestizaje, como el principal promotor étnico de las "buenas nuevas" que el país iba experimentando. Expresa que Molina Enríquez veía al indígena como desorganizado, dividido, preocupado sólo por sobrevivir y al

criollo lejos de poseer una identidad nacional, empero, el mestizo no quería en nada al criollo y obviamente, menos al indígena.

La revolución conglomeró las diferencias y anhelos de los mestizos por el poder, más tarde aparecerían también los deseos de campesinos como Zapata que no buscaban precisamente un cambio, sino el regreso de tierras que habían sido arrebatadas históricamente a los indígenas. Fue un momento de contrastes, de exaltaciones y de violencia que poco a poco fue cooptando los intereses sociales.

> La concepción glorioso del mexicano mestizo de la Revolución no fue, no ha sido, tarea fácil. Esquemáticamente la versión que predomina puede enunciarse así: La raíz profunda de nuestra nacionalidad está en el pasado indio, de donde arranca nuestra historia. Es un pasado glorioso que se derrumba con la Conquista. A partir de entonces surge el verdadero mexicano, el mestizo, que va conquistando su historia a través de una cadena de luchas (la Independencia, la Reforma) que se eslabonan armónicamente hasta desembocar en la Revolución (Bonfil Batalla, 1990, p. 166).

La crítica dura que hace Bonfil Batalla recae completamente con esta etapa del México del siglo XX, una etapa de hipocresía, tanto de artistas, muralistas, poetas, intelectuales o escritores, que vanamente hacían alarde de un orgullo mestizo que se levantaba con una supuesta gloria para colocar a México en el orden universal. Se pintaban murales explotando la imagen de los indígenas para sobresaltar el espíritu nacionalista, sin embargo, el choque del "México profundo" con el "México imaginario" era espeluznante. Bonfil Batalla criticó el proyecto educativo de José Vasconcelos, el cual se negaba a reconocer a los pueblos indígenas, rechazando la enseñanza en su lengua, o todo tipo de medida que se ajustara a sus condiciones. Este era un proyecto con gran dosis de moralina, de la misma manera en que el proyecto de nación dejó fuera al "México profundo".

Otra crítica que realiza Bonfil Batalla es hacia el trabajo de Manuel Gamio, el primer antropólogo profesional de México, el cual sustentaba fuertemente la teoría del relativismo cultural, paradójicamente a la influencia que él mismo dejó en la primera parte del siglo XX.

Señala Bonfil Batalla que Gamio siempre asumió una postura occidental porque reconocía que la cultura europea era superior en desarrollo, ciencia y técnica, en comparación a las culturas del continente americano, debido a eso apostó por la civilidad para que ellos conformaran una nación homogeneizada, era más que evidente y dejaba al proceso de desindianización en pleno auge en el "México imaginario". Asimismo, se detonaron políticas indigenistas que, a través de instituciones como el INI (Instituto Nacional Indigenista), emprendieron la tarea de extirpar a dichos pueblos de toda su cultura, y así lograr asimilarlos al México naciente; integrarlos a una dominación cultural emanada desde la política del país.

Así ha sido como una cultura dominante ha imperado al paso del tiempo, forjando un "México imaginario" que poco a poco fue creciendo y ocupando lugares en territorio nacional, trabajando en empresas, viviendo en casas solas, comprando en tiendas, supermercados, reproduciendo un mercado que mantiene a la cultura dominante apartada de la sociedad, pero que hace creer que todos participan siendo parte de su proyecto "imaginario". En contraste, la clase dominante que siempre sueña en hacer un México "más alto", rubio, igual o semejante al norteamericano o el europeo, es el que se encuentra en las zonas prestigiosas de los estados, realizando gastos exorbitantes y mirando hacia abajo, donde se encuentra la clase media del país, producto de su dominación.

Sin embargo, aquel "México imaginario" resultado de la cultura dominante, experimentó las glorias del “milagro mexicano”, pero también resintió las crisis y las incompetencias de la política y la economía del país. Bonfil Batalla aclara que la gran ruptura del siglo XX fue el año de 1968, donde gran parte de la sociedad "imaginaria" abrió los ojos, se conglomeró y reprochó aunque su voz fue mermada; asesinada.

"Contra el México profundo siempre estará el recurso final del asesinato, la cárcel, el incendio y la tortura. Con la ley o fuera de la ley" (Bonfil Batalla, 1990, p. 182).

El proyecto de nación del siglo XX fue un proyecto de negación y de erradicación de los vestigios de Mesoamérica. Ni la política ni la economía han logrado reconocer a los pueblos indígenas, pues han hecho todo lo contrario, los han promovido a nivel internacional como un atractivo turístico, como mercancía de cambio, sin embargo, los vastos intentos por desaparecer a los pueblos mesoamericanos, no son suficientes, ni lo serán, porque siempre existirá una resistencia, la de vivir, y de estar ahí.

Han sido muchas las causas para la desaparición de los pueblos indígenas, pero a pesar de que el yugo conquistador ha imperado durante quinientos años, han existido también formas de resistencia contra la dominación y el poder, denominándose como *Los senderos de la sobrevivencia India.* Desde tiempos remotos como lo fue el México precolombino y la conquista, muchos pueblos han sobrevivido preservando sus tradiciones y ritos por encima del sometimiento del imperio azteca, al igual que posteriormente se realizó contra el imperio español y la iglesia católica.

Empero, mientras los pueblos indígenas podían subsistir entre ellos como lo señaló anteriormente Bonfil Batalla, con la llegada del español fue completamente lo contrario. Formas de exterminio y de erradicación de culturas inferiores al español, fueron tareas principales para la instauración de la Nueva España, el terror y el sadismo se hicieron presentes a tal grado de generar una pesadilla para las viejas civilizaciones mesoamericanas que muchas veces optaban por el suicidio colectivo, o la simple abstinencia sexual para no tener descendientes. Sin embargo, con la tradición guerrera que se poseía, las revueltas nunca dejaron de hacerse presentes en quienes consideraron ser los rebeldes, la aparición de líderes mesiánicos que ganaban adeptos justificándose por tener revelaciones, se fusionó a la perfección con el culto politeísta y un nuevo sentimiento de añoranza que se manifestaba en el indígena. Aquel sentimiento que proyectaba un pasado glorioso anterior a la conquista, hacia un futuro que se anhelaba con el dolor y el martirio del presente.

Muchas fueron las revelaciones proféticas de líderes mesiánicos que cambiarían la situación de los pueblos sometidos, no es extraño que nuestra cultura encarne sus grandes deseos de transformar su destino mediante personajes carismáticos, héroes surgidos desde las masas populares, sacerdotes, hombres libertarios, o hasta cierto punto como se hace hoy en día: elegir a políticos, etc.

De igual forma, los prejuicios siempre han permanecido incrustados sobre las civilizaciones mesoamericanas vigentes, el pensamiento colonizador los ha tachado de ser reacios al cambio; negados a cambiar, empero, Bonfil Batalla aclara completamente lo contrario, ya que los pueblos indígenas al paso del

tiempo fueron adoptando ritos y tradiciones que posteriormente se harían suyas, un ejemplo claro es la religiosidad que se tiene en los pueblos donde podemos encontrar indígenas. Han hecho suyos a los santos, a las misas, celebraciones, fiestas y se han adaptado mediante el lenguaje y sus formas de vida, ante un mundo que durante cinco siglos se ha empeñado en erradicarlos.

> La forma en que los habitantes del México profundo manejan su religiosidad, ofrecen muchos ejemplos de cómo se han apropiado de imágenes y ritos católicos, y les ha dado un significado diferente del original porque los controlan desde su propia perspectiva religiosa, que no es la cristiana sino otra que es producto histórico de una primigenia religión mesoamericana (Bonfil Batalla, 1990, pp. 196-197).

Asimismo, el indígena ha hecho suyos muchos de los menesteres que el mundo modernizado genera y desecha, adaptando todo a su vida cotidiana, y es que, sería estúpido asumir que los indígenas vigentes en México son inadaptados, inútiles, carentes de razón, o que la tecnología que ellos utilizan no tiene un fin servil, entre más prejuicios que comúnmente se escuchan hablar por el "México imaginario". Los indígenas le han podido sacar provecho hasta lo inimaginable, describe Bonfil Batalla que su creatividad se muestra al hacer de latas floreros, o de llantas inservibles suelas de guaraches, etc.

Los verdaderos lastres provienen del pensamiento colonizador, el "México profundo" ha logrado instaurar una resistencia desde el día en que el proyecto de occidentalización comenzó. Empero, la cultura dominante ha influido fuertemente para que los indígenas modifiquen sus estilos de vida, cultura, tradiciones, etc. Las exigencias de la economía global también han causado que dichas sociedades se incorporen a un mundo nuevo, lleno de imposiciones, les hace suprimir su lengua, su vestimenta, la necesidad por tener dinero ha provocado —como bien lo expresa

Bonfil Batalla— la emigración de los hijos de las comunidades, no sólo a las urbes sino también a los Estados Unidos.

A pesar de la dominación cultural del "México imaginario", prevalecen como grandes resistencias al poder colonial muchos pueblos que comúnmente aparecen apartados, reviviendo diversas costumbres que se pensaban extintas para dar respuesta a la vasta miseria a la que han sido expuestos, y más aún frente a las cotidianas crisis económicas y políticas que los gobiernos ineficientes acostumbran perpetuar en la vida mexicana. La respuesta de los gobiernos al poder, siempre ha sido el uso de retóricas disfrazadas como políticas sociales, o programas para los indígenas, en los que se sustentan el estudio y su incorporación al "México imaginario", o mejor dicho, su desindianización.

*El país que hoy tenemos,* no dista en demasía con el país que describe Bonfil Batalla, aquel procedente de un régimen político ineficaz que sólo ha sido oportunista de la explotación de una sociedad y de sus recursos naturales, así como los de su gente, todo con el afán de seguir perpetuando el "México imaginario" por encima de todo.

La crisis que se detonó después del milagro mexicano es la consecuencia de sucesivas políticas y gobiernos incapaces, incompetentes y rapaces, en donde solamente una minoría traducida en élites y oligarquías se benefician a manos llenas mientras se contrasta con la vida del México de abajo, aquel que cada día ve mermadas sus aspiraciones de tener oportunidades, mantener buenos niveles de vida o aspirar a mejores. El "México imaginario" se ha ido desquebrajando a través de sus mentiras.

> No pudimos construir un país imaginario y sería demente insistir en hacerlo. México es éste, con esta población y con esta historia; no podemos persistir en el empeño de sustituirlo por otro que no sea éste. La tarea es más simple: hay que hacerlo mejor. Pero desde adentro, no desde afuera (Bonfil Batalla, 1990, p. 223).

Bonfil Batalla describe todas las ventajas que se han desperdiciado por imponer el proyecto de nación para el "México imaginario", tenemos vasto territorio nacional que en vez de aprovecharse se vende al mejor postor sin importar que el país muchas veces prefiera importar. Se ha hecho a un lado a las civilizaciones que a pesar de los contratiempos siguen presentes, sobreviviendo gracias a sus conocimientos ancestrales y a la vasta prevalencia de sus rasgos étnicos. Bonfil Batalla aclara que la tarea no es fácil, pero hay que echar una mirada a nosotros mismos y dejar de ver el exterior, para ver lo que realmente somos por dentro como mexicanos.

Bonfil Batalla propone reconocer a la civilización mesoamericana dentó de un nuevo proyecto de nación, él sabe que la tarea no es fácil, sin embargo, es un nuevo camino más próspero para un futuro que no depara buenos resultados. Esto reforzaría a la democracia de la que tanto se habla, y no sólo mantener el proyecto de occidentalización que no tiene ni pies ni cabeza.

Las desigualdades son notorias en el país, las oportunidades para los jóvenes son decadentes, la incorporación de un modelo económico ha hecho renunciar a nuestra producción y nuestras ventajas. Porque el estándar para decir que un país es civilizado y desarrollado es a través de la comparación con Occidente, cuando México no ha pasado de ser un país subdesarrollado, con problemas étnicos y que al pasar del tiempo agravia la condición de vida de los

mexicanos. Porque el orden colonial que impera en el país es el mismo al de hace quinientos años.

Las alternativas están en reconocer al otro, al que vive inmerso en el "México profundo" y que a pesar de vivir negado, se mantiene estoicamente en un país incapaz de mirarlo. Porque se necesita ser plurales y dejar de ver lo diferente como lo inferior.

En suma, la mexicanidad para Bonfil Batalla es una mentira que emana de la dominación heredada tras la colonia. Es aquella mentira exaltada con el nacionalismo y que históricamente ha negado a una pluralidad étnica, no obstante, la ha negado, despreciado, exterminado hasta el punto de generar un etnocidio. Sin embargo, dicha descripción es la invitación por hacer una democracia plural y real en el país.

9. “La Identidad Nacional ante el espejo”: Carlos Monsiváis

> "¿Cómo ser contemporáneos de quienes defienden la modernidad, si se vive sujeto a los prejuicios de lo nacional, que aleja del gozo adquisitivo de lo nacional?".
>
> Carlos Monsiváis (1990, p. 122)

Muchas veces polémico en su forma de vida y en el legado literario que heredó a México, Carlos Monsiváis (1930-2010) fue escritor, cronista, narrador y ensayista, el cual dejó a la mexicanidad un vasto legado, empero, al igual que Roger Bartra (2006, pp. 295-301) en *Anatomía del mexicano* me adentraré a analizar a grandes rasgos el ensayo *La Identidad nacional ante el espejo*, publicado en la antología coordinada por José Manuel Valenzuela Arce en 1992 con el nombre de: *Decadencia y auge de las identidades.*

Asimismo, su perfil siempre cuestionado fue un antagónico frente a la imagen de Octavio Paz a quien le hizo diversas críticas, como la que remite lógicamente al último pensamiento plasmado en el *Laberinto de la soledad,* para que de esta forma Monsiváis cuestionara a la identidad nacional, la cual, a través del siglo XX se mantuvo como una retórica a defender por parte del gobierno e intelectuales que buscaron reafirmar la creencia y la fe de la sociedad hacia los detentadores del poder en México.

Igualmente el supuesto "soliloquio del nacionalismo mexicano" contrastó directamente con la llegada del TLC (tratado de libre comercio). La famosa apertura económica hacia el extranjero y las facilidades que se le brindaron

disintió con años de severas crisis y devaluaciones, resultado de la ineficiente época del Estado benefactor.

> Según la industria cultural, la identidad es sucesión de lujos emocionales, de pasiones ordenadas por la fatalidad, de alianza orgánica entre raza y destino trágico, del gusto por la muerte, del machismo, irresponsabilidad, sentido totalizador de la Fiesta (Monsiváis, 1990, p.122).

Sin embargo, Monsiváis aclara que tal fenómeno nos aproxima a la homogeneización con otras culturas como la estadounidense por su gran poderío económico, pero no con las que se han considerado como "las de abajo", tal es el caso de Guatemala por citar alguno.

Queda claro que la definición de identidad nacional deja muchos cabos sueltos, pero también nos remite a una de tantas series de contradicciones que lograron la efervescencia del Sistema Político Mexicano desde su nacimiento, cimentado por sucesos históricos como la Revolución Mexicana, la creación de héroes, las batallas épicas, las creencias, costumbres, la religión, etc. Factores que fueron un cúmulo de rasgos que iban y venían dentro del país con gran orgullo, empero, ante lo dicho, Monsiváis refiere necesarias una serie de preguntas:

> ¿De qué modo se aplica la identidad, que es fijeza, a los requerimientos del cambio permanente? ¿Cuál es el meollo de la "identidad? ¿La religión, la lengua, las tradiciones regionales, las costumbres sexuales, los hábitos gastronómicos? Y en este orden de cosas, ¿cuál es la "identidad nacional" de los indígenas?, ¿no hay diferencias entre "identidad" de los burgueses y la de los campesinos? ¿Hay identidad o identidades? ¿Cómo intervienen en el concepto de las clases sociales y los elementos étnicos? ¿Hasta qué punto es verdadera la "identidad" desprendida del imperio de los *mass-media?* Si la "identidad" es un producto histórico, ¿incluye también las derrotas, los incumplimientos, las frustraciones? (Monsiváis, 1990, p.123).

El concepto de identidad nacional que se promovió durante el siglo XX ha sido un discurso a favor de las élites dominantes que manejan al país, a tal grado

de dejar siempre excluidos a sectores de la sociedad considerados como minorías, para así alimentar el hambre de falsas promesas de una clase que se ha vuelto el fuerte sustento de la política nacional, y es la clase media. Quedan fuera, los indígenas, los verdaderos pobres, los que tienen creencias distintas, etc., mientras el discurso de la identidad nacional fue utensilio servil del control y la dominación social hasta que el neoliberalismo nos puso ante el espejo, y desató la esquizofrenia de una falsedad sin escrúpulos.

El debate sobre las modificaciones o la evolución de la forma en que los gobiernos mexicanos han utilizado el discurso de la unificación social, mediante la identidad, se puede remontar a épocas inmemorables, como bien lo define Monsiváis, desde alegorías, hasta momentos de crisis, sin embargo, jamás se ha pensado o se ha asumido que la sociedad mexicana mantiene viva una diversidad cultural, étnica, social y económica. Jamás se ha reconocido oficialmente que somos una pluralidad cultural.

Pareciera que el arduo empeño por imponer una identidad ha orillado a que la obligación de ser, genere la reacción de la otredad, como bien acierta Monsiváis señalando a la paria, a la cultura urbana, y a todos los que no convergen entre la epopeya imaginaria de la unificación del gobierno. No siempre aquel Ser impuesto es sinónimo de benevolencia, al igual que "el otro" represente el sinónimo de maldad, puede ser siempre uno y el contrario del otro. Ahí podemos ver a los grupos minoritarios peleando por reconocimiento y por sus derechos, tal es el caso de las sociedades en convivencia, las mujeres, aquellas que culturalmente han sido negadas, entre otros.

"El sentimiento variado y profundo de "mexicanidad" es la diferencia especifica que carece de género próximo" (Monsiváis, 1990, p.127).

De igual manera, todo el siglo XX pareciera ser un empecinamiento de la búsqueda de la identidad nacional que explotó en un sinnúmero de argumentos, estudios filosóficos, intelectuales, literarios, que una vez que llegaron al fin de siglo, han quedado en un arrebato egocéntrico por definir un universo en un reduccionismo de palabras. En el año de 1992 Monsiváis deja una losa muy pesada sobre la mexicanidad, mediante una crítica certera que hoy sigue teniendo vigencia.

El próximo —como él define al otro— se mantiene reproduciéndose en las grandes urbes, mediante la ineficiencia de la política y la economía nacional, a través del desempleo, de su explotación laboral, de los abusos del poder, de su negación, dando como resultado no a una "identidad nacional" pintada sobre hojuelas acarameladas, sino a una "identidad mítica"; como resistencia diversa de los individuos, frente a una modernidad como la descrita metafóricamente por Monsiváis: de ojos azules y cabellos rubios, ser coca cola o pepsi, computadoras y tecnología en contraste con nuestra pluralidad étnica, religiosa, sexual y hasta urbana.

Por esa razón, Monsiváis declara que no se puede usar el término de "identidad nacional" para el alardear de un sinnúmero de características que definan de manera reduccionista o simple nuestro existir, existe una mutabilidad global y otra nacional y local. "La identidad entre otras cosas, es el consuelo de muchos, la resignación compartida ante las carencias, mal solidaridad en la frustración" (Monsiváis, 1990, p.129).

¿Qué fue del nacionalismo que enraizó a todos los males de la mexicanidad durante la primera mitad del siglo XX?

Para Monsiváis, el nacionalismo es “la premisa ideológica de la unidad y consecuencia orgánica de la fuerza del Estado. Dialéctica sucinta: la vitalidad del nacionalismo solidifica al Estado, y el crecimiento del Estado le infunde legitimidad al nacionalismo” (Monsiváis, 1987).

El ser del mexicano ha cambiano. El viejo nacionalismo se ha transformado frente a la apertura del comercio mexicano, y precisamente, tras la globalización. Los vestigios del nacionalismo, han quedado atrás para Monsiváis, siendo reemplazados por nuevos rasgos que al parecer caen en la banalidad y son instaurados, como él lo define, por la burguesía para generar el sentimiento de pertenencia al origen, al país o región. Estos cambios ahora se han modificado hasta recaer en el gusto exacerbado por el futból, con sus festejos, cánticos, entre más.

La historia mexicana fue desplazada por las nuevas formas de vida, el mexicano a partir de los ochentas dirige su identidad hacia diversos rasgos que la modernización exige, y ya no a las viejas glorias y mitos que se desencadenaron de la Revolución Mexicana. Sin embargo, los restos o vestigios que continúan sosteniendo al régimen político en el país, siguen ocultos y se trasladan como rémoras en el desarrollo de la vida citadina. Por esta razón el mexicano no comulga con la modernidad, se aferra y se resiste a no ser.

No obstante, Monsiváis ubica cinco etapas del nacionalismo popular: la primera de 1910 a 1920 como la “reaparición de México”, como segunda etapa la de 1920 a 1940 como el “reino del nacionalismo estatal posrevolucionario”, la

tercera de 1940 a 1960 considerada “la era de la unidad nacional”, como la cuarta etapa considera el surgimiento de la “sociedad de masas” de 1960 a 1981, hasta culminar con la quinta etapa, la cual denominó como “el postcolonialismo en la crisis”, época en la que resalta la democratización exacerbada de la vida mexicana en completa comunión con el orden global (Monsiváis, 1987). Dichas etapas se van constituyendo a través del desarrollo modernizador del país siguiendo la pauta de la hegemonía estadounidense, cosa que Monsiváis llama: “norteamericanización”, modificando diversos aspectos que convergen en la vida cultural de los individuos, pero sin perder por completo lo generado por el nacionalismo nacido de la revolución.

Empero, ante el fenómeno que menciona Monsiváis, podemos vislumbrar que la ideología del nacionalismo después de los años ochenta, no ha sido más que un fantasma que persigue e impide el desarrollo pleno de los individuos en diferentes regiones del país. Se impone un nuevo orden a seguir, se le trata de instaurar una nueva vida al mexicano y a su mexicanidad, sin embargo, la realidad demuestra la crueldad de la no adaptación. Es la plena lucha y resistencia de un ser que mantiene una forma de vivir frente al contraste de una imposición global.

Nacen nuevos mitos, se impone un nuevo lenguaje, transitan nuevos valores emanados de la democracia extranjera, emana una secularización de los valores del Estado y como resultado, siempre encontramos la rebeldía del mexicano y mexicanidad, traducido en ingobernabilidad o en problemas de políticas culturas. Un caso que bien se puede ejemplificar, el crimen de Estado que se vivió el 2 de Octubre de 1969.

“De un nacionalismo multiclasista, folclórico, adecentado y guiado por el paternalismo se transita a otro, casi exclusivamente popular, rijoso, obsceno, desencantado, naco y cuyo centro no es la unidad política sino el traslado casi íntegro de “la Nación” a la esfera de la vida cotidiana” (Monsiváis, 1987). Se diluyen casi como meros recuerdos las imágenes míticas del macho mexicano con bigote escuadra, botas y sombrero, por hombres de cabellos largos y arracadas. Esto lo define Monsiváis como la perdida de la concepción femenina y masculina, presente en el “postnacionalismo mexicano”. Aquel en el que contrasta la sociedad civil frente al nacionalismo-internacionalismo.

En suma, para Monsiváis la mexicanidad es producto de una dominación emanada desde el nacionalismo del siglo XX, el cual, no ha pasado de ser una falsedad para tratar de unificar a una nación completamente desigual, con diversas identidades, tanto étnicas, como sociales y hasta sexuales. Es algo completamente occiso frente a las exigencias globales, puesto que se presenta como una falsedad que ya no tiene sustento.

## 10. Reconsideraciones.

La época de crisis política en México a inicios de los años noventa dio la pauta para aperturas democráticas que también coincidieron con la incorporación al comercio mundial. Asimismo, dichos acontecimientos generaron un contraste entre la identidad nacional y el proyecto de nación que se promovió durante la primera mitad del siglo XX.

Los viejos mitos de la mexicanidad comenzaron a tener decadencias, después de haber asumido que la sociedad mexicana era única o particular, la otra cara de la moneda se manifestaría. La cuestionada elección de 1988, el levantamiento armado del EZLN en Chiapas en 1994, la apertura económica del país, la globalización, etc., fueron rasgos que mermaron la credibilidad del proyecto de nación y la identidad nacional.

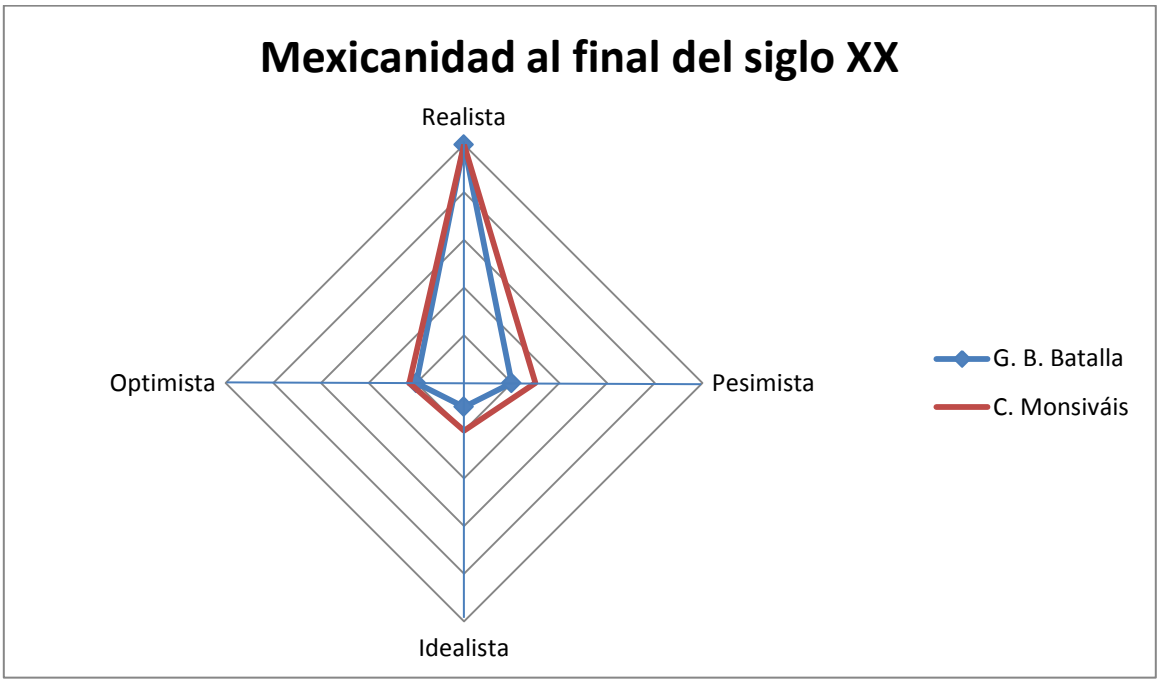
No había ya una identidad única en el país, se clamó por el reconocimiento de una pluralidad social; étnica, cultural, de género, y también se comenzó a describir a una cultura popular que emanaba desde las grandes urbes, contraponiéndose a la vieja cultura nacionalista.

Es difícil encontrar una crítica en los trabajos de Bonfil Batalla y de Carlos Monsiváis, ya que ellos asumen el rol de denunciar muchas de las deficiencias que mantuvo el Sistema Político Mexicano en la última década del siglo XX. Sin embargo son referentes claros para comprender el cambio de una época en la mexicanidad.

Asimismo, la siguiente gráfica representa lo que he considerado como aporte principal de los trabajos de Bonfil Batalla y Monsiváis, teniendo en cuenta

que la mexicanidad a finales del siglo XX, llegó a un ocaso gracias a las exigencias globales.

Tanto Monsiváis como Batalla, son ampliamente realistas, rompen por completo con la línea de idealismo que se vino trazando desde el comienzo del siglo XX. No caen en el pesimismo exacerbado, pero tampoco en un optimismo ingenuo.



# IV. EL RESURGIMIENTO DE LOS FANTASMAS; EL DEBATE CONTEMPORÁNEO

## 11. Antesala

Una nueva era se presentó con el final del siglo XX, los cambios políticos, económicos y sociales serían primordiales para que el tema de la mexicanidad entrara en debate. La alternancia en el poder del año 2000 por parte del Partido Acción Nacional, pudo reflejar que la sociedad en México había logrado desplazar de manera electoral al partido que se había perpetuado en el poder por 70 años, a pesar de que el PAN respondiese a una tradición ultra-conservadora que nació desde 1939 para ser el antagonista principal de la dominación priista.

De la misma manera en que los cambios se presentaban en el país, al pasar del tiempo se sumaría el temor del regreso del "Partido hegemónico" después de dos sexenios de fracasos panistas —de 2000 a 2012—. Así también, aparecerían consecuentemente estudios para corroborar si la mexicanidad habría generado transformaciones, o si ésta continuaba condicionando a la sociedad, como lo hizo en su momento el nacionalismo revolucionario.

Por esta razón, me remitiré a los siguientes estudios que considero más sobresalientes: Roger Bartra con su publicación de 1987 intitulada *La Jaula de la melancolía,* para tomarla como parteaguas de estudios contemporáneos y continuar con Agustín Basave y su obra de 2010 con el nombdre: *Mexicanidad y esquizofrenia los dos rostros del mexijano,* Jorge Castañeda en 2011 con *Mañana o pasado el misterio de los mexicanos,* Denise Dresser el mismo año con *El país*

*de uno reflexiones para entender y cambiar a México* y para finalizar, en 2012 con el *Excepcionalismo mexicano, entre el estoicsmo y la esperanza* de César Cansino.

## 12. De “la jaula de la melancolía” a la condición postmexicana: Roger Bartra

> [...] esa mañana gris de 1984 enterraban allí a Julio Cortázar, que había muerto la víspera. Se acordó, al llegar a las puertas del cementerio, que el axolote había murmurado como despedida:
>
> —En esta soledad final, a la que no volverás, me consuela pensar que acaso alguien va a escribir sobre nosotros los axolotes.
>
> Roger Bartra (2005, p.31)

El trabajo magistral de Bartra surgido en el año de 1987 es un motor de interpretaciones, como bien lo dice el antropólogo citando a Umberto Eco.

Es importante destacar la parte introductoria del ensayo, en donde Bartra nos lleva de la mano hacia un viaje que nos hace penetrar en el tema de la filosofía mexicana, la identidad nacional y todo lo referente a dicho debate, ya que, con su sabia guía nos hace mirar de una forma diferente a la cultura del país y a todos los perfiles que han emanado de las letras de los grandes pensadores del siglo XX, demostrándonos que, todos los arquetipos —como él los nombra— que se han reproducido en México, son el proceso de la dominación de una cultura hegemónica que data con mayor fuerza desde la época revolucionaria. A pesar de aclarar que existe también grandes lazos que bien pueden embonar a la coyuntura histórica de la conquista y la colonia.

Empero, la obra se traza haciendo la comparación mitológica con un animal mexicanísimo que habita en las profundidades, o en las entrañas de Xochimilco, el Axolote. Ya que su característica *sui generis* entre la negación de su metamorfosis de axolote-salamandra, se perpetúa como un referente para la guía y comprensión de la cultura mexicana, y de los arquetipos que han predominado a lo largo del

siglo XX y subsisten en el XXI, los cuales obstaculizan el desarrollo de la democracia moderna del país, y mantienen en estandartes de privilegios a una clase dominante haciendo uso del Estado, lo que emana de él y del manejo del poder.

En *El edén subvertido,* Bartra (2005) cuestiona la imagen del campesino mexicano mitificado tras la llegada impávida de la modernidad, puesto que la gran mayoría de las veces dicha imagen genera un sentimiento de tristeza proveniente de la historia.

Empero, la reproducción de los significados simbólicos que emanan de los arquetipos que se fueron construyendo tras la explosión revolucionaria —como lo es la imagen del campesino—, son fuertes vigas que sostienen gran parte de un sistema de dominación en el país. Asimismo, Bartra recurre a la perfección en ilustrar las contradicciones que habitan en nuestra cultura al mencionar que la creación del mito del campesino se ha hecho a través de la mirada de una ciudad y de una cultura que están totalmente apartadas de la realidad. Por esta razón asocia al campesinado nacido del mito revolucionario con el fantasma de Pedro Páramo, ya que su silueta permanece en el presente como el recuerdo borroso de quienes han sido destruidos, generando en la sociedad un sentimiento de culpa y melancolía.

> Estos campesinos pensados desde la ciudad y desde la cultura moderna son el fantasma, como Pedro Páramo, de recuerdos borrosos en la memoria colectiva: son los ancestros recordados que, como una larva en el pensamiento, se reproducen constantemente (Bartra, 2005, p. 34).

Frente al sentimiento que emana de la imagen del campesinado nos encontramos con el nuevo mundo industrial y la modernidad, sucesos que chocan

y que contrastan con una nación que nace mitificándose. Asimismo, este proceso es la búsqueda perpetua de la legitimidad política de un sistema que reproduce arquetipos de todo tipo; tanto psicológicos como aquellos que se reflejan en las estructuras sociales como lo son las instituciones.

Bartra hace referencia al dios Jano para ilustrar las dos corrientes de las que emana la nueva sociedad imaginaria, aquella que viene de la paradoja de la modernidad y del progreso frente a la herida que deja la violenta guerra de revolución. De igual manera, aclara que "[...] los mexicanos que han resultado de la inmensa tragedia —que se inició con la Conquista y terminó con la Revolución— son habitantes imaginarios y míticos de un limbo violento" (Bartra, 2005, p. 36).

Principio y fin. Contradicciones vitales que se ven en el contraste del subdesarrollo de una nación que lanza cánticos de vanguardia. No obstante, aclara Bartra que el mito del edén subvertido es el cauce originario de la cultura mexicana, de donde emana el concepto de nacionalidad y da como resultado a mexicanos que poseen "almas arcaicas" que se reproducen frente al encuentro trágico con la modernidad.

Pareciera que la vida real es una sinfonía que deja fuera a un México nostálgico de la muerte, y melancólico del hacer, característica de poetas, filósofos, psicólogos, novelistas, músicos y sociólogos. El encuentro con el mundo mítico que surge de las profundidades de la mexicanidad, es la obra que Roger Bartra (2005) nos otorga dentro de la *Jaula de la melancolía.*

La relación que surge entre la mexicanidad y el axolote se presenta en aquella característica de progénesis, la cual no es nada más que la procreación sexual antes de llegar a la madurez corporal. Asimismo, en México tras el trauma

que dejó la conquista, la colonia, la modernidad y la revolución, surge la imagen precaria del campesino despojado de todo, abandonado a su suerte dentro de un mundo que cambia incesantemente y que no muestra compasión de él. Un mundo que se quedó estancado en la juventud dolorosa de procesos históricos que no terminaron de asimilarse.

Ante este suceso, se forja en la conciencia nacional aquella imagen que genera tristeza, melancolía y lástima, en una dualidad que engloba grandes estudios sociológicos, psicológicos, antropológicos, etc. La dualidad se proyecta en el arquetipo de la *janeidad* mexicana, como lo es en gran forma el campesino, aquel que encarna una de las guerras más vastas pronunciadas en su nombre durante el siglo XX, aquellos que son pasivos, indiferentes al cambio, estoicos, inmutables, pesimistas, miedosos, individualistas, resignados, sumisos y abnegados, entre más.

La imagen del campesino se encuentra incrustada en el imaginario colectivo de nuestra cultura nacional y del carácter del mexicano. Pronunciando a José Revueltas, Bartra semeja la significación del campesino con el cadáver que se encuentra flotando en la conciencia colectiva, lo cual, genera cotidianamente el sentimiento de zozobra y nostalgia, síntomas directos del síndrome de la melancolía “En esta paradoja se puede ubicar la metáfora de Alfonso Reyes según la cual los mexicanos son anfibios del mestizaje: soportan todos los pecados de la modernidad, pero aún viven inmersos en la Edad de Oro” (Bartra, 2005, p. 37).

Y ¿quién no ha sentido tales sensaciones al ver a los campesinos e indígenas siendo presas fáciles de las injusticias políticas y sociales?, ¿quién no ha experimentado el vacío que deja la melancolía al verlos caminar por las calles

pidiendo dinero para comer, y ver sus siluetas tristes, con pies semidescalzos y apabullados por las tempestades climáticas?

A su vez, Bartra destaca, y se remite al estudio de Julio Guerrero de 1901 para indicar que, a través de las características psíquicas y de los rasgos que forjan al carácter mexicano, se encuentra la primera instancia de la filosofía mexicana que años más tarde retomarían personajes como Samuel Ramos, Emilio Uranga, Jorge Carrión, Octavio Paz y Santiago Ramírez, entre otros, para expresar una reflexión sobre la melancolía mexicana, la cual, describe a la perfección que nuestra tristeza cultural no es ocasionada por consumir alcohol, pero se puede encontrar fácilmente en las obras de poetas o novelistas, entre otros, hasta en la música tradicional, con una fuerte porción de melancolía que proviene del indígena y la seriedad castellana (Bartra, 2005, p. 48).

Sin embargo, Bartra señala a Guerrero como el pionero arquitectónico de la mitología mexicana, aquella que se fue construyendo al paso del tiempo y que ha, no solamente detonado en diversos arquetipos que se reproducen sin cesar, sino también ha logrado arrastrar a la Otredad a una búsqueda incesante que mantiene inconscientemente el anhelo de regreso al padre y la madre —de manera simbólica—.

La cultura nacional ha penetrado en la profundidad del ser, y ha ocasionado un desvío por tener conciencia del Ser mismo, orillando al resultado del famoso pelado mexicano o lépero, descritos por Ramos (1993) y Paz (2000) como seres proclives a la violencia urbana, poseedores de una trágica soledad y sentimiento de inferioridad. No obstante, dicho personaje es muy recurrido por las letras de diversos escritores porque mantiene ligado un significado histórico que no se ha

podido reconciliar con el transcurso del tiempo, y que no precisamente es característico de nuestro país, sino también de Latinoamérica. Melancolía que también hizo sucumbir al Quijote de la mancha (Bartra, 2005, p. 52).

Cabe mencionar que, la melancolía tan característica de nuestra cultura, proviene también de un bagaje histórico que data desde Europa occidental y que, tras la conquista y la colonia, destelló uno de los cuatro humores de la medicina hipocrática descrita por Aristóteles: "la bilis negra", factor que encuentra al hombre frente a un abismo con dos pendientes: la genialidad y la locura; el súper hombre y la bestia; la civilidad y el campesinado.

Asimismo, ante dicha dualidad que conforma el carácter nacional, tras la Revolución emergió un dogma a través del campesinado, el mismo que se levantó en armas para no cambiar, y que representa también la alianza simbólica en comparación con el axolote que niega a metamorfosearse e impide ser una salamandra, y ante dicha negación suele reproducirse hasta la infinidad.

> El axolote vive, por su parte, en las aguas del lago de Xochimilco, y es del color del lodo. ¿Por qué no se metamorfosea? Al no hacerlo inventa una nueva especie. ¿Por qué? [...] Desde la mitología de los antiguos mexicas, pasando por naturalistas clásicos hasta escritores actuales, el axolote ha creado a su alrededor una sensación de misterio. El axolote es el hermano gemelo de Quetzalcóatl; es, más tarde, compañero de viaje de Alexander Humboldt y huésped de Cuvier; se ha asomado al siglo XX a través de un conocido cuento de Julio Cortázar y en los versos de un famoso biólogo, Garstang (Bartra, 2005, p. 62).

Tanto el animal acuático como el presente mexicano, muestran la negación viviente del ser, o mejor dicho, manifiesta a la perfección al otro; al negado, el rebelde, aquel que revolucionó "la contra", y que indudablemente permanece estoico en el tiempo; inmutable. Tal y cual se asemeja al mexicano de cualquier orden. Dicho esto, encontramos al mexicano inmerso en la fusión de dos mundos

que actúan como maquinarias de mitificación y de negación del ser, o del no-ser, dependiendo del punto de vista. Asimismo, históricamente lo que ha quedado fuera del continente conquistador-colonizador ha sido categorizado a ser y a no-ser, enraizando un eurocentrismo, presente también en la construcción de nuestra cultura que jamás se ha apartado de mimetizar a Occidente europeo a través de proyectos de nación, programas políticos, sociales, etc.

Otra característica sobresaliente en el trabajo magistral de Bartra es la explicación que da sobre el significado de tiempo y espacio, describiendo la diferencia entre la noción que tienen los occidentales frente a las civilizaciones que permanecían en el continente americano tras su descubrimiento. Mientras en las civilizaciones primitivas americanas existía una noción mítica del tiempo, se a un lado la causalidad y se atribuía todo a la divinidad, de aquella manera mantenían un ritmo vital apacible, lento o en dado caso sin la existencia del concepto de tiempo y cambio, porque todo parecía cíclico; por eras, lo que hace tener una conexión directa con el pasado que circula por el presente, cosa bien ilustrada con los ciclos del calendario maya y azteca, y otras civilizaciones aborígenes que fusionaban la espiritualidad y lo humano (Bartra, 2005, p. 68).

Por otro lado encontramos la noción que tiene el europeo, la cual delega la noción de las civilizaciones primitivas —aunque no pueda erradicar por completo su temporalidad—, y mediante esta negación, surge la idea de homogeneizar el tiempo, de forma racional y mecánica, como aquel concepto histórico positivista que estuvo en auge durante el siglo XIX: el positivismo; bajo el lema de orden y progreso, el cual mantenía a la historia en una evolución permanente.

Empero, frente a estos dos conceptos de temporalidad que por un lado es mítico-primitivo y del otro es moderno-progresista, surge una nueva corriente de temporalidad espacial, la cual —menciona Bartra— está ligada al edén primitivo, es decir a un nuevo tiempo mítico que contrasta con la noción que representa la modernidad y su carácter histórico.

"Para la mente civilizada el primitivo trata al tiempo con desprecio e indiferencia; el salvaje y el bárbaro son definidos por su lentitud natural y su abulia" (Bartra, 2005, p. 69).

Asimismo, la visión que sostiene Occidente sobre la temporalidad y el espacio, desplaza por completo a aquellas que descienden de civilizaciones primitivas, dejando a un lado que también la noción occidental mantiene una causalidad ligada a un misticismo, y se encuentra ligada a una numerosa cantidad de concepciones de temporalidad que no pueden excluirse plenamente. *"La cultura moderna también tiene sus mitos…"* (Bartra, 2005, p. 71).

Bartra sostiene que la sociedad industrial es un gran mito de las civilizaciones occidentales, y a su vez, constituye en gran forma los rasgos que penetraron y se perpetuaron en el carácter mexicano; durante y después del contacto con el proceso colonial que hasta hoy, no termina de consolidarse. De esta manera, Bartra retoma la obra de Jorge Carrión (1970): *Mito y magia del mexicano,* para referir que el carácter mexicano no diferencia la concepción del tiempo; del día o la noche, o del pasar de los años, sino que se mantiene viviendo al día, como si estuviera inmerso en un *limbo,* de esta manera pronuncia:

"Se trata de un ente urbano que contempla con asombro el mundo rural: como no percibe diferencias ni movimientos, cree que el tiempo no transcurre" (Bartra, 2005, p. 72).

Huelga decir que, dicha característica de estatismo temporal, se refleja a la perfección en la imagen del campesinado que figura ser un cuadro viejo y lleno de polvo, el cual se mantiene igual a través del paso de los años. Empero, dicho desprendimiento de la temporalidad no sólo es característica del campesino, sino también de las diferentes formas que convergen en México. Por esta razón, también Bartra menciona la similitud que tiene el campesino con la quietud asiática, formas que para Europa occidental no pasan de ser primitivas y melancólicas, casi similar al que Samuel Ramos (1993) asoció con el *egipticismo* de la cultura mexicana en *El perfil del hombre y la cultura en México.*

Los efectos que producen las diferentes concepciones de la temporalidad, tanto en la visión occidental como en la de los pueblos no occidentales, corresponden al significado que Bartra nos otorga en el siguiente párrafo:

> Un hombre de la ciudad percibe pocos cambios en la vida rural, y por eso cree que ahí el tiempo se estira interminablemente. Un europeo que no es capaz de interpretar los significados sociales y culturales de lo que ocurre en una sociedad no occidental, creerá que allí el tiempo transcurre con lentitud. Al mismo tiempo, al recordar sus experiencias en el campo en medios rurales o no occidentales es fácil que minimice y reduzca considerablemente la importancia del espacio temporal en que transcurre la historia (o, incluso, pensará que allí no hay historia) (Bartra, 2005, p. 75).

La tragedia para el occidental aparece cuando tienen conciencia del tiempo, cosa que les genera un aburrimiento, fastidio, etc., asimismo, el contraste con el salvaje es vivir sin conciencia del tiempo, y por esta razón "se le atribuye esa particular melancolía que en realidad es una emanación del hombre occidental"

(Bartra, 2005, p. 76). A su vez, la tragedia mexicana viene a través de la pasividad y la inmutabilidad en el tiempo, y por esta razón Bartra señala —citando a Emilio Uranga— que existe una *"herida ontológica que destila melancolía"* (Bartra, 2005, p. 76), o también las características que rescata de los versos de López Velarde intitulado: *La tejedora,* las cuales son: "inactividad, melancolía y emotividad" (Bartra, 2005, p. 76).

A través de la creación de nuevo hombre que trae la Revolución y la modernidad, se crean nuevos mitos. Por eso mismo, es necesario identificar que tras el nacimiento de un hombre nuevo; ya sea primitivo, bárbaro o civilizado, se encontrará como la base de su existencia unos fuertes cimientos de carácter mítico, por ejemplo, en el caso mexicano se puede encontrar con facilidad el Romanticismo nacionalista tan característico de diversos escritores, filósofos, poetas y artistas, los cuales contribuyeron a la perfección a construir tragedias históricas de las cuales emanaron grandes héroes que lógicamente culminaron mitificándose en la historia nacional.

Por eso mismo, debo mencionar algo de gran relevancia en la obra de Bartra, la cual, señala la importancia del factor político-cultural de las sociedades, aquellas que pueden ser modernas y no modernas, pero que a través de su desarrollo consolidan una gran cantidad de significados simbólicos; ritos, celebraciones, cultos o ceremonias, así como lo ha hecho en su momento el positivismo con la adoración de la razón positiva, el catolicismo a la divinidad, y hasta el nacionalismo mexicano enarbolando al campesinado como aquel ser primitivo, mítico, despojado y apabullado que hace generar de facto la búsqueda

del progreso y desarrollo nacional a través del sentimiento de melancolía que desprende su triste silueta.

Tras la inmutabilidad del tiempo, se genera otro mito en el mexicano, aquel que ya expresaba Paz cuando señalaba la indiferencia de la vida y de la muerte en el mexicano, cosa misma que tiene una estrecha relación con la pasividad temporal. Mientras para el europeo occidental-moderno la vida representa el progreso; la suma de ganancias monetarias y por ende "no hay tiempo para morir" porque la muerte tras esa razón los aterroriza. Para el primitivo campesino que ha sido despojado y que vive tras el martirio y la melancolía, "la vida no vale nada" —expresaba José Alfredo Jiménez en una de sus canciones más famosas— y la muerte le es indiferente. Se necesita morir para pasar a una mejor vida y desprenderse de los achaques del vivir. "Hay que morir para vivir" sin importar que se tenga que matar, porque ni el tiempo importa, ya que se perdió el edén; el pasado, y no sólo se siente melancolía, sino también nostalgia.

> ¿Y por qué no le tiene miedo? Detrás de esa máscara —sí es que es una máscara— debe haber un antiguo secreto, una verdad ancestral pérdida. La muerte, pues *sí tiene un sentido:* oculta el misterio del otro: del que da testimonió de que el mundo, como dice Cernuda, <<no es una feria demente ni un carnaval estúpido>> (Bartra, 2005, p. 90).

Bartra acentúa que, aquel mito mexicano que existe sobre la indiferencia a la muerte es una invención de la cultura moderna, es reflejo mismo de la necesidad de aliviar el sufrimiento mediante rituales, como el del 2 de noviembre o como todo aquel que conmemora a los héroes patrios que necesitan morir para consagrarse, empero, también los norteamericanos conmemoran a la muerte mediante rituales de mitificación para sus héroes caídos, el caso del *Memorial Day.* “La muerte consagra y eleva a quienes han muerto por la patria imaginaria,

por esa razón <<la cultura nacional les propone el único gesto heroico posible: morir fácilmente, como sólo los miserables saben hacerlo>>" (Bartra, 2005, p. 91).

En el capítulo diez nombrado *El héroe agachado,* Bartra desmantela el lado lúgubre de la dominación, el control y la reproducción que tiene el Sistema Político en México, y éste recae plenamente en la cultura.

Dicha dominación cultural aparece como una red inmensa, de la que se desprenden hilos que generan diversos arquetipos sociales, los cuales, han sido resultado de los largos debates sobre el estudio del mexicano y la búsqueda por encontrar sus características y rasgos distintivos, así como lo hicieron la filosofía mexicana y la identidad nacional durante el siglo XX.

De la misma manera, Samuel Ramos y Octavio Paz contribuyeron a la reproducción de arquetipos o perfiles sociales mediante sus aportaciones, aquellas que van desde el sentimiento de inferioridad hasta la soledad. Cabe señalar que, al igual que muchos intelectuales, filósofos y escritores que entraron en el debate para caracterizar al mexicano, encontramos que a través de dichos estudios, se fueron creando mitos sobre la identidad del mexicano, y algo todavía peor, se fomentó la reproducción de los perfiles sociales que poco a poco fueron ganando el valor simbólico de la legitimación "inconsciente" del poder político, o las castas dominantes.

Quiero destacar, que todo el debate de la mexicanidad del siglo XX ha sido "la maquinaria perfecta de dominación cultural", la cual no sólo se reproduce como una entelequia, sino que también se va adaptando, evolucionando y perfeccionando a través del tiempo y de todas las circunstancias que puedan

generar una crisis de la identidad mexicana. En traducción: es un sistema efectivo de dominación social.

Dichos estos rasgos, Bartra describe que lo mexicano, es aquello que busca arduamente alcanzar a Occidente europeo, o por lo menos asemejarse. De ahí mismo provienen los proyectos imaginarios de nación que han surgido en diversas etapas de nuestro desarrollo histórico, los cuales datan desde la conquista con el proyecto monárquico y colonizador; el México independiente y la crisis visceral del siglo XIX que iba desde buscar perpetuar el liberalismo social y su lucha directa con la preservación de los órdenes monárquicos y centralistas; así como el porfiriato con el orden progresista; hasta la Revolución Mexicana y su consumación con el cardenismo, etc. Asimismo encontramos que los proyectos imaginarios de nación han sido históricamente un contraste con la realidad mexicana.

De igual forma, Bartra echa a andar su genialidad ilustrando un debate entre los titanes de la mexicanidad[3] —desde Alfonso Reyes, Samuel Ramos, Emilio Uranga, Octavio Paz, Leopoldo Zea, Jorge Carrión, Salvador Reyes Nevares, Jorge Portilla, hasta personajes extranjeros como Michael Maccoby, W. Hewes y Erich Fromm—, para dar a comprender lo que se llevó a cabo durante el siglo XX, se fue entretejiendo una mitología moderna, la cual toma marcha después de la Revolución mexicana hasta impactar en las artes como el muralismo, y así forjar un arquetipo sobre el campesino, personaje que siempre aparece como el despojado y a su vez, provoca el sentimiento de culpa y de

[3] Para mayor comprensión sugiero leer el magnífico debate construido por Bartra (2005, pp. 104-109) en donde recrea la postura de los principales titanes de la mexicanidad.

abandono, hasta una concepción de anti-héroe que se asume tener en las entrañas de todo mexicano y que hace asumir orígenes indígenas por lástima.

Bartra expresa que dicho fenómeno se reproduce en nuestro interior como una larva y pronuncia:

> Aunque el héroe agachado es fundamentalmente una transfiguración del indio y una transposición de rasgos campesinos, a su humilde nacimiento fueron convocadas importantes corrientes de ideas: el surrealismo, el psicoanálisis y el existencialismo. De allí las formas oníricas del mito, su inmersión en las aguas de la infancia y la angustia que lo tiñe (Bartra, 2005, p. 110).

Por otra parte, la mitificación y los rituales —asegura Bartra— podrían ser vestigios de la evolución humana, algo que compara el antropólogo con el complejo reptiliano, el cual consiste en gran medida en la conservación de comportamientos que no impactan en el desarrollo biológico, pero que se siguen realizando por mero ritual, ya sea para la preservación de la especie, como el apareamiento, o simplemente la guerra. De esta forma considera altamente peligroso al nacionalismo, factor ligado a dicho proceso de rituales en donde, en las profundidades se encuentra al "axolote" como el alma negada a la transformación, pero que permanece reproduciéndose sin cesar.

Podemos ver también que después de la Revolución no sólo quedó mitificada la imagen del campesino; aquel personaje de gran sombrero que es mártir de la vida, sino que también tras el choque con la modernidad emanaron diversos rasgos y características de nuevos personajes en el país, aquellos que van desde el lépero-pelado-urbano-violento, hasta los campesinos sumisos que se levantan en armas con sus bigotes revolucionarios para continuar con el zapatismo. "El pelado o el pachuco son otras tantas formas que adquiere el

tránsfuga del edén subvertido que logra insertarse en el universo industrial urbano dominado por el capitalismo moderno" (Bartra, 2005, p. 121).

No es casual que la violencia emanada de la metamorfosis de los arquetipos sociales, hayan encarnado una de las revoluciones más sangrientas en la historia de la humanidad, tal vez por el choque entre el primitivismo humano y el desquicio que generó el encuentro con la modernidad.

El mestizaje colonial dejó diferentes categorías del pelado mexicano, aquel personaje pintoresco de las urbes que bien fue descrito en su momento por Ramos (1993), pero en esta ocasión, Bartra profundiza en el tema para demostrar que el pelado tiene su antecedente en el porfirismo científico, pronunciado por Ezequiel Chávez[4] como aquel ser pasional y explosivo, el cual, tiempo más tarde vendría a ser el estandarte primordial de la mitificación moderna de la Revolución, plasmado en las obras muralistas que rechazó José Clemente Orozco por haberse perpetuado como una acción para la diversión y halago de los turistas, como lo han sido el famoso "charro" y la "China poblana" (Bartra, 2005, p. 121).

La modernidad y la Revolución vino a mitificar nuevos personajes mexicanos, principalmente el pelado que se instaura como símbolo de aquella violencia exacerbada y que años más tarde encarnaría al nacionalismo, tomó de las entrañas urbanas al campesino metamorfoseado en el pelado de la ciudad. Ante este acontecimiento Bartra expresa lo siguiente:

> El pelado es la metáfora que hacía falta: es el campesino de la ciudad, que ha perdido su inocencia original pero no es todavía un ser fáustico. Ha perdido sus tierras pero todavía no gana la fábrica: entre dos aguas, vive la tragedia del fin del mundo agrario y del inicio de la civilización industrial. Esta imagen de una cultura anfibia, que no debe caer ni en el mimetismo auto denigratorio

[4] Véase en el primer capítulo: *Génesis de una Herencia Acribillada.*

> ni en el nacionalismo extremo, se ofrece como modelo a seguir desde mediados del siglo XX; tiene el atractivo adicional de permitirle al mexicano asomarse al abismo del drama existencial y sentir el vértigo de la modernidad (Bartra, 2005, p. 125).

Pareciera paradójico que el mexicano sea metamorfoseado únicamente en forma, aunque por dentro permanezca siendo el mismo negado al cambio. Como si la metamorfosis fuera únicamente en el entorno; el exterior de su habitad, mientras él permanece siendo como un axolote negado a ser una salamandra.

El proceso histórico hizo también del mexicano ser existencialista y sentimental. Debido a esto, Bartra cita a Ramos (1993) para expresar que: el sentimiento de inferioridad surge del nacionalismo, al ver y vivir una esquizofrenia política que no le corresponde al mexicano en tiempo y espacio, y de esta manera, también recurre a Emilio Uranga para expresar la emotividad y el sentimentalismo, la fragilidad interior que bien ilustraba en 1844 Brantz Mayer al ver a un carnicero romántico entonando canciones para las mujeres al despachar, tal cual se popularizaran los personajes tan famosos de Pedro Infante en pleno siglo XX. Éste hombre sentimental y galante, traducido como el lépero coloquial, demuestra el contraste entre su figura; bárbara, rudimentaria y violenta, frente a una fragilidad interna sorprendente, proclive al romanticismo.

> La emoción del mexicano proviene del mestizaje entre violencia e impotencia. Por ello se supone que es agresivamente apasionado, aunque fácilmente se disuelve en ruegos, lloros y quejas. La idea del mexicano melancólico —frío e indiferente— no es suficiente para captar el drama de la modernidad capitalista (Bartra, 2005, p. 139).

Ése lépero es después de la "revolución; el progreso y la modernidad", "el nuevo Prometeo", "el pelado de la urbe", traducido por Bartra como *"*la prole sentimental". Un nuevo mito nacional que resurge de las cenizas de la violencia

revolucionaria y que sigue caminando con pies de barro con un nuevo disfraz, mientras el indígena, el campesino, se extingue pero no desaparece, y queda como el recuerdo de lo que alguna vez se fue. "Con ello la cultura dominante logra implementar sólidos procesos de legitimación nacionalistas del Estado" (Bartra, 2005, p. 140).

Sin embargo, frente a todas las transformaciones que experimentó el mexicano en el siglo XX, Bartra menciona la reacción "estoica del pensamiento" que surge en contra de las exigencias modernas para convertirse en "proletarios eficientes", pues también el mexicano se opone a la esclavitud moderna del capitalismo industrial. Bartra pronuncia que es una respuesta de "renuncia" que emana desde el espíritu mexicano, y de ahí se encuentra la holgazanería que tan popular se ha hecho sobre el comportamiento del mexicano.

Empero, dicho acto estoico ya había sido descrito en la primera parte del siglo XX por Alfonso Reyes, y en la cita textual Bartra aclara que en otras culturas se han venerado estas "contra-virtudes", expresando que tras la tragedia que contrae la vida y el mundo, la autodestrucción —como lo es la mexicana— o el suicidio es el único escape a dicha realidad tortuosa —como fielmente postula el existencialismo—. De igual forma, mediante el pensamiento estoico —de rebeldía— es como el mexicano rechaza a la vida moderna traída con el capitalismo. De ahí el sentimentalismo que bien aprovecha la casta política para institucionalizar la alternativa de la cultura nacional (Bartra, 2005, p. 141).

Al mismo tiempo, Bartra lanza una crítica hacia el ritual mortuorio ancestral que ejemplifica Paz con la matanza de Tlatelolco, porque no se puede encontrar un misterio cosmológico en un pasado que ha quedado atrás, ya que ahora la

casta política da un nuevo orden a las cosas. A su vez, señala que los órdenes que rigen al nuevo México nacido de la Revolución y de la modernidad es otro, y de esta manera se le tienen que dar nuevos significados y nuevas formas de reproducir, tanto al pelado como al lépero. Dichos personajes han generado también en su interior un resentimiento, pues figuran ser individuos desterrados que las promesas esperanzadoras del nacionalismo omitió, o mejor dicho, aquellas promesas no fueron más que un soliloquio de palabras que únicamente favoreció a las élites dominantes para perpetuarse en el poder político y económico.

Por esta razón, Bartra reconoce otro aspecto esencial en el mexicano, además de haber ya descrito al prototipo pasional, agresivo, resentido y rencoroso, nos muestra que el mexicano es un ser que huye y que se aleja de la dolorosa realidad en la que habita. Asimismo, retoma la descripción que hace César Garizueta sobre Cantinflas, quien representa a la perfección la psicología mexicana, y su imagen la compara con la de Chaplin.

Mientras Chaplin refleja en su atuendo (smoking, bigote delineado, sombrero, bastón, entre más) al hombre civilizado preparado para cambiar frente a una época histórica de guerras en Occidente europeo, el contraste con Cantinflas es al hombre negado al cambio, que no necesita superarse y que a través de su lenguaje refleja su defensa personal ante el sentimiento de inferioridad que lo invade, por eso no se compromete, ni afirma totalmente pero tampoco niega. "Este frustrado Prometeo mexicano no sólo no trae consigo el don del fuego, sino tampoco el don de la palabra" (Bartra, 2005, p. 166).

Cantinflas ejemplifica a la perfección a todo el resultado que dio la modernidad y la Revolución en México, es la muestra de aquel "superhombre" que se pensó concebir tras vastos estudios, filosóficos, ensayísticos, psicoanalíticos, entre más. "Es el hombre nuevo" —pronunciándose sarcásticamente—. Bartra añade también que, Cantinflas puede ilustrar a la perfección a los políticos y burócratas del gobierno, los cuales legitiman al sistema unipartidista en el país, lo que es reflejo mismo del “importamadrismo” o en su caso —como Bartra lo hace enunciando el término de Jorge Carrión (1970) —: el “valemadrismo”.

Cantinflas es el prototipo de pelado pobre de la ciudad, el que altera su vocabulario y se esconde tras un sinnúmero de palabras sin sentido. Es aquel que elabora un lenguaje y simbología propia como resistencia hacia sus diferentes: las clases dominantes. Porque se esconde detrás de una conformación de simbología popular para que no lo entiendan. Es el resultado de una cultura popular que reproducen los medios de comunicación y que exaltan para su supervivencia, aunque también sus características se puedan encontrar en funcionarios públicos, políticos, gobernadores y presidentes.

> Un tema frecuente en las películas de Cantinflas es el de la confusión de papeles: el torero es un ladronzuelo (en *Ni sangre ni arena),* el policía es un *pelado* (en *El gendarme desconocido)* o el juez y los abogados terminan hablando como Cantinflas (en *Ahí está el detalle) (Bartra, 2005, p. 171).*

El pelado cantinflesco se encuentra sumergido en un mundo corrupto y esquizofrénico, y es reflejo del mismo, sin embargo, a pesar de que Bartra arremete duramente diciendo que el mexicano no tiene "sentido", sino "sentimientos" (Bartra, 2005, p. 172).

Habría que replantear la conciencia de ser y no asumir en un derrotero un lastre cultural que funge como la dominación y legitimación de la casta que mantiene el poder en el país. Esto, teniendo cuidado de reproducir los arquetipos mexicanos.

"[...] entre el indio agachado y el pelado mestizo se tiende un puente o una línea que pasa por los principales puntos de articulación del alma mexicana: melancolía-desidia-fatalidad/violencia-sentimentalismo-resentimiento-evasión (Bartra, 2005, p. 180)".

La dualidad de significaciones y términos dentro de la literatura mexicana durante el siglo XX, es más que notoria, es el reflejo mismo de una realidad que contrasta con otra realidad, es decir, la realidad que ha generado la Revolución mexicana y la modernidad frente a otra, la realidad negada; la del campesino, la del pelado, el lépero, entre más. Dichas dualidades tan contrastantes en la escena nacional determinan también el enemigo a erradicar por parte de los gobiernos, malos cuales toman en primera medida a todo lo que consideran ser "el desecho de la urbe"; de los grandes proyectos de nación y civilización moderna, como los que rigen en Europa occidental o en Norteamérica, en nuestro caso, el enemigo a erradicar es aquella realidad negada.

Sin embargo, los intentos de seguir negando a la otra cara de la nación, ha generado un comportamiento peculiar en el alma mexicana, bien ligada a la fiesta y al desprendimiento de mortuorios días a través de la fiesta, o mejor dicho: del relajo. De esta manera es como trae a la obra Bartra a Jorge Portilla y su *Fenomenología del Relajo,* en donde se expresa claramente otro acto de rebeldía social, específicamente la del pelado frente a toda la imposición de poder del

sistema, o de las reglas que tiene la sociedad en todas sus facetas. Empero, dicha característica emotiva del relajo, devela también —en palabras de Bartra— "el veneno" del alma mexicana, que brota de la amargura del estoicismo:

> [...] desprecio a la vida, sentimiento de inferioridad, pereza, resentimiento, evasión... La más desorbitada exaltación de los valores patrióticos y el más desaforado nacionalismo no han podido ocultar los venenos profundos de la autodestrucción y la autonegación (Bartra, 2005, p. 184).

Dicha concepción del relajo es asociada con la autodestrucción Nietzscheana, la cual atenta contra todo proyecto de nación, toda generación de valores y concepciones humanas, es el sinónimo mismo de un vitalismo teñido del peor de los nihilismos. Empero, dicha caracterización del relajo es la respuesta a la imposición, la dominación y la explotación que la "Revolución moderna" generó en el comienzo del siglo XX.

Asimismo, y favoreciendo a las dualidades tan características de la mexicanidad, aparece en escena el perfil de "el apretado", el cual ejemplifica todos los valores de las clases dominantes y contrarresta con el relajo del pelado. Sin embargo, estos dos personajes contradictorios son la muestra de que los intentos de romper las fuertes redes de la opresión, presentes en diversas formas.

Dentro de la misma dualidad simbólica de la mexicanidad, no puede pasar desapercibida la imagen de los dos arquetipos mitológicos femeninos, el culto a la Virgen María y su contra parte la Malinche. Bartra describe a la perfección el origen del culto femenino en México, el cual ha determinado la caracterización del *pelado* y su apego por la madre que le da cobijo, lo protege, en contraparte con la valorización que se le ha hecho a la Malinche como traidora, corrupta, violada, etc. A su vez, la dualidad del apego a las madres mitológicas, enmarca la sexualidad

masculina del pelado, aquel con tendencias homosexuales catalogado con el diminutivo de María: marica.

"La Malinche —en la leyenda mexicana— es la Gran Prostituta pagana: la barragana de Hernán Cortés y se ha convertido en el símbolo de la traición femenina" (Bartra, 2005, p. 203).

Huelga decir que tras los conflictos para concebir la aceptación de la Virgen María después de 1531 con el famoso mito del Tepeyac, los indígenas continuaban venerando a Tonantzin la diosa de la fecundidad y de la tierra, frente a los descontentos franciscanos que satanizaban dicho culto de los indígenas a una diosa pagana, sin embargo el sincretismo religioso tomó medida y se sacó fruto de dicho culto milenario, hasta lograr su aceptación como "Madre de Dios". Por otro lado, el contraste de la segunda madre es apabullante, Malinche desde temprana edad era arrancada de su familia y posteriormente negada, hasta culminar como ofrenda al conquistador Cortés, del cual, nacería Martín Cortés, quien representa a la perfección al mestizo mexicano y es considerado como el "primer personaje de la mexicanidad" (Bartra, 2005, p. 203) que moriría en 1569 en España haciendo frente contra los moros.

Bartra señala que a través del surgimiento de la idea de nación, a Malinche se le fue otorgando un significado de traición a la patria, cosa completamente absurda a la situación de los pueblos aborígenes. Este concepto en vías de generar héroes y villanos, es característica peculiar de naciones que tratan de generar el fanatismo nacionalista en sus sociedades, el caso mexicano se refleja a la perfección con la historia nacional que data desde el siglo XIX y que en el siglo XX tomó una valorización sin precedentes (Crespo, 2010).

Tal es el grado de mitificar como villana a la mujer que ilustra Malinche que, no sólo los mitos, sino las leyendas que llegaron a girar sobre ella, al detonar en una de las trágicas historias populares que se cuentan sobre aquella Madre sufrida que vaga por las calles pronunciando sus penas: La llorona (Bartra, 2005, p. 204). Así se puede explicar el amplio debate sobre cómo se ha concebido la imagen de Malinche a través del tiempo. De esta manera, Bartra describe que la leyenda de la Llorona mantiene una conexión directa con el culto a *Cihuacóatl,* aquella diosa serpiente que se adoraba en el Tepeyac antes y después de la llegada de los españoles, y acierta en pronunciar:

> En vida Malintzin fue adorada por muchos indígenas como si fuera una diosa, y fue enormemente respetada por los conquistadores: sin embargo, terminó convertida en el símbolo de la ignominia: ¡qué destino tan injusto para tan excepcional mujer! (Bartra, 2005, p. 205).

"Dos Evas". Al igual y como lo ha forjado el catolicismo, la Eva virginal y la Eva apabullada. Asimismo el significado simbólico puede ser impactante dentro de la cultura nacional, las dos madres mitológicas que determinan el actuar del mexicano, ilustran no sólo a la madre de una nación, de un nacionalismo —como lo es el caso de la Eva virginal—, sino que también se encuentran plasmadas en el escudo nacional, en aquella imagen de un águila devorando a la serpiente. Y si mi interpretación no falla, es la madre virginal arremetiendo e imponiéndose a la madre apabullada (*Cihuacóatl*, la diosa serpiente) relacionada con la Malinche. A esto, Bartra menciona lo siguiente:

> En efecto, el bachiller de Miguel Sánchez advierte que la mujer apocalíptica que él ve en la Virgen de Guadalupe <<se vestía de alas y plumas de águila para volar: era decirme que todas las plumas y los ingenios del águila de México se habían de conformar y comprender en las alas para que volase esta mujer prodigio y sagrada criolla...>> En la viñeta del libro de Sánchez aparece la Virgen posada sobre un nopal, y atrás surgen dos Águilas cuyas alas parece las de ella: es aparentemente un uso del escudo nacional

> mexicano (en el que se ha excluido a la serpiente: ¿el dragón ya ha sido vencido por Guadalupe?) (Bartra, 2005, p. 207).

De dicha dualidad bíblica, mitológica y prehispánica, sincretizada, también se consagran otras imágenes: la de "Eva mexicana" y la del "Adán agachado". Personajes creados a imagen y semejanza del nacionalismo, impregnados de un psicoanálisis voraz que programa casi naturalmente al comportamiento social.

Este tema es vasto, el contenido erótico también forma parte de las caracterizaciones mexicanas; tanto la madre protectora y virginal, sumisa y abnegada, como a su vez lo es la entregada, violada. Los dos prototipos femeninos simbólicos se encuentran con la "peladez citadina" que engloban el complemento de "orden-caos". De la misma manera, Bartra añade:

> Ésta es la lógica del erotismo en el paraíso mexicano. Por eso el Adán mexicano no quiere a las mujeres como las hace, ni es capaz de hacerlas como las quiere. Cuando son comprensivas y virginales, las viola; pero cuando se vuelven lúbricas, huye temeroso y se refugia en las faldas de la madre-virgen (Bartra, 2005, p. 212).

Cabe destacar lo siguiente: para Bartra los prototipos de mexicanos que surgen del nacionalismo que emanaron de la Revolución, hoy en día chocan con otros factores, aquellos procedentes de la homogeneización mundial, o bien dicho, la globalización. En este caso aparece la cultura de masas, la cual es completamente diferente a la cultura popular, ya que en la primera influyen nuevos rasgos que vienen del extranjero y se insertan también gracias a los medios de comunicación, como la televisión, el cine, o en la misma urbe. Por otra parte, dicho fenómeno contemporáneo es nutrido por las características que posee el Estado posmoderno, aquel que funge como faramalla para aparentar tener un reconocimiento de la diversidad social, sexual, étnica, así como de equidad y de

igualdad, puesto que mediante ese discurso es como comúnmente se legitima el poder estatal en la actualidad.

> En resumen: no es principalmente la Constitución lo que une a los mexicanos en torno al Estado, ni fueron sólo los efluvios del nacionalismo revolucionario los que anestesiaron al pueblo para que no sintiera los dolores del crecimiento de un enorme aparato político de dominación autoritaria (Bartra, 2005, p. 214).

Bartra es conciso señalando que en la actualidad existe un proceso de dominación global sobre la cultura popular, la cual procede del modelo económico capitalista y como referente del Occidente europeo y el sajón, fenómeno que se desprendió desde la conformación de los estados-nación y los respectivos nacionalismos, y que posteriormente, a través de la intelectualidad, de los medios masivos de comunicación, el cine y muchos otros puntos referenciales de una "red de poder", se reconstruyen arquetipos sociales para la perpetuidad de la dominación política y económica. Esto puede ser un excelente tema de investigación, el hecho de analizar la reproducción de prototipos en personajes televisivos de gran impacto, así como programas, telenovelas, partidos de fútbol, etc.

Asimismo, a través de los diversos personajes que se llegan a consagrar mediante de la televisión o el cine, se insertan una inimaginable cantidad de historias al inconsciente de la sociedad, la cual no sólo asimila una "realidad mexicana impuesta" sino mantiene un control para evitar el exceso de melancolía. De esta manera es como se preserva el sistema político, a través de la dominación y el control cultural —como bien lo expresa Bartra enunciando a Antonio Gramsci—.

El nacionalismo revolucionario funge como una maquinaria de dominación cultural, política-social, la cual hace uso efectivo de la melancolía en los individuos. Su uso no es excesivo sino controlado, al mismo tiempo en el que utiliza a la culpa como la catarsis social para la perpetuación de dicho orden. Aclara Bartra que toda la simbología destilada de ésta dominación llena de gloria al poder nacional y al mismo tiempo adormece a la razón, como si el limbo en el que la cultura política mantiene a la sociedad fuera un sueño trazado e ideado a la perfección, a tal grado que si se logra despertar, habremos encontrado idolatrías y mitificaciones a héroes y villanos muertos que no ilustran más que la ruina nacional.

> [...] una gran parte de los mexicanos comienza a rechazar esa vieja cultura política que ha sido durante más de sesenta años la fiel compañera del autoritarismo, de la corrupción, de la ineficiencia y del atraso. Esa cultura política es el nacionalismo revolucionario, y uno de sus componentes esenciales es lo que he denominado el canon del axolote (Bartra, 2005, p. 303).

No obstante, dicho orden ha mantenido por más de setenta años a un partido en el poder que bien comulga con la dominación cultural y congenia hoy en día a la perfección con las redes que genera la globalización, y a pesar de esto —asume el antropólogo—, gran parte de la sociedad aparece como resistencia ante la imposición ideológica. A pesar de que los vestigios de la negación metamórfica se hagan presente en una constante dolorosa que el tiempo no devele con los anhelos de ser diferentes. Porque sí se puede serlo.

> Así, dos melodías diferentes se trenzaron en la interminable fuga del axolote. Una melodía cantó las glorias del axolote como una expresión de la vida. Pero un contra tema nos recordó, al mismo tiempo, que el anfibio había sido condenado a ser símbolo, signo y máscara: quedó atrapado para siempre en la jaula de la melancolía (Bartra, 2005, p. 190).

“La condición postmexicana”

La crítica de Bartra (2006) recae sobre el desarrollo de los estudios sociológicos, cosa a la que no profundizaré, sin embargo dicho letargo puede también encontrarse en diversas disciplinas como lo es en especial la ciencia política, que no por casualidad fue declarada como muerta (Cansino, 2008), sin embargo el antropólogo y etnólogo menciona que después de la apertura internacional que tuvo México con el Tratado de Libre Comercio (TLC), se comenzó a moldear nuevos cuestionamientos y significaciones sobre la identidad nacional y el tema de lo mexicano, y sin duda alguna la mexicanidad.

La nueva reconfiguración que ahora obedecía a intereses internacionales respondía directamente a lo que muchas veces se ha considerado como la etapa "postmoderna". Asimismo los nuevos planteamientos iban hacia la posibilidad de encontrar respuestas en la sociedad civil, aquella que venía de casi un siglo de dominación cultural nacionalista y que por consecuencia, aparentemente se vería debilitada por la ola de intereses internacionales traídos por la globalización. Sin embargo, en vez de debilitar los lazos existentes entre la dominación política-cultural de las castas dominantes sobre la población, todo se vio fortalecido, y ahora era necesario —aclara Bartra citando a Jürgen Habermas— construir "formas postcoloniales de identidad" (Bartra, 2006, p. 306).

La apertura internacional implicó una liberalización y democratización mayor en países como el nuestro, factor acrecentado desde la tragedia del 2 de octubre de 1968 donde se puede ver la gran crisis del Estado autoritario-nacionalista y de toda su dominación cultural-política. De igual manera, con el

surgimiento de los nuevos ímpetus para generar identidades en el mundo, México también quedó a disposición, como si se tendiera el viejo régimen autoritario en una plancha para ser diseccionado, trayendo por consecuencia a *La condición postmexicana*.

Esto representa para Bartra en el fin de siglo, una aparente zona de transición y de reconfiguración mundial y nacional, también de manera académica, ya que la impetuosa racionalización de las ciencias sociales había impedido el desarrollo de estudios que en verdad ayuden a comprender los fenómenos mundiales del final del siglo XX, cosa que bien ejemplificó con la metáfora weberiana sobre "la jaula de hierro" y que trasladó a los estudios de la identidad nacional postrevolucionaria en *La Jaula de la Melancolía* (Bartra, 2005). "Pero el modo en que fue aprobado el TLC no sólo tendió un puente y abrió las puertas de la jaula, también destapó la caja de Pandora" (Bartra, 2006, p. 308).

La época del libre comercio fue otro espejismo en el que se envolvió el país, su economía, la política y la sociedad. Nuevas manifestaciones de la Otredad emanaron con fuerza y con violencia a partir de 1994, unas para encarar su negación como el Zapatismo (EZLN), y otra manifestación que bien ilustra el lado oscuro de la Otredad, el narcotráfico que ha golpeado hasta hoy a los gobiernos en turno y a la sociedad en general.

No obstante, la influencia de los Estados Unidos y sus programas que llevan supuestos tintes de diversidad cultural, étnica y racial, han llegado al país no para generar cambios positivos, sino para provocar retrocesos democráticos y el desmantelamiento de lo que ofreció en su momento la "promesa del Estado moderno", para así reanimar mediante usos y costumbres modelos político-

religiosos que existieron durante la colonia, algo bien representado en el patrimonialismo. Esto se traduce como la crisis actual de la democracia y del Estado que peligrosamente gira en un acrecentamiento de la corrupción política, y sin lugar a dudas en todos los conflictos sociales que vivimos en la actualidad.

En suma, la mexicanidad para Bartra no cambia en mucho frente al viejo debate que se tiene en el siglo XX puesto que las características que enuncia van desde ser negados al cambio, contrarios a la modernidad, melancólicos, desiguales, inmutables al tiempo, sin embargo nos proporciona una característica en particular, en donde describe a la mexicanidad como parte de la dominación cultural que legitima en el poder a la casta política del país, aquella que busca que la sociedad sea similar a Occidente. Empero, también para Bartra la mexicanidad aparece como algo rebasado frente a las exigencias globales, aunque también muchos rasgos del pasado sigan permaneciendo latentes.

## 13 La mexicanidad vapuleada

### Retórica de una esquizofrenia mexicana: Agustín Basave

> [...] lo que ha sucedido con la identidad nacional: se ha convertido en un corpus rígido y opresivo, en una imagen instalada en el altar de la mexicanidad; en una esfinge que es sacada en procesión los días de fiesta por los fieles que todavía le rinden culto. La conmemoración de fechas emblemáticas, como el bicentenario de la Independencia y el centenario de la Revolución, forman parte del calendario de festividades que los devotos aprovechan para sacar las reliquias de la identidad nacional en desfiles de estruendosa exaltación.
>
> Roger Bartra (Basave, 2010, p. 18)

Agustín Basave nacido en Monterrey Nuevo León el 21 de noviembre de 1958, Doctor en ciencias políticas por la universidad de Oxford, nos presenta su libro *Mexicanidad y esquizofrenia los dos rostros del mexijano,* para supuestamente mostrarnos una posible solución —desde su perspectiva— de todas las desgracias que presenta el país en la época contemporánea. Y digo "supuestamente" porque en vez de aclarar la tragedia del México contemporáneo y ayudar a resolver la crisis política del país, la complica aún más señalando desde la portada que el problema que analiza es "la dualidad esquizofrénica que nos caracteriza a los mexicanos como colectividad", asumiendo de esa manera que la sociedad mexicana es la culpable de todas las desgracias.

Cabe destacar que Basave militó arduamente en las filas del viejo régimen autoritario que no sólo avasalló al país durante un siglo, sino engendró uno de los males más espantosos que puedan conocerse: "la cultura de dominación social nacionalista". Asimismo, la entrada del libro con el prólogo de Roger Bartra nos demuestra efectivamente que la esquizofrenia que arroja sobre la sociedad

mexicana —y que viene con letras grandes en la portada—, es reflejo de una patología personal en él, puesto que el libro genera un sinnúmero de dudas y confusiones antes que de respuestas sobre la problemática que el país atraviesa. Esto muestra que tanto las ciencias sociales como otras disciplinas, en específico la ciencia política, son sobrepasadas por la crisis del México contemporáneo.

Aquellos tintes esquizofrénicos se muestran desde un inicio en la obra, al intentar darle un toque científico a intuiciones que él considera propias, y también se ilustran a la perfección con la contradictoria entrada que aporta Bartra, en donde enuncia la preocupación de un retorno del PRI a la presidencia en el 2012 por muchas cuestiones, primordialmente porque se sepultaría el triunfo democrático-social alcanzado en el año 2000 tras sacar al "partido hegemónico pragmático"[5] del poder después de alrededor de 70 años. Aquel mismo partido que Basave conoce a la perfección y que efectivamente ha regresado al poder para consolidar un proyecto nacional nefasto que continúa —y probablemente continuará— mermando la condición del país en general.

De la misma manera en la parte introductoria, Basave se justifica de diversas formas por las inconsistencias de su trabajo —de las que seguramente es consciente—, al mismo tiempo de reproducir el discurso de la dominación cultural nacionalista, aquella que comenzó con Ramos y se perpetuó con la generación del Hiperión —cosa que también cita textualmente—. Asimismo, trata de posicionarse de un lado a otro, para evitar las críticas severas, sin embargo, lo que da a entender es su intento de persuasión al buen estilo de Cantinflas para continuar

[5] Término otorgado por Giovanni Sartori (2005) al partido que perpetuó el poder en México durante el siglo XX.

enganchando al lector, y que éste asuma de inicio la culpa de la desgracia de México e hipnotizado por Basave, busque una catarsis —o bien una purga— de la mano del ahora redentor.

De igual manera, después de arremeter en contra de los mexicanos, y de exponer su "gran aportación" como refrito de los grandes escritores del siglo XX, asocia al dios romano *Janus* —aquel bifronte que representa las dualidades de inicio y fin— como la característica de aquello que en su momento reconoció Paz (2000) al describir que muchos de nuestros pesares provienen de la conquista, pero aclaro, Basave trata de hacerlo desde una mirada psiquiátrica como también lo hiciera Ramos (1993), a quien le mimetiza la misma advertencia de prevenir al lector y así, intentar enmascarar su estudio en algo serio. Eso sí, como si no bastase contradecirse una vez más en la página 29, ahora aclarando que toda ponzoña que lazó desde la portada del libro a la sociedad mexicana no corresponde a todos los mexicanos.

¿Quién tiende realmente a presentar una esquizofrenia?

Huelga decir que, la idea de janeidad tampoco es auténtica en Basave, ya que el mismo Bartra pronunció e hizo referencia a la janeidad en la *Jaula de la melancolía* (Bartra, 2005, p. 46). Igualmente, la forma malbaratada en que retoma el juego de las dualidades lingüísticas es algo ya viejo y maltratado, porque no puede seguir reproduciendo un soliloquio para engañar al lector tan ruinmente y hacerlo creer que es parte de "esa mayoría", a la que él le atribuye los viejos lastres que creó e ideó el viejo régimen autoritario para estigmatizar a los mexicanos y que, mediante una cultura de dominación ha logrado su propia legitimación.

He aquí la muestra:

> México es mi tema y en el examen de algunos aspectos de la mexicanidad intentaré proponer lo que, en mi opinión, es nuestra principal tara, de la cual emanan los Valladares que detienen nuestro progreso. Ser más honrados, menos mentirosos, más respetuosos de la ley, menos egoístas, más responsables, menos improvisados, más ahorrativos, menos desordenados, más innovadores, menos impuntuales, volvernos mucho más exigentes de calidad en lo que hacemos, elevaría nuestro bienestar y haría a nuestro país más próspero en todos los sentidos (Basave, 2010, p. 29).

Si su propuesta fuera menos engañosa, el primer honrado sería él retractándose de intentar perpetuar más lastres a la sociedad mexicana, y mínimo reembolsaría el dinero de quienes lo hemos tirado a la basura para estar inmersos y conscientes de la cultura dominante que él mismo reproduce. Asimismo, no sólo respetaría a la sociedad, sino demostraría que aquellas leyes —que él asume "debemos respetar"—, son las que cotidianamente generan más injusticias sociales que ejemplos de justicia, porque la ley en México sirve para amedrentar y seguir perpetuando a una casta dominante. Y esto no quiere decir que uno sea anarquista, sino que no todos los mexicanos somos tontos como él cree.

Así él sería menos egoísta; no por el hecho de estar dentro de la investigación nacional uno tenga que sacar a la luz libros que emulen el cambiar "espejos por oro". Así, él sería más responsable de sus propias injurias, oportunamente menos "improvisado", y nos ahorraría gastos innecesarios, nos prevendría de reproducir sus "desórdenes mentales" y por supuesto, si él no puede ser innovador y por consecuencia es impuntual con semejante osadía inoportuna, se dará cuenta que diariamente exigimos lo que él cree que no hacemos, tener una calidad de vida digna y una calidad democrática real en nuestro país.

Vuelvo a repetir: ¿quién es entonces el esquizofrénico?, a ¿qué le tiras cuando sueñas Basave?

No es necesario construir un discurso en manera de retórica, y mucho menos tratar de desenterrar el amor a lo que alguna vez se perpetuó como patria. Es un insulto a cualquier persona la acción de comparar a uno con otro como bien trata de hacerlo Basave para justificar el por qué somos como somos, si el japonés, el inglés, el africano, el norteamericano, o el alemán es como es, no quiere decir que nuestra cultura, o en específico nuestra sociedad deba ser como ellos, y mucho menos tratar de serlo. Ya todo el siglo XIX y XX fue una ardua tarea por negarnos como personas al tratar de mimetizar todo tipo de proyecto social, político, económico, artístico, etc., y sin embargo, lo único que ha hecho dicha acción es algo contraproducente.

Lo que estuvo detrás de los alemanes para trabajar horas extra sin pedir remuneraciones fue una pesadilla que detonó el nazismo. Un nacionalismo que también coincidió en muchas características con el del antiguo régimen autoritario priista, del que Basave fue miembro honorario. De igual manera, no podemos continuar ridículamente viendo a otros países como Suecia, que para la sorpresa de Basave pagan impuestos y se contrastan porque no tienen el mismo poder adquisitivo y las mismas oportunidades que nosotros en el país. O bien, si su postura era la de compararnos y asumirnos en las identidades de otros, el título del libro hubiera sido diferente: "la *mimetés* de Basave".

La hipocresía no puede ser mayor, cuando Basave simula tener una visión crítica diciendo:

> Hace tiempo algunos creíamos que el problema era la cuestionada legitimidad de los gobiernos priistas. Pensábamos, en los últimos años de la hegemonía del Partido Revolucionario Institucional (cuyo nombre enriquece la causa esquizoide mexicana), que los gobernantes titubeaban cuando aplicar la ley implicaba reprimir debido al trauma de 1969 y al déficit de legitimidad acrecentado por el crecimiento de la vigilancia social y la oposición política (Basave, 2010, p. 39).

Ante esto, sólo espero que Basave pueda dormir tranquilo, porque la conciencia dudo mucho que la tenga limpia, a pesar de buscar redimirse con estudios de ésta índole, o buscar excusas para purgar su oscuro pasado. Porque el pasado jamás puede omitirse.

Cabe destacar que, el problema central que señala el autor es la corrupción, y repite de mil y un maneras que dicho problema se encuentra en el trauma de la conquista y el choque de la colonia, empero, atribuye que el desarrollo de la corrupción se plasma en la constitución sin mencionar que ha sido el sistema legal una parte de "la maquinaria eficaz" que ha utilizado el régimen para perpetuarse ferozmente en el poder. Sin embargo, no deja de desdeñar al ciudadano ordinario que es producto inconsciente de la ineficacia y las atrocidades que el sistema político ha entretejido cotidianamente, para así, rebajar el problema y dirigirlo a culpar a los ciudadanos de nueva cuenta diciendo: "hoy tenemos que luchar contra un enemigo adicional, que somos nosotros mismos" (Basave, 2010, p. 35).

Si existe comercio informal en las calles, es porque las oportunidades de sobresalir en trabajos bien remunerados, o simplemente dignos, son escasas. Si Basave acusa a la sociedad de ser corrupta y de no respetar las leyes, ¿en dónde queda la clase política abominable de la que él fue miembro militante durante el viejo régimen?, porque ahí es donde se encuentra realmente el verdadero

culpable de la desgracia nacional, y esto viene no a asumir un derrotero o una incapacidad de nuestro lado: la sociedad civil, sino a acusar que la entelequia que construye Basave es algo que debe terminar. Si la gente a la que acusa de floja, holgazana, sin capacidad de buscar superación, fuera realmente como él pronuncia, no existiría gente tratando de sobrevivir vendiendo en el comercio informal.

En contraste, donde Basave hace aparecer al supuesto político que critica, es donde busca incrustar un arquetipo más al viejo estilo de los intelectuales del siglo XX, y sin embargo, parece que describe un catálogo de chismes personales que seguramente vivió y conoció a la perfección dentro de su militancia en lo que ahora pronuncia como "el viejo régimen". Sí, aquel viejo régimen que también engendró los sindicatos corruptos y "charros" que más tarde describe. ¿No será que aquel *"mexijano"* que inventa dentro de su propia demencia es él mismo?, no bastante pronuncia lo siguiente:

> Aquí cabe una reflexión sobre el ceremonialismo mexicano. Creo que los políticos, los líderes sindicales y lo empresarios corruptos —sin faltar muchos periodistas, intelectuales y clérigos que suman a los anterior su propia omertá y se muerden la lengua cuando critican la pillería en la mano ajena y no denuncian la bribonería en la propia— comparten una obsesión por el ritual y el símbolo que va más allá de lo acostumbrado en otras partes (Basave, 2010, p. 68).

Sólo falta que además de haber olvidado sus orígenes, también se considere como el redentor que surgió de las entrañas del autoritarismo, y que por obra y gracia ahora sea el líder moral para enjuiciar y arremeter contra lo fácil.

Por otra parte Basave asegura haber encontrado en la falta de respeto a la ley, otro de los males que adjudica a la sociedad, y no duda en calificarla de fanatista rememorando el acontecimiento de Canoa en 1968 (Basave, 2010, p.

76), tal vez para ocultar la escena trágica provocada por el antiguo régimen autoritario y sin embargo, ilustra la culpabilidad de la sociedad recordando los linchamientos de bandidos o violadores en los pueblos. Acaso no se dará cuenta que la sociedad está desencantada de la injusticia que ejerce el sistema judicial en el país, y por consecuencia —y no quiere decir que justifique estas expresiones violentas— opte el pueblo por ajusticiar bajo sus propias manos, a quienes irrumpen con violencia, roban, violan, entre otras atrocidades. A su vez, pareciera que promueve el endurecimiento del Estado, ya que su discurso no deja de señalar la incapacidad de éste por utilizar la violencia legítima frente a movimientos sociales.

Por otra parte, Basave no se cansa de traer al presente, o mejor dicho, a su presente los señalamientos que ya habían hecho en su momento Ramos (1993) y Paz (2000) sobre el federalismo que realmente es el centralismo de poder en el país, la política nacional o las críticas a la burocracia, entre otras.

Pero dicha acción la plasma con frases coloquiales que caen en lo vulgar, porque además de tratar de adaptarlas a nuestro contexto y darles un supuesto juicio crítico, no nos revela nada innovador, sino todo lo contrario. Basave se jacta de su simpatía por su paisano Fray Servando Teresa de Mier —hombre ejemplar que en 1824 denostaba la forma ruin en que México imitaba el federalismo norteamericano— pero se le olvidó de lleno citar en la página 106 las mismas líneas que aparecen en el *Perfil del hombre y la cultura en México (Ramos, 1993)*. Para ser más concretos, aquello que aparece en la página 22 de la obra de Ramos donde el filósofo pronunció: "qué casta de animal era una república federada" (Ramos, 1993, p. 22 y Basave, 2010, p. 106).

Cualquiera entiende que la justificación que da Basave en la entrada, al mencionar que no pondría ninguna cita era con la intención de hacer un estudio más académico, pero tal pareciera que la tirada esquizofrénica desde el inicio iba en dirección a evitar críticas severas hacia su trabajo.

Otra de las características que según Basave forman parte de nuestro ser, es la lingüística, aquella característica que ya había ilustrado perfectamente el personaje de Cantinflas y no obstante, Basave continúa repitiendo hasta el cansancio. Asimismo no le basta estigmatizar a la sociedad, y salvó contadas ocasiones se cuelga de los políticos, empresarios y clases dominantes, sin embargo la saña con la que arremete contra el lenguaje popular culmina en adjudicarle un aberrante término: *"el mejiñol",* no cansado ya de generar un discurso contra la sociedad y considerar a todos a su imagen y semejanza con el concepto de *"mexijano".*

Tal vez aquí quién mantiene un leguaje viperino es el mismo Basave, porque su obra tiene la intención de encantar al lector haciéndole creer que él mismo es el responsable de sus desgracias, mientras le tiende la mano para recorrer un “viacrucis” de acusaciones y denigraciones en las que, como una purga, se coloca como un mesías que puede brindarle a su *"mexijano"* una solución a las desgracias del país.

No basta con acusar a todo el entorno de lo mal que ha sido la política de un régimen al que el mismo Basave conformó. No es grato seguir reproduciendo el soliloquio de que "somos peores" mientras nos ponen al frente al norteamericano. Si Basave culpa al sistema educativo debería recordar quién o quiénes han mantenido a la educación así desde 1929, a pesar de los intentos de generar un

sistema educativo a la par de los anhelos de Vasconcelos. Mientras la educación sea arcaica en el país, personajes como Basave seguirán contándonos que viajan a los Estados Unidos y que cuando se educan allá se dan cuenta que los que estamos aquí no sabemos, o no tenemos capacidad de síntesis. Mediante esta manera es como se reproduce el discurso de una cultura de dominación, mientras Basave con su "esquizofrenia" abre otra peor, una que predomina en el ámbito de la academia: la "cultura de la hipocresía y el cinismo".

Además de ser confuso, vacila entre ser un país subdesarrollado y no ser como los Estados Unidos y otros países, arremete con la imitación pero nos muestra la comparación de no ser como ellos, es incongruente al señalar como culpable a la sociedad y de repente voltear la jugada a decir que ya no sólo la sociedad sino todos en general.

Lo único certero del trabajo de Basave es el racismo predominante en el país, el cual obviamente tiene sus orígenes coloniales, en las castas, pero no es algo nuevo, es algo que en su momento describieron muchos personajes de la mexicanidad, como el mismo Paz. Tal pareciera que la métrica central de la obra de Basave gira en torno a la obra de Ramos (1993) y de Paz (2000), en ocasiones Jorge Portilla y sin lugar a dudas de Roger Bartra (2005 y 2006). Este es el reflejo de la *"mexijanidad"* que propone Basave; la esquizofrenia que emanó de su propia empiria.

De esta desgracia, propuesta por Basave, ¡no faltaba más!, resulta que la crisis de identidad que él señala, hace que todo el país sea un espectro bifronte, exceptuando a él y a otros —que considera "unos cuantos"— que viven entre el Bravo y el Suchiate. Sólo basta a el "último clavo del ataúd" para decir que él y sus

otros son los que realmente se autoperciben como mexicanos, y no como *"mexijanos".*

No obstante, además de enjuiciarnos y prejuiciarnos como seres inauténticos y ser casi "desechos" de sus deducciones históricas, menciona él otra comparación, ¡la de "la madre patria"!, ¿será a caso que la autenticidad, o la identidad que persigue Basave es la de compararse hasta el infinito y asumirse como hijo de España?

Quiere Basave que se construya una cultura nueva en un México donde el imitar ha sido la característica principal de la política y la economía que nos tiene inmersos en un continuo deterioro de las condiciones de vida, pero sí, después su grandeza llega a la euforia cuando pronuncia: "los seres humanos de todas las nacionalidades somos maestros de autoengaño, pero los mexicanos conformamos una potencia mundial en la disciplina" (Basave, 2010, p. 147). Ya no sólo como mexicanos, sino como condición humana tendemos a ser ruines.

Pero en fin, tanto revuelo a cualquiera le daría dolores de cabeza. Después de todo el enrollo descrito por Basave regresa de nueva cuenta al punto de "transformar la constitución para tener una mejor nación". Pareciera que el viejo régimen autoritario emanara de sus venas y se plasmará en letras. El hecho de modificar la constitución, cuantas veces sea, como se ha hecho a lo largo de la historia de México, jamás ha ayudado a resolver nada, y no ayudará en lo absoluto.

La esquizofrenia de Basave no emana de sus supuestas propuestas, las cuales considera como ambiciosas tras —según él— avasallarnos con críticas, a pesar de que estén fuera de lugar, sino en desarrollar una obra mediante

contradicciones continuas y prejuicios políticos. Sus propuestas no son tampoco algo novedoso, una regla jurídica no cambiará la desgracia del país, replantear el Estado de bienestar es algo occiso desde el siglo pasado, gestar otro proyecto civilizatorio después de tantos fracasos de ésta índole es volver a reproducir el discurso de una cultura dominante.

De esta forma es como se crea una de tantas maneras de "cómo no entender la mexicanidad". Ya que ésta para Basave representa una enfermedad psiquiátrica, esquizoide, cosa que va desde “refreir” viejos aportes como los de Ramos (1993) o de Paz (2000), sin embargo, acusa principalmente a los individuos de las desgracias nacionales, aunque, de manera contradictoria también incluya a la casta política dominante del país. Por dicha razón, intenta penosamente crear un arquetipo de mexicano, el “mejijano”, aquel que habla “mejiñol”, y que culmina con toda esperanza de cambio o mejoría.

## Jorge Castañeda y el espejismo como misterio de los mexicanos

> Pero la perpetuación de ese país sería una opción conformista, una elección por *default.* Un México mejor es aquel que deja sus demonios y terrores en el pasado y se concentra en sus pasiones y su personalidad. Ese México está ya en el horizonte, pero el último jalón es siempre el más duro. Tal vez esté libro ilumine marginalmente el tramo que nos falta: si es así, habrá cumplido su propósito.
>
> Jorge Castañeda (2011, p. 405)

El enigma de la mexicanidad llega a las letras de Castañeda, personaje polémico de la política nacional, ex Secretario de Relaciones Exteriores de México en el sexenio de Vicente Fox Quesada, con quien sostuvo diferentes conflictos al anhelar su postulación presidencial en 2006.

Sin embargo, con su obra: *Mañana o pasado el misterio de los mexicanos (Castañeda, 2010),* sitúa su estudio partiendo del desarrollo que tuvo la mexicanidad durante el siglo XX, empero, Castañeda comienza a tener deficiencias desde la presentación inicial del libro, en primer plano, es un estudio que no va dirigido específicamente a la sociedad mexicana, sino a la estadounidense. Asimismo, otro de los pecados con los que comienza la temática de Castañeda es sin lugar a dudas la referencia que hace sobre la obra de Agustín Basave; aquel que reflejó la esquizofrenia provocada por vapulear a un país dentro del intelecto de un personaje proveniente del viejo régimen autoritario.

La visión de Castañeda sobre los mexicanos, y sobre todo el debate que existe sobre la mexicanidad, no es tan apartada a lo antes ya visto en el siglo XX. De igual manera va retomando rasgos, características y "mitos", entorno a lo que él considera ser: *El misterio de los mexicanos.*

Al inicio, en el prefacio, nos va relatando la dificultad que tiene el tema de la mexicanidad y nos aclara que también es un misterio que ha anonadado a diversos escritores, intelectuales, ensayistas, poetas y novelistas. Sin embargo, va aclarando las diferencias entre la identidad nacional generada tras el nacionalismo del siglo pasado, o también lo que existe con la identidad cultural. Citando a Amartya Sen, aclara que el concepto de identidad y el concepto de cultura, son contrastes en donde uno puede encontrar una diversidad de significados, por ejemplo: no se puede hablar de una identidad nacional que identifique o una a todos los individuos de una sociedad, como lo trató de hacer el viejo régimen con el patriotismo mediante figuras míticas emanadas de la revolución que bien se ilustran en las fiestas patrias.

Empero, los intentos por generar una identidad nacional y su encuentro con los rasgos culturales, han impactado notoriamente a la sociedad en México, cosa que para Castañeda es llamativo, no sólo para los estudiosos mexicanos, sino también para académicos en el extranjero.

Dichas características que son llamativas de la mexicanidad, las comienza esbozando Castañeda y las pone en muestra a través de diversos casos cotidianos, así como de datos duros obtenidos de diversas encuestas.

La primera característica mexicana que sobresale en la obra de Castañeda, es el individualismo. Rasgo que fue enigmático durante todo un siglo, y que personajes como Paz (2000) lo ligaron a una “incapacidad para vivir en democracia”. Sin embargo, lo cierto es que en México, muchas personas han sobresalido de diversas formas de manera individual, desde aquellas académicas o científicas, hasta económicas como los migrantes. Asimismo, en el caso del

deporte es llamativa la manera en que México comúnmente destaca en disciplinas que no tienen que ver con trabajo colectivo; ya sea el *box, el Tae Kwon Do,* los clavados individuales, etc.

De esa manera es como Castañeda cita los aportes que hace Juan Villoro referentes al fútbol, las cuales explican de gran forma por qué los mexicanos no sobresalen en dicho deporte que no casualmente es a través de la colectividad, aclarando que el mexicano está apegado al dolor y al sufrimiento en solitario, contrarrestando cualquier trabajo en asociación.

Empero, no puedo negar que el individualismo hoy en día esté ya mitificado, o enraizado en el comportamiento del mexicano, sin embargo, las condiciones políticas y sociales que existen ferozmente en el país, son causa de que dicho individualismo prospere en las personas, por ejemplo: siempre impacta en el actuar social la corrupción política, el compadrazgo, el racismo, la denigración, el negar el reconocimiento de los verdaderos talentos; tanto en el deporte como en la vida académica, en fin... podría citar una vasta lista de caracteres que forjan a hombres solitarios, resentidos y que opten por luchar mediante su soledad y sus circunstancias para sobresalir en lo que parece ser una jungla urbana.

Difiero un poco en lo que expresa tanto Villoro como Castañeda, el fútbol ha sido muestra muchas veces de un trabajo excelso a nivel colectivo, tal vez sí entre una cantidad mínima de individuos, pero son aquellos a través del desbordamiento de las pasiones, de la identidad, y de la esperanza de triunfar que han podido dar muestra de cómo romper aquel mito titulado "individualismo mexicano". La muestra la ha dado la juventud, la cual ha logrado conquistar mundiales en

categorías como la sub 17, o también en el mundial pasado la selección mayor, que a pesar de haber dado una muestra de colectividad efímera, a fin de cuentas, o trágicamente, se encontró de frente a los fantasmas del pasado y terminó en la eliminación en octavos de final frente a la selección holandesa con un partido muy dudoso[6].

No obstante, Castañeda lleva al individualismo mexicano al extremo, al señalar que muchas veces los migrantes mexicanos prosperan en suelo norteamericano reflejando dicha condición, asociándose en bandas delictivas o crimen organizado que forman con sus semejantes. Pareciera en momentos que su escrito dirigido al público estadounidense lo aparta por completo de comprender que el fenómeno migratorio abarca más que sus propios prejuicios[7].

Dicho esto, no cabe duda que uno de los grandes pecados de la obra de Castañeda es comparar a México con otros países, en particular los Estados Unidos.

No puede reducirse el mexicano a una imagen como la de Carlos Slim, puesto que no representa ni siquiera las condiciones en las que muchos vivimos, o la que muchos tenemos oportunidad. Castañeda habla de uno de los hombres más ricos del mundo, y lo pone como ejemplo del individualismo, sin embargo, su impresionante fortuna es producto de las deficiencias abominables del Sistema Político Mexicano; de su economía, de su democracia, de la desigualdad tan

[6] El mito del individualismo mexicano se hizo a un lado con el desempeño de los jugadores mexicanos en el mundial de Brasil 2014. Esto corrobora una vez más que la mexicanidad puede "desmoronarse" frente a la realidad (Lozada, 2014)

[7] Para una mejor aclaración se puede consultar el estudio sobre el fenómeno migratorio, el cual golpea directamente la psicología del individuo mexicano causando síndromes como el de *Ulises* o el de *Jasón (Velázquez, 2013).*

característica de nuestro país. Dicho esto, mejor sería cuestionar qué es lo que hace tan abismal la desigualdad en el país, y quiénes son los responsables de perpetuar lo que parece tragedia.

A su vez, Castañeda asocia al individualismo con la incapacidad de vivir como las grandes capitales o "mega ciudades" que se encuentran en Buenos Aires o en *Sau Paulo,* y arremete contra la forma de las viviendas que se encuentran en la sociedad de clase media y baja. Al mismo tiempo se cuestiona por qué no hay edificios o grandes rascacielos en la república mexicana —salvo excepciones—, y en vez de eso se tienda a decorar fachadas gigantes simulando castillos. De esta forma, el autor menciona que posiblemente el antecedente colonial no haya dejado en México secuelas de lo que en algún momento fueron las haciendas, empero, algo que no resalta, puesto que continúa arremetiendo con la incapacidad de vivir en comuna es que, también desde la época colonial las vecindades, o tiempo después en el Cardenato los ejidos, fueron generando formas de habitad que contrastan con la suposición de Castañeda. Por eso mismo, puedo señalar con certeza que el mito del individualismo es una condición que se le ha impuesto a la cultura mexicana, no precisamente porque sea algo único en nuestra cultura, sino que es característica de diferentes sociedades donde la vida industrial o el capitalismo han generado lo que bien definió en su momento Hebert Marcuse (2001) ilustrando a *El hombre unidimencional*.

De la misma manera, la obra de Castañeda pasa a ser una recopilación de las características que han señalado personajes como Ramos (1993), Paz (2000), Uranga (1952), Vasconcelos (2012a y 2012b), entre muchos más, los cuales se presentan como referentes directos de la mexicanidad, aquella que surge en el

siglo XX y va paso a paso construyendo una identidad nacional aunque sólo quede en el imaginario colectivo de algún sector social específico.

No obstante, la obra de Castañeda no peca de ser algo extensa y mucho menos de tener manejo de dato cuantitativo, sino que al parecer va haciendo el recuento de los pesares culturales que se tienen en México para dar un informe que valide las suposiciones extremistas que Samuel P. Huntington (2004) señaló como un peligro para la cultura norteamericana, teniendo en cuenta que no se puede olvidar que el libro desde un inicio no va dirigido al público mexicano, sino al estadounidense.

El recuento de los males mexicanos para Castañeda se van ilustrando en el presente, puesto que para él también son reflejo de un pasado muy doloroso procedente de la conquista y la colonia española. Asimismo, con el nacionalismo que detonó la revolución, la construcción de la historia mexicana tuvo un papel muy importante para la creación de una identidad que llegara a todos lados, para unir a una sociedad muy desigual y vasta en problemas y conflictos. Esto mismo se fue plasmando en la educación nacional, a través no sólo de una nueva a perspectiva histórica del pasado, sino también como construcción artística de una mitología mexicana, llena de héroes y villanos, de triunfadores y vencidos, de la cual, hasta el día de hoy mantiene a gran parte de la sociedad orgullosa de la historia nacionalista de México.

> Las cosas "extrañas" que se enseñan a los alumnos incluyen fechar la Independencia en 1810, cuando en realidad tuvo lugar en 1821; insistir, como lo hace la Iglesia ahora —antes no lo hacía—, que en 1576 la Virgen de Guadalupe fue avistada por Juan Diego, que le entregó un ramo de rosas no endémicas de la región; o por presentar la Revolución de 1910 como una épica por "Tierra y Libertad", cuando en realidad los campesinos de Morelos

> sólo querían sustituir al vicepresidente en turno y recuperar sus tierras (Castañeda, 2011, p. 220).

No es casual que la dirección que toma Castañeda sea enfocada en la apertura económica que tuvo México a finales del siglo XX, la cual implicó una etapa nueva en la caracterización de la mexicanidad, porque con la posmodernidad el tema del nacionalismo tuvo que ser desechado sin alguna duda. La globalización implicó la llegada de nuevas características que han moldeado la identidad nacional acorde a las exigencias que emanan principalmente de los Estados Unidos.

Asimismo, la violencia, la xenofobia, el racismo, el amor a la "vieja patria", la negación al cambio, la corrupción, el individualismo, entre muchos factores más, han representado hasta hoy la resistencia de la sociedad en México frente a la hegemonía de los Estados Unidos, cosa que Jorge Castañeda critica, pero en ocasiones justifica mencionando que también el vecino norteamericano tiene otro tipo de lastres que han generado el desprecio de los mexicanos, como sus políticas de guerra, al igual que el pasado en donde nuestro país perdió territorio nacional frente a ellos, o también en el presente, como las medidas raciales que han generado que el mexicano sea un atentado hacia la cultura norteamericana. Sin embargo, Castañeda se mantiene al final de su obra optimista, a pesar de hacer un arduo recuento de las incapacidades y defectos que tiene la cultura mexicana, puesto que sostiene una esperanza de que los mexicanos algún día cambien y se adapten a las exigencias norteamericanas.

Dicho esto, se corrobora que la obra de Castañeda va dirigida a los Estados Unidos en respuesta a la mala noción que tienen sobre nosotros, y es respuesta

también a que la hegemonía cultural que impera desde los Estados Unidos es hoy en día un parámetro a seguir obligatorio, ya que esto explica que muchos factores de la identidad nacional vayan transformándose, desapareciendo o adquiriendo nuevos significados, puesto que el término nacional poco a poco ha ido e irá desapareciendo.

Para Castañeda el mexicano moderno y postmoderno, es aquel libre de atavíos, de prejuicios y apartado de los defectos culturales, él mismo reconoce a Juan Gabriel —aquel cantante y autor tan exitoso en el país— como un ejemplo de que el mexicano puede cambiar, empero, también reconoce que la cercanía a los Estados Unidos es una manera para alterar las características mexicanas que se asumen hoy como lastres culturales. Pero, ¿realmente nuestras desgracias pueden desaparecer imitando a los Estados Unidos?, y si no es imitando al vecino del norte, ¿es necesario tener como ejemplo a una sociedad histórica, social, y culturalmente opuesta a la nuestra?

Sin duda los buenos deseos de Castañeda apuntan a que la sociedad mexicana sea aceptada por el vecino del norte, tanto fuera como dentro de su territorio, sin embargo no considero prudente que una civilización como la nuestra continúe caminando bajo la sombra de un país que también mantiene diversos problemas, iguales o peores a los nuestros. Nuestra desgracia cultural, política, económica y social, no puede volver a caer en la mimetización de otros.

“El país de nadie”: Denise Dresser.

> En la novela de Tolkien, *El señor de los anillos,* el *hobbit* Frodo es un héroe renuente; Frodo no quiere asumir la tarea que le ha sido encomendada; Frodo preferiría quedarse en Shire y vivir en paz allí. En México muchos Frodos piensan así, actúan así, quieren desentenderse así. Prefieren criticar a quienes gobiernan en vez de involucrarse para hacerlo mejor; eligen la pasividad complaciente en lugar de la participación comprometida. Pero Frodo tiene la tarea de salvar a su país. Un *hobbit* insignificante destruye el anillo y un ciudadano mexicano puede hacerlo también. Como dice el mago Gandalf: "Todo lo que tenemos que decidir es qué hacer con el tiempo que nos ha sido dado". Para México es tiempo de preguntar: ¿Y Frodo?
>
> Denise Dresser (2011, p. 19)

El cambio de siglo con sus diferentes matices, después de lo que representó la apertura del país a la globalización con el Tratado de Libre Comercio y la aparente carta de despedida del viejo nacionalismo —que emanó en su momento tras el Cardenato—, nos deja en tela de juicio la metamorfosis de la identidad nacional, así como del carácter y todo lo relacionado a la mexicanidad. Empero, como ya lo anunciaba Bartra (2006) en *La condición postmexicana,* el nuevo siglo representa la etapa efímera para encontrar a un nuevo ser mexicano, y de esta manera es preciso señalar si: ¿realmente la identidad que generó el viejo nacionalismo ha desaparecido?, ¿han surgido nuevos rasgos en la mexicanidad?

La obra de Dresser (2011) *El país de uno,* se presenta como un libro pretencioso desde su portada, en donde en vez de manifestar que el país sea nuestro —de los mexicanos—, ilustra ser la concepción mesiánica de una escritora que emprende la tarea de señalar todos los defectos que se encuentran en nuestro sistema político, y a su vez, no sólo enumerar los males que atañen al país, sino también emprende una tarea ardua por señalar a los diferentes

responsables pertenecientes a la casta política y económica que ha dominado al país durante la segunda mitad del siglo XX hasta el presente.

Asimismo, entre un recuento de daños para recordar a cuenta gota la tragedia que invade hasta el presente a México, Dresser por instantes arremete ruinmente contra la sociedad, generalizando la catástrofe y haciéndola culpable, a pesar de caer en contradicciones severas, puesto que en ocasiones habla de una minoría que se encuentra tratando de transformar la desgracia nacional —de la que seguramente ella misma se considera perteneciente—.

De esta forma, no sólo abre su obra a través de una excelsa cantidad de datos, imágenes, nombres, culpables y desgracias, sino también asume que la sociedad en México asemeja ser el *hobbit* renuente de *El señor de los anillos,* el mismo personaje incapaz de todo; de hacer, de querer, de emprender, etc., pero encomendado a ser un héroe que a final de cuentas aparenta ser un personaje más de la historia.

Huelga decir que la escritora olvidó por completo a la vasta literatura existente de la mexicanidad, y esto lo plasmó vergonzosamente intentando postular nuevos arquetipos y definiciones de los mexicanos, haciendo referencia de lo que ella arremete: que no somos ciudadanos, que somos conformistas frustrados, atrasados, derrotados, etcétera. No obstante, retoma personajes de novelas plasmadas en el cine como lo antes mencionado, o como *El padrino.*

No cabe duda, el gran impacto que generó la comparación que hizo en su momento Bartra (2005) en *La jaula de la melancolía;* con aquel axolote místico y la mexicanidad, llegaría a invadir la mente de otros escritores con el intento de imitar la misma travesía, sin embargo, aunque Dresser intenta por momentos crear

nuevos prototipos mexicanos, muchas veces no sólo cae en retóricas de otros arquetipos ya existentes en el pasado, sino también en la ridiculez de comparar a la sociedad mexicana con personajes de ficción de diferentes novelas, como el Frodo antes señalado, o como también apuntó que México es igual al Macondo imaginario de Gabriel García Márquez (1973) —algo ya muy trillado—. Asimismo, manifiesta que Carlos Salinas de Gortari encabeza el arquetipo del mexicano ruin y despreciable —sin mencionar que durante su presidencia ella misma lo llenó de laudes—, para culminar con el último clavo del ataúd con el que asesina toda esperanza social, pues ella misma dice que hemos pasado del *Laberinto de la soledad* al "laberinto de la conformidad".

No obstante, el comparar la desgracia nacional con diversas novelas literarias, no quiere decir que el trabajo académico tienda a engalanarse, empero, lo atroz es caer en la ridiculez y barbaridad de ilustrar a las grandes mafias mexicanas con figuras cinematográficas como *El padrino,* o como otras más.

El libro de Dresser, es una fuerte dosis de pesimismo, y de la máxima expresión del nihilismo que hacía referencia Paz (2000) en su *Laberinto,* puesto que señala que el país se encuentra en estado de podredumbre, como enfermedad incurable. Desde los políticos, hasta sus aliados en las cúpulas económicas del país, como aquellos monopolistas que se sirven de la venta de candidatos mediante campañas de mercadotecnia, al fiel estilo *coca cola y bimbo,* como es el caso de Vicente Fox, o como también se adhiere a la obra, el fiel cómplice de la desgracia nacional: “el capitalismo de cuates”.

La política nacional del pasado y del presente ha sido siempre el sinónimo de podredumbre. El supuesto "libro que le abriría los ojos a los mexicanos", como jacta Dresser, es un recuerdo de que la situación del país cada vez empeora, no es necesario recordar esto a cada instante, pero tal vez sí sea un producto que se venda como las mismas campañas presidenciales con su respaldo de mercadotecnia.

Dresser critica todo lo que encuentra a su paso, y también arremete en contra de la ciudadanía, no sólo asumiendo a todos como "ciudadanos idiotizados", sino condenando a la sociedad, a nuestra cultura, a la incapacidad de vivir en democracia o el capitalismo, por el simple hecho de ser producto fabricado por la misma podredumbre que emana desde las más altas cúpulas de poder en el país.

Si bien nos pide como lectores que hablemos bien de las maravillas de México, por otro lado nos dice que denunciemos a cuenta gota toda la desgracia, económica, política y social del país. Esto no es una tarea de catarsis, o del hecho de solamente hablar de la pestilencia que mantiene en la tragedia al país desde la Independencia, la Revolución o lo que desembocó el 2010. La tarea es más complicada, en contraste al simple hecho de generar panoramas de desgracias y después venderlos, para llenarse de *laudes* y posicionarse como muchos escritores más con "el síndrome redentor".

El mexicano actual no vive solamente de las desgracias, sino también es aquel que sale a las calles a lanzar consignas, a gritar descontentos, a denunciar la corrupción de la casta política. El espacio público ha sido un referente, y no sólo es el hecho de hablar de desgracias. El día en que se comprenda que la sociedad

real es la que se encuentra manifestando sus desacuerdos en las calles, poniéndose en frente del Goliat (el gobierno), los escritores que reducen sus posiciones morales, a vender libros, salir en noticieros, vender conferencias, etc., quedaran —como quedan muchos— en la ridiculez y la falsedad.

Para Dresser la mexicanidad es algo que mantiene al país en una desgracia. Es una podredumbre que se encuentra desde las cúpulas más altas de poder, mediante la corrupción, el clientelismo, el corporativismo, entre más, y que culmina primordialmente en la sociedad, la cual describe como “idiotizada”, conformista, renuente, holgazana, etcétera.

14. No solo estoicismo: César Cansino

> Y es que la libertad de los mexicanos no se expresa sólo a través de una hiperbólica clase proletaria o popular; como han mantenido los intelectuales del PRI, sino también en los infatigables ciudadanos que consuelan sus deseos de libertad en el futbol de los domingos o visitando a la Virgen de Guadalupe en la Basílica. Todo eso está lleno de vida y, por supuesto, de vida democrática. Los que visitan esos lugares son nuestros héroes democráticos, los ciudadanos que día a día quieren transformar al mundo, y no los que juegan a guerrillas postmodernas con el cuento de las distancias insalvables entre buenos y malos, derecha e izquierda que ya no se tragan ni los ideólogos del comunismo chino. ¡Basta de mentiras falsamente políticas y abramos brechas para que entren verdades políticas!
>
> César Cansino (2012, p. 84)

Frente a una realidad que destila un pesimismo y ante las vicisitudes cotidianas de la vida mexicana, nos encontramos situados en medio de un abismo decisivo, entre el desencanto de la vida; de la existencia y el desconocimiento o desprecio del ser —cosa completamente terrible—, hasta dar el paso al frente y encarar los desafíos de la vida con "capa y espada"; con estoicismo y esperanza.

Cansino, politólogo y filósofo surgido de la máxima casa de estudios en el país, la Universidad Nacional Autónoma de México, y doctorado en las universidades de Florencia (Italia) y Complutense (España), nos regala mediante su obra: *El excepcionalismo mexicano entre el estoicismo y la esperanza,* un vuelco trascendental para poder contrariar a la dominación cultural que ha estado vigente en el alma mexicana desde el surgimiento del nacionalismo, y que ha legitimado hasta hoy a una casta política ineficiente y corrupta, incapaz de ver por la ciudadanía.

Como el escritor lo menciona desde un inicio, el ensayo no va encaminado a generar más arquetipos que históricamente ha tenido la mexicanidad, sino detectar las transformaciones que ha tenido nuestro ser después de los cambios vigentes en el año 2000, como lo ha sido el triunfo de la democracia y el aparente desplazo del partido dominante.

Cabe señalar que dicho partido (PRI) fue uno de los promotores principales para que las diversas concepciones de la mexicanidad se propagaran y reprodujeran a través de una cultura hegemónica, por esta razón, Cansino se sumerge ante dichos sucesos para analizar si los cambios democráticos en el país ayudan a que las estructuras impuestas sembradas por la cultura dominante puedan cambiar, o sean ahora neutrales y racionales, como bien lo exige la democracia moderna.

Asimismo, expresa que somos un país excepcional que a pesar de las condiciones que se han enraizado gracias a la mexicanidad, es momento para mirar si la tradición nos sigue condenando, o si la modernidad nos permitirá vencer los abismos que existen entre el “México profundo y el México imaginario”.

Para comenzar el viaje al *excepcionalismo mexicano,* Cansino parte de un concepto eternamente apabullado: el estoicismo, el cual, fue descrito por Paz en 1950 como uno de los grandes defectos de nuestra cultura; algo que nos vuelve abnegados, inmutables, y que nos mantiene en soledad perpetua, condición que ha hecho que el mexicano camine por la vida enmascarado, puesto que también se ha cimentado en nuestra historia que México es producto de un mestizaje violento, de una violación producida por la conquista.

Esa misma descripción que proporcionó Paz (2000) en *El laberinto de la soledad,* es una condición que ha estigmatizado a la sociedad hasta el hecho de considerar que somos incapaces para vivir en democracia, empero, el argumento de Cansino difiere por completo de éste, ya que si México es un país excepcional y obtuvo un triunfo democrático en el año 2000, es momento de dar vuelta a las condiciones y ver qué es lo que ha despertado a la sociedad para alcanzar dichos logros.

Por esa razón, Cansino rescata al estoicismo mirando los aportes que Alfonso Reyes generó gracias al humanismo. El estoicismo lo traduce como "una forma de vivir la fugaz libertad humana, una rebeldía interior que intenta no mancillar la virtud con la barbarie del mundo" (Cansino, 2012, p. 25), surge como respuesta a la represión y es un acto de esperanza, como aquella que describió Ernst Bloch, cualidad característica del ser humano para cambiar o revertir las desgracias. Cosa contraria a la utopía que es algo anhelado pero inalcanzable.

El estoicismo para Reyes es la entrega del cuerpo no por voluntad sino como adaptación a la desgracia, como aquel episodio histórico donde a Cuauhtémoc le son quemados los pies, pero por dentro, en su espíritu emanó una

inquebrantable voluntad. El estoicismo es la rebeldía mental/interna ante el sometimiento, puesto que tampoco es la entrega total del hombre.

> En suma, con Reyes ya no hay *destino* estoico, sino *elección;* ya no se juega la *dignidad* humana, sino algo más decisivo, la *libertad,* y su correspondiente en el pensamiento, la *crítica.*
> En contraste con Paz, Reyes ofrece una interpretación *vitalista* del estoicismo, en la que no hay designios eternos, sino sólo efímeras intervenciones sobre nuestro presente, en lo que más nos duele (Cansino, 2012, p. 25).

Las dos posturas, la de Paz y la de Reyes, son completamente contrarias, pero lo que rescata Cansino está bien argumentado, la inconformidad humana nace desde nuestros pensamientos, y se encuentran en un mundo que ya se nos ha sido entregado, y al no haber resignación, el ser humano en México vive en una constante rebeldía en contra de las castas dominantes, factor que si logra detonarse en el espacio público, en la colectividad, México puede presentar cambios importantes como el triunfo democrático que Cansino señala con la alternancia de poder del año 2000. Asimismo, México aparece como un país y una cultura que no puede compararse con otras, nace así la analogía del *excepcionalismo mexicano.*

De igual forma, lo que nos hace excepcionales son virtudes o defectos, características que se han reproducido hasta el cansancio desde el surgimiento de la cultura nacional, y estos factores han hecho que la sociedad posea diferentes condiciones como la inferioridad, soledad, la inmutabilidad, etc., factores que generan diferentes tipos de comportamientos, como aquellos que contrastan con las personas que llegan a superar estas condiciones y las adversidades en el país, pues no es nada extraño que si alguien se supera nunca dejará de lado a

oponentes o adversarios que intentarán reducirnos a las mismas condiciones impuestas por la cultura dominante.

A su vez, los diversos estudios sobre lo mexicano han variado en adjudicar fuertes dosis de pesimismo, no sólo se ha condenado al país a vivir en condiciones premodernas, no democráticas, o que se vea que a través del autoritarismo hemos encontrado estabilidad económica, política y social. Los nuevos tiempos requieren cambios permanentes, cambios que nuestro país necesita a pesar de que avancemos muy despacio, en comparación con otros países, sin embargo, la esperanza de un mejor mañana jamás dejara de presentarse. Tanto Paz como Reyes, partieron de los malestares que emanan de nuestra cultura, de igual manera muchos filósofos y escritores han contribuido a generar desde virtudes hasta condiciones en la mexicanidad, empero, hoy en día el discurso pesimista sigue estando vigente en literatura que se inserta en el imaginario colectivo para seguir reproduciendo que somos poseedores de una enfermedad incurable, y ante esto, nos queda detonar el estoicismo de la inconformidad y valerse de la esperanza para remar en contracorriente.

Históricamente hemos tenido un desarrollo *sui generis* en contraste al que comúnmente puede encontrarse en Estados Unidos o países de Europa occidental, Cansino acierta en mencionar que la política gestada en nuestro país —al igual que otros países de Latinoamérica— después del proceso independentista fue diametralmente opuesto al que llevó el desarrollo de la ciudadanía. De esta manera, la política caudillista y todas las facciones de poder que se pueden encontrar durante el siglo XIX como: monarquistas vs republicanos, liberales vs conservadores, entre otros, se dieron a la tarea de crear

imaginarios sociales, sustentados en diversos proyectos de nación, es decir, se crearon identidades falsas con las cuales se intentó asumir a los ciudadanos, empero, toda esta problemática se instauró hasta el siglo XX después de la guerra de revolución, con el surgimiento del sistema político mexicano y la creación del partido único; el Partido Nacional Revolucionario (PNR) que hoy en día conocemos como el Partido de la Revolución Institucional (PRI). Dicho partido vino a cooptar con todos los malestares vividos desde un siglo atrás, nació con caudillos y se desarrolló con políticas antidemocráticas que causaron la invisibilidad social, reduciendo a ésta a la creación y reproducción de diferentes arquetipos humanos.

Sin embargo, la situación contemporánea nos devela —como lo expresa el autor— que el debilitamiento del Estado-nación, las limitantes que tiene la cultura, el problema económico, la desigualdad social, entre más, sumado a la corrupción política, a los fraudes electorales, y al sin número de incompetencias que gestó la política priista durante el siglo pasado, hicieron detonar cambios en el espacio público, como aquel movimiento de 1968 que culminó en una sangrienta represión, pero que dio muestra de un cambio en vías a la democracia del país. Asimismo, Cansino expresa que: "el Estado latinoamericano actual sólo puede ser entendido a partir de las transformaciones de la sociedad civil en el espacio público" (Cansino, 2012, p. 47), puesto que es la propia ciudadanía la que ha ido rompiendo lastres culturales, sociales y políticos, ya que es la única que ha ido remando contra la marea de las adversidades que la política nacional ha sembrado en el país. Por esta razón, Cansino también señala que la ciudadanía es la única capaz, a través del espacio público de concluir lo que históricamente

ha quedado pendiente, y es sin duda alguna el momento en que el escritor reivindica a la historia mexicana.

Si el pasado fue violento, hoy en día los ciudadanos exigen cambios desde una posición distinta, como aquel acontecimiento del año 2000 en dónde de manera electoral, se logró sacar de la presidencia nacional al partido perpetuado en el poder desde 1929.

> Si en un régimen autoritario le son conculcados a los ciudadanos sus derechos civiles y políticos, en un régimen democrático existen las condiciones mínimas de igualdad y libertad para que los ciudadanos puedan cuestionar y enfrentar cualquier norma o decisión que no haya tenido su origen o rectificación en ellos mismos. [...] Si las autoridades no toman en cuenta las propuestas que emanan de la sociedad, entonces el poder corre peligro del totalitarismo. En síntesis, la esfera pública es el factor determinante de retroalimentación del proceso democrático (Cansino, 2012, p. 57).

En contraste al debate actual, Cansino pone en el centro de la transformación mexicana a la ciudadanía que históricamente ha sido vapuleada. Aquella que muchas veces ha llegado a asumir que es floja, negada al cambio, subordinada, apática, ignorante, desinformada, conformista, violenta, gracias a denominaciones como la que otorgó Escalante (1993) al definir al ciudadano como algo “imaginario”, o Dresser (2011) al definir "ciudadanos vasija", o Basave (2010) al incrustar la esquizofrenia a todo el país. Empero, que el pasado mexicano haya sido una marea de represiones, de corruptelas, de prácticas clientelistas, corporativistas, no quiere decir que la sociedad en el presente se encuentre suspendida en el limbo, sino al contrario, si ya se ha conocido las virtudes de la democracia, es impensable asumir que la ciudadanía sea incapaz de transformar su propia circunstancia.

Al mismo tiempo, la dominación de las élites económicas, políticas y sociales en el país, han tratado de mermar los intentos de transformación democrática de la ciudadanía, a través de la manipulación de información, represiones, segregaciones laborales, etc., así como también existe el empeño de perpetuar discursos de pseudo-académicos y pseudo-intelectuales, los cuales pecan por imponer visiones pesimistas sobre el presente y el futuro de México. Puesto que como define el autor, existe una democracia sin demócratas.

> En otras palabras, nuestro tan arraigado estoicismo ha cambiado de piel. Ya no aceptamos tan dócilmente la adversidad y el abuso, nos sabemos más dueños de nuestro presente y nuestro futuro, sabemos o intuimos que en nosotros y en nadie más reside el resorte legitimador de la política efectiva; el problema es que seguimos estando tan secuestrados ahora como antes por una elite gobernante que sigue gobernando en el vacío, a espaldas de la sociedad y sin la menor sensibilidad democrática (Cansino, 2012, pp. 55-56).

Por otro lado, Cansino también lanza una crítica hacia el nacionalismo, aquel que parece una enfermedad puesto que crea conciencias falsas, ideologías, e imaginarios sociales, y surge a través de un proyecto de nación, creando símbolos, valores, mitologías, con la intención de legitimar en el poder a clases dominantes. Cosa misma ocurrida tras la consumación de la Revolución Mexicana, después de la barbarie procedente desde la independencia, con un siglo XIX caótico, una dictadura de más de 30 años, y un inicio de siglo XX trágico.

Cuando germina el nacionalismo, surge algo similar a lo que Peter Sloterdijk (2000) planteó tras una interpretación de la obra de Friedrich Nietzsche (2000): *El nacimiento de la tragedia,* cuando lo caótico, bárbaro, e incivilizado, como lo es una sociedad primitiva —como aquella concepción griega *dionisiaca*— logra congeniar el orden, la moral, los valores, la civilidad —mediante la concepción apolínea—, es el momento en donde nace la cultura (Sloterdijk, 2000,

pp. 71-72). Asimismo, el nacionalismo dio a luz a una nueva cultura, y por ende a una dominación social altamente efectiva, que aparentemente mediante el inconsciente de la sociedad ha hecho que las clases dominantes se legitimen.

Sin embargo, Cansino señala que desde los ochentas con los procesos democratizadores que encabezó la sociedad civil, se le dio un vuelco a las condiciones nacionalistas, de la misma forma en que lo hizo el derrumbe del viejo régimen con el comienzo del siglo XXI. De igual manera, apunta que es un momento oportuno para identificar qué rasgos de ese viejo nacionalismo siguen hasta hoy vigentes, y qué otros se han ido al retiro, así como también, se puede identificar cuáles rasgos o condiciones pueden seguir reproduciendo o mutando, y cuáles permanecen constantes por ser parte intrínseca de la identidad nacional de México (Cansino, 2012, p. 58).

Dicho nacionalismo es equiparable a los discursos surgidos con el fascismo, el nazismo, o el comunismo, los cuales generaron una forma de legitimación de Estados totalitarios. En similitud y contraste al mexicano, aquí se dio:

> "[...]un discurso salpicado de populismo, desarrollismo, antiimperialismo, antiyanquismo, indigenismo, paternalismo, etcétera, dependiendo de las circunstancias, por convenir a los intereses de una clase política pragmática y oportunista (Cansino, 2012, p. 60).

El nacionalismo revolucionario detonó a una nueva cultura, a un nuevo orden, funge como una maquinaria simbólica de valores y mitologías que a lo largo del siglo XX, logró generar paz, estabilidad, lealtad, subordinación, gracias a los tintes populistas de las presidencias, enalteciendo la imagen del presidente a la del "el señor del gran poder" (Cosío, 1972, p. 30), del Estado, de las tradiciones,

todo con un respaldo jurídico y político que aseguró la estabilidad y tránsito de las élites de poder. Todo con cimientos contrarios a la democracia.

Los rasgos que aporta Cansino para ubicar el auge de la identidad nacional emanada de los años 40 tras la "política de masas" de Lázaro Cárdenas son los siguientes: el cine de oro nacional, el muralismo, la descalificación de los Estados Unidos con el antiimperialismo, el anticapitalismo, la exaltación de las causas obreras mediante el gusto por el comunismo, la música popular mexicana o vernácula, el folklore, y el gran intento de reivindicación y exaltación racial mestiza, y sin duda alguna, a través de la educación, la promoción de la historia oficial mediante libros de texto (Cansino, 2012, p. 61).

Cuando el Estado se había consolidado como un ente que resolvía las problemáticas sociales, apegado a las causas de todo tipo, la sociedad comenzó tras los triunfos democráticos a desenmascarar la realidad de un Estado autoritario. Tras el año 2000 con el triunfo democrático de la ciudadanía, se comenzó a gestar una nueva época y los viejos valores simbólicos fueron poco a poco diluyéndose y desapareciendo, a pesar de que muchos rasgos sigan hoy vigentes. La sociedad ha cambiado, hoy en día mantiene un concepto distinto sobre el Estado y sobe las clases dominantes, ha tenido una apertura democrática no sólo nacional sino internacional, ha hecho a través del espacio público la principal herramienta para lograr cambios importantes.

"En síntesis, la democracia tiene una importancia constructiva, en adición a su valor intrínseco para la vida de los ciudadanos y a su importancia instrumental en las decisiones políticas" (Cansino, 2012, p. 65).

Otro factor que el escritor pone en tela de juicio, es la posición que mantiene el nacionalismo frente a la globalización, puesto que se sembró un discurso de mediocridad y de apatía, de derrotero y de xenofobia cuando México se ha puesto de frente a países de primer mundo. Ante esto, muchos existen diversos discursos a favor y en contra de la apertura del país al exterior, sin embargo, el nacionalismo debe irse al retiro, puesto que la democracia mantiene también una correspondencia a nivel internacional. Asimismo, la globalización y el libre mercado, generaron una nueva etapa para la identidad mexicana llamada *la condición postmexicana,* en donde la occidentalización y la norteamericanización han modificado los "hilos conductores" de la identidad mexicana. Bajo este mismo concepto Cansino señala que posiblemente sea la etapa de ser más "universales y menos singulares" (Cansino, 2012, p. 72).

Empero, aquel triunfo democrático descrito por Cansino sobrepasa las expectativas esperanzadoras con la realidad. Es cierto que la alternancia en el poder del año 2000 nos otorgó una fuerte dosis de sentimientos positivos para el futuro del país, sin embargo, tras doce años de gobiernos panistas, México se cubrió de una tragedia que invocó a los viejos demonios con el regreso al poder del Partido Revolucionario Institucional, lo más sorprendente es que, dicho suceso se dio también de manera electoral a pesar del despliegue de la gran maquinaria corporativista del PRI, control de medios de comunicación  entre más, al buen estilo del viejo régimen autoritario.

No obstante, ante la esperanza desbordada con los sucesos del año 2000 que muchos mexicanos llegamos a tener, Cansino fue precavido al señalar la urgencia por tener una Reforma de Estado, para no sucumbir ante las rémoras del

pasado. Dicho esto, tuvo toda la razón. Si la Historia o el pasado rebasaron los intentos por instaurar una democracia real en el país, persiste la esperanza que ha emanado en la sociedad civil al reescribir el espacio público. Esto sigue vigente, siempre y cuando se logre detonar el estoicismo.

Cabe señalar que el autor supo interpretar las necesidades que faltaron para consolidar la democracia en el país, no sólo al mencionar que se necesitó hacer una reforma constitucional, sino también al señalar que muchos intelectuales continuaron trabajando bajo la misma línea del régimen. Por esta razón, no sólo nuestra historia no pudo concretarse tras el retorno del PRI a la presidencia, sino que develó otro cisma entre la sociedad civil y la responsabilidad social de los intelectuales para denunciar al totalitarismo y señalar a los culpables de la desgracia del país.

Existe una sociedad que no se ha cansado de exigir aperturas democráticas, pero también existen barreras muy grandes en frente: las clases dominantes económicas, políticas y sociales, y su respaldo intelectual. Empero, como lo menciona Cansino, los verdaderos héroes son los ciudadanos, con todas sus virtudes, con todo su excepcionalismo, aquellos que permanecen en pro de la igualdad y de la democracia.

Otra cuestión a resaltar es el descontento de la ciudadanía —condición cívica— hacia la política institucional, hacia los partidos políticos y hacia sus políticos. Mientras en el 2000 la Revolución democrática —como lo expresa el autor— ayudó a ganar espacios democráticos, por otra parte, también ayudó a concientizar a la sociedad de las incapacidades e ineficiencias de las castas políticas en general. Esto mismo se refleja en el incremento porcentual del

abstencionismo electoral por parte de los ciudadanos, cosa que pareciera alarmante en una democracia desarrollada, pero que en México es la muestra de un rechazo y desencanto hacia los gobiernos de todo orden. A su vez, este rasgo no es único en el país —expresa el escritor—, sino también se puede ver a nivel mundial, sin embargo, las castas dominantes no han comprendido que la democracia política y social no se gesta en el simple ejercicio electoral, y no obstante siguen insultando a los ciudadanos a través del mejoramiento de campañas políticas, de imágenes falsas, y promesas estúpidas. Todo esto sustentado en aberrantes campañas de *"marketing* político" (Cansino, 2012, p. 81).

¿Qué más genera condicionantes en la sociedad mexicana?, Cansino nos muestra que existen condiciones políticas, cívicas, ideológicas, y hasta religiosas. La apertura al mundo a través de la globalización vino a dar una pauta diversa a la que se gestó en el siglo XX tras el nacionalismo revolucionario. En gran medida, el colapso de la Unión Soviética y la caída del Muro de Berlín, han sido sucesos que han transgredido el funcionar de muchos gobiernos, el triunfo de la democracia y de sus valores se presentan más vigentes que nunca, y por esa razón, es necesario concebirnos mediante parámetros más racionales y más plurales, haciendo a un lado todo tipo de fanatismo; tanto religioso como político, así como evitar la segregación social.

> “Si Dios no existe todo se justifica". Así expresaba Dostoievski su escepticismo religioso en Los hermanos Karamazov, remitiendo también a una intuición moral durante mucho tiempo válida en Occidente: aquella que afirma que los valores religiosos son al menos un freno para los peores excesos y atrocidades cometidas por un ser humano contra otro (Cansino, 2012, p. 123).

La misma ciudadanía ha ganado poco a poco el reconocimiento de su diversidad —menciona Cansino—, la Iglesia Católica ha sido rebasada por las exigencias sociales y también ha ido perdiendo poder en el país a pesar de no aceptar dicha verdad y verse en aprietos con casos como la pederastia, la prohibición del aborto, o la unión entre homosexuales. Sin embargo, la muestra de que la sociedad católica en México se encuentre mayormente inclinada por el laicismo, contrarresta con la larga tradición de grupos ultraconservadores, o de imposiciones y prohibiciones morales por parte del clero. Este suceso es sinónimo de pluralidad social, y de la construcción de una democracia que emana desde el espacio público.

No cabe duda que Cansino pone como eje central a la democracia, y al igual que en diversos países de América Latina, México ha presentado transformaciones desde los diferentes espacios públicos como: plazas públicas, redes sociales, universidades, etc. Asimismo, esto ha marcado la pauta para la transformación del carácter mexicano, el cual se sitúa hoy en referencia con lo que considera el escritor como: *la condición postmexicana.*

Huelga decir que, dicho término lo asocia Cansino como el producto de la mutación en las transformaciones que países de América Latina, incluyendo a México, los cuales han tenido al transitar de regímenes autoritarios a democracias liberales (Cansino, 2012, p. 153). Factor que también ha abarcado aspectos culturales, a pesar de que los lastres que en ésta han existido sean difíciles de erradicar, como la corrupción, la impunidad, o la mala política en general.

Ésta característica es distintiva de nuestra sociedad, y ha dado fruto a cualidades que se identifican mejor con los valores universales, en suma, con la

democracia. Asimismo, Cansino devela todo lo contrario ante toda la marea de pesimismo intelectual y de la reproducción de derroteros que continúan surgiendo por los "expertos de la mexicanidad", los verdaderos héroes son los ciudadanos que con un sin número de esfuerzos salen adelante ante la adversidad cotidiana, aquellos en quienes se deposita la esperanza para contrarrestar a las vicisitudes que la vida diaria en México presenta: bajos salarios, falta de empleo, delincuencia, narcotráfico, políticos corruptos, políticas ineficientes, entre más.

"Y así llegamos al que considero el principal peligro de este tipo de interpretaciones: al achacar a la cultura y a la tradición todos nuestros males nacionales, terminan difuminándose las responsabilidades" (Cansino, 2012, p. 157).

El autor advierte que si los males culturales sin difíciles de erradicar, los valores democráticos no surgen de la noche a la mañana, estos se pregonan a través del ejemplo, cosa que la casta política jamás ha predicado. Y ante este señalamiento, Cansino deja caer su crítica hacia el trabajo oscuro de Agustín Basave (2010), aclarando que no somos una cultura corrupta, al igual que la sociedad no corresponde a la inmoralidad de la casta política.

En suma, a pesar de que los mexicanos se encuentren más apegados a *la condición postmexicana,* el autor expresa en sus *Reflexiones inconclusas* (Cansino, 2012, pp. 159-163) que la crisis nacional se centra en gran medida en la crisis política. La transición democrática del 2000 ha pasado a ser un espejismo, y esto refleja la ineptitud de la casta política —sea del color que sea— para hacerle frente a las exigencias habituales. Se sigue conviviendo con políticos que maltratan a la ciudadanía y desprecian por completo todos los valores que pueden

emanar de la democracia. Esta preocupación se puede reflejar en la ciudadanía desencantada de gobiernos mediocres, de políticas ineficientes, del desprecio a políticos que eternamente han intentado lucrar con la desgracia nacional.

> Que los mexicanos estamos hechos de conformismo y resignación, de soledad y silencio, es un hecho, pero también la esperanza fluye en nuestras venas. Razón de más para creer que las ruinas de hoy no tienen por qué ser eternas (Cansino, 2012, p. 163).

Para Cansino la mexicanidad es algo que ya está en el retiro, puesto que ha sido una serie de condiciones impuestas por las castas dominantes, para influir en el actuar de la sociedad. Sin embargo, la misma sociedad mexicana ha dado muestra de ir en contra de la corriente que mantiene al país en diversas tragedias. Aclara que somos diferentes, y si somos rebeldes estoicos, es precisamente por la búsqueda incansable de nuestra libertad. Por trazar un futuro a base de la esperanza.

## 15. Reconsideraciones

El resurgimiento de los fantasmas de la mexicanidad se conjuran de nueva cuenta en la época contemporánea. A pesar de que Bartra (2005 y 2006) nos muestre un trabajo magistral que se canonizó como un referente de los estudios mexicanos en la actualidad —el cual también influiría en los trabajos presentados por Basave (2010), Dresser (2011), Castañeda (2011) y Cansino (2012) —, no se salvan de caer en la promoción de diversos males que han mantenido a la sociedad envuelta en una tragedia constante.

Dentro de su estudio encontramos que las viejas condiciones se hacen presentes, mencionando que la historia del país ha condicionado y condenado a la sociedad, de igual forma, y a pesar de develar la dominación cultural en México, vuelve a categorizar y a redefinir arquetipos o perfiles, tal es el caso del pelado mexicano, el mitológico de la mujer con la Malinche y la Virgen de Guadalupe, las características del axolote, la melancolía y hasta la condición postmexicana. No obstante, menciona que la reproducción de dichos arquetipos y toda la dominación cultural que legitima en el poder a la casta política, se reproduce a diario a través de los medios masivos de comunicación, como el cine, la radio, la televisión, etc.

Empero, puede parecer contradictorio el estudio de Bartra (2005) si uno asume su inmersión a través de una mirada liberalizadora, sin embargo es parte de una producción académica que trae de nueva cuenta al tema de la mexicanidad. Asimismo, puede caer en incongruencias al pronunciar su inconformidad hacia Paz (2000), ya que el poeta llegó a relacionar el genocidio del gobierno mexicano de 1968 con los rituales cósmicos y milenarios de las

civilizaciones precolombinas, puesto que Bartra asume que el pasado es algo que quedó atrás, olvidando que él mismo pronunció que la historia es una condicionante del presente mexicano.

Asimismo, abre la pauta para continuar contribuyendo significados a las categorías, perfiles o arquetipos sociales, a través de *la condición postmexicana,* puesto que también señala que hoy en día la sociedad mexicana ha rechazado al nacionalismo revolucionario, a pesar de que podamos darnos cuenta que no toda la cultura nacionalista se ha erradicado en México. El claro ejemplo es el retorno del PRI a la presidencia de la República en 2012 que a pese a saber que la vieja maquinaria corporativista, clientelista y de cooptación de votos hiciera su función, el acontecimiento se dio a través de un proceso electoral.

A su vez, Basave, Castañeda y Dresser, caen en la arrogancia académica de reducir a la sociedad mexicana de diversas maneras. El caso de Basave (2010) mediante un trabajo inconsistente, al viejo estilo del psicoanálisis utilizado en su momento por Ramos (1993) y Carrión (1970), cayendo ridículamente en la comparación de nuestro país con Estados Unidos y Occidente europeo, para dar el reflejo de una sugerencia por el mimetismo de tales potencias.

No obstante, vapulea a los mexicanos con la condición esquizoide, corrupta, histórica, cultural, etcétera. De igual manera, el trabajo de Castañeda no se queda atrás, no simplemente porque su estudio no vaya dirigido a la sociedad mexicana, y que a pesar de eso parezca ser un trabajo mercenario dirigido para la comunidad estadounidense, ya que al conjurar a todos los males de los que se han hablado sobre el mexicano, reafirma las atrocidades raciales de Samuel P. Huntington (2004) para concluir que debemos ser como los norteamericanos.

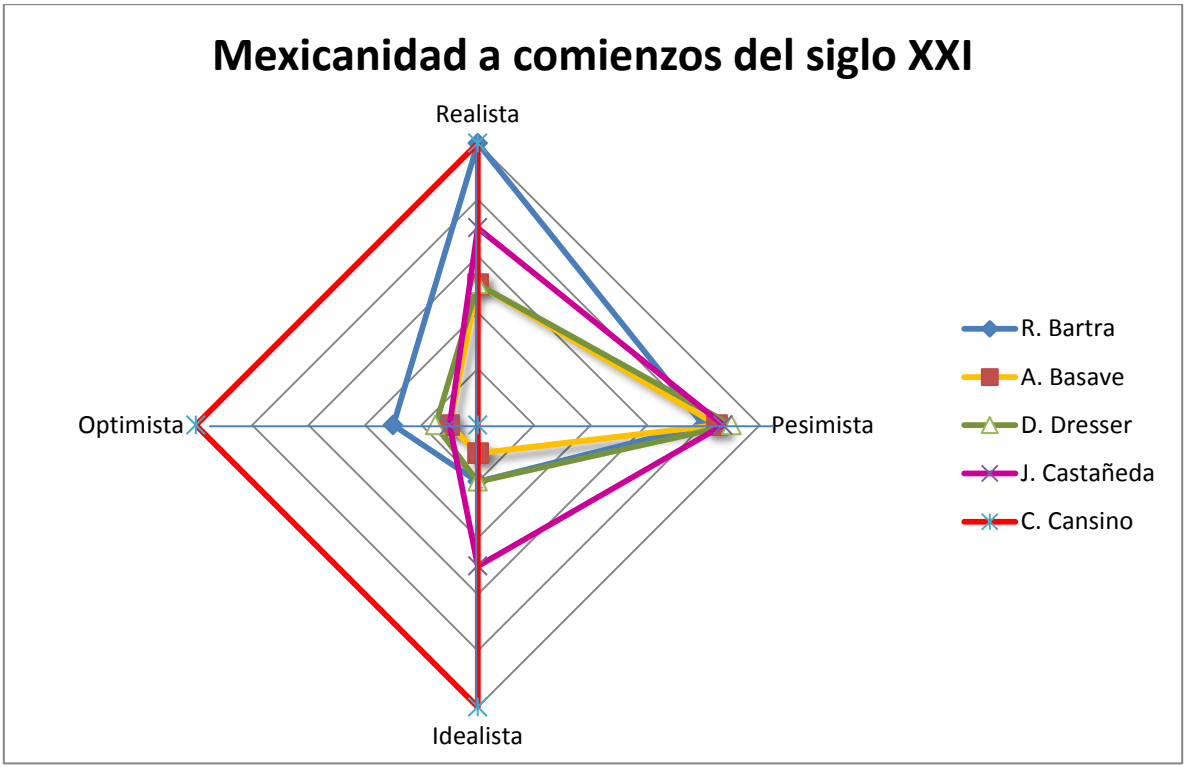
Del caso de Dresser no hay mucho de qué hablar. Sus grandes analogías de los males del país con novelas comerciales, únicamente reflejan que su oficio es bien remunerado. El hecho de que enumere a la casta política corrupta que domina el país, no le da el derecho de reducir a los mexicanos a ser *"Frodos",* idiotas, renuentes, incapaces o conformistas. La realidad de México se encuentra fuera de su ilusión, ya que en la actualidad la misma sociedad mexicana ha luchado por democratizar al gobierno de diferentes maneras.

Por último, el caso del *Excepcionalismo mexicano* de Cansino (2012), puede dar luz verde a que la sociedad siga reescribiendo el espacio público, a que se tenga esperanza, a pesar de que muchas veces el estoicismo esté relacionado con la petrificación, la inmovilidad, el estatismo. Sin embargo, la obra fue congruente al señalar y exigir una Reforma Constitucional, al apartarse de caracterizar o generar arquetipos, al rescatar a la sociedad, a sus individuos, a los verdaderos héroes cotidianos. Empero, el autor tras la alternancia presidencial del año 2000 se vio cegado, no precisamente porque la sociedad triunfara democráticamente, sino porque los males culturales que tiene el país, son más peligrosos puesto que se manifiestan como fantasmas muy difíciles de erradicar.

No afirmo que se llegue a errar por proporcionarle al país una dosis de esperanza a través de su *excepcionalismo,* pero sí se puede condenar a aquellos que han contribuido a reproducir e incrementar la oleada de pesimismo que se reproduce como enfermedad a través de la melancolía, de los discursos cotidianos, de los "espejismos académicos". Sí se puede condenar a aquellos que han dicho que estamos condicionados por el simple hecho de ser mexicanos.

Puesto que los que nos condenan son los que vapulean las posibilidades de cambiar la tragedia nacional.

Mediante la siguiente gráfica, intento ilustrar el contraste que existe entre los personajes que vapulean a la mexicanidad con un pesimismo exacerbado, tal es el caso de Bartra, Dresser, Castañeda, y Basave, frente a la tesis ofrecida por Cansino, la cual rompe por completo con la mexicanidad, ya que considera a ésta como condiciones que recaen sobre la sociedad mexicana, empero, su aporte cae también en el idealismo y el optimismo hacia la sociedad, cosa contraria a los autores antes señalados.



# CONCLUSIONES

A través del siglo XX se detonó la búsqueda por el *ethos* mexicano. Como se ha visto en la presente investigación, dicha búsqueda emanó desde el positivismo a través de aquel afán por encontrar una dominación social eficiente, sustentada en el lema orden y progreso. De esta forma, mediante los trabajos de Chávez (1901) y de Guerrero (1901), se comenzaron a construir muchas categorías y arquetipos de la sociedad mexicana.

Asimismo, los estudiosos de lo social comenzaron a hacer uso del evolucionismo, el psicoanálisis, la filosofía, la moral, la religión, y también de un sinnúmero de disciplinas que fueron adquiriendo auge en sus respectivas épocas. Se comenzó a gestar una serie de adjudicaciones sobre la mexicanidad como las que se referían a castas y clases sociales.

Tiempo más tarde, con la consolidación de la Revolución Mexicana, un nuevo proyecto de nación aparecería tras la presidencia de Lázaro Cárdenas, de la mano con los intentos para instaurar un Estado moderno. El concepto de nación llegó a su clímax, a la exaltación, planteándose también el nacionalismo. Éste, tuvo la misma intención del viejo positivismo; encontrar las herramientas adecuadas que ayudaran a identificar a la sociedad con el gobierno; con el nuevo Estado, para encaminar al país hacia el progreso.

La influencia occidental nunca dejó de hacerse presente en los cambios que atravesó el país. El fervor por el nacionalismo tuvo detrás no sólo a lo que ha sido evidente como el cine de oro, la exaltación de imágenes tradicionales como el caso del charro, el mariachi, la china poblana, los grandes y famosos murales, la

música vernácula o regional, la comida, el amor por los símbolos patrios; la bandera, el escudo nacional, el himno nacional, sino que también contrajo detrás teorías y doctrinas filosóficas que se mantuvieron en boga durante todo el siglo XX, las más sobresalientes fueron: el existencialismo, el vitalismo, la fenomenología, el humanismo, así como también en momentos se retornó a la vieja usanza positivista y el psicoanálisis.

De esta manera, se intentó exaltar la imagen del mestizo, orquestando una base mitológica muy efectiva, la cual consagró a una cultura dominante que detonó a un imaginario colectivo con el nombre de identidad nacional. No obstante, quienes contribuyeron a la exaltación del nacionalismo, fue una generación de intelectuales que en primera instancia se opusieron al reduccionismo positivista, tal fue el caso del Ateneo de la Juventud, o sea de Caso, Vasconcelos y Reyes.

Ellos aportaron el llamado a la búsqueda por la autenticidad nacional, puesto que las exigencias internacionales así lo requerían. Asimismo, se buscó rescatar al espíritu humano mexicano de diversas maneras, por el lado de Vasconcelos (2012a) emanó la reivindicación racial mestiza, algo muy cuestionado, ya que el filósofo mexicano ha recibido su peor crítica por su cercanía y simpatía con el nazismo. Del lado de Reyes (1914, 1917, 1937 y 1993) se dio a través del humanismo, rescatando de las profundidades del ser mexicano al estoicismo tan característico y polémico.

Cabe destacar que los filósofos del ateneo en primera instancia se opusieron a la dictadura positivista y a su educación reduccionista, a su vez, tras la culminación de la Revolución Mexicana, muchos de ellos que comenzaron a ser

opositores y críticos al nuevo sistema político, fueron exiliados del país. Sin embargo, tiempo más tarde el factor poder los sedujo hasta cooptar sus intereses y posicionarlos en lugares estratégicos, como embajadas, secretarías, diferentes instituciones y universidades. Esto sin mencionar que fueron los principales personajes en influir en una generación posterior de intelectuales, la llamada "Generación del 15", o bien conocida como los 7 sabios, la cual se encargó de crear instituciones para fortalecer al régimen político dominante.

De la misma manera, fueron la base de otra generación, la del grupo filosófico Hiperión que se empeñó en encontrar la identidad nacional y en disfrazar la pregunta por el ser mediante el nacionalismo. Los pilares más importantes del Hiperión fueron: Uranga (1952) —el cual señaló que somos el accidente histórico con nuestro encuentro frente a occidente y por tal razón, consagrar que somos insuficientes— y Zea (2001) —cegado por la búsqueda de la identidad nacional—. Ellos mismos tomaron también como referente a otros estudios que se canonizaron en la mexicanidad, tal es el caso de Ramos (1993) y de Paz (2000). El primero, promotor de la filosofía mexicana, tercero en el siglo en categorizar a la sociedad mediante perfiles que denostaron la condición humana, reduciendo el alma de los individuos al sentimiento que se emanó en contraste con las sociedades como las occidentales, y este fue, el sentimiento de inferioridad.

El segundo, el poeta del siglo XX, no sólo cuestionó a través de una sublime crítica a los estudios mexicanos, sino también fue cegado frente al liberalismo y la modernidad europea y estadounidense reduciendo a la sociedad a ser incapaz de vivir en democracia, y no obstante, develó el simbolismo oscuro del mexicano, tanto de sus hombres como de sus mujeres. Aseveró que el mexicano

se encuentra siendo constantemente otro, y frente a esa otredad se vislumbra solo, cosa que lo hace ocultarse tras las diversas máscaras.

Empero, consecuentemente las obras sobre la mexicanidad no cesarían de aparecer para incentivar las condiciones de la sociedad mexicana, desde estudios que retomaron al viejo psicoanálisis de la primera mitad del siglo, y de reconstruir una mitología para la base cultural, como lo hizo Carrión en sus obras publicadas en 1951 y 1952. Denostando que la sociedad mexicana vive en un estado primitivo, de "ensueño" para negar la realidad. Todo producto del choque de dos culturas, la española y la precolombina.

Asimismo, tras diversos cambios políticos y económicos que se presentarían en el país, surgiría también una fuerte crisis de la identidad nacional. La clave es el contraste que siempre ha existido tras lo que parece ser una entelequia, la sociedad siempre ha estado apartada de todo tipo de estudio o descripción, aunque muchas veces se les ha incrustado todo tipo de prejuicio mediante diversas formas de dominación que emanan de un imaginario colectivo.

La apertura democrática del país permitió que otras voces salieran a escena para denunciar todas las atrocidades que los proyectos de nación habían sepultado, tal es el caso de Guillermo Bonfil Batalla (1990), develando al *México profundo,* contraste principal de una sociedad indígena negada y exigente de una pluralidad. Igualmente, Monsiváis (1990) arremetería en contra de la identidad nacional, denunciando el cinismo de la dominación cultural de la casta política, tras el impacto que tuvo la globalización en el país a inicio de los años noventa. De igual forma, reafirmó la existencia de otros que no corresponden a los prototipos de individuos que han sostenido los proyectos de nación.

No obstante, tras toda la marea de estudios que surgieran durante el siglo XX, en la primera mitad del siglo XXI el debate de la mexicanidad volvería a resurgir de entre las cenizas. No para ofrecer soluciones a los conflictos que se han ido incrementando, sino para develar que los viejos fantasmas de la mexicanidad se siguen manifestando uno a uno.

El debate actual no tiene nada nuevo, al igual que en el pasado, se toma como referencia a los Occidentes; tanto el sajón como el europeo para enfatizar que nuestra sociedad sigue aletargada y obstinada en asumir los valores que desde las potencias mundiales se presentan hegemónicamente.

Se ha hecho un recuento de todos los males. Se ha descrito la tragedia contemporánea. Se ha enumerado a la casta política corrupta una y otra vez sin haber obtenido beneficio alguno. De nueva cuenta han surgido personajes como Roger Bartra (2005 y 2006) para despertar el viejo debate, tras arrojar a la melancolía como característica de nuestra sociedad y así ser como axolotes negados a cambiar o proponer la creación de más arquetipos gracias a su *condición postmexicana*, Basave (2010) para flagelar a los mexicanos ruinmente tas la adjudicación de ser un país esquizofrénico, Castañeda (2011) para reafirmar el rechazo norteamericano hacia nuestra sociedad, Dresser (2011) para condenar a la ciudadanía a ser personajes ficticios, renuentes, idiotas, entre más aberraciones. Eso sí, siempre posicionándose como redentores a adular y a seguir. Dando muestra de que sus discursos reproducen a la dominación cultural que no es extrañeza de ser uno de los principales motivos de la tragedia del país, del regreso del PRI y de la vigencia de los viejos fantasmas de la mexicanidad.

Empero, para finalizar la investigación, Cansino (2012) ha dado muestra de la vuelta y rompimiento de las condiciones mexicanas —como lo hicieron en su momento Bonfil Batalla y Monsiváis—, algo necesario para contrarrestar los males mexicanos. El rescate de la sociedad civil mediante el humanismo es en extremo importante frente a la crisis política, económica y social en la que se encuentra México. A su vez, nos revela que existe un cisma abismal entre la ciudadanía y los detentadores del poder, ya que esto es la muestra concreta de que el sistema de castas ha dejado una secuela muy notoria, pues es el reflejo de todas las desigualdades e injusticias que se muestran dentro del sistema político mexicano.

De igual manera, esta vuelta y rompimiento en la época contemporánea nos puede proporcionar el rescate de nuestras virtudes, así se expresó nuestra excepcionalidad de dos filos, de nuestro estoicismo como el acto callado de una rebeldía libertaria, lo cual, tras detonarse, puede verse reflejado en los actos heroicos que tenemos los ciudadanos y que nos permiten no únicamente sobrevivir en medio de una "jungla de asfalto", sino que han dado diferentes muestras de esperanza y de cambio gracias a la búsqueda por democratizar al país y la vida cotidiana. No obstante, puede que la esperanza llegue a nublar nuestra vista, sin embargo, es preferible tener optimismo del devenir que asumirse en un derrotero constante. Debemos rescatar al ser, al humanismo. Dejar de vapulear a la sociedad civil mediante la formulación de arquetipos y cosificaciones como lo ha hecho la intelectualidad denotando un cisma abismal entre la vida real

y el imaginario académico. La tarea es nuestra aunque la ciencia política se encuentre muchas veces rebasada por estudios cuantitativos y metodológicos.

Como se vio durante el siglo XX y como también se gestó en el XXI, los diversos estudios de la mexicanidad no han aportado nada que beneficie a la sociedad civil mexicana. Cuando más esperanzadores y optimistas han sido los estudios antes presentados, suelen caer rotundamente en el pesimismo, en la condena, en el suicidio del ser.

El mexicano no puede ser reducido a arquetipos. Aunque la cultura de dominación logre transgredir el comportamiento social se debe destacar que el ser jamás podrá alienarse a condiciones como las generadas por los académicos e intelectuales que comúnmente lucran con la idea de vendernos la respuesta (espejismo) de nuestra existencia.

La sociedad se encuentra en un momento esperanzador. Las libertades democráticas han ayudado a que el nihilismo mexicano tenga tintes diferentes a los que en su momento denostó Paz, ya que se ha logrado cuestionar muchas veces las aberraciones políticas e injusticias sociales, detonando el estoicismo para salir, no a revolucionar —porque esto implica envolverse con la violencia—, sino a REESCRIBIR a una democracia que siempre necesitará de ciudadanos *sui generis,* de héroes cotidianos, de estudiantes, de abuelos, de padres de familia, de obreros, de médicos, de sacerdotes, de mujeres, de quienes luchan por la equidad de género, de todo aquel mexicano que a través de su inconformidad, pueda creer que México puede ser diferente.

Este es nuestro presente, el que devela nuestros fantasmas. Pero es aquel que nos demuestra que podemos remar en contra de la corriente. Nuestra historia

es trágica. Sí. Sin embargo, la gran virtud de ésta se encuentra en la esencia que tenemos como humanos para contrarrestar y afrontar todo tipo de vicisitud que tenga la vida. Y ante esto, podemos salir a la calle y echar un vistazo para corroborar que ya somos diferentes —y que siempre lo fuimos—, y que nuestras circunstancias hoy, al igual que ayer nos favorecen.

Somos y hemos sido los arquitectos de nuestra circunstancia y de nuestro destino. Tenemos por tarea el rescate del ser, de nuestro ser.

*Poco después del amanecer se calmó el viento. Después regresó. Pero hubo un momento en esa madrugada en que todo se quedó tranquilo, como si el cielo se hubiera juntado con la tierra, aplastando los ruidos con su peso... Se oía la respiración de los niños ya descansada. Oía el resuello de mi mujer ahí a mi lado:*

*—¿Qué es? —me dijo.*

*—¿Qué es qué?— le pregunté.*

*—Eso, el ruido ese.*

*—Es el silencio. Duérmete. Descansa, aunque sea un poquito, que ya va a amanecer.*

**Juan Rulfo**

Bibliografía:


Almond, G. A y Verba S. (1970), *La cultura cívica: estudio sobre la participación política democrática en cinco naciones [1963],* Madrid, Fundación Fomento de Estudios Sociales y de Sociología Aplicada.

Bartra, R. (2005), *La jaula de la melancolía. Identidad y metamorfosis del mexicano [1987],* México, Random House.

_____, (2006), *Anatomía del mexicano [2002],* México, Random House.

Basave, A. (2011), *Mexicanidad y esquizofrenia los dos rostros del mexijano,* México, Océano.

Bonfil Batalla, G. (1990), *México profundo, una civilización negada [1987],* México, Grijalbo.

Campos Doranca, J. (1999), "Estoicismo, virtud política y mexicanidad, una reflexión desde el pensamiento de Octavio Paz y Alfonso Reyes", *Metapolítica,* vol. 12, núm. 12, pp. 623-635.

Cansino, C. (2008), *La muerte de la ciencia política,* Buenos Aires, Sudamericana.

_____, (2012), *El excepcionalismo mexicano. Entre el estoicismo y la esperanza,* México, Océano.

_____, (2014), *México en ruinas. Los saldos del panismo en el poder 2000-2012,* México, BUAP/Juan Pablos.

Carrión, J. (1951), "De la raíz a la flor del mexicano", *Filosofía y Letras,* núm. 40-41, enero-junio, en Bartra, R. (2006), *Anatomía del mexicano [2002],* México, Random House.

_____, (1970), *Mito y magia del mexicano y un ensayo de autocrítica [1952],* Nuestro Tiempo, México.

Caso, A. (1922), "La polémica sobre el porvenir de América Latina", *El Universal,* 24 de mayo, en Krauze de Kolteniuk, R. (coomp.) (1971), *Obras completas/Antonio Caso,* vol. I Polémicas, México, UNAM, pp. 81-109.

_____, (1923a), "Por qué somos tan pobres", 16 de diciembre, *Revista de Revistas,* en Krauze de Kolteniuk, R. (coomp.) (1971), *Obras*

*completas/Antonio Caso,* vol. IV ensayos, doctrinas, discursos, México, UNAM, pp. 117-119.

_____, (1923b), “La Universidad centroamericana”, 18 de octubre, *Revista de Revistas,* en Krauze de Kolteniuk, R. (coomp.) (1971), *Obras completas/Antonio Caso,* vol. IV ensayos, doctrinas, discursos, México, UNAM, pp. 107-109.

_____, (1923c), “El heroísmo de los jóvenes”, *Revista de Revistas,* 16 de septiembre, en Krauze de Kolteniuk, R. (coomp.) (1971), *Obras completas/Antonio Caso,* vol. IV ensayos, doctrinas, discursos, México, UNAM, pp. 103-105.

_____, (1923d), “El problema de México”, *Revista de Revistas,* 23 de diciembre, en Bartra, R. (coomp.) (2006), *Anatomía del mexicano,* México, Random House, pp. 55-58.

_____, (1924), “México: ¡Alas y plomo!”, *Revista de Revistas,* 10 de febrero, en Bartra, R. (coomp.) (2006), *Anatomía del mexicano,* México, Random House, pp. 58-61.

Castañeda, J. (2011), *Mañana o pasado, el misterio de los mexicanos,* México, Santillana.

Chávez, E. (1894), “Síntesis de los principios de moral de Hebert Spencer”, Colección UANL, 2 de julio de 2013 en url: http://cdigital.dgb.uanl.mx/la/1080021689/1080021689.html,.

_____, (1901), “Ensayo sobre los rasgos distintivos de la sensibilidad como factor del mexicano”, *Revista Positiva,* núm. 3, 1º de marzo, en Bartra, R. (coomp.) (2006), *Anatomía del mexicano [2002],* México, Random House, pp. 25-45.

Cosío Villegas, D. (1972), *El sistema político mexicano, las posibilidades de cambio*, México, Joaquín Mortiz.

Crespo, J.A. (2010), *Contra la historia oficial,* México *[2009]*, Random House.

Dresser, D. (2011), *El país de uno reflexiones para entender y cambiar a México,* México, Aguilar.

Escalante Gonzalbo, F. (1993), *Ciudadanos imaginarios: memorial de los afanes y desventuras de la virtud y apología del vicio triunfante en la República,* México, COLMEX/CES.

Guerrero, J. (1901), "Transiciones pasionales del ebrio mexicano", *La República,* núm. 3, 22 de julio, en Bartra, R. (coomp.) (2006), *Anatomía del mexicano [2002],* México, Random House, pp. 47-53.

_____, (1977), *La génesis del crimen en México: estudio de psiquiatría social [1901],* México, Porrúa.

Heiddeger, M. (2003), *Ser y tiempo [1927],* Madrid, Trotta.

Krauze, E., (2007), *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana [1976]*, México, Tusquets.

Kuri, A. R. (1999), "Julio Guerrero: ciencia y pesimismo en el 900 mexicano", Estudios históricos INAH, en url: www.estudioshistoricos.inah.gob.mx/.../wp.../historias_44_43-56.pdf, 21 de septiembre de 2013, pp. 43-56.

Lozada Morales, G. (2014) "El mexicano frente a la odisea mundialista y contra sus fantasmas", *La casa del árbol,* en url: http://gerardolozz.wordpress.com/2014/07/17/el-mexicano-frente-a-la-odisea-mundialista-y-contra-sus-fantasmas/, fecha de consulta 17 de septiembre de 2014.

Marcuse, H. (2001), *El hombre unidimensional [1954],* España, Ariel.

Márquez García, G. (1973), *Cien años de soledad [1967], Buenos Aires,* Sudamericana.

Mirón, S., "A Gloria", *Poemas de Salvador Díaz Mirón,* en url: http://www.los-poetas.com/diaz/glor.htm, fecha de consulta julio 2014.

Monsiváis, C. (1987), "Muerte y resurrección del nacionalismo", Nexos, 1 de enero, en url: http://www.nexos.com.mx/?p=4721

_____, (1990), "La identidad nacional ante el espejo", en Valenzuela Arce, J.M. (coor.) (1992), *Decadencia y auge de las identidades, cultura nacional, identidad y modernización,* México, El colegio de la frontera y Plaza y Valdés editores, pp. 121-126.

Nietzsche, F. (1989), *Así Habló Zaratustra [1883-1885],* México, Alianza.

_____, (2000), *El nacimiento de la tragedia [1871-1872],* Alianza, España.

Paz, O. (1981), *El ogro filantrópico: historia y política 1971-1978 [1979],* México, Joaquín Mortiz.

Paz, O. (1990), *El arco y la lira: el poema; la revelación poética; poesía e historia [1972],* México, FCE.

_____, (1998), *Tiempo nublado [1983],* Barcelona, Seix Barral.

_____, (2000), *El Laberinto de la Soledad [1950], Postdata, Vuelta a "El Laberinto de la Soledad" [1970],* México, FCE.

Ramos, S. (1993), *El perfil del hombre y la cultura en México [1934],* México, Austral.

Reyes, A. (1914), "Visión de Anáhuac", en A. Reyes, *Obras completas* (1995), vol. II, México, FCE.

_____, (1917), "El suicida", en A. Reyes, *Obras completas* (1995), vol. III, México, FCE.

_____, (1937), "Pasado inmediato", en A. Reyes, *Obras completas* (1997), vol. XII, México, FCE.

_____, (1993), *La "X" en la frente [1952],* México, UNAM.

Samuel, P. (2004), *¿Quiénes somos?; Los desafíos de la identidad nacional estadounidense,* México, Paidós.

Sartori, G. (2005), *Partidos y sistemas de partidos [1976],* Madrid, Alianza.

Schopenhauer, A. (2009), *La sabiduría de la vida, En torno a la filosofía, El amor, Las mujeres, La muerte y otros temas [1851],* México, Porrúa.

Sloterdijk, P. (2000), *El pensador en escena [1986], el materialismo de Nietzsche,* España, PRE-TEXTOS.

Uranga, E. (1952), *Análisis del ser del mexicano,* México, Porrúa y Obregón.

Vasconcelos, J. (2012a), *La raza cósmica [1925],* México, Porrúa.

_____, (2012b), *Ulises criollo [1935],* México, Porrúa.

Velázquez Caballero, D. M. (2013), "Dos Visiones de la Mentalidad Migrante: del Síndrome de Ulises al de Jasón. Entre los afectos y los bienes materiales",

*Mexico and the World,* Vol. 18, No. 2, en url: http://www.profmex.org/mexicoandtheworld/volume18/1winter2013/Dos_Versiones_de_la_Mentalidad_Migrante.pdf, fecha de consulta 17 de septiembre de 2014

Weber, M. (2010), *Sociología de la religión [1903-1920],* Colofón, México.

Zea, L. (2001), *Conciencia y posibilidad del mexicano [1952], El occidente y la conciencia de México [1953], Dos ensayos sobre México y lo mexicano [1952],* México, Porrúa.